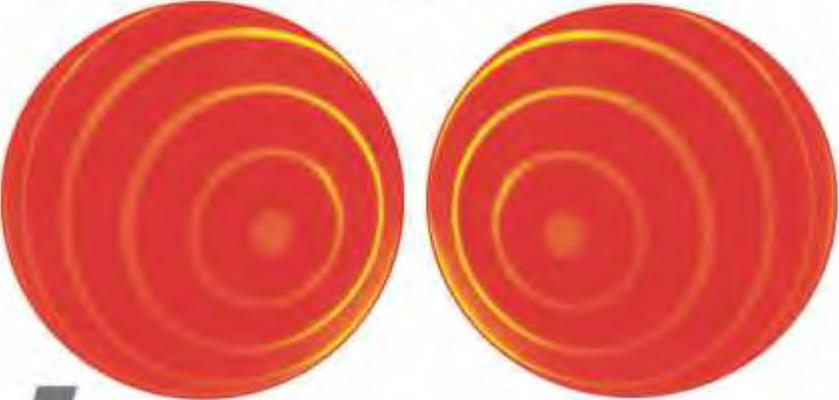


casadelas
américas

#3 

julio/
septiembre

2020

Ezequiel Martínez Estrada:
La Mansa Idea Revolucionaria de Thoreau.

Virgilio Piñera:
Presiones y Diamantes.

Miguel Ángel Asturias:
El Obispo Quijote.

Luis Emilio Valencia:
Panorama Político Colombiano.

Carlos Fuentes:
Los Cuates.

Testimonio del 1ro. de Mayo.
Crítica de Libros.



casadelasaméricas

#300

julio-septiembre/2020 • Año LX • Órgano de la Casa de las Américas

Fundada en 1960 por Haydee Santamaría y dirigida a partir de 1965, durante más de doscientos cincuenta números, por Roberto Fernández Retamar

Director:
Jorge Fornet

Subdirector:
Aurelio Alonso

Consejo de Redacción:
Luisa Campuzano
Pablo Armando Fernández
Jaime Gómez Triana
Nancy Morejón
Zuleica Romay
Caridad Tamayo Fernández
Roberto Zurbano

Editora-redactora:
Lorena Sánchez

Diseño y emplane:
Ricardo Rafael Villares

Realización computarizada:
Roxana Monduy

Redacción:
Casa de las Américas, 3ra. y G,
El Vedado, La Habana 10400, Cuba.

Correo electrónico:
revista@casa.cult.cu

Sitio web:
www.revistacasa.casadelasamericas.org

Suscripción:
suscripciones@casa.cult.cu

3 *«Es un hecho excepcional...»*

CINCUENTA AÑOS DE LA UNIDAD POPULAR

- 5 JORGE ARRATE • El triunfo de Allende: partidos y movimientos sociales
- 13 CARLOS RUIZ ENCINA • Lucha social y unidad política: los senderos de la Unidad Popular

NARRATIVA CHILENA ACTUAL

- 29 CLAUDIA APABLAZA • La frontera
- 43 DANIELA CATRILEO • El Desamparo
- 48 ALEJANDRA COSTAMAGNA • Había una vez un pájaro
- 59 NONA FERNÁNDEZ • El ejército insomne
- 63 PAULINA FLORES • No es una historia épica
- 65 ANDREA JEFTANOVIC • Pájaros de acero
- 78 CARLOS LABBÉ • Del establecimiento del establecimiento
- 89 LINA MERUANE • Señales de nosotros
- 101 JAVIER MILANCA • La cazuela de Amelia Mariman;
Las hermanas Kona
- 105 NICOLÁS POBLETE • No le deseo la muerte a nadie
- 110 JUAN JOSÉ PODESTÁ • Visita
- 114 MÓNICA RAMÓN RÍOS • Yo veo umbrales
- 124 ALIA TRABUCCO ZERÁN • La resta
- 128 ALEJANDRO ZAMBRA • Comprensión de lectura, Texto N° 1
- 135 DIEGO ZÚÑIGA • Chungungo

CENTENARIO DE MARIO BENEDETTI

- 141 JORGE FORNET • Mario, el de la Casa. Itinerario epistolar

FLECHAS

- 177 AURELIO ALONSO • De los árboles y el bosque

Cuatro números por año.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. La opinión de la Casa de las Américas se expresa en los editoriales y en notas que así lo indiquen.

En los casos de colaboraciones que no haya solicitado, la revista no se compromete a devolver los originales ni a mantener correspondencia.

Inscrita como impreso periódico en la Dirección Nacional de Correos, Telégrafos y Prensa.
Permiso No. 81222/153.

© Casa de las Américas, 2020

ISSN 008-7157

LIBROS

- 193 ÁUREA MARÍA SOTOMAYOR • Banksy por Rodinás, entre la oralidad y el arte callejero
- 196 TERESITA PADRÓN DE LA PAZ • El (des)amparo patagónico
- 198 JUAN VALDÉS PAZ • Historia de otro viaje a la Luna
- 201 LAURA RUIZ MONTES • «Ya somos parientes»
- 203 JULIO M. LLANES • Orgullo de ser. Una lectura de *Piel de noche*
- 206 ANA NIRIA ALBO DÍAZ • *Lo que el indio da* o más bien le quitan: geografías raciales y fronteras
- 209 OSCAR ZANETTI • La forja del Nueva York cubano

215 AL PIE DE LA LETRA

222 RECIENTES Y PRÓXIMAS DE LA CASA

223 COLABORADORES / TEMAS



Portada:

Diseño de UMBERTO PEÑA



Contraportada:

Ilustración de RICARDO RAFAEL VILLARES

Este número está ilustrado con una selección de portadas de la revista *Casa de las Américas* publicadas a lo largo de sus sesenta años.

«*E*s un hecho excepcional, en cualquier tiempo, en cualquier parte, que una revista de cultura alcance a estar viva para verse a sí misma, al cabo de treinta y cinco años, editando su entrega 200», comentaba Jaime Sarusky en su entrevista a Roberto Fernández Retamar, director y alma de Casa de las Américas durante más de medio siglo («Desde el 200, con amor, en un leopardo»).

Cien números y veinticinco años después esa excepcionalidad se multiplica. Pero cuando mencionamos tal acontecimiento lo hacemos –parafraseando una nota editorial del número 100– por responsabilidad y no por tonta complacencia, porque lo importante no es alcanzar una cifra u otra, y ni siquiera haber cumplido, el pasado mes de junio, sesenta años de ininterrumpida existencia, sino saber que durante ese tiempo y decenas de miles de páginas, Casa de las Américas ha servido de «vehículo a la expresión y la defensa de la cultura» latinoamericana y caribeña, lo cual, en esencia, ha sido el propósito de la revista desde su fundación.

Quiso el azar que coincidieran con la salida de este número 300 dos aniversarios que nos tocan de cerca. Por un lado, se cumplen cincuenta años de uno de los momentos más ardorosos de la historia de la América Latina: la victoria del gobierno de la Unidad Popular en Chile encabezado por Salvador Allende, que convulsionó al Continente. A ese estremecimiento y a su trágico final tres años más tarde, tanto como a la historia y la cultura chilenas en general, nuestra revista ha dedicado centenares de textos y tres números (el 69 de 1971, el 83 de 1974 y el 253 de 2008). Dos acercamientos a la Unidad Popular desde diversas perspectivas abren esta entrega, cuya sección de Letras ofrece una muestra de

narrativa chilena actual –escrita por autores nacidos, precisamente, a partir de 1970–, mínimo botón de muestra de una de las literaturas más potentes de nuestra región.¹

Por otro lado, este número coincide con el centenario de uno de los colaboradores más lúcidos y frecuentes de la revista: el uruguayo Mario Benedetti, a quien le debemos buena parte de lo que somos. Su nutrida correspondencia con la Casa (o desde ella, durante el tiempo que trabajó aquí), conservada en el Archivo de la institución, da pie a una entrañable excursión a aquella experiencia y a los años en que Mario permaneció junto a nosotros.

La sección «Flechas», por su parte, reflexiona sobre el convulso proceso electoral en los Estados Unidos y sus posibles consecuencias tanto para ese país como para el mundo.

Este número se ilustra, en lo esencial, con una pequeña selección de las cubiertas del órgano oficial de la Casa de las Américas. Aunque varios diseñadores le han dado su impronta, ninguno le otorgó un sello de identidad tan propio como Umberto Peña. En la mentada entrevista comentaba Retamar que Peña era «un capítulo en sí mismo en cuanto a la revista, que él había empezado a diseñar un número antes de llegar yo a dirigirla, y siguió haciéndolo durante veinte años». Y agregaba: «En la portada del número 31, el primero que realmente preparé, se ve el fragmento de un viejo mapa de América y los dedos de una mano. Es la mano de Peña. Esa mano iba a contribuir a revolucionar el diseño gráfico en nuestro país. Mientras estuvo con nosotros, Casa fue una de las revistas de mayor audacia visual». No es extraño, entonces, que invitáramos a Peña a ilustrar la cubierta de este número, lo que hizo con la presteza y frescura que su generosidad y talento siempre nos ofrecieron.

Arribar al número 300 de Casa de las Américas entraña un doble compromiso: por una parte, con todos aquellos que –desde su fundadora, Haydee Santamaría, hasta el más anónimo de los impresores– han hecho posible llegar hasta aquí; por la otra, con los lectores actuales y futuros, quienes dan sentido al empeño de seguir adelante. ■

1 Esta revista ya estaba editada cuando conocimos el esperanzador resultado del referéndum en ese país que eligió, abrumadoramente, redactar una nueva Constitución para remplazar la heredada del pinochetismo.

JORGE ARRATE

El triunfo de Allende: partidos y movimientos sociales*

Santiago Arcos, el primer chileno que articuló la lucha de clases y las ideas socialistas, fue cofundador junto a Francisco Bilbao de la Sociedad de la Igualdad en 1850. Podría decirse que ese es el origen de la izquierda chilena porque, a pesar de su fugaz existencia, la Sociedad inauguró un cauce para el cada vez más caudaloso «movimiento popular», como se denominó cien años más tarde al conglomerado de organizaciones políticas y sociales que hicieron posible el triunfo de Salvador Allende en 1970.

El mutualismo, los centros femeninos, las mancomunales y, con la llegada a América del marxismo y el anarquismo, las sociedades de resistencia, los sindicatos y los partidos populares, configuraron nuevas corrientes que organizaron la lucha social desde el punto de vista de los desposeídos y discriminados. Pronto se manifestaron las diferencias entre ellas. Era algo natural en un movimiento heterogéneo identificado con objetivos nobles, pero imprecisos y difíciles de conciliar entre sí, como la libertad, la igualdad y la solidaridad.

Si bien en el siglo XX no terminaron las disputas en el seno de los destacamentos populares, se hizo sentir y se proyectó en el tiempo una tendencia unitaria capaz de apaciguar las

* Capítulo de un libro en proceso de publicación por la Editorial LOM, Santiago de Chile.

fuerzas centrífugas que debilitaban la acción de la izquierda.

Un nítido sello de clase alimentó el nacimiento en 1912 del Partido Obrero Socialista (Pos), fundado por Luis Emilio Recabarren en las salitreras del norte, y en la misma época el de organizaciones socialistas en el austral Magallanes y anarcosindicalistas en la zona central, en las concentraciones urbanas de Santiago y Valparaíso. Del Pos nació el Partido Comunista de Chile (PC), mientras el Partido Socialista (PS) se alimentó de sectores del propio Pos, de contingentes libertarios y de grupos marxistas y de izquierda surgidos del dinamismo de las luchas de los años veinte. Las diferencias seguían vigentes y no encontraban un claro camino de superación, como se demostró durante el levantamiento militar con apoyo popular que culminó en 1932 con la proclamación de la efímera República Socialista.

En 1933, Marmaduke Grove, Eugenio Matte Hurtado y sus compañeros fundaron el PS. Justificaron su acción en la necesidad de conformar una dirección política que pusiera fin a la dispersión de los grupos de orientación socialista, principal motivo, según su análisis, de la debilidad de la República Socialista. Por su parte, el PC modificó su línea política en concordancia con la orientación internacional de los partidos comunistas identificados con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y lideró el impulso a la creación de amplias alianzas antifascistas. Los decimonónicos Partido Democrático (PD) y Partido Radical (PR), y también el joven PS, se hicieron eco de esa propuesta. Todos ellos confluyeron en el Frente Popular, primera experiencia de coalición con signo de izquierda y un candidato presidencial propio, Pedro Aguirre Cerda, un radical de tendencia moderada.

En la década de los cuarenta se produjo un retroceso en la consolidación socialista y el PC fue perseguido e ilegalizado por un gobierno radical que había contribuido a elegir. En los años cincuenta se repuso el avance unitario: en 1953 se unió el movimiento sindical en una sola central, la Central Única de Trabajadores (Cut), y en 1956 se constituyó el Frente de Acción Popular (Frap), sustentado en un acuerdo entre comunistas y socialistas que levantó candidaturas presidenciales en 1958 y 1964, encabezadas por el socialista Salvador Allende. A esas alturas se había configurado un solo cauce para albergar una izquierda heterogénea.

En 1969, con la creación de la Unidad Popular (UP), se incorporarían el afluente socialdemócrata representado por un Partido Radical purgado de su sector de inclinación derechista y el socialcristiano revolucionario encarnado en el Mapu, una escisión del Partido Demócrata Cristiano.

Allende triunfó en la elección de 1970 a la cabeza de un sólido referente, poseedor de una cultura política de unidad y amplitud, con capacidad de resolver sus conflictos internos sin rupturas e incluso de la mayor parte de los militantes y simpatizantes de la izquierda política y social.

Todo gran anhelo transformador necesita un horizonte, una mirada larga de alcance interminable. En ese marco emerge, del debate y de la lucha, un proyecto, es decir, un diseño tentativo de la sociedad a la que se aspira. Un programa ubica ese proyecto en una realidad concreta, en el tiempo y el espacio, y requiere protagonistas comprometidos: partidos, sindicatos, asociaciones, movimientos y también liderazgos que se relacionan de una cierta manera específica, fruto de la teoría en uso y de la experiencia.

Como ya se señaló, en Chile el proceso de construcción de un imaginario de izquierda comenzó en el siglo XIX, en el que destacaron el PD, sectores del PR y un conjunto de organizaciones intermedias y de base donde hubo destacada influencia de las corrientes anarcosindicalistas. Continuó en las primeras décadas del siglo XX con la impactante movilización de los trabajadores salitreros, objeto de la sangrienta represión de 1905 en Iquique, y las numerosas huelgas reprimidas por el Estado y los patrones con fuerza y ánimo de abuso. En la Universidad de Chile emergió un movimiento estudiantil vigoroso y contestatario. Un amplio entendimiento de organizaciones sociales permitió la constitución de la Asamblea Organizada de la Alimentación Nacional (AOAN), que canalizó por un tiempo el malestar ciudadano.

Pero el primer momento en que los componentes de un proyecto como el que llegó a encarnar Allende se expresaron en una forma embrionaria aunque organizada fue en el persistente empeño de Recabarren, primero como adherente del Partido Democrático, luego como difusor y activista del pensamiento socialista y fundador del Pos, y luego del PC. Recabarren puso en cuestión la injusta sociedad de su tiempo y resolvió actuar para cambiarla. Al hacerlo generó un tejido que permitió la estrecha asociación entre las dimensiones política, social y cultural de la lucha. La idea de partido político fue el eje al que se sumaron sindicatos destinados a defender los derechos de los trabajadores, nacientes organizaciones de mujeres que buscaban la igualdad social de los géneros y un movimiento cultural en el que destacaban las Sociedades Filarmónicas, que Recabarren instaba a crear como una suerte de centro cultural y de recreación en cada uno de los pueblos y oficinas

salitreras que recorrió. Además, la imperiosa necesidad de difundir el pensamiento de izquierda exigía el desarrollo de una activa y múltiple prensa popular. En las muy difíciles condiciones de entonces Recabarren instalaba en cada lugar un nudo que relacionaba política, lucha social, cultura y medios de comunicación.

Si bien aquel no fue el modelo indiscutido de construcción de fuerza, es el que se impuso en la izquierda durante la mayor parte del siglo XX. Se fundaba en la lucha popular de masas conducida por los partidos, en la participación sistemática en elecciones más o menos democráticas que constituían momentos de alta tensión ciudadana y en un grado importante de centralización organizativa. Este formato recogió en los años treinta el fervor popular que generó el nuevo Partido Socialista, la épica antifascista asumida por el Partido Comunista a partir de 1933 y el sentido social, muchas veces acallado, que declaraba el radicalismo desde el triunfo de las tesis socializantes de Valentín Letelier en el congreso partidario de 1906. La Convención del Frente Popular que eligió el candidato a las presidenciales de 1938 estuvo integrada, con participación porcentual prefijada, por delegados de cuatro partidos (Radical, Socialista, Comunista y Democrático) y por la Central de Trabajadores de Chile (CTCh), y contó también con la participación del Movimiento por la Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH). En 1952 los comunistas ilegalizados y un grupo de socialistas, más dirigentes sindicales, levantaron el Frente del Pueblo y proclamaron a Salvador Allende, exministro del Frente Popular, como candidato presidencial. La alianza se convirtió, de 1958 en adelante, en un pacto unitario entre los partidos Socialista y Comunista, más grupos menores

y organizaciones intermedias. De allí surgió la Unidad Popular en 1969.

A esas alturas la izquierda tenía un horizonte mucho más claro. Se identificaba con un proyecto de sociedad socialista y con un programa de gobierno que recogía la esencia de todo aquello pensado y debatido entre 1952 y 1970 en esa perspectiva. Los partidos, para sostener el esfuerzo de una campaña tardía y pobre, generaron miles de grupos de base, los Comités de Unidad Popular (Cup), que abrieron espacios de participación a militantes de base y simples ciudadanos, y que fueron decisivos en el trabajo electoral.

El estrecho triunfo del potente líder que era Allende, luego de tres experiencias anteriores en las que había sido derrotado, fue posible porque la izquierda había generado una imbricación permanente y orgánica entre las entidades sociales y los partidos políticos, y había logrado, además, un fuerte anclaje en la cultura.

Los clásicos del marxismo, cuyo instrumental teórico era cemento fundamental de la izquierda chilena, habían estudiado siempre, a fondo, la realidad concreta en que tendrían aplicación sus ideas: Marx y Engels en Alemania; Lenin en Rusia; Luxemburgo en Polonia; Gramsci en Italia. Pensar la revolución socialista exigía un conocimiento acabado de las características de la formación social que se quería transformar.

No bastaba, sin embargo. Era preciso elegir un camino para promover esa transformación. En la década de los sesenta, dos vías aparecían como alternativas: la lucha democrática de masas o la vía armada. En ese tiempo la izquierda había desarrollado de manera ininterrumpida la lucha de masas, que no era concebida como una vía inocente o tímida. A la par que las batallas electorales, en las que siempre participaron Recabarren, Allende y

sus seguidores, y de las confrontaciones en el Congreso y las instituciones—donde Allende encontró uno de sus escenarios importantes—, el así llamado «movimiento popular» impulsó con fuerza instrumentos como la huelga, legal o ilegal, el uso del espacio público para la protesta social callejera y las ocupaciones de terrenos, recintos o sitios de trabajo por pobladores, estudiantes, campesinos o trabajadores. Algunos episodios dieron lugar a acontecimientos sangrientos que se conservan en la memoria de la izquierda del siglo xx.

La lucha de masas fue una suerte de vía «natural» hasta 1959, cuando triunfó la Revolución Cubana por la vía armada. El Frap de 1964 no fue una repetición del Frap de 1958, menos aún la Unidad Popular. Una de las certezas de la izquierda chilena en relación con la ruta a seguir, la vía no armada, comenzaría a ser puesta en duda. El impacto de la Revolución Cubana fue potente en el Partido Socialista en el cual algunos sectores mostraron una cierta indiferencia frente a la campaña electoral presidencial. En 1967 se pronunció por la lucha armada el recién fundado Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Mir) y grupos socialistas se hicieron parte del proyecto guerrillero del Che Guevara en Bolivia. En cambio, el Partido Comunista mantuvo una estricta adhesión a la vía no armada. Allende, por su parte, debió emplear a fondo sus recursos políticos para sostener su liderazgo, moderar a los disconformes y apaciguar a los críticos del esquema estratégico que encabezaba. La vía elegida, sostuvo, era aquella que correspondía a la historia y realidad chilenas, y no era necesariamente pacífica: a la violencia reaccionaria se respondería con la violencia revolucionaria.

El escenario había experimentado una variación mayúscula. Pero Allende logró sostener y

hacer prevalecer, dentro y fuera de Chile, su tesis sobre la «vía chilena al socialismo», no armada, y obtuvo, a pesar de la fuerte intervención extranjera y la campaña psicológica contraria a las ideas socialistas, la primera mayoría relativa en las elecciones del 4 de septiembre de 1970.

¿Cómo era Chile cuando triunfó Allende? La economía se basaba en la exportación de la principal riqueza natural, el cobre, cuya nacionalización la izquierda y Allende consideraban esencial, y que había llegado a ser una idea dominante en la sociedad. A partir de la crisis económica mundial de 1929, y con el empuje de políticas industrializadoras y protectoras del Frente Popular, el país había desarrollado un sector capaz de producir en el país artículos industriales y sustituir así importaciones de bienes de menor complejidad. La agricultura no era capaz de abastecer las necesidades de la población. Se basaba en la propiedad latifundista de baja productividad y en la explotación del campesinado, lo que había motivado al gobierno democristiano de Eduardo Frei a poner en marcha una reforma agraria. El sistema financiero operaba a través de bancos privados y del Banco del Estado que representaba aproximadamente la mitad de las colocaciones. El rol estatal era reconocido de manera transversal por los políticos y los empresarios; reflejaba un compromiso del que se beneficiaban las clases medias y, en menor medida, el proletariado industrial y, a través de diversos mecanismos de apoyo, bajos impuestos y asignaciones especiales, sectores del empresariado. Los recursos naturales y servicios eran en buena parte explotados por el Estado (petróleo, salitre, acero, electricidad, agua potable, ferrocarriles, líneas aéreas) o por compañías extranjeras (cobre, comunicaciones) que obtenían desmedidas ganancias.

Las clases medias representadas por profesionales, funcionarios públicos y de la educación y empleados de empresas privadas, habían logrado desde los años veinte un ascenso permanente y se reconocían mayoritariamente en partidos de centro, como el PR y el Partido Demócrata Cristiano, y eran un pilar del «compromiso» o pacto social implícito en que el país se sustentaba. El proletariado industrial y minero y el subproletariado existente en los cinturones de pobreza de las grandes ciudades tendían a identificarse con la izquierda y ponían en cuestión el equilibrio social existente. Los campesinos recién iniciaban una etapa de organización luego de la ley de sindicalización campesina dictada durante el gobierno del PDC. Reinaba la desigualdad material, social y cultural, aunque los ricos eran bastante menos ricos de lo que llegarían a ser en el siglo XXI. La lucha por la igualdad de género estaba circunscrita a grupos pequeños. El medioambiente no era una preocupación nacional. Los adversarios eran claros: la oligarquía terrateniente, el capital imperialista, el poder económico asentado en la gran industria y las finanzas.

El sistema político chileno era uno de los pocos que en la América Latina mantuvo, desde 1932, una matriz más o menos democrática (no hay que olvidar la proscripción del Partido Comunista después de la Segunda Guerra), aun con severas limitaciones que en el curso de las décadas y en ciertas áreas habían sido objeto de correcciones que ampliaban el universo ciudadano y tendían a sanear los procesos electorales. El presidencialismo era la base, con un Congreso dotado de poderes efectivos, un Poder Judicial relativamente independiente y un Estado centralizado en Santiago sin grados significativos de autonomía de regiones o municipios. Según

la Constitución, las Fuerzas Armadas debían subordinarse al poder civil, aunque en 1939, 1953 y 1969 algunos de sus miembros habían urdido vistosas manifestaciones golpistas, todas ellas frustradas. Una doctrina de profesionalismo y de sujeción al poder civil democrático parecía haber ganado terreno en las instituciones militares y alcanzado estatuto oficial a través de la llamada «Doctrina Schneider», sustentada por el entonces Comandante en Jefe del Ejército.

La izquierda, más allá de la nueva atmósfera que Cuba había generado en el Continente, concordó en la vía y coincidió también en el carácter del proceso transformador que impulsaba. A partir de los años cincuenta, luego de frustrantes experiencias de gobierno durante el Frente Popular y el período inicial de Ibáñez, los socialistas levantaron la tesis de que las burguesías nacionales latinoamericanas eran incapaces de llevar adelante una revolución democrático-burguesa con objetivos antioligárquicos, antifeudales y antimperialistas y que sería tarea de la izquierda realizar simultáneamente esas transformaciones y las de carácter socialista. El PC, en cambio, distinguía etapas y mantenía una línea de amplias alianzas para lograr los objetivos democrático-burgueses.

La UP unió banderas tras una fórmula de compromiso: la revolución chilena cumpliría objetivos democratizadores e impulsaría los cambios propuestos «en la perspectiva del socialismo». La convicción de los integrantes del movimiento popular era que la vía no armada podía conducir a cumplir las tareas democráticas e iniciar una revolución socialista, como expresaría Allende sin ambigüedades al Congreso en su primer mensaje presidencial. La Unidad Popular había elaborado un discurso y un programa altamente convocantes.

La victoria de Allende en 1970 estuvo, sin duda, influida por las circunstancias políticas nacionales luego de la elección presidencial de 1964 y, en particular, por la trayectoria del gobierno encabezado por el vencedor, el demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva. Uno de los rasgos más relevantes de la larga campaña de 1964 fue la intervención extranjera destinada a dañar la candidatura de izquierda. Sin embargo, el hecho político de mayor impacto fue que se enfrentaron dos propuestas que se definieron a sí mismas como «revolucionarias» y que obligaron a la derecha a renunciar a sus propias posibilidades para asegurar, sin mediar compromisos formales, su apoyo decisivo a la candidatura de Frei. Allende alcanzó la más alta votación porcentual de todas sus campañas, casi un 40 % de los votos, pero Frei superó largamente la mayoría absoluta y meses después obtuvo un impresionante triunfo parlamentario que le permitió constituir un gobierno prácticamente de partido único, sin coalición, y disponer de una amplia mayoría propia en la Cámara de Diputados.

Los primeros años del gobierno de la Democracia Cristiana (DC) significaron cambios fundamentales. Se dio un impulso decisivo al asociacionismo de base a través del programa denominado «promoción popular». El sistema educacional se expandió. Se dictó una ley de fuerte impacto para favorecer la formación de sindicatos campesinos, al tiempo que se realizaba una reforma agraria resistida por los latifundistas. El gobierno intentó renegociar los acuerdos con las compañías estadounidenses que explotaban las grandes minas de cobre. En el hecho, lo hizo dos veces durante su mandato, aunque con resultados financieros insatisfactorios, si bien con su accionar incorporó la idea de la propiedad

estatal de un 49 % de las compañías y fortaleció el rol del Estado como agente económico.

La segunda etapa del gobierno DC se caracterizó por los problemas inflacionarios que eran endémicos a la economía chilena y que alentaron justas demandas sociales frente a salarios que perdían su poder de compra. Diversas organizaciones de trabajadores o pobladores pobres impulsaron poderosas movilizaciones que generaron represión policial y, en varias ocasiones, derramamientos de sangre. El gobierno de la DC nunca logró construir una relación positiva con las Fuerzas Armadas, cuyos actos de rebelión en 1969 pusieron en riesgo la estabilidad gubernamental. Tampoco logró reponer una relación política favorable con la derecha, herida por la humillación de 1964 y su voto por Frei sin condiciones y, en especial, por los enfrentamientos que se hicieron habituales en el campo a propósito de la expropiación de latifundios.

Los socialcristianos no fueron indiferentes a los aires transformadores que recorrían la América Latina y al desarrollo en Chile de un infatigable movimiento social que se convirtió en protagonista. En la DC los debates internos provocaron una ruptura en que el ala más avanzada abandonó la orgánica y fundó el partido Mapu, que se incorporó a la alianza de izquierda y contribuyó a la formación de la Unidad Popular. La DC entonces generó una candidatura presidencial propia, competitiva con la izquierda, encabezada por un político carismático con ideas de avanzada social, Radomiro Tomic.

El país enfrentó dividido en tres tercios la elección presidencial. La derecha levantó como candidato a Jorge Alessandri, empresario independiente que había derrotado a la izquierda en la presidencial de 1958; la DC y pequeños

aliados proclamaron la candidatura de Tomic y la izquierda unida la de Allende. La Constitución establecía un balotaje parlamentario en el Congreso Pleno si ningún candidato alcanzaba la mitad más uno de los votos. Sin embargo, la tradición era que el candidato que sacara un voto más debía ser ratificado por el Congreso. Allende y Tomic pactaron entre sí apoyarse el uno al otro si uno de ellos sacaba un voto más entre los tres candidatos.

El cuadro era el mejor al que la izquierda podía aspirar: para vencer, el tercio ciudadano que representaba debía ser el tercio más grande. Allende lo logró con más de un 36 % de los votos. Tomic reconoció el triunfo allendista de inmediato y, luego de reformas constitucionales que la DC demandó, y de un intento de golpe de Estado de derecha en que fue asesinado el Comandante en Jefe del Ejército general René Schneider, las fuerzas de izquierda y democristianas proclamaron a Allende en el Congreso por amplia mayoría. En las siguientes elecciones municipales la izquierda superó la mayoría absoluta y en marzo de 1973, cuando la confrontación con el golpismo era aguda y permanente, consiguió un 44 % en las parlamentarias, es decir, un 30 % más que lo obtenido el día de la elección de Allende.

El proyecto de la izquierda chilena que encarnó Allende coincidió en su desarrollo con la Guerra Fría. El período entre 1952 —cuando tiene lugar la formación del Frente del Pueblo y la primera candidatura presidencial de Allende— y 1973, cuando es derrocado por un golpe militar el gobierno de la Unidad Popular, transcurre por completo durante esa etapa. El mundo estaba dividido en dos bloques dotados de armas nucleares capaces de destruir al adversario al precio de sufrir su propia destrucción. Ese escenario de

contrapesos militares basados en el terror fue el marco general de la época. La paz relativa se lograba gracias a ese equilibrio en la capacidad destructiva de las grandes potencias y al surgimiento de países no alineados con los bloques que, si bien no representaban un gran poder armado, pesaban en la opinión pública mundial.

Fueron los años sesenta los que concentraron la gran energía social de la época. No solo se difundió una nueva concepción sobre el cuerpo, la libertad sexual, las nuevas drogas psicodélicas o sobre las nuevas formas musicales, ideas todas marcadas por un resplandor emancipatorio. La década quedó marcada por las luchas anticoloniales y antimperialistas, las épicas batallas por los derechos civiles, la refriega revolucionaria por el socialismo en la América Latina, y también por las razones que inspiraron esos combates y los debates que pretendieron explicar victorias y derrotas. Los sesenta fueron una sumatoria de procesos distintos, híbridos, a veces descalzados, en que la demanda por libertad y dignidad animó episodios heroicos, las convicciones tendieron a veces a convertirse en dogmas y un espíritu refundacional se encendió en numerosos ámbitos de la existencia.

Todos estos procesos tuvieron impacto en Chile y en su mayor parte favorecieron la candidatura de Allende en 1970. Los estudiantes de la Universidad Católica tomaron la delantera en exigir una radical reforma y otro tanto hicieron los de la Universidad de Chile que, además, en 1969 ganaron la Federación de Estudiantes (Fech) para la izquierda. Los trabajadores del cobre realizaron paralizaciones a favor de la nacionalización. En el mundo artístico nació la Nueva Canción Chilena, un movimiento musical de impacto internacional. Con razón o no, había una percepción de avance: las fuerzas del

socialismo eran cada vez más poderosas a nivel mundial, continental y nacional.

La lucha internacional por el socialismo en la década de los sesenta contribuyó al optimismo y la decisión de lucha de la izquierda chilena. En especial la gesta cubana la llenó de energía, aunque significara una redoblada intervención estadounidense para evitar una «segunda Cuba». Otro tanto es posible decir de un poder soviético que se erguía, en apariencia, al mismo nivel del norteamericano y que valoraba el proceso de la Unidad Popular, aunque no por ello transgrediría los límites implícitos establecidos con su adversario principal, los Estados Unidos.

La constelación de factores que hicieron posible la victoria del 4 de septiembre de 1970, hace cincuenta años, fue única y es irrepetible, como ocurre con la mayoría de los episodios sociales que han tenido como centro tentativas transformadoras de la sociedad, programadas y dirigidas por el ser humano. Cada una de estas experiencias tiene un valor histórico, por su significado, su dramatismo y también por su originalidad, es decir lo propio y único de sus rasgos. Los episodios de lucha que buscan cambiar el mundo valen porque siempre agregan algo, más allá de su derrota o de sus errores, a un acervo cultural y social que estará disponible para las luchas que vienen. Cada generación elaborará esa memoria como su tiempo lo permita y la incite a hacer. Imaginar sobre la base de la realidad, explorar sin recurso fácil a la imitación, inventar, inventar, inventar. La lucha política y social siempre impone la necesidad de cultivar la memoria, aunque no para copiar, sino para innovar, delinear nuevos caminos, idear nuevos instrumentos.

Santiago, enero de 2020 

Lucha social y unidad política: los senderos de la Unidad Popular

La experiencia de la Unidad Popular (UP) en Chile, de hace ya medio siglo, sigue concitando una atención que acaparó desde los mismos días en que corría en presente. Al sentido político se suman interrogantes sociales y culturales. ¿Qué ver hoy en la epopeya chilena de la Unidad Popular? Más allá del homenaje indiscutible, está la trampa de la evocación pasiva de un pasado de espaldas al presente. La historia nunca está muerta, siempre el presente la reinterroga desde sus nuevas condiciones, como necesidad para reflexionar sobre sí mismo. En un universo en que hoy nos naturalizan todos los cambios bajo una inevitable –y única– globalización, valga recuperar algo que aquella experiencia, en su reconocida singularidad, apunta con tanta fuerza: la especificidad irreductible de la condición latinoamericana, de sus procesos políticos y sociales, además de culturales.

El pasado como necesidad para desentrañar el presente

El dilema del análisis de un tiempo tan corto –e intenso– está en distinguir lo pasajero de aquello que indica duración, trascendencia.

Dónde asoma algo efímero, por impactante que resulte a la coyuntura.

Superar el acontecimiento equivale a rebasar el tiempo corto que lo cobija, el de la crónica, cuyos rasgos estampan su fulgor tan vivo. Ello interroga si, más allá de los acontecimientos, no existe una historia que, en gran parte, escapa a la lucidez de los actores que la hacen, a la vez que son arrastrados por ella. La idea de una historia no limitada a los acontecimientos es la que se busca al rastrear los procesos sociales relevantes. Es un desafío que los historiadores en la senda de Lucien Febvre y Marc Bloch llaman dialéctica de la duración. El examen del presente obliga a volverse al pasado, para advertir aquellos procesos más relevantes, y diferenciarlos de hechos que, más allá de su intensidad momentánea, son efímeros en términos de historicidad.

En tanto mirada que busca aprehender el conjunto, la totalidad de lo social obliga a empalmar duraciones, tiempos diversos, estructuras, coyunturas, acontecimientos. Es una historia que no es posible esquivar a la hora de comprender el presente. ¿Qué valor tiene el recuento si no se abre al empeño por captar el sentido del movimiento que arrastra todo fenómeno social? Es el movimiento de la historia, su dialéctica que discurre del pasado al presente y hasta el mismo futuro.

La revisión de un período corto atrapa la atención en el tiempo breve, reifica el relato dramático. El acontecimiento es explosivo, tonante, caprichoso, engaña a la conciencia absorta. Pero puede llenarse de significaciones hasta el infinito, si se liga a una cadena de realidades subyacentes, inseparables. De ahí la tentación, al otro extremo, de que la historia entera y la condición humana se integran en todo acontecimiento. De Croce a Sartre, pasando por Braudel, esas discusiones

son largas. A un extremo, es el tiempo episódico, a la medida de lo cotidiano. Uno que cruza los ámbitos sociales, políticos, económicos, institucionales, literarios, religiosos. En el otro extremo está lo que apunta la estructura, que domina los problemas de larga duración. Una organización coherente para el análisis, ataduras que sostienen una realidad que el tiempo apenas desgasta, al punto que obstruyen la historia y encauzan su devenir. Otras se desploman velozmente. Pero todas son obstáculo y sostén, se erigen como lindes de los que el individuo y sus experiencias no pueden emanciparse, marcan un tiempo frenado al límite de lo inmóvil. Desde topes de la productividad a coacciones espirituales y encuadramientos mentales, alcanzan peso de prisiones de larga duración.

Evitar el ahogo en los extremos del pasado remoto y la actualidad próxima en exceso, supone asumir que presente y pasado se aclaran recíprocamente. Ello remite, en definitiva, al viejo asunto de la historia y las formas inconcientes de lo social. «Los hombres hacen la historia, pero ignoran que la hacen», espeta Marx, una idea esquivada por muchos seguidores, por cierto. Los individuos siempre tienen la impresión, viviendo su tiempo, de captar su movimiento. Pero la historia inconciente corre más allá de las luces instantáneas. El reparto entre superficie clara y profundidades oscuras —como ruido y silencio— es difícil. El dilema es relevar las estructuras profundas de la vida como sus puntos de ruptura, su brusco o lento deterioro bajo fuerzas contradictorias. El marxismo ayuda aquí a condición de rescatarlo de la asfixia de la escolástica formalista. El dilema parece estar más en los usos que en el propio modelo, reducido y momificado bajo un valor de ley, de explicación previa, aplicable a todo lugar.

La especificidad latinoamericana, insoslayable marco de comprensión

La mirada que hoy prevalece sobre la América Latina y sus cursos históricos, incluida la experiencia de la Unidad Popular, no escapa a los cambios del capitalismo en la región y sus convulsiones políticas. Un giro intelectual cruza al pensamiento social criollo, que alcanza la forma de ver estos cambios y sus posibilidades. El mapa social actual emerge de las cenizas del pasado arrasado, y las formas de verlo no son independientes. Una dificultad para abordarlo se une a la desarticulación de actores como el movimiento obrero y las viejas clases medias, bajo el avance neoliberal. Aparte de la coacción llega una más trascendente mutación de la estructura social con tales cambios capitalistas.

Son arrasados los cimientos de dos actores sociales centrales de la historia anterior: esa clase obrera vinculada a una industrialización de empuje estatal más que de capital privado; y aquellas clases medias, también del empleo estatal, funcionarias, asalariadas más que de pequeña propiedad. Aquel mapa social da paso a uno nuevo, donde la heterogeneidad volátil marca más que condiciones socioestructurales estables. La drástica merma de la clase obrera con la desindustrialización abre una nueva fisonomía del mundo del trabajo con la expansión de los servicios. La informalidad y flexibilidad, su feminización, sellan nuevas condiciones laborales. La privatización de empresas estatales y el hundimiento de los servicios públicos diluyen las bases de existencia de los grupos medios ideológica y políticamente más influyentes, que migran a empresas privadas o al vértigo forzado del emprendimiento. Tal desarticulación de las

condiciones sociales de aquellos actores arrastra consigo propalados códigos de interpretación de la sociedad, mentalidades, un peso cultural del que emanaban marcos de comprensión de la expansión educacional, de la urbanización y las comunicaciones, la ciudadanía política y la participación social. No son cambios que operan por encima de los actores; al contrario, son producidos por estos. El conflicto social de la historia reciente es el teatro donde se dirimen relaciones de poder que redefinen el rumbo del modelo de desarrollo y sus efectos sobre los grupos sociales, como aquellos que son expulsados de la construcción del Estado. Tal giro en la forma de apreciar la realidad abre una opacidad que desliga a la política de sus viejos significados. Retrocede del sentimiento de identificación social, bajo la enorme reorganización de los modos de diferenciación y jerarquización. La política deja de representar a vastos sectores, en un elitismo que cierra el acceso a gran parte de la sociedad. Es el sello antipopular de la ofensiva dictatorial, pero también su proyección en la etapa democrática, que reduce la política a dilemas procedimentales e ignora la pérdida de derechos sociales y económicos de grupos populares y medios.

La exclusión de esos actores sociales de la transición a la democracia hace de la nueva política un asunto de «expertos». Sin contraparte, con la tecnocracia el consenso sobre el modelo a seguir sustrae del debate político la definición de opciones económicas, y el peso de los medios de comunicación en la formación de opiniones crece con la merma de las viejas identidades sociales. El ideario democrático se reduce a realizar votaciones. La política es administración de acuerdos elitistas y la dominación

no apela a un Estado que regule un pacto social, sino a proyectar la exclusión. La gobernabilidad democrática apuesta a la desarticulación social heredada de la dictadura. La lógica representativa se reduce a un ciudadano con abstracción de su condición social, y un discurso «técnico» enmascara intereses particulares. Carentes de expresión política, las nuevas formas de resistencia de los grupos sociales emergentes encaran estos cambios capitalistas.

El giro intelectual muestra el retroceso del diálogo regional. Antaño, la posibilidad de la soberanía configura un debate sobre los grandes conflictos de la América Latina, pero aquel pensamiento propio se desvanece con la mutación de la política, cuando las transiciones a la democracia abordan la reforma institucional y dirimen la concepción de la política a adoptar. La tecnocracia y la reflexión política reducida a «ingeniería» reducen el ímpetu de democratización a la restauración formal, ignorando la demanda de democratización social. El vuelco se atribuye a la globalización, cuya modernización —se supone— trae un bienestar socialmente extendido. La opacidad sobre los procesos sociales va junto a una reflexión como administración política y económica. Un giro intelectual que no es ajeno a la sociedad. El dominio tecnocrático sigue al enmudecimiento de los grupos sociales que eran referentes de aquel pensamiento latinoamericano. Sin esos referentes, los grupos intelectuales se proyectan como una entelequia ubicada sobre los intereses sociales, portadora de una racionalidad impermeable a los conflictos. El nuevo brillo estriba en la eficiencia acrítica y el mundo de referencia es el poder vigente.

Descifrar el nuevo entramado de arreglos de poder remite a la transformación social. De lar-

gas raíces, un rasgo distintivo de los sistemas de poder latinoamericanos radica en la reiteración de pactos y equilibrios de fuerzas entre grupos de diverso origen que acoplan un variopinto y hasta contradictorio orden nacional de dominio. La ausencia de una clase capaz de imponerse por sí sola impide un proyecto económico, cultural y político coherente como interés de clase. De tal miríada de poderes de alcance parcial, donde aquel que lidera la alianza no puede prescindir del resto, y tiene que dar lugar a la realización a intereses diversos, surge la heterogeneidad que marca nuestra realidad. Al estabilizarse esos pactos de poder económico y social, devenidos así en poder político, desde el Estado afirman sus condiciones de acumulación y se alzan como interlocutores con los centros capitalistas. Una yuxtaposición donde, aunque prime un grupo social, es solo en pacto con otros, sin dirimir las contradicciones en la alianza dominante. Nuestra historia sigue un latente estado de crisis, sin rupturas radicales hacia una hegemonía de clase. Las contradicciones se dilatan en ambiguos mosaicos de dominio político y socioeconómico, antitéticos a ojos de la escolástica formalista, pero reales.

La idea de una coherente mutación neoliberal que enriela la marcha de las postrimerías del siglo pasado resulta, por eso, dudosa en la América Latina. En muchos casos se mezcla con otros estilos de desarrollo. En Brasil, se señala un «ilógico» liberal-desarrollismo. ¿La experiencia chilena es una variante neoliberal tan ortodoxa como irreplicable? Es un asunto plagado de ideologismos. Si la dependencia es general en la región, difiere en situaciones nacionales y su efecto en el mapa de clases sociales. Distinguir en tal común sumisión al «capitalismo

original» es relevar la acción de grupos locales y las diversas alianzas que se vinculan con ese condicionamiento externo; la atención reducida a lo último opaca el curso de poder interno, la forma en que se articula para imponer su control y organizar la economía. El economicismo nubla la complejidad de la política criolla y frustra la tentativa de una historización crítica de los procesos sociales, capaz, al decir de Mariátegui, de «latinoamericanizar América Latina». La peculiaridad regional abre una ineludible dialéctica entre lo externo y lo interno. El siglo XX ilustra el fracaso de copias occidentales y el auge de movimientos arropados en mezclas de nacionalismo, reformismo social y autoritarismo. Sin claras ideologías de clase, como las que destellan en el capitalismo europeo, una impronta aferrada a un ideario nacional-popular prima en los procesos sociales y políticos locales que atraviesan la pasada centuria.

No es caso atizar viejas reyertas. Lo relevante es que el ocaso de modas parisinas y dogmas moscovitas diluye también el debate de la especificidad política y social. Se alega que la situación mundial cambió, y con ella el paisaje local, ahora bajo una globalización que trae una internacionalización económica con efectos políticos y culturales adversos para la importancia de estos países, y una revolución tecnológica que, puesta como inédita y determinante, hace obsoletas antiguas opciones de desarrollo: una nueva modernización redibujaría la situación mundial, dando por superados los temas de soberanía nacional. El imperativo es la integración a la «nueva modernidad».

Recuperar un análisis sobre la región requiere, más que leer el presente desde modas foráneas, hurgar en su peculiaridad. Las crisis

de la modernidad, de la racionalidad occidental y sus correlatos de posmodernidad, no se pueden trasladar rígidamente desde Europa y los Estados Unidos a la América Latina de inicios del siglo XXI. La modernidad asumió aquí una forma peculiar. La realidad latinoamericana se fragua bajo la cultura occidental pero no se reduce a ella. El influjo externo se procesa en el metabolismo local y produce tensiones con las teorías dominantes, erigidas en una realidad fraguada por otro curso histórico. Hoy se olvida la ambigüedad del liberalismo criollo. En el siglo XIX la difusión de idearios liberales tiene el paradójico efecto de afirmar aristocracias agrarias. En la crisis de dominio de los años sesenta, el declive de la familia tradicional no trajo consigo otra «moderna». Pugnas valóricas y desajustes en las formas de socialización abundan, pero difieren entre grupos sociales y porfían «estructuras familísticas» que cobijan lealtades sobre las instituciones políticas. El deterioro del control tradicional alcanza a la Iglesia y la educación bajo la irrupción de masas que desbordan las vías institucionales. La concentración de la toma de decisiones abre la polaridad entre masivización y elitización del poder, y el control estatal colapsa.

Reducir todo a efectos de la Guerra Fría y de la globalización ignora que tal injerencia se apoya en cursos internos. Ignora también que el Estado en la región, más que eslabón mecánico del dominio externo, es un Estado patrimonial al servicio de sus dirigentes, que muchos rasgos de las dictaduras no resultan singulares y su irrupción para restaurar el control en crisis no calza en la imagen liberal de la contraposición democracia-autoritarismo y su reificación de las «libertades políticas» perdidas. El ideario democrático-burgués, un Estado de derecho, la

representación de mayorías y minorías, un régimen de partidos y de garantías ciudadanas no es la práctica política dominante en la América Latina del siglo xx. La ausencia de democracia es la experiencia recurrente. La dictadura irrumpe ante una crisis de dominación bajo el auge de las masas. De ahí que muchos de sus rasgos son continuos en nuestra historia política, y es incoherente compararla con una democracia liberal. Es más, buena parte de dichos rasgos prosiguen bajo la «nueva» democracia.

La reformulación del Estado trae cambios en las alianzas dominantes. La diversificación económica levanta un sector financiero local y externo opuesto a la presión social sobre el Estado y su injerencia en la economía. La nueva alianza une monopolios criollos y extranjeros. La burocracia estatal suma a militares y tecnócratas, el bloque que luego impulsa el giro neoliberal para ingresar a las nuevas formas del mercado mundial, con el freno salarial y al gasto público, el giro primario-exportador y el abandono a la industria que no encaja en esta escena de primacía financiera más que productiva. Pionero, Chile exhibe estas fuerzas de la apertura a la nueva fisonomía capitalista; pero el giro regional llega después de las dictaduras, con la democratización de los años noventa. La agonía dictatorial no trae el retorno al viejo sistema. Su irrupción encaró no solo a gobiernos de izquierda sino al régimen nacional-popular. La «nueva democracia» devuelve la vieja ambigüedad de la modernidad y la propia democracia, pero bajo un Estado reformulado. Los partidos que antes chocaban adoptan pactos y trepa una burocracia cuyo referente es la empresa privada, que no responde a la ciudadanía, y tras criterios «científicos» naturaliza intereses empresariales.

Los análisis institucionalistas niegan el disenso democrático y la estabilidad política y económica supone la contracción de demandas.

Este neoliberalismo se oscurece bajo la idea del traspaso indiscriminado de funciones estatales al mercado. Aunque ello alumbra la pérdida de derechos sociales de sectores populares bajo la privatización de sus condiciones de vida, no diluye el peso estatal. Predica la iniciativa individual en lugar de prácticas asociativas, pero forja un subsidio estatal a nuevas formas la acumulación privada. De nuevo, idearios del capitalismo central resignifican su sentido bajo el metabolismo local y abren una peculiaridad que no es «calco ni copia». En este curso, la epopeya de la Unidad Popular es una versión radicalizada de esa crisis y de los giros de refundación que le siguen.

¿Qué ver hoy en la experiencia de la UP? Tras una especificidad olvidada

La singularidad de la UP resulta hoy inaprensible sin recuperar este análisis del proceso histórico. No se entiende al margen de la especificidad latinoamericana. La drástica y conocida injerencia norteamericana en su colapso abre una lectura conservadora que reduce la comprensión de esta epopeya a las tensiones de la Guerra Fría. Una distorsión que obstruye la apropiación de su complejidad, su esfuerzo por abrir caminos distintos, en las generaciones posteriores. Es la lectura de la UP de la mano de la dominación que le sigue. Hay que resituar su ideario, su proyecto e influjos, abrir paso a la complejidad de aquel proceso y evitar el homenaje inerte, a fin de rescatarla de cara al presente.

Recuperar su espíritu, aun en apretado hilo, significa acercarse a una singularidad que sepulta su reducción a la pugna soviético-estadunidense. En primer lugar, el ideario y el proyecto de la UP se apartan del énfasis restrictivo en una primacía de la clase obrera, en la idea de un pueblo multclasista que trae un largo curso de elaboración y debates por donde pasaron muchas dificultades de unidad de la izquierda chilena en las décadas anteriores. En especial, ello se debe a la diferencia de trayectoria que sigue el socialismo chileno respecto a la ruta clásica del socialismo europeo, y con la tradición comunista y su apego a la formulación soviética. De ahí que la experiencia gubernamental de la UP fuese mirada con recelo por la dirección soviética y su apoyo y reconocimiento resulten esquivos incluso en los años más difíciles de la UP, sobre todo en la economía. Las tensiones en su interior reflejan, en no poca medida, su anclaje diverso y amplio entre una diversidad de sectores subalternos y populares en particular. La UP no pretende ser expresión de una clase en particular, sino que busca encarnar una alianza social amplia.

Su adhesión al marxismo resulta de una amplitud que, a menudo, augura duros choques con arraigados dogmatismos, muchos de ellos concitaron gran atención internacional. El empeño de relaborar un ideal de soberanía y un contenido nacional en la redefinición de la lucha antimperialista, y situarlo en una perspectiva latinoamericanista, colisionan con las formulaciones foráneas y quienes las asumen en el panorama local. El énfasis en la confrontación con las oligarquías agrarias y el conservadurismo eclesiástico pone el acento en la reforma agraria y la lucha campesina, así como en el laicismo y cambios en el sistema educativo, que la acercan

más a ideales de transformación latinoamericanos de las últimas décadas que los proyectos forjados desde el marxismo europeo, tanto occidental como soviético. Más allá, incluso, cobija un enfrentamiento a la tendencia burocrática de la experiencia socialista del este europeo, tras un ideal de democracia popular que supuso un debate interno sobre la participación popular general, incluida la participación obrera en las empresas estatizadas, opuesta a la burocratización estatal y su efecto en los partidos.

La UP busca un vínculo activo con los movimientos anticolonialistas y de liberación nacional. Adopta una impronta tercermundista y se vincula al movimiento argelino, o la perspectiva yugoslava de no-alineación. Redefine así el horizonte anticapitalista más usual de las izquierdas, en tanto no se supedita al movimiento comunista liderado por la Unión Soviética. La UP, en su formación y luego desde la experiencia gubernamental, como proyecto y práctica, aprecia como algo que limita las posibilidades de las luchas transformadoras en el Tercer Mundo y, la América Latina en particular, la forma que adoptaba la contraposición capitalismo-socialismo como bloques militares que subordinaban negativamente dichos horizontes de transformación y emancipación.

De ahí una complejidad de este ideario de izquierda y socialista cuya formación debe recuperar la riqueza y diversidad de hilos de pensamiento que concurren a conformar su acervo ideológico en sus diversas expresiones, y el complejo curso por el cual llegan a articularse. La marca de la historia política y social latinoamericana, sus luchas y sus formulaciones impactaron en la UP, desde la Revolución Mexicana a las ideas de la Acción Popular Revolucionaria

Americana (Apra) que lidera Haya de la Torre en Perú o el peronismo argentino a partir de los años cuarenta, y, desde luego, la Revolución Cubana, ineludible para entender el proceso chileno aunque no me detendré en esa relación, que resulta más conocida. En el pensamiento socialista inspirado en el marxismo están las ideas de Mariátegui o la teoría de la guerrilla que enarbola Che Guevara. La formación del ideario político del proyecto socialista de la UP, los dilemas y las claves en torno a los que transcurre su construcción se anclan en sus orígenes y abordan una sociedad chilena que atraviesa una brusca transformación social, económica, política y cultural, en su dilatada salida del orden oligárquico agrario y su marcha confusa hacia una realidad en la que se intentan fundar disímiles proyectos de modernización. La UP se inscribe en la senda de esos desafíos históricos y forja una alternativa de modernización socialista y popular para esas condiciones nacionales.

Ese proyecto socialista de transformación de la sociedad chilena delinea un curso de modernización que se concibió como estrategia política de lucha, de constitución de fuerzas populares capaces de protagonizar tal cambio histórico. Es allí, como parte de esa estrategia, que se configuran unos horizontes culturales, sociales, económicos y políticos, en los que se debaten con la intensidad distintiva de esa experiencia, diversas herencias e influencias locales y externas. Una concepción del individuo, la libertad, la democracia y el desarrollo, un humanismo, toman forma como partes de una estrategia de transformación de la realidad. Se trata de un proceso en que se elabora y debate en función de construir estrategias pensadas para cambiar las condiciones concretas de la sociedad

chilena. De ahí una diferencia distintiva con otros horizontes de izquierda más apegados a fórmulas externas. Es una característica que resulta determinante en la forja del liderazgo capaz de aglutinar a la heterogénea izquierda chilena que, ya en los años sesenta, muestra un amplio arco de organizaciones e influencias ideológicas. La figura de Allende se puede apreciar en este sentido. El apego distintivo a la especificidad de la realidad nacional, desde donde se dialoga con diversas experiencias externas, siempre desde allí y, puesta la mirada en función de la elaboración de una estrategia práctica de transformación, configuran una condición que resulta determinante en la izquierda que se fragua y proyecta hacia la experiencia de gobierno que encabezó Salvador Allende.

También resulta distintivo en los debates estratégicos de aquella izquierda el hecho de que, al contrario de la tendencia que corre en los partidos socialistas y comunistas del siglo xx (en la URSS, en el resto de Europa e incluso muchos países del Tercer Mundo) a cifrar los objetivos del socialismo en cuestiones como el crecimiento económico, el desarrollo tecnológico o la seguridad nacional, compitiendo así con el modelo capitalista liberal, en vez de en la democracia y la libertad; en el caso de la UP hubo espacio para formular los fundamentos de una visión política distinta, preocupada por el humanismo, la democracia social, la soberanía política y la independencia económica.

En este sentido, la experiencia de la UP detenta una especificidad en la formación de una cultura política que adquiere una influencia enorme en las luchas populares que se desatan en la sociedad chilena. De todo ello emana una noción singular de «revolución chilena» ligada a

una forma de asumir la revolución latinoamericana donde el problema del desarrollo redefinía y especificaba el carácter socialista, e inclusive una especie de «socialismo tercermundista». Se trataba de una revolución hacia el socialismo, en el sentido de crear las condiciones que, en el futuro inmediato, posibilitaran tal alternativa. Un contenido antimperialista apunta, desde un ideal de soberanía nacional-popular, a recuperar las riquezas básicas bajo control externo. Una línea de carácter «antifeudal» encara el atraso de la estructura agraria y el predominio del latifundio, a través del cambio del régimen de propiedad y de explotación de la tierra. El carácter clasista apunta en forma amplia a los diversos sectores trabajadores y proyecta una alianza con otras fuerzas sociales, como sectores medios e incluso burgueses no comprometidos con el imperialismo y la oligarquía que pudieran insertarse en los planes de transformación. En cuanto al carácter democrático, el énfasis estriba en ampliar la soberanía popular y redefinir el Estado en función de grandes mayorías nacionales, que supone ampliar la democracia a través del traspaso del poder económico de manos de las minorías locales y externas a la comunidad. El carácter humanista de la UP se enfoca en la aspiración a situar el progreso, en primer lugar, en la línea de dignificar la condición humana. Por último, su carácter latinoamericano residía en que propugnaba, no una simultaneidad de la «revolución democrática de los trabajadores» para la América Latina, pero sí un proceso de integración económica que abriera una acción conjunta de nuestros países.

La singularidad de estos horizontes, a menudo ignorados, remite a un complejo curso de construcción de la unidad más grande de la izquierda

alcanzada en la historia chilena e incluso, en gran medida, latinoamericana. De ahí lo relevante de recuperar el laberinto de su curso de constitución, como formación de una estrategia de transformación que articula las dimensiones y enfoques anotados. De ahí que el proceso de la UP se erige entre los más avanzados y singulares de la izquierda latinoamericana del siglo xx, de una significación y referencia global para la izquierda. Su llegada al gobierno en 1970 por la vía legal, y luego el golpe militar de 1973, marcan sus hitos más visibles. Sobre su gestión y el violento desenlace se ha debatido mucho; sus imágenes devienen iconos para las fuerzas de izquierda. Pero, más allá de reivindicar la dignidad de esta epopeya, hay que recuperar su formación como alianza social y política, así como sus problemas. Su fundación en 1969 no es tanto el acontecimiento que inicia su llegada al gobierno, como el resultado de un largo recorrido. Allí hay al menos tres rasgos que apuntar hoy.

La fundación de la UP es posible, en gran medida, por la forja de un programa común a las fuerzas que la integraron. Más allá de su contenido, aquel programa dista mucho en su elaboración y significado político de lo que hoy se suele entender por ello. No son solo medidas gubernativas parciales, un paquete de políticas estatales sectoriales y temáticas destinadas a asuntos puntuales, como suele reducirse hoy bajo una mirada administrativa que ha primado en el neoliberalismo de la transición, donde los términos de unidad se reducen a distribuir esferas de poder. El programa de la UP, con sus luces y límites, fue una estrategia de transformación. Con base en una interpretación de la sociedad chilena, concibe una alianza social, y un conjunto de acciones concatenadas en los planos político,

económico y cultural. De modo que la discusión en su constitución fue de naturaleza estratégica. Sobre aquel debate se asienta la unidad alcanzada, incluidos también sus problemas. Es ese tipo de discusión el que hoy resulta tan necesario como esquivo en la izquierda. No estamos exentos de reducir tal exigencia a horizontes de administración y distribución electoral. ¿Cuál es la estrategia para superar la égida neoliberal? ¿Cuál, la alianza social que ha de protagonizarla?

La formación de la UP también supuso forjar una capacidad para procesar diferencias tanto entre como dentro de los partidos. Las propias tradiciones socialista y comunista, el eje de la UP, tenían una larga historia de desencuentros e incluso de enfrentamientos. Son tradiciones, en su fundación y desarrollo en el siglo XX, que sostienen disensos tácticos y estratégicos, diferentes tradiciones culturales e intelectuales. Gran parte del mérito de la UP fue procesar aquellas diferencias sin negarlas. La unidad no apostó a ocultarlas, de ahí que los agudos debates antes y después de su surgimiento resultan de diferencias de proyectos y apreciación política, y no simplemente de distintos intereses corporativos y personales en pugna. Las diferencias que animan aquel debate, fueron capaces de impulsar un gran desarrollo de la cultura política de las fuerzas populares.

Finalmente, la formación de la UP supuso un proceso de acumulación y articulación de fuerzas, tanto social como político. Ello no remite solo a su pluralidad de clases y la unidad que logran sus partidos en las organizaciones sociales, sino al hecho de que la UP impulsó un tipo de acción atenta a estar presente, a la vez, en la sociedad y en el Estado. Aquella izquierda entendía la acción social y la acción política como una unidad compleja. Pueden hacerse juicios

críticos –se hicieron– sobre dicha relación y el protagonismo que el Estado o el movimiento popular toman en cada momento. Pero la UP era depositaria de una cultura de izquierda con alta conciencia de los procesos que se anidaban en la sociedad. Buscó no solo sumarse a un cambio cultural en curso; trató de elaborarlo y protagonizarlo. Su nexo orgánico con la creación cultural, su apertura a las nuevas formas de sociabilidad y acción popular que brotan en la crisis de los años sesenta –con las polémicas que ello acarreó en las diversas izquierdas que la componen– impelen hoy a revisar el tipo de cultura y acción social que brota de las contradicciones de un neoliberalismo avanzado. Una izquierda congelada en la imagen de su pasado glorioso o de un presente sin historia, no puede desentrañar sus propias condiciones y formular, desde ahí, un proyecto de transformación que imprima unidad a sus fuerzas.

La complejidad de la alianza y la experiencia popular de la UP. Una aproximación al carácter social de la crisis

Muchas interpretaciones sobre la UP, en la propia izquierda, quedan en el subjetivismo. Sean más críticas o defensoras de aquella política, se alinean respectivamente en torno a la dicotomía entre derrota y fracaso. Más allá de su opción política, opacan el análisis social bajo el vistoso comportamiento de las direcciones políticas, desentendiéndose de los procesos políticos de las bases sociales que los hacen posible. No se comprende la política como proceso social, al contrario, el conflicto es quien indica los grupos

y clases sociales relevantes en cada momento histórico. No hay garantía de entender los procesos con criterios teleológicos, como aquellos que definen la existencia de las posiciones sociales, para después «ponerlas en movimiento» bajo orientaciones que se supone debieran tener, leyendo las inadecuaciones como desviaciones de la conducta esperada. Marx advierte que no hay clases sin lucha de clases.

Comprender la experiencia de la UP exige atender al conflicto abierto para distinguir los sectores sociales más relevantes. Sobre la crisis de la UP se insiste, por toda explicación, en la polarización política, abundante en episodios. Anterior al arribo de la UP al gobierno, sin embargo, dicha polarización se agudizará a partir de entonces. Ella se atribuye al papel de la dirección política, incluso se sostiene que corresponde más a esta que a una polarización efectiva de las bases sociales, y da origen a sabidas críticas sobre la capacidad de conducir el proceso y al cobro de responsabilidades por el colapso. Se apunta que los errores corren por cuenta de la Democracia Cristiana (DC) y los partidos de la UP. Se alude a una DC sobrepasada por su aguda pugna con la derecha, que la arrastra a su línea de boicot sin lograr erigir una oposición a la UP (donde conciliara su apoyo a ciertas reformas que aceptaba, con el rechazo a lo que le parecía excesivo); pierde iniciativa política, queda a expensas de la derecha golpista ante la adhesión que esa línea gana en su propio seno. Por cierto, solo hay consideraciones generales sobre lo que eran esas bases sociales, su diferenciación interna y lo que explica tal inclinación golpista. Sobre la UP, se acusa la incapacidad de una dirección única y coherente al proceso. Su división interna muestra una orientación doble cada vez más

inconciliable, entre el «consolidar lo avanzado» y negociar con sectores opositores, o bien la crítica a las limitaciones del reformismo que exige mayor radicalización. Lo que resultaría en que ninguna de las dos lograra avanzar.

Lo que no atiende este relato son las bases sociales que se constituyen en tal conflicto, se reduce a la conducta de los actores políticos. En el desarrollo de los grupos sociales, se atiende más la diversidad de las capas medias que aquella que existe entre los grupos populares. Pero más allá de la cuestión de las capas medias y su vínculo con el centro político, la heterogeneidad del mundo popular y sus opciones políticas condiciona en forma directa las posibilidades del proceso de la UP. Allí se distinguen dos sectores relevantes: una clase obrera de larga historia de integración política institucional a través de partidos y sindicatos; y un mundo popular marginal signado por la exclusión económica y política, proclive a incidir bajo formas de movilización directa. Desde mediados del siglo XX corre esta distinción, bajo la masivización de la participación política, y se replantea con el gobierno de la UP. Como se sabe, el triunfo de Allende en 1970 se basa, sobre todo, en la clase obrera, de mayor trayectoria política y relevancia en la configuración del Estado que impulsa el proyecto industrializador. Pero la mayoría absoluta que la UP logra en las elecciones municipales de 1971, con la expansión en los sectores marginales, abre nuevos dilemas de conducción y articulación, dados más bien en diferencias sociales. La posibilidad de dos líneas políticas es porque hay bases para ellas; no es mera porfía o ineptitud de dirigentes para llegar a acuerdos. Las condiciones sociales plantean situaciones difíciles de articular, y no se podía borrar a un sector social.

La distinción de estas bases sociales de la UP es compleja porque no adopta los rasgos usuales de la mirada estructural ligada al sistema económico. Su carácter integrado o marginal las distingue, pero no simplemente como una inserción típica del obrero en la empresa capitalista y su exclusión de ella. Entre los marginados de la empresa capitalista hay orientaciones de carácter obrero según tipos de socialización, biografías personales, proximidad a sujetos con posiciones de clase; a la vez, entre el obrero típico surgen orientaciones paralelas bajo el carácter tradicional de la empresa, tipo de organización sindical, socialización política, proximidad con sectores preteridos. El análisis registra mayormente a los sectores populares obreros ligados a la empresa capitalista moderna, sus cursos de generalización de intereses y organización social y política. Pero, en la experiencia de la UP, aunque no en inicios, crece la relevancia del mundo marginal.

La larga tradición democrática chilena de participación política es un mito, y en términos electorales es reciente. Hasta inicios de los años cincuenta ni siquiera un tercio de los hombres que podían votar lo hacía. A inicios de la década siguiente tampoco participaba más de un tercio de los hombres y mujeres de veintiún años que podían hacerlo. De ahí hasta la crisis de la UP la participación electoral crece abruptamente. En poco tiempo se expande con la inclusión de sectores populares, pues los otros habían iniciado tal curso de ampliación. Los momentos y la forma en que llega este auge electoral indican que no es gradual ni regular sino a saltos bruscos. Hasta mediados del siglo XX es estable la participación electoral, con un alza pequeña. De ahí en adelante hay dos saltos, cada uno duplica al anterior: en 1952 y en 1964, e indican la integración a la política de

sectores populares, en especial marginales. En 1952 se produce el «terremoto ibañista»: por primera vez presenta un candidato fuera del sistema de partidos, de contenido populista, y moviliza nuevos sectores, sobre todo en las ciudades que reciben masas populares que migran del viejo sistema hacendal. El proyecto populista fracasa y retorna el sistema de partidos, pero de nuevo se altera con el rápido auge de la DC. En 1964, la gran votación de Frei no solo se debe al apoyo de la derecha. Es una segunda expansión de la participación electoral, de franjas no adscritas al sistema de partidos, tras un liderazgo de rasgos populistas y el alza está en ciudades que reciben a migrantes que viven en la marginalidad. Aunque ambos proyectos difieren, reiteran el liderazgo fuerte y el discurso emotivo, aparte de que los ibañistas se fundían en la DC, que suma al Partido Agrario Laborista con figuras del caciquismo político y arrastran a nuevos sectores populares a la participación electoral.

En cambio, en 1970 no hay mayor alza en ese sentido. La base social de Allende está, sobre todo, en la clase obrera organizada, nucleada en los partidos, que esta vez hasta merma su anterior apoyo electoral. El estrecho triunfo de la UP es posible por la división de las otras fuerzas. Pero las cosas cambian con la UP en el gobierno. En la primera elección tras la victoria de Allende crece el apoyo con políticas de beneficio popular que impulsan la redistribución del ingreso y oportunidades laborales para los sectores populares más precarizados. Es un apoyo popular que crece en franjas marginales. De ahí la relevancia de este sector, usualmente obviado en el análisis político. Estas medidas populares impulsan la movilización de esos sectores en apoyo a la UP, crecen sus posibilidades de acción y su rechazo a la exclusión

que padecen. Este auge de la UP lo acapara casi en su totalidad el Partido Socialista (PS), que detenta una base social más heterogénea e impulsa un discurso más emotivo y rupturista, abierto a intensificar la movilización social y ahondar esa política aun contra la opinión de los grupos populares de mayor tradición organizativa identificados con el Partido Comunista (PC).

A inicios de los setenta los sectores populares rurales recién ingresan a la política con la reforma agraria y movilizaciones que vienen desde el gobierno de Frei. Claro, aquí también difieren aquellos que son partícipes directos y regulares de dicha reforma, trabajadores dependientes de los predios expropiados, de quienes, bajo otras formas de inserción productiva, son marginados (afuerinos, minifundistas, trabajadores de predios que no son expropiados, familiares, etcétera). Estos últimos integran la marginalidad urbana en su migración. Los sectores rurales marginales a la reforma agraria adhieren al proceso de la UP al movilizarse para alcanzar los beneficios estatales. Luego, tal adhesión a la UP se orienta a los partidos que plantean la necesidad de intensificar el proceso, o sea, el PS, Mapu y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

La historia de la división política de la UP es conocida. Lo que interesa revelar es que las diversas tradiciones políticas se ligan a distintas formas de organización social. Las diferencias no se agotan en planteos de ciertos dirigentes o ideologías prevalecientes. A la inversa, son diferencias sociales las que se expresan en distintas opciones políticas. Aunque la distinción de estos dos sectores populares es muy general, el apoyo al gobierno de la UP difiere si se trata de la clase obrera, integrada a la producción, como los mineros y trabajadores de empresas consolidadas,

o de esa otra marginalidad popular, excluida de la producción (de inserción precaria, cesante, independiente, doméstica). No se trata de reditar las acusaciones de aburguesamiento de la clase obrera y el carácter revolucionario de las masas marginales que no tenían «nada que perder», sino de revelar el carácter integrativo de la presión de los grupos excluidos.

El conflicto que se plantea en la base social de apoyo al gobierno de la UP condiciona las dificultades de una solución política y no a la inversa. Hay un apoyo popular de la clase obrera que se traduce en una movilización para consolidar posiciones ligadas a la producción, que no es fácil conciliar con el apoyo del mundo marginal, que enfatiza una intensa movilización y una dinámica comunitaria. La política de la UP busca responder a ambos sectores, necesita el apoyo de toda la base popular para encarar la resistencia a su proyecto, pero las tensiones no amainan y se agudizan hasta paralizar toda iniciativa. La repetida salida para evitar el colapso en una apertura a las capas medias, un acuerdo político con el centro, podría haber acarreado una pérdida de apoyo popular del mundo marginal, que habría visto frenada su movilización y accionar comunitario, y vería un retroceso en un acuerdo de consolidación en que no participaba. Tal vez no se habría producido el colapso de la UP a través de un golpe, pero sí como proyecto político, y es imposible saber sus alcances. Al revés, si se impulsaba la movilización radical, no solo se habría chocado con las capas medias, también se habría perdido el apoyo de aquella clase obrera de mejor posición en el sistema productivo, que presionaba por consolidar las mejoras obtenidas.

La heterogeneidad de los sectores populares se proyecta en los dilemas de la política de la

UP. La represión dictatorial posterior destruyó las organizaciones sociales y políticas ligadas a los grupos populares, y el retroceso económico impuso la sobrevivencia. Pero la dictadura advirtió esta distinción interna de los grupos populares y buscó manipularla. Apuntó a los trabajadores integrados como un sector privilegiado donde la presión sindical y política lograba mayor bienestar; los «verdaderos pobres» eran los marginales a quienes ayudar a salir de la miseria. Este discurso se sigue de una política focalizada de subsidios a la pobreza, apostada a crear un «pinochetismo popular» clientelar, que la regresiva distribución del ingreso y la enorme cesantía frustran.

Las grandes protestas populares contra la dictadura muestran de nuevo esta división del mundo popular, entre el movimiento sindical y el poblacional. Desde el sindicalismo se llama a las protestas, pero quien las realiza es el movimiento poblacional. Entre ambos hay diferencias en cuanto a objetivos y métodos. La transición a la democracia aísla al mundo marginal y sus movilizaciones, para relevar al centro político y grupos medios en el control del proceso. Pero eso no borra el conflicto centrado en la exclusión ni los sectores que lo protagonizan. Tras la masiva participación electoral en el plebiscito de 1988, arranca una franca desmovilización política. Desde 1993 el fenómeno político más relevante es el auge de la apatía política. Los no votantes pasan de un 20 % ese año, a un 30 % en 1996 y a 40 % en 1997. Socialmente, son sobre todo jóvenes que rehúsan inscribirse en los registros electorales, y se ubican en barrios de bajos ingresos; son sectores populares marginales. La elección de 1999 revierte la caída de no votantes, de 40 % a un 30 %, con un candidato de derecha que plantea una campaña personalista antipartido

y queda casi a un 2 % de ganar la presidencia en la primera vuelta.

A partir de 1989, la orientación general del mundo marginal, que no corresponde a una definición clara en términos clasistas para una economía capitalista, es hacia la no participación. El rechazo a la inscripción en registros electorales es mayor en zonas más pobres, también la abstención y votos nulos y blancos. Perdura un conflicto en torno al dilema de la exclusión, que revela a una masa popular que, aunque heterogénea, apunta a grupos populares que no cuentan como clase trabajadora en la producción capitalista. Entiéndase, una masa popular vulnerable, en situaciones de pobreza, como los desocupados crónicos, trabajadores por cuenta propia populares, obreros sin calificación y ocupación temporal, trabajadores domésticos y otras condiciones similares. Si entran en la política electoral con la irrupción populista de Ibáñez en 1952, siguen el liderazgo demagógico de Frei en 1964, con la UP se produce la movilización masiva en su apoyo y encuentran en la acción la realización comunitaria que niega su exclusión. Allí crece la opción más rupturista y las posiciones más moderadas no tienen eco. La dictadura trata de enfrentar a los trabajadores con estos «verdaderos pobres» y, más tarde, aunque su acción en las protestas contra la dictadura es central para abrir la transición a la democracia, la propia dictadura se dibuja controlando tal efervescencia popular

De nuevo las masas populares

El estallido del 18 de octubre de 2019, tras medio siglo, advierte que estas masas populares siguen dando cuenta del conflicto de exclusión. El pa-

sado es constantemente revisitado. La historia no es cosa muerta. Cada generación vuelve a revisar el pasado en busca de claves para resolver las interrogantes que emanan de la comprensión de su propio presente. Hoy la sociedad chilena se sacude de una experiencia neoliberal que cubre ya casi cincuenta años. La izquierda experimenta las tensiones de esa realidad emergente, y los idearios políticos son exigidos por las disyuntivas que plantea. Claro, la historia no se repite en forma mecánica. Pero la experiencia de la UP, sus esfuerzos y dificultades, portan claves para el desafío de proyectar la superación del neoliberalismo.

Volver a la historia, a la más grande experiencia de articulación de izquierda en Chile, en busca de elementos críticos para pensar una izquierda hoy, y un sujeto popular capaz de erigirse en el protagonista principal de una nueva marcha histórica, remite a esa compleja singularidad donde queda mucho que hurgar de cara a los desafíos del presente. La herencia de la UP es una cultura de toda la izquierda, más allá de sus afiliaciones formales, anclada en la capacidad de apropiarse de las condiciones de una época histórica e insertarse en sus contradicciones con la radicalidad necesaria para hacerlas madurar. El cambio vertiginoso ha dejado atrás formas anteriores de hacer y organizar la política y ha puesto en cuestión la capacidad de los partidos para orientar el proceso social. A partir del colapso del bloque soviético y el desdibujamiento de la socialdemocracia europea, los proyectos de izquierda se han reducido a orientaciones para ganar elecciones y devenir administración estatal.

La experiencia de la UP repone el dilema de las alianzas políticas, no solo, ni tanto, como

ajedrez de empeños partidarios, sino en relación con sus condicionamientos sociales, ligados a los cambios capitalistas y las exigencias que plantean a los proyectos de transformación. Más aun cuando el levantamiento popular vuelve a plantear el desafío de apropiación de las condiciones de lucha ante un nuevo pueblo que emerge desde el propio seno de la profunda transformación neoliberal de la sociedad chilena.

Cuando ya vamos para medio siglo de neoliberalismo interrumpido, y decanta el efecto refundacional de dicho modelo, la sociedad chilena es otra. Su nueva fisonomía emerge de la hondura de los cambios capitalistas de las últimas décadas, al punto de que se ha construido prácticamente un país nuevo. De ahí que tanto las contradicciones de las nuevas formas que adquiere el capitalismo, como las fuerzas e identidades sociales que se forman en su seno, no guarden una continuidad lineal con aquellas fuerzas históricas que protagonizaron el proceso de la UP. Pero resulta equívoco pensar que se pueda reconstruir una izquierda sin memoria de aquella experiencia. Las nuevas fuerzas políticas que emergen en estos años errarían si decidieran proyectarse ignorando el proceso de la UP. Como también se equivocarían apelando a una continuidad mecánica y meramente identitaria con aquella historia. Aunque muchas de las políticas y banderas que articularon a la UP siguen vigentes, hay que observar las condiciones de un largo proceso de construcción y articulación de fuerza que las hicieron posibles, así como las dificultades con las que tuvo que lidiar, para que sirvan de herramientas ante unas tareas políticas que, por las contradicciones específicas del neoliberalismo avanzado chileno, serán en gran medida distintas.

De ahí que hoy sea preciso pasar de la mera reivindicación de la dignidad del proceso de la UP, a un examen más complejo de su constitución como alianza social y política, para que el homenaje tenga anclaje real en las urgencias

de hoy. Las lecciones de la UP, especialmente en el dilema entre las alianzas políticas y las luchas sociales, son un capital constituido a un costo histórico enorme para los empeños del presente. **c**



CLAUDIA APABLAZA

La frontera

*Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos
... Pero a veces no vas al lado mío:
te llevo en mí, en un peso angustioso
y amoroso a la vez, como pobre hijo...*

Tala, GABRIELA MISTRAL

Cuando por fin el Toño logró cruzar la frontera, junto a su amigo, después de todo ese esfuerzo y meses de preparar el viaje, se veían de lejos como una sola figura. Una figura que se alejaba de algo oscuro y se acercaba a otro lugar. El Toño manejaba con la única mano que tenía, la izquierda. Su amigo iba atento a esa dificultad, pero nada los detenía. Cada minuto valía la pena. Cada segundo que pasaba se iba ganando algo de tiempo, como un pequeño trofeo, una recompensa. Era una sola línea recta camino hacia alguna parte, una gran oportunidad abriéndose hacia el horizonte y el futuro.

*

Antes de partir a Brasil, el Toño pasó meses de mucho insomnio. Evaluaba cuál era el mejor país para emigrar. Conversé muchas veces con él antes de irse, me dice mi abuela. ¿Se iba solo o con la Lily? ¿Iba a poder cruzar la frontera? Se hacía muchas preguntas y no tenía nunca una respuesta muy clara. Yo intuía que tal vez él quería rehacer su vida en otra parte sin generar demasiado daño. La Lily era muy joven y tal vez él pensaba que ella podría encontrar otro hombre en Chile, no irse con él, no arriesgar tanto. Pero tenían un hijo recién nacido. Él pensaba

que ella podría volver a emparejarse y tener otros hijos con otro hombre. Una vez me lo insinuó, me dijo qué pensaba yo acerca de si él se iba solo, si podría cuidarla a ella y a su hijo, que tal vez era mejor que ella se quedara conmigo, que hiciera una vida acá. Irse todos juntos era un riesgo. A la Lily le iba a ser muy difícil sin una carrera, sin una profesión. Pero tal vez podía estudiar allá, le decía yo. ¿Pero cómo iba a estudiar? ¿Quién iba a cuidar al niño?, me respondía.

Por su parte, él quería terminar una carrera profesional, por entonces solo tenía una carrera técnica. Incluso pensaba en hacer un posgrado, especializarse aún más, siempre estaba hablando de eso, de estudiar, de superarse. Llegar a tener un doctorado.

De los lugares posibles para irse pensó en México, Brasil, España, Canadá y Alemania. Finalmente, se decidió por Brasil porque el dinero que había reunido le alcanzaba solo para llegar hasta allá. No sabía muy bien inglés, descartó Canadá. También pensaba en ir a España porque aún no sanaba las heridas de todo lo que vivió su padre. Aún quedaban algunos familiares en Pereña de la Ribera, pero lo descartó rápido, no tenía suficiente dinero para el pasaje y tenía que abandonar lo antes posible el país, en los próximos días máximo, ojalá en las próximas horas. Además, si luego se iba la Lily, sería más fácil que se fuera hasta allá en un bus. Viajar las casi cuarenta y ocho horas que hay por tierra desde Chile hasta Brasil era algo sacrificado, pero posible.

*

No fue tan así, me dijo una tía cuando la visité hace un par de meses. El Toño se podría haber quedado, no salió a la fuerza. Pero mejor pregúntale a tu abuela, ella sabe todos los detalles. El Toño nunca más regresó, pero no salió a la fuerza. Creo que se fue para encontrar un mejor trabajo. Acá en Chile trabajaba para una oficina que con los años cerró. Trabajaba para la Reforma Agraria, pero era solo un funcionario más. Cuando aparecieron los rumores del cierre, comenzó a buscar trabajo y nunca más lo encontró. Fueron pocos meses, dijo mi tía, se fue pronto. Yo la escuchaba atenta, extrañada, como cuando escuchamos por primera vez una historia.

Él buscó trabajo durante pocos meses y luego se decidió a partir. Tenía un hijo, una mujer y desde allá podría enviarles algo de dinero. Dicen que se fue con un amigo. Se fueron en moto, cruzaron la frontera. No sé mucho más, esas cosas era mejor no saberlas, por si te interrogaban en algún momento. Es mejor no saber nada. Ese amigo sí estaba metido en política. No recuerdo su nombre ahora. Tenía un cargo político, pero él no.

Su padre, un español de apellido Portuondo, siempre le decía que tenía que irse de Chile, que no se arraigara en este país, que él había llegado en el Winnipeg porque no tenía adónde ir después de sufrir la persecución durante la guerra. Le decía que se fuera, que había que cerrar ese ciclo, que tal vez él era el escogido para cerrar el ciclo familiar que había comenzado hacía más de ochenta años.

*

Cuando le pregunto si sabe cuándo Emilio, el padre del Toño, se instaló definitivamente en Chile, me dice que luego de llegar en el Winnipeg, a los meses, ahí recién se instaló en Rancagua. Primero probó suerte en Valparaíso, luego en Santiago, donde duró un mes, y cuando tuvo una oportunidad en Rancagua, decidió trasladarse y quedarse aquí. Tanto en Santiago como en Valparaíso solo tuvo trabajos esporádicos: vendedor en una tienda de zapatos, repartidor de correspondencia y junior de una empresa.

En Rancagua, comenzó a trabajar en una carnicería, cortando animales que traían de los campos de los alrededores: Graneros, Requínoa, Doñihue, Lo Miranda, Machalí. Aprendió a faenar los animales, a cortar las cabezas, a sacar los interiores para venderlos por kilo: corazones, hígado, panitas, chunchules, ubres y criadillas.

Las señoras se acercaban a la carnicería por las mañanas a comprar trozos y hacer sopas de carne o pollo. Algunas compraban solo huesos. Como en todas las carnicerías, siempre había un olor muy intenso. Él ya no lo olía. Se había acostumbrado.

*

El Toño era un niño, me dice mi abuela. Tenía solo doce años. Su padre, Emilio, había juntado dinero desde que llegó de España, y había logrado al fin montar su propia carnicería en el centro de Rancagua. Corría el año 1959. No dejaban a los niños ir mucho a la carnicería, era peligroso, las máquinas faenadoras, los cuchillos. Las madres alegaban por el olor que se les impregnaba en el pelo y la ropa. Después de muchos lavados, igual continuaba ahí ese olor a sangre, a carne cruda.

A veces su madre, Graciela, no podía cuidarlo. Cuando tenía que ir al médico o cuando salía al mercado a hacer la compra semanal, él tenía que quedarse con el padre en la carnicería. Hacer las tareas en una mesita al lado de la caja. A veces faltaban los ayudantes de carnicero. A veces el Toño tenía que ayudar a entregar la mercadería.

Nadie supo cómo llegó a acercarse tanto a una máquina, poner una de sus manos ahí. La derecha.

Su padre le estaba dando el vuelto a un cliente.

Un grito.

Ambulancias.

La sangre era menos intensa que la de los animales. Menos espesa.

*

El Toño se conoció con la Lily en la ciudad de Graneros. Estudiaban juntos en el mismo colegio. Era una escuela rural a la que ambos viajaban desde Rancagua. Veinte kilómetros

en una micro antigua, de latas incoloras, desgastadas. Esas micros que sonaban al avanzar por los caminos de tierra, por los charcos que se armaban con las lluvias, sobre esas enormes posas que dificultaban que el bus avanzara un metro más, y que a veces lo dejaban pegado, con el barro en las ruedas. Caminos repletos de hojas, que cada tarde limpiaba el ayudante con una escoba y un balde de agua.

Para llegar a la hora, a las ocho de la mañana, se subían a la micro entre siete y siete y cuarto, en distintos paraderos de la ciudad. El Toño se subía en el centro y la Lily, en la Alameda.

El Toño iba seis cursos más arriba que la Lily. Era su último año. A ella aún le quedaban seis. Igualmente se hicieron amigos en esos viajes. Se sentaban juntos en el mismo asiento o al bajarse de la micro se iban conversando hasta llegar a sus salas.

Cuando el Toño salió del colegio, se dejaron de ver durante años.

Cuando la Lily salió del colegio, a los dieciocho, se encontraron en una fiesta en Ran-cagua. Comenzaron el romance. Creo que eso fue como el año 71.

El año 73 se casaron. El año 74 nació Marcos. El año 73, recién casados, se fueron a vivir con tu abuelo, que les dejó la misma pieza de infancia de la Lily. Solo tuvieron que comprar una cama más grande.

El año 74 el Toño se fue de Chile. Se había comprado una moto para huir rápido, urgente.

El año 75 la Lily se fue de Chile a encontrarse con él en Brasil. Llevaba consigo a Marcos, su primer hijo. Tenía un año y ocho meses.

*

Cuando nació el primer hijo, Marcos, en el 74, el Toño le dijo que tenían que irse del país. La Lily le dijo que no, ella quería estar cerca de su familia en estos primeros años. Quería además estudiar, hacer una carrera universitaria, como él lo había hecho, criar a su hijo acá, que necesitaría de mi ayuda, que no podía dedicarse a criarlo sola. El Toño le dijo que podían irse y volver más adelante, que podía ser un viaje corto, volver en un par de años, que esperaran que las cosas mejoraran en Chile, porque de seguro esto era algo pasajero, que estudiaran allá, que yo podía viajar a visitarlos cada seis meses, quedarme con ellos, ayudarlos con el niño.

La Lily insistía en que no, porque a pesar de todo quería estar cerca mío, de su hermana, de sus hermanos. Iba a necesitar ayuda para la crianza y no se sentía preparada para irse lejos, en realidad, no quería irse de Chile, menos así, huyendo.

*

El Toño comenzó a militar en el Partido Comunista formalmente cuando cumplió veintiún años. Antes, solo se podía ser simpatizante. Su padre, Emilio, lo llevaba a las reuniones del partido desde que era un niño, cada semana. Así su madre descansaba un poco. La madre se

quedaba descansando en la cama, leyendo alguna revista o tejiendo. Siempre estaba tejiendo gorros o guantes que vendía entre sus vecinas.

A los catorce lo llevó por primera vez. Se reunían en la calle Mujica número 134 los días jueves por la tarde. Asistían unos veinticinco militantes cada semana.

La última reunión formal que hicieron fue en agosto del 73. Luego hacían reuniones esporádicas, clandestinas y cambiaban siempre el lugar de encuentro.

Ni siquiera hacían las reuniones en casa de los del partido. Se conseguían algunas sedes, restaurantes o centros sociales. No asistían más de ocho a cada reunión.

*

El Toño se iría hasta Brasil por tierra, manejando. Partiría con uno de sus mejores amigos, por la noche. Analizaron muy bien todas las rutas posibles. Hicieron listas con pros y contras de esos caminos. Lo principal era la dificultad de los senderos. Todas las rutas tenían ciertos peligros, tiempos de espera, caminos desérticos, extensiones de kilómetros sin nadie.

La primera ruta parte en Santiago hacia Argentina por el Cruce de Horcones. Va pasando por varias ciudades, entre ellas Mendoza, San Luis, Santa Fe. Luego deja Argentina y cruza a Brasil por Uruguay pasando por Porto Alegre, Florianópolis, Curitiba y São Paulo.

La segunda ruta es la que va por Bolivia. Primero hay que ir hacia el norte de Chile. Luego hay que tomar la ruta hacia Puerto Suárez y de ahí hacia Corumbá, Brasil. Al pasar ese cruce, ya se entra en el Mato Grosso. Desde ahí se puede hacer el viaje a la ciudad de Brasil que se quiere llegar.

Después de analizarlo muy bien, se decidieron y partieron por la ruta que pasaba por Bolivia.

*

La Cora o Corporación de la Reforma Agraria fue una empresa estatal chilena que funcionó entre 1962 y 1978 y que realizaba las subdivisiones territoriales de los campos chilenos para favorecer a los campesinos que trabajaban la tierra, con tal de beneficiarlos y que pudieran trabajar para ellos, mejorar sus condiciones de vida y no trabajar siempre para un patrón. Fue una gran época para los campesinos. Fue disuelta en dictadura y durante esos años hubo muchas violaciones a los derechos humanos de los campesinos que habían recibido las tierras por la reforma.

*

A pesar de haber sido de derecha, tu abuelo le ayudó a comprar la moto al Toño para que se fuera de Chile, porque en ese momento él no tenía cómo comprarla.

Una noche tu abuelo se lo planteó, eso me contó la Lily que estaba escuchando detrás de la puerta. Estaban cenando. Comían algo que les había preparado ella, que siempre les cocinaba y nunca se quejó de eso. No sé por qué nunca se quejó, yo le decía que no debía hacerlo siempre, que no lo mal acostumbrara.

Esos días el Toño había dejado su trabajo en la Cora. Tu abuelo, a quien no le gustaba la gente cesante, le dijo, ¿qué piensas hacer?, ¿qué vas a hacer ahora? No te puedes quedar en esta casa si no trabajas, yo no te puedo mantener. El Toño le habló de sus planes para irse de Chile, tal vez a Brasil, instalarse, buscar un trabajo y después venir a buscar a la Lily, cuando pudiese, y que quería irse en moto, que no podía salir por avión o por bus, que podrían revisarlo mucho, detenerlo, en los terminales estaban revisando y anotando los que salían, había un estricto control de quiénes compraban pasajes. Creo que voy a salir en moto, le repitió el Toño, pero no sé cómo comprar una mejor. Tal vez podría vender la que tengo y juntar algo de plata y comprarme otra. O lo otro es arriesgarme y partir en esta. Yo podría ayudarte a comprar una mejor, en esa que tienes no llegas ni a La Serena, le dijo tu abuelo.

*

Mi abuela me dice que una tarde llegó la Lily a su casa. Su primer hijo, Marcos, tenía seis meses recién cumplidos. Lo traía envuelto en un chal. Apenas se sentaron a conversar le dijo que venía a pedirle algo importante. Mi abuela la vio preocupada y pensó de inmediato que estaba esperando un segundo hijo y no quería tenerlo. Le dijo que el Toño debía irse de Chile, tenía que abandonar el país en los próximos días, cuanto antes, porque podrían perseguirlo, e incluso matarlo. Ella iba a quedarse en Chile hasta que él estuviera seguro, hasta que tuviera un trabajo, un lugar donde vivir y le enviara un pasaje para que se fuera junto a su hijo, el Marcos. Le dijo que no tenía dónde quedarse, su padre sospechaba que el Toño era perseguido y no quería que vivieran ahí. Su padre no simpatizaba con las ideas de izquierda, además le decía siempre que era un comunista.

Dos días antes de salir de Chile, el Toño se refugió en casas de familiares en San Francisco de Mostazal. Era el lugar más seguro para él. Nadie lo iba a ir a buscar ahí. En una casa amarilla que queda pasada la línea del tren, a la derecha. Era una casa enorme, donde vivían muchas familias, jamás sospecharían que ahí se escondía.

Mi abuela me dice: de nuestra familia cercana, nadie pudo ayudar directamente al Toño, ni tampoco esconderlo. Yo solo pude cuidar a la Lily esos meses antes de partir, en eso los ayudé.

*

Mi abuela me muestra una foto del Toño en la moto una semana antes de irse. Atrás aparece escrito esto:

Moto Guzzi monocilindrada. /Año: 1970/ 160 km/hr./ Chasis abierto/ Motor de 48 cc/ 3 velocidades/ Uso: nueva/ Precio: treinta mil pesos.

También un papel que dice:

Un cortavientos/ Dos chalecos/ Zapatos de muda/ Ropa interior/ Tres pares de calcetines. Suficiente agua. Dos bidones. / Chocolates/ Linterna/ Bolso con herramientas (pinzas universales, manguera para extraer aire, bujía de repuesto, cinta aisladora, aerosol, llave inglesa, dos metros de alambre enrollado, red araña, llave Allen)/ Equipo de lluvia/ Cocinilla. Botiquín/ El libro *Viaje a Pie* / Mapa de Sudamérica/ Saco de dormir/ Un lápiz.

*

La Lily nunca pudo estudiar en la universidad. Primero, nació su hijo cuando ella tenía solo veinte años, luego vino el golpe, y menos. Recién en Brasil, y ya de adulta, a sus cincuenta años, comenzó a estudiar en la Escuela de Educación Continua de la Universidad de São Paulo. Estudió Computación, Cuidado de ancianos y Técnico en Enfermería. Estoy muy orgullosa de ella, me dice mi abuela. Recién se está titulando, pero por fin lo logró, es algo que quiso desde siempre.

Se daba cuenta que esa diferencia entre ella y el Toño marcaba mucho el tipo de relación que tenían. El Toño despreciaba a los que no iban a la universidad, y finalmente se emparejó con una doctorada en Filosofía que conoció en la universidad a la que llegó a estudiar a Brasil, con la que tuvo dos hijos.

Eso no fue justo, me decía siempre, ella sentía que si hubiese estudiado algo, nunca se habrían separado, la historia de su vida habría sido otra y no solo la de ella, sino también la de sus hijos.

*

Mi abuela me dice que a los días de haberse ido el Toño, llegaron a su casa los milicos. Tocaron la puerta preguntando si ahí vivía o había vivido un Antonio Portuondo, o si lo conocían. Estaba ella sola en la casa. La Lily había ido a hacer unos trámites relacionados a su posible viaje.

El Toño se había ido ya hacía seis meses.

Cuando tocaron la puerta, ella estaba ordenando unas revistas. Le pareció raro que alguien llamara a la puerta a esa hora. Más que una puerta, era un portón de lata que había que golpear fuerte, con una piedra.

¿Es usted la madre de Liliana Valenzuela? Sí, soy su madre, ¿sucede algo? Estamos buscando a Antonio Portuondo, tal vez lo conoce, su yerno. Figura en los registros como casado con su hija. Sí lo conozco, pero él no vive acá. Hace mucho que no lo veo. ¿Y su hija

vive acá? Sí, pero no está, salió a hacer unos trámites. Ellos dejaron de verse hace meses. Terminaron su relación. Pero figura que tienen un hijo. Sí, lo tienen y mi hija y su hijo viven conmigo, pero como le digo, ellos terminaron hace meses. ¿Tiene información de dónde podría estar él? En absoluto, jamás nos llevamos bien.

Años después, una vez que íbamos en auto con mi abuela, en esos paseos que dábamos cada cierto tiempo por la ciudad, pasamos por afuera de un regimiento. Yo tenía unos diezaños o incluso menos. Cuando íbamos pasando por al frente de dos milicos que estaban de pie haciendo guardia, mi abuela me dijo: nunca miren directo a los ojos a un milico, porque si lo miras, te podrían disparar y matarte.

*

Cuando la Lily por fin recibió el pasaje, estaban tomando once. Mi abuela me dice que llamaron a la puerta y recordó, con esa llamada inesperada, cuando meses atrás los milicos llamaron a la puerta.

Eran las siete de la tarde. Invierno, oscuridad y frío. La Lily se levantó, se imaginó que tal vez la pasaba a visitar algún familiar del Toño que venía con noticias. Se puso inquieta, le surgió algo de miedo, que trajeran malas noticias, que lo hubiesen detenido, que incluso lo hubiesen matado.

Se puso un abrigo y salió a abrir la puerta. Busco a la señora Liliana Valenzuela. Soy yo. Le traigo esta carta prioritaria. Firme aquí. Firmó y de inmediato abrió el sobre. Venía un pasaje para Brasil para tres meses más.

*

La noche en que el Toño dejó Chile era verano. Pleno enero. Hacía un calor intenso. Era mejor viajar con ese calor por Sudamérica, decían los expertos. No era bueno internarse en paisajes fríos en moto. Si te quedabas sin bencina o tu moto se echaba a perder, podrías llegar a congelarte.

Esa noche y la anterior se alojó donde unos familiares en San Francisco. Solo ahí se sentía seguro. Sabía que en cualquier lugar de Rancagua que se alojara, podrían encontrarlo. Ya le había pasado a amigos suyos, que se alojaban en casas supuestamente muy seguras, y ahí llegaban los milicos, horas antes de partir. El Toño no quiso tomar ese riesgo. Le dijo a la Lily que se fuese esas dos noches con él a la casa de unos primos. La Lily, a pesar del miedo, no lo dudó. Tal vez serían las últimas noches en que vería al Toño. Dejaron al Marcos conmigo, me dice mi abuela.

Esas noches salieron a caminar por el pueblo. El clima estaba agradable, había un olor intenso a pasto mojado, a tierra, a árboles frutales. Se escuchaban los mirlos y los tordos.

También muchos grillos. Los grillos eran señal de buena suerte, lo que tranquilizó mucho a la Lily, lo sintió como un vaticinio.

Antes de despedirse, le pidió que por favor se comunicara apenas pudiese. Él le dijo que lo haría, pero que no de inmediato, que mejor dejaran pasar unos días, unas semanas, o incluso para mayor seguridad, un mes. Que no era seguro, porque podrían dar con su paradero, traerlo de regreso, encerrarlo.

*

Mi abuela me dice que la madre del Toño nunca se perdonó el accidente, que se lo contó la Lily, que el Toño se lo contó a ella. Esa tarde había salido al mercado a comprar las frutas y verduras para la semana. No quiso llevarlo porque cuando lo llevaba, le costaba comprar, se demoraba el doble y a veces el Toño le pedía muchas cosas.

Era víspera de Semana Santa, un día miércoles. Se tomó toda la tarde para ir a comprar pescados, mariscos y verduras para cocinar para todo el fin de semana. Había aprendido algunas recetas españolas.

Esos días la carnicería aún estaba abierta. Los clientes compraban carne para poder comerla el domingo de resurrección. Algunos la congelaban, por eso el miércoles la carnicería estaba, a pesar de todo, llena.

Se demoró un poco más, porque el mercado estaba repleto, además que se encontró con varias vecinas que andaban en lo mismo.

A las seis de la tarde, llegó corriendo al mercado un vecino de la carnicería. Gritaba. Buscaba desesperadamente a Graciela, la madre del Toño.

*

El Toño llegó en su moto al punto de encuentro antes que su amigo. Tuvo que dar dos vueltas antes de que llegara. Por momentos pensó que no llegaría. Si no llegaba, igual iba a partir. Lo esperaría media hora, máximo veinte minutos, si no podría generar sospechas. Tal vez había tenido algún imprevisto, o se habría arrepentido de huir o incluso podría haber pasado que lo habían agarrado los milicos. Sería más difícil hacer el viaje solo, pero ya había tomado la decisión. Tenía algunos contactos de amigos de sus amigos anotados en unos papeles sueltos. Trataba de no apuntar nada en libretas. Escondía esos papeles en lugares donde jamás serían encontrados. Estaba preparado incluso para comérselos. A veces, escribía algunas frases en clave.

Esta vez había apuntado el nombre de tres personas en la ruta y sus direcciones. Podría alojarse en esas casas, darse una ducha, descansar un par de días. Esas personas aún no sabían que él podría llegar, pero estaban atentos a la realidad de Chile y sabían que en cualquier momento les tocaría recibir a algunos del partido que hubiesen salido de Chile.

A los quince minutos, llegó el amigo del Toño en su moto. Era la segunda vuelta que el Toño se daba alrededor del punto de encuentro.

No se detuvieron, solo se miraron, siguieron en la ruta, uno adelante del otro. Se veían como una sola línea perdiéndose en la carretera.

*

La madre del Toño tiró todas las compras lejos. No se preocupó de las verduras, de las frutas y lo que llevaba en la bolsa. Dejó todo tirado en el suelo. Incluso el monedero que llevaba. Salió corriendo. Estaba a cinco cuadras de la carnicería. Tardaría diez minutos en llegar, pero lo hizo a los dos minutos, corriendo. El vecino la seguía atrás, le decía que tranquila, que todo estaría bien. Ella gritaba, pero cómo va a estar todo bien. Mi hijo acaba de tener un accidente, ¿cómo va a estar todo bien?

Cuando entró a la carnicería vio los puntitos de sangre que iban desde la máquina y salían por la puerta, camino a la Alameda, donde estaba el hospital. Un vecino se había quedado adentro, cuidándola. ¿Dónde están?, preguntó ella. El padre del Toño le había envuelto la mano en una tela, de esas que usaban para limpiar, y lo llevó en sus brazos hacia el Hospital Regional, que estaba a tres cuadras de la carnicería.

El Toño iba inconciente.

La madre se tiró al suelo, arrodillada y se puso a rezar.

Padre nuestro, perdona nuestros pecados.

Madre santísima, ayúdanos.

Protege a mi hijo.

*

Durante los siguientes tres meses, la Lily se dedicó a preparar el viaje. En la carta no venía ninguna indicación, pero suponía que tendría que llevar algunas cosas que allá no podría comprar. Yo la ayudé en todo, me dijo mi abuela. Estuvimos tres meses recorriendo el centro de Rancagua, comprando cosas básicas para el viaje, sobre todo las cosas que Marcos necesitaría. Tal vez allá no podría comprarle ropa ni zapatos. No sabía cómo vivía el Toño allá, si se habría gastado todo el dinero en el viaje. No había más información en la carta. A veces se lo imaginaba pobre, delgado, con barba y cesante. Otras veces se lo imaginaba muy bien, en una casa hermosa, con dos perros, un lindo patio y con un buen trabajo.

Compró zapatos, ropa para dos años, para tres incluso. Para distintas estaciones y edades del niño. Jabones, pasta de dientes, dos chocolates, calcetines, ropa interior para ella, algu-

nas camisetas para los tres, paños de cocina, fideos, un paquete de dulces, sopas de sobre, caldos Maggi, algunas imágenes de vírgenes y santos.

Averiguó bien lo del clima y en base a eso hizo todas las compras.

Fuimos poniendo todo en una maleta. Sabía que con el pasaje tenía derecho a llevar solo una, y no podía excederse en el peso. Siempre se lo estaba recalcando: Lily, no te vayas a exceder en el peso, que llevar sobrepeso es muy caro.

Cuando Marcos ya estaba durmiendo, se ponía a ordenar la maleta, ponía y sacaba cosas. Se comía algunos chocolates por la ansiedad de la espera, envolvía todo en bolsitas, sobre todo las pastas de dientes y los jabones para que no mancharan la maleta. También contaba las cosas, hacía listas.

Siempre me decía, mamá, hacer la maleta, hacer esto cada noche, me pone más cerca del viaje, de llegar a Brasil, de reencontrarme con el Toño.

*

El día que se casaron, me dijo mi abuela, el Toño terminó completamente borracho. Lo tuvieron que ir a acostar entre cuatro amigos. Había tomado todo el día, y ya a las doce de la noche no daba más. Antes de caer completamente, dio un discurso acerca de su compromiso con la vida, pero por sobre todo con el partido. Prometió ir hasta las últimas consecuencias. Que ganarían esta batalla y si había que morir, moriría.

La Lily ya estaba embarazada y ese discurso la puso muy triste. Mi abuelo se acostó temprano. Estaba cansado, tampoco le caían muy bien los amigos del Toño, tenían diferencias políticas importantes. No quería discutir con nadie en el matrimonio de su hija, no quería arruinarle la fiesta.

*

Si bien la Cora se desarticuló en el año 78, mediante el decreto de ley 2405, el Toño tuvo que salir antes de ella, el 73, por recomendaciones de sus superiores. Comenzó a correr la voz de que los que trabajaran en la Cora y además militaran en un partido de izquierda, serían perseguidos, encarcelados o incluso que los podían hacer desaparecer o matar.

Una mañana su jefe lo llamó a reunión. Se encerraron en una oficina y él le explicó los riesgos de que continuara en ese cargo.

El Toño tomó de inmediato la decisión. No lo pensó demasiado, ni siquiera lo habló con la Lily. No le consultó a nadie, y dejó la oficina esa misma tarde. Fue a su escritorio, revisó todo lo que tenía ahí. Dejó todos los papeles con los que trabajó años, sacó unos lápices y unas fotos y partió a la casa.

Tenía una foto de su madre, Graciela, enmarcada. La guardó entre otras que se llevó.

Allá le contó la noticia a todos los que estaban. Llegó temprano, sobre las cinco. Siempre llegaba pasadas las siete. La Lily, que venía de una familia de derecha, donde se hablaba poco de política, se molestó al principio. Qué iban a hacer ahora, de qué iban a vivir. Él le dijo que eso no era importante en esos momentos. Que había otras cosas importantes como que probablemente tuviera que irse de Chile.

*

Cuando llegaron al hospital, ingresaron de inmediato al Toño a urgencia. Iba inconciente. La sala de espera estaba llenísima. Guaguas lloraban, ancianos se quejaban de dolor de huesos, algunas embarazadas estaban a punto de parir y otros no eran capaces de contener una tos alérgica.

Su padre iba con la camisa y el pantalón lleno de sangre. La mano pendía de un hilo y esa venda que su padre había improvisado ya no resistía la presión de la sangre. Todos se voltearon para ver la escena. Lo ingresaron a la UCI de inmediato, a pabellón, luego a cirugía.

Lo ingresaron para operarlo. La operación del Toño duró ocho horas. Lo intentaron. Fueron llegando al hospital los amigos y familiares. La madre estaba deshecha. No paró de llorar en esas horas en que operaban a su hijo. Solo rezaba y lloraba.

A las ocho horas salió el doctor y dijo que lo sentía, que había sido imposible, que no había nada más que hacer. Que tendría que aprender a vivir con una sola mano, con la izquierda.

*

El día en que la Lily partiría a Brasil se levantó a las cinco de la mañana. El vuelo salía a las ocho de la tarde desde el aeropuerto Arturo Merino Benítez, en Santiago. Los llevaría en el auto que tenía desde hacía dos años, un Fiat 600 rojo, de dos puertas.

Nos demoramos dos horas y media en llegar al aeropuerto desde la casa, fue un viaje agotador, sobre todo para allá. A veces Marcos lloraba, pensamos que el auto se iba a detener en cualquier momento, el tubo de escape sonaba y tiraba un humo espantoso.

Salimos a las dos de la tarde y llegamos a las cuatro y media en punto.

*

Cuando el Toño despertó después de la operación, estaban sus padres acompañándolo. Los médicos les dijeron que eso era lo más apropiado. Que él despertara y que sintiera de inmediato que había gente con él, que estaban sus más cercanos.

Los médicos les habían dicho el horario en que despertaría. Los padres estuvieron toda la noche culpándose de lo que había sucedido. Primero el padre le dijo a la madre que ella se estaba demorando mucho en el mercado. Ella le decía que por qué dejó de observarlo en la carnicería, que a un niño de doce años no lo puedes dejar de mirar. El padre le decía que eso era estúpido, que eso es solo hasta los cinco años, que luego puedes dejar de mirar a un niño todo el tiempo, las veinticuatro horas. Que él estaba trabajando, que había muchos clientes y que el Toño quiso ayudar. Lo dejó, pero que jamás habría imaginado.

Los médicos los escucharon discutir. Se les acercó una doctora y les dijo que ya estaba, que no había más que hacer, lo mejor era que apoyaran a su hijo y se apoyaran entre ellos. Esto no iba a cambiar, y lo importante es que ellos podían hacerlo más llevadero.

Decidieron dejar de discutir. El Toño iba a despertar pronto y tenían que estar con él, tranquilos.

Cuando despertó, estuvieron a su lado, lo abrazaron e intentaron no llorar, pero la madre no contuvo las lágrimas, le dijo que la perdonara, que toda la culpa era de ella.

El padre se quedó en silencio.

*

El padre del Toño no dejó de trabajar ni un día. Abrió ese mismo lunes la carnicería, pero no atendía él, se pasaba mirando al infinito, pensando o intentando leer el diario. Envío a dos de sus trabajadores a atender.

La carnicería comenzó a generar menos ventas. El padre del Toño comenzó a descuidarla. Ya no salía a recorrer la ciudad en busca de nuevas ofertas, no regateaba precios. Compraba menos mercadería, comenzó a verse cada vez más vacía. Tampoco limpiaban mucho. Estaba cada vez más llena de moscas. Le costaba pagarle a la mujer que limpiaba en las mañanas, comenzó a limpiar él mismo al cerrar. Nunca quedaba demasiado bien, siempre se veía como un lugar muy descuidado.

Si bien los vecinos se pasaron el dato de que ya no había nada muy bueno que comprar ahí, algunos seguían apoyando a la familia. Sabían por lo que estaban pasando.

En la terapia con la sicóloga, el Toño siempre dibujaba el momento antes de todo. Que estaba en la carnicería jugando con un auto de madera, tirándolo de un lado para otro.

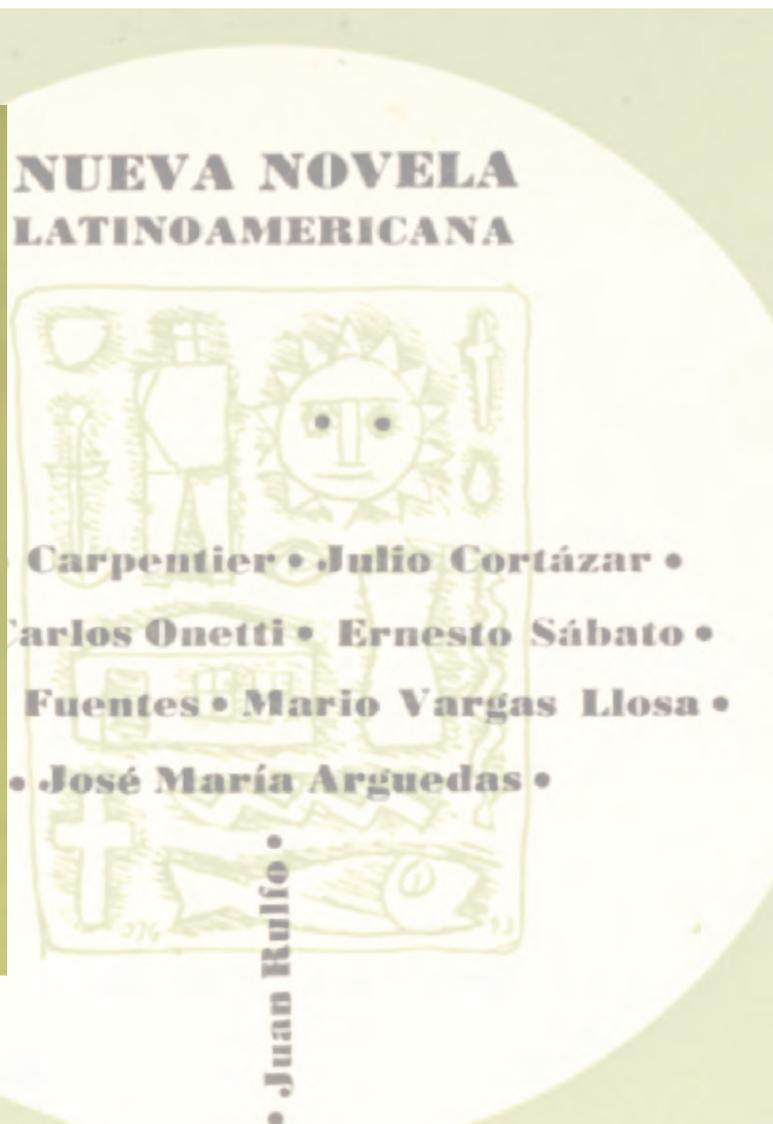
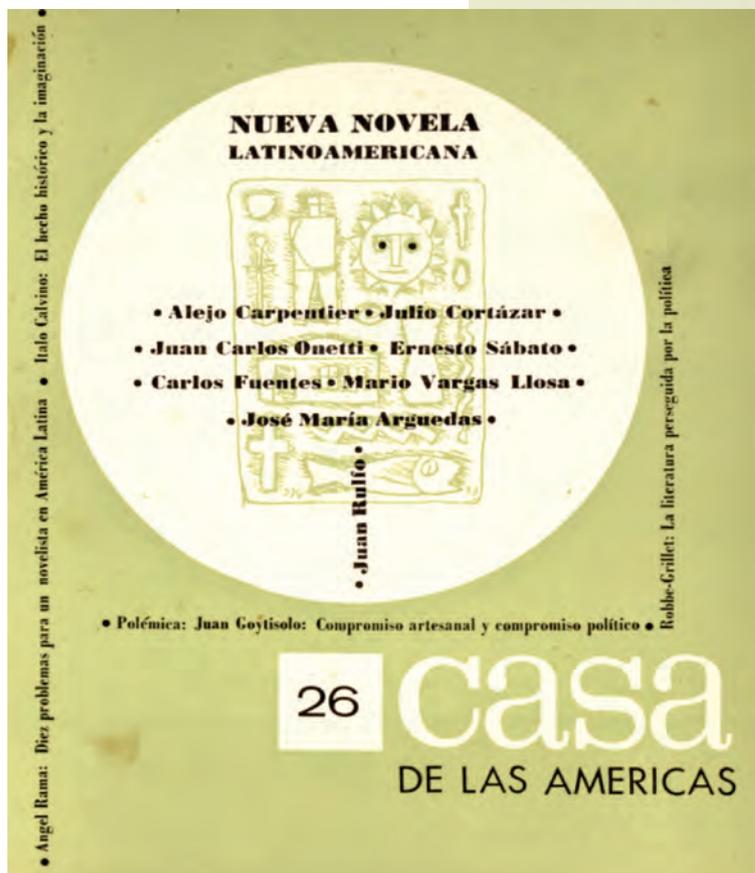
*

Cuando el Toño y su amigo llegaron a la frontera decidieron pasar juntos. Si algo pasaba, ambos tenían que saberlo. No podían abandonarse. Si alguno no lograba pasar, el otro debía seguir y se comunicaría con los familiares y los del partido, y les daría la noticia. Si ninguno de los dos lograba pasar y los detenían, ya verían cómo daban aviso. Si pasaban ambos,

y es lo que sinceramente esperaban, seguirían ruta hasta São Paulo, se alejarían rápido de la frontera, se detendrían en las ciudades donde tenían conocidos, más bien amigos de sus amigos, y que los podrían alojar, comer bien, ducharse y descansar un par de días.

Cuando llegaron, era muy tarde. Había solo tres milicos de turno. Les olieron el olor a alcohol. Hacía frío, así que de seguro estaban bebiendo. Eso era bueno para ellos porque no serían tan severos. Uno les pidió sus pasaportes y se dirigió a una caseta a mirar los apellidos en una lista. Se demoró bastante. Seguro algo le había parecido raro, pensaba el Toño, que de repente comenzó a mirar hacia dónde podrían arrancar en caso de tener que hacerlo.

Hacia dónde van, les preguntó una vez que regresó con sus pasaportes. Vamos a un festival de motoqueros que se hará en Brasil en un par de días, contestaron, una respuesta que ya habían ensayado. Y volteándose luego hacia el Toño, le dijo, y a usted, ¿qué le pasó en la mano? **C**



El Desamparo

1.

Al principio los confundí con una bandada de pájaros, porque les decían Los Loica. Pero sus plumajes estaban manchados de mugre, con suerte podían volar. Se derretían al sol como ícaros sobre canchas de tierra. Después de eso, me di cuenta, eran aves carroñeras. Aunque su tendencia de accionar fuese colectiva, este *modus operandi* de clan era solo casualidad. Actuaban figurando el espanto porque así aprendieron. Metían miedo como les habían metido a ellos mismos. De maltratados a maltratadores. Los imaginaba intentando poblar las cenizas, con las voces de quienes muy chicos conocen la muerte y se hacen inmunes a su perpetuidad y descendencia. Lo de ellos era del mismo talento de quienes, se dice, tienen la sangre justa para tirar a matar.

De todos modos, en este lugar del mundo daba igual, todos veníamos de un lugar similar. Si alguien puede llegar a volar sin caer es con un prensado directo al cielo, esnifar una bolsa de pegamento en la bajada del papelillo y seguir con la botella de pisco. Cuando uno se inicia en el vuelo, nunca lo hace tan alto. Al menos, eso dicen aquellos que planean de mejor forma entre nubes e infierno. Esquivando balas en la acrobacia, surcando el cielo con su aleteo maestro. Cuando uno se inicia en el vuelo, se escucha una cumbia triste al costado del canal.

2.

Acá siempre es verano. El hedor de las alcantarillas brota desde todos los rincones y el sofocante calor del asfalto nos rebota en el cuerpo. Incendios en los cerros. Incendios en cada basural.

Cada mañana, apenas superados los veinte grados, los grifos comienzan la transformación manantial de sus vertientes.

Nuestro mayor desafío es espantar mosqueríos que acompañan la asfixia estival. Este paisaje no es muy distinto a los paisajes del abandono. De nada sirve acá la descripción del montón de cartones que forma una casa; o el metal de las horas entre techo y muralla con el ripio eterno de lo que alguna vez pretendía ser una construcción. Tú dale un nombre marginado por el centro, un nombre habitual en la prensa roja, acá le llamamos: El Desamparo.

3.

Había escuchado el nombre de la bandada varias veces en el rumor vecino de las calles. Un murmullo de gorjeos hacia la cordillera, una bonita forma de mencionar que vivían en el Campamento Lautaro. Pequeños cuerpos huesudos que miraban a transeúntes y extranjeros con la perseverancia perfecta de quién traza un plan. El truco de las aves carroñeras es arribar y esperar la muerte, cuando alguien antes hace el trabajo de la caza. Aquí, las cosas han cambiado, más que un plan es puro impulso. Cuando la furia arde en la sangre para poder sobrevivir, el aliento rabioso de su virus les habita, como una mancha de nacimiento dispuesta a ser linaje.

Digamos que esta es la parte en que todo comienza. Hemos visto a muchos volver a nacer o volver de la muerte. Los nombres familiares se escriben a diario como marca registrada. Sin embargo, acá estábamos listos para los movimientos de una sola bandada de pequeños infantes, dueños sin división de la ciudad. Preparados para el engranaje de lo que pudo o no suceder, pero así fue y así continua:

–¡Aló, Aló! –gritaba una chica delgada, a quien hace un rato había visto intentando mirar por el plástico de las ventanas.

–¿Qué se le ofrece? –le preguntaba una señora en la esquina. Al parecer era la Marina, pero desde donde yo estaba poco veía el rostro, más bien la silueta y su escoba en ruinas, haciendo como quien barre y conversa a la vez.

–Me llamo Tamara, soy de Asistencia social –contestó o algo así le escuché decir, porque justo cuando pasaba a su lado, la evangélica interrumpía mi curiosidad, pasándome el par de marraquetas que había ido a comprar.

–Mmm, ahí no vive nadie ya. Se ganaron el subsidio el mes pasa’o y a veces se meten a jugar los pendejos de la Villa Cancha o los del Campamento Lautaro –dijo la Marina.

–Ahhh, gracias –contestó Tamara, que cuando se dio cuenta del grupo de carroñeros abandonado en el interior de la morada, su cuerpo entero goteaba parafina y su pelo se incendiaba como una postal revolucionaria.

4.

Luego, dos escenas:

1- La mujer gritando en llamas dando vueltas por el suelo, intentando apagar el fuego. Mientras el grupo de infantes alados circundaban su cuerpo. Bailando y desprendiendo joyas y monedas.

2- La billetera de Tamara flotando en el canal, junto a un par de tarjetas plásticas de tiendas comerciales y fotos tamaño carnet de niños de la misma edad que la bandada.

Todavía no era mediodía.

5.

El mismo sol impetuoso sobre nuestras cabezas. En el día los grados no bajaban de los treinta, yo acostumbraba a caminar, arrastrando los pies en el agua del grifo para refrescarme. La vida candente del sector, nos desprendía de la cama bien temprano. Es terrible dormir con ese ardor punzando la piel, nunca hubo ventilación bajo el cerro, un falso valle era lo único que nos quedaba. La población estaba aún más sofocante. El gentío habitual de las esquinas o los que sobrevolaban la cancha no se vislumbraban muy fácilmente y era difícil conseguir un porro para seguir el día. Caminaba de un lado pa' otro, vigilando también qué ojos me miraban. Era difícil por estos días el tránsito seguro. Ni yo misma confiaba de mí, tenía la lengua suelta y la culpa corroía mis sueños traspirados durante la noche.

6.

Lo que supimos de la pobre cabra fue por la tele. Estuvieron transmitiendo la noticia durante toda la tarde, los médicos decían que tenía quemaduras de riesgo vital. Decían que estaba en la frontera entre la vida y la muerte. Esa frase resonaba como un eco entre los remolinos de tierra.

Nos pusieron toque de queda y llegaron tanques de guerra. Todo El Desamparo hablaba a susurros, de nuevo era el miedo que nos inmovilizaba. Nos habíamos criado a punta de porrazos y aunque arrancamos, nuestros cuerpos estaban adiestrados bajo el pánico. Por eso volábamos cada tanto, para sobrevivir y olvidar.

A los días siguientes, salieron nuevas versiones. Estuve varias tardes encerrada viendo la tele, escuchando las historias que inventaban de nuestro hogar, pero solo algunos sabían la verdad, solo algunos podían llamarse testigos. Solo nosotros vivíamos acá.

Desde el cerro al canal, cambiaron los soldados. En vez de pequeños pájaros que vendían, ahora había patrullas militares y drones que despegaban vigilantes sobre nosotros, pájaros mecánicos dispuestos a dispararnos al menor movimiento. Igual me las arreglaba, mi dosis de pisco y porro, seguía siendo la misma. Entre sorbo y sorbo, la cabeza me domaba, las sombras de la casa se transformaban y el Cholo, mi perro, decía: tú eres testigo, di lo que pasó, mientras movía la cola.

No podía dormir, las alucinaciones del cerebro molido en pisco. La resaca hasta la bilis. Y el cerro en llamas como siempre.

7.

Entre tanto y tanto, tuve un sueño donde volaba alto y tranquila sobre la cancha. Justo había una pichanga de Las Águilas contra Los Cóndores. Las chiquillas iban ganando, tres goles arriba de los cabros. La cosa es que, de pronto, se me olvidaba volar y caía sobre el canal. Mientras intentaba no ahogarme, escuché una voz. Veo un cuerpo, luego dos, luego mil, como cuando fijas tus ojos en una estrella y aparecen todas a la vez, titilando. La voz me decía que estaban ahí, que tenía que salvarlos. Después, cambiaba el escenario y aparecía en una casa abandonada, una casa similar a la que habitaban Los Loica. Parece que llevaba viviendo un tiempo ahí, porque tenía una fábrica de moler gente. Vendía a quinientos pesos el medio kilo. Desmenuzaba los trozos y los ponía en un *cooler* de helados. Entonces guardaba la carne fresquita para las caseras del barrio. Me iba bastante bien, hasta que las cabezas empezaron a hablar. Ese era el fin, nadie quería que su comida le dijera que había muerto. Después el Cholo decía, te lo dije. Desperté, pero el olor a muerte me seguía. No podía quitar el olor a sangre de mis manos. Debía hablar, ya no sacaba nada con balbucear mi resaca.

8.

De los nuevos antecedentes reunidos, el gobierno decía que la mujer había sido atacada por un grupo de migrantes. Los noticieros apostaban que había sido asaltada por una banda de narcos y en su afán por salvarse, le habían rociado combustible para incendiarla.

Al final de la semana, lo pacos encontraron a dos sospechosos que podrían estar vinculados. Al parecer tenían un dato o alguien soltó la lengua primero. Al mostrar las imágenes de los supuestos atacantes, los periodistas de la tele, incrédulos, veían que se trataba de un par de niños, no tenían más de ocho años.

9.

Noticias de última hora, cadena nacional:

«Encontraron a los delincuentes del terrible atentado, se trata de un grupo de niños, les dicen: “Los Loica”. Al menos siete menores de edad, entre los ocho y los catorce años. Provenientes del Campamento Lautaro de El Desamparo, habrían participado en el delito. Se cursaron órdenes de aprehensión para iniciar la captura».

10.

Nadie sabía muy bien en qué iba a terminar la fama que había adquirido nuestro hogar. Acá nadie quería hacerse famoso, nos gustaban las sombras. Ahora estábamos militarizados, vigilados entre drones y cámaras. En cambio, en la tele a cada rato salía alguien que quería opinar del destino de Los Loica, puros nombres rimbombantes para hablar y justificar la cárcel de menores.

Nosotros sabíamos qué pasaría con ellos, volverían a la matriz. Un eterno retorno, ese de ir y venir al lugar de donde todos nos escapamos. No hay que ser muy brillante para conocer el mundo de críos vándalos en el universo penitenciario. Tortura por ausencia. Mamadas por droga. Antidepresivos por violaciones.

Dejar niños y sacar cadáveres. O pájaros. Ese era nuestro miedo y había vuelto.

11.

Noticias pretenciosas se repetían en casi toda la prensa, mitad verdad, mitad ficción. En la dudosa investigación, se databan algunas fechas de nacimiento. Catastros de colegios donde habían asistido y otros crímenes causados por la bandada. Pero a nadie le interesó la historia del abandono.

A los pocos días se filtró la declaración de un Loica. Fue en un reportaje televisivo con una loca cuica hablando de delincuencia. De fondo un rap marginal. Imágenes de gente esforzada versus los pájaros. Los periodistas disfrazados como si nuestro hogar fuera una guerrilla. Infiltrados grabando el lenguaje de nuestros pájaros. Nuestras canchas de tierra, los blocks, las casitas de cartón, el cerro, el basural, el canal. Todo El Desamparo sitiado. Las cabras gritando que se vayan a la chucha. Los pájaros esnifando, fumando, aspirando, consumiendo, volando. La dosis, la dosis. Las Águilas con Los Cóndores contra la tele, la policía, los milicos y los drones. Las banderas de las cabras y sus capuchas hermosas, las barricadas, las piedras.

A final del reportaje, aparece el Loica con su rostro cubierto, gritando: —¡Nosotros solo teníamos hambre!

Pero aquí todos tenemos hambre. Hambre de muerte, hambre de fuego, hambre de pasta, hambre de porro, hambre de pisco, hambre de liberación. Nosotros somos los únicos que sabemos que el hambre nunca viene solo. **C**

Había una vez un pájaro*

Había una vez un pájaro. Dios mío.

CLARICE LISPECTOR

|
Mi padre es el protagonista de esta historia, pero mi padre no está. Tengo que ir hacia atrás y raspar mi cabeza con una astilla para que aparezca. Con su partida hubo un cambio en la casa. No hablo de la renovación del papel mural ni de los electrodomésticos. Me refiero a que todos empezaron a estar un poco locos. Aunque suene cuerdo, creo que yo también estuve loca. Raspo y aparece: mi padre como una figura de cristal, a punto de romperse. Yo vengo saliendo de una hepatitis que me ha tenido dos meses en cama y de la que solo recuerdo el olor a fritanga allá lejos, en la cocina, y las compotas de fruta desahrida que me traían a la pieza. Lo que ocurre esa noche no llego a comprenderlo bien entonces. No en su precisión, digo, no en sus alcances. Los días previos todos andan alterados y supongo que aún no existe la voz nocturna que luego acompañará a mi madre. O existe en unos decibeles y en unos sitios muy discretos, no lo sé. Durante esas noches yo prendo el televisor y lo dejo sin volumen. Veo pasar las imágenes por la pantalla, mientras oigo los murmullos de la casa. Me gusta esa banda sonora. A veces miro unos dibujos animados de gente con ojos grandes y caras geométricas. La historia de Candy, por ejemplo, que se llama como nuestra gata. Imagino que la voz de mi padre es igual a la de Anthony, el novio de Candy, con una entonación áspera que lo vuelve elegante. Es lejos lo que más me gusta de

* Fragmento del volumen homónimo, publicado por Editorial Cuneta en 2013.

mi padre, su voz. Mi madre en cambio habla como soprano. No sé cómo la soportan con su vocecita de flauta, pobre. Nada que ver con el vozarrón seco de su hermana Berta. Ronca, rasposa la voz de mi tía, como de cantante nocturna y no de la profesora de castellano que es en realidad.

Pero la noche de la que hablo, la noche que necesito recordar para ordenar esta historia, mis padres fuman como si estuvieran compitiendo y tal vez no duermen ni un minuto. Una de las secuelas de la hepatitis es que todo me da asco. El olor del tabaco me revuelve la guata, pero no reclamo. Yo nunca reclamo. A la mañana siguiente, en el desayuno, mis padres son un par de zombies. Antes de que las tazas de té con leche estén vacías y con los panes a medio comer, de golpe me encuentro sola, sentada en el comedor, escuchando un sonido de balas que viene de la calle. ¿Y la Amanda? ¿Dónde quedó la Amanda?, grita mi mamá desde el pasillo. Están los tres apilados en el suelo, un solo bulto entrelazado. Los tres y la gata, en realidad, que mi hermana Virginia sostiene en sus brazos. Mi papá corre al comedor, me rescata de la silla y con el cuerpo agachado, medio reptando los dos, me lleva con el resto de la familia. Aún retumban las ráfagas de metralleta allá afuera, en el cielo, como relámpagos de una primavera metálica. Mi madre me abraza fuerte, culposa, y yo pregunto qué pasa. Pero ella dice que no estamos en edad de entender, que paciencia, que algún día nos van a explicar todo.

Y nunca estamos en edad y no hay explicaciones y el cielo retumba, vidrios rotos, olor a pólvora, camiones blindados, pájaros ardiendo en la noche, y mi padre desaparece. Y vienen unos días en que el silencio se vuelve una sustancia espesa, casi masticable en el aire, y no tenemos noticias de mi padre ni del tío Ramón ni de Lucas. Recién empezamos a entender algo unas semanas más tarde cuando mi madre y Berta nos sientan a las tres primas y nos piden que escuchemos bien lo que nos dirán. Todo es redundante entonces, a pesar de los silencios. Todo suena demasiado grande, demasiado solemne. Lo que nos dicen es que volveremos a ver a mi papá y a Ramón. A Lucas no lo veremos porque está escondido, admiten, afortunadamente está a salvo. Y no dicen mucho más. Al día siguiente nos levantan temprano y nos llevan a San Miguel.

Es una cárcel improvisada, en realidad, una cancha de cemento con cientos de personas, más hombres que mujeres. Después sabremos que las mujeres son visitas, familiares de los detenidos, igual que nosotras. Algunos están sentados en bancos de madera, otros conversan de pie y otros –mi hermana, mi prima, yo– leemos los diarios murales y nos quedamos pegadas en esos fusiles, en esas letras gordas trazadas con plumón, llenas de exclamaciones. Berta abraza al tío Ramón, flaco como un poste. Tiene puesta una chaqueta de mezclilla clara, casi blanca, que contrasta con sus mechas negras. Mi padre demora en llegar al galpón desde su celda, no sé por qué lo tramitan. Lo primero que veo es su cabeza cubierta por la boina rojinegra que le regaló Lucas en sus años de estudiantes. Se ve raro, pienso, como fuera de lugar. También se ve débil y ojeroso, pero no parece malhumorado. No todavía.

Mi madre le dice algo al oído y también se abrazan y ahora se besan. Es un beso largo, aunque nada de intenso. Me parece un beso irreal, no sé cómo decirlo. Virginia mira para otro lado y prácticamente no habla durante toda la mañana. Yo me siento sobre las rodillas de mi padre y le pregunto hasta cuándo va a estar acá. Él me mira como si no entendiera mi lengua, como si yo fuera una extraña, y solo atina a encender uno de los cigarrillos que le hemos entrado en la encomienda. Le pido que no fume encima mío, a pesar de que soy yo quien está encima suyo. Un poco de humo no te va a hacer nada, Amanda, me dice. Pienso que le habla a otra persona, a mi madre o a mi tía, no a mí.

—Tienes que tener paciencia —le hace ver mi madre con su voz finita—. Tú sabes que esto va a pasar luego.

—¿Luego de qué? —se ríe mi padre. Es una risa impostada, parecida al beso que se han dado al inicio—. ¿Luego de quedar hechos mierda?

—Por favor, por favor... —lo frena ella. No sé cuál será el favor que le pide. Mi padre tampoco lo sabrá, porque entonces le dice que no hable leseras y todos nos quedamos callados un buen rato hasta que Virginia saca el mate de la bolsa y la yerba nos devuelve el ánimo.

A las once de la mañana cebamos mate en un galpón de San Miguel. Desde entonces y por un buen tiempo, cada martes a las once de la mañana cebaremos mate amargo con mi padre —solo a mí me gusta con azúcar, pero no hay ni un gramito dulce ahí adentro. Luego iremos aprendiendo otras formas de matar el tiempo. Con Camila y Virginia agarraremos las sillas desocupadas, pondremos el respaldo hacia el suelo y las patas metálicas hacia arriba y nos ubicaremos en línea. La que tenga el número mayor en la ficha que nos entregan los gendarmes al entrar, dará la partida. El chirrido de los fierros contra el cemento será el inicio de la carrera de sillas, y la primera en llegar a la meta tendrá que dar una vuelta en *u* y desandar el trayecto. Casi siempre gana Camila, más grandota y forzada, mucho más veloz que mi hermana y yo. Pero no hay premios para la ganadora, eso ni se nos ocurre.

Recién ahora que los miro de lejos me doy cuenta de que me gustan esos martes. Aunque mi padre esté muy caviloso y fume como el condenado que es entonces, me gustan los martes de visita. Cuando suena el timbre siento que nos golpean el cráneo, que nos electrifican. Es mucho peor que el del colegio. Veo el gesto desafiante del gendarme posando su dedo en el interruptor y me tapo los oídos. Pórtense bien, dice mi papá, haciéndole el quite al timbre. Y claro que nos portamos bien, no nos queda otra. Cuando vamos sin mi prima ni mi tía, con Virginia salimos unos minutos antes para que nuestros padres puedan despedirse solos. Cinco o diez minutos, nada más. A veces mi madre cruza la puerta metálica de salida con la misma expresión de mi padre. Hundida, ojerosa. Como si fuera ella la que estuviera detrás de las rejas. Yo le digo mamá, acá estamos. Pero su silencio es una corriente espesa y contagiosa, y no hay quién la saque de ahí durante los primeros pasos por la calle. Hasta que de a poco empieza a recuperar sus gestos originales, vuelve a ser ella, y entonces ya hemos llegado a la Gran Avenida y subimos a una micro que nos trae de vuelta a la casa.

Yo intento que el circulito de tinta morada con el que los gendarmes nos marcan el brazo me dure la semana completa. Y me arremango el polerón del colegio para que todo el mundo lo vea. Mi madre me reta, dice que tenemos que borrarlo con alcohol, que es peligroso dar esas señales en público. Pero a veces se le olvida. Todos los martes de ese tiempo mis padres discuten y luego se abrazan. Apenas veo que abren la boca, me encucillo al lado del banquito y dejo que uno de los dos me acaricie el pelo. Creo que lo hacen por inercia, me acarician para tener las manos ocupadas en algo. Yo podría ser un peluche y actuarían igual. Sus diálogos van y vienen por un camino ripioso. Discuten un buen rato hasta que uno dice discúlpame y el otro responde no, por favor, discúlpame tú a mí. Después se abrazan sin mucho entusiasmo y vuelven a hablar en murmullos, a agarrar el tono normal, a subirlo paulatinamente, a casi insultarse otra vez. Cuando llegan a ese punto del diálogo me convengo de que sus voces provienen de un cuenco vacío. Ya no les sirven las palabras, pienso, porque ya se han dicho todo, de todas las formas posibles. Pero ellos siguen hablando y no paran y no pararán hasta que uno de esos martes en la mañana mi madre tenga la ocurrencia de contarle que Lucas apareció y está en nuestra casa.

—¿Lo estás cuidando? —pregunta mi padre.

—Me imagino que esa pregunta no es en serio —responde ella. La voz le suena delgadísima, un hilito a punto de romperse, pero la sostiene hasta el final—. El abogado dice que tiene que estar en un lugar con gente, acompañado.

Hablan de Lucas, pero no pronuncian su nombre. Supongo que lo hacen para despistarnos. Qué tontos, si nosotras nos damos cuenta de lo que pasa. De esas cosas, al menos, creemos darnos cuenta entonces. Incluso llegamos a pensar que Lucas duerme con nuestra madre. Las sospechas empiezan una madrugada en que oímos ruidos en su pieza. No es el televisor ni una conversación telefónica: es ella con alguien. Pasa una semana y los ruidos aumentan y Lucas duerme en la casa y desayunamos juntos y lo vemos en pijama y pantuflas y después de comer se quedan en el *living* hasta tarde y luego vienen sus pasos subiendo la escalera y las risitas y los murmullos y dos más dos son cuatro.

II

Berta y Camila vienen a almorzar los fines de semana, de a poco se ha vuelto una costumbre. Mi tía, Lucas y mi madre hablan en clave, no perciben —no quieren percibir— que estamos aprendiendo su idioma. A la hora del café, como siguiendo una rutina muy antigua, sacan la guitarra y se ponen a cantar esas canciones que ya no se pueden cantar. Ellas eligen el repertorio, él toca la guitarra. Lo hacen en voz baja, son cuidadosas nuestras madres. Que para hacer una muralla, que aunque mi amo me mate a la mina no voy, que mira la batea como se menea, que las casitas del barrio alto, que voy a hacerme un cigarrito. Y echan humo y a veces abren una botella de vino y se van poniendo tristes o borrachos o tristemente

borrachos y cada vez les sale más traposa la voz, hasta que de un momento a otro dejan de cantar. Virginia y Camila siempre terminan viendo tele en la pieza. Yo, en cambio, me siento en el triángulo que se arma justo bajo la escalera y desde ahí los espío. No me pierdo ni un solo respiro, esa es la misión que me toca. Y así voy completando la historia, de a pedazos. Mi hermana lo sabe y todas las noches espera mis informes.

Una de esas tardes escucho una conversación entre mi madre y Berta que será clave para el registro. Lucas duerme la siesta en el sillón, abrazado a la guitarra.

—Más culpa me da que Ramón se entere estando allá adentro —dice mi tía. Pero no tiene voz de culpa, sino de profesora. De profesora que da lecciones a unos alumnos muy porros—. ¿Por qué me tocan a mí todas las desgracias?

—¿Y a mí qué me queda? —se queja mi madre.

—Pero con Lucas al menos hacen una vida de familia... Lo de ustedes es más normal.

—Mirado de cerca nada es normal, Berta. Nadie es normal. Hay que aprender a ser discretos nada más.

En ese momento la Candy las interrumpe con un maullido. Mi mamá la levanta del suelo, se la pone sobre las piernas, la acaricia. Después mete el dedo meñique en el frasco de mermelada y se lo ofrece. Berta le dice no seas cochina, pero ella no le hace caso. La gata le lame el dedo, le pide más. Mi tía tapa la mermelada y dice que está dándole vueltas a lo de Buenos Aires. Mi madre le pregunta si habla en serio. Berta dice que por supuesto, que ya lo tanteó con Camila, que hay una posibilidad de trabajo en la facultad de no sé cuánto, que hay que irse lejos de este país de mierda. Mi madre dice que la mierda no es el país, sino las circunstancias. Mi tía dice ay, hermanita, es lo mismo. Y emite una carcajada ronca. Mi madre dice no pues, con esa mentalidad no llegamos ni a la esquina. Mi tía dice que no quiere llegar a la esquina, que solo quiere estar en paz. Después se levantan y se echan en el sillón, junto a Lucas y la guitarra. La Candy los mira desde la alfombra, relamiéndose los bigotes.

Los dejo dormir y subo a la pieza. Camila y Virginia tienen el televisor a todo volumen, se van a quedar sordas un día. Cada una está echada en un piso distinto del camarote: mi hermana arriba, mi prima abajo. Camila adora al señor Ingalls, el papá de esas niñas de vida silvestre, tan llenas de aire limpio. Yo a él lo encuentro falso, demasiado sonrisita en la cara bronceada. Si es por hombres prefiero a mi padre o al tío Ramón, mil veces. Le digo a Virginia que tenemos que hablar. Me encanta pronunciar esa frase: *tenemos que hablar*. Nadie queda indiferente cuando escucha eso, nunca. Camila pregunta qué pasa, pero son asuntos de hermanas. Lo siento, primita. Así que salimos del dormitorio y hablamos en el pasillo. Le cuento que la tía Berta piensa irse con Camila a Buenos Aires, que lo acabo de escuchar. Ya, pero lo que queríamos saber era otra cosa..., se impacienta mi hermana. Y le digo que sí, que también hablaron de eso. Y que sí, que lo que pensábamos es verdad. A Virginia le cambia la expresión. Parece un pájaro herido con un postón de caza. Puede que secretamente haya estado esperando que nuestra madre y Lucas se

repelieran o resultaran incompatibles. O que los ruidos en el dormitorio de al lado solo fueran alucinaciones nuestras.

Volvemos a la pieza. Camila ha apagado el televisor y ahora lee un libro de tapas rojas, echada en mi parte del camarote. A Virginia se le ocurre ver fotografías antiguas. Como si eso pudiera congelar la historia, qué tonta. Se encarama en una silla, saca de la parte de arriba del closet tres álbumes y se detiene en cada una de las imágenes de nuestros padres juntos. Él fumando un cigarro y en el otro extremo ella muerta de la risa. ¿De qué se ríe?, dice Virginia. Se le escapa el pensamiento, supongo. Qué voy a saber yo de qué se reían entonces nuestros padres; desde qué altura olímpica descendían sus risas ordinarias. Mi hermana se queda mirando una fotografía de él solo. Está sobre una tarima, con un micrófono en la mano, en un lugar que podría ser un teatro viejo. Con los ojos semicerrados, le habla a una multitud. Su parpadeo está congelado en una milésima de segundo y lo hace ver horrible, pero la idea es buena: mi padre con una audiencia dócil, con el mundo a sus pies. Virginia cierra la puerta y pegotea la foto por detrás, en la madera, con cola fría. La imagen de mi padre queda firme, a la altura de nuestros hombros, y aguanta todos los portazos que vienen de ahí en adelante.

III

Mi madre lee la primera carta que mi padre nos ha escrito, a Virginia y a mí, desde la cárcel. Incluso la autorizamos a que la lea en voz alta. Pero a cada rato carraspea, le cuesta seguir las líneas de un tirón. Mi padre nos habla de los paseos al aire libre, de hacer amigos, de dormir la siesta. Nos dice que es bueno nadar y mirar los pájaros. Nosotras no paseamos al aire libre ni hacemos amigos ni dormimos la siesta ni nadamos durante esos días. De vez en cuando miramos algún chincol por la ventana, eso sí. Pero creo que mi padre se refiere a los pájaros del campo o la montaña, no a estos que aparecen en el patio de la casa. A veces habla raro en sus cartas, no parece él. En un momento escribe, por ejemplo: «Oigan, hijas mías, el silencio. Es un silencio ondulado, un silencio donde resbalan valles y ecos y que inclina las frentes hacia el suelo». Tiempo después sabré que esas frases rimbombantes no son tuyas, sino de algún poeta que lo deslumbra. Pobre, mi papá, tal vez no tiene imaginación. Me da un poco de vergüenza por él. Y pena. Es una pena parecida a la que me provoca mi madre cuando la veo echar humo, muy silenciosa, con los ojos apretados frente a una de esas extensas cartas que nos irá entregando mi padre en las visitas. Pero yo no sé llorar voluntariamente, así que no puedo acompañarla ni en el llanto ni en el carraspeo. Eso es lo que me da más pena. Mi mamá va pasando las páginas como sin verlas, una y otra y otra. Yo sé que no está leyendo y la miro de reojo. Cuando se da cuenta de que la observo, fija la vista en el papel y se restriega los párpados, simulando cansancio. Dale, llora no más, me dan ganas de decirle. Pero la dejo actuar.

Hasta que uno de esos martes Lucas se atreve a ir con nosotras a San Miguel. No se queda mucho rato, solo el suficiente como para dejar el aire viciado. Los gendarmes andan más

hostiles que de costumbre y cuando pasamos el último control, Lucas murmura que esto es degradante. A nosotras tampoco nos gusta que nos toqueteen enteras ni que nos hagan sacar los zapatos, los calcetines y hasta los calzones si a los guardias les da la gana, pero ya estamos acostumbradas. La revisión no nos parece lo peor –tal vez lo peor es haberse acostumbrado. Mi padre nos mira con sorpresa cuando aparecemos en el galpón. En realidad mira a Lucas, nosotras no existimos.

–¿Y tú qué haces acá?

Lucas no sabe qué responder. Saca un cigarro de un paquete que tiene en la mano y busca el encendedor en los bolsillos de la chaqueta. Pero se lo han requisado en la entrada, de manera que el cigarro queda apagado en sus labios, sin ninguna utilidad. Mi padre le acerca una caja de fósforos y lee en voz alta el eslogan publicitario: «Los Andes, fósforos de seguridad». Recién entonces parece vernos. Nos da un beso a cada una y le pide a mi hermana que cebe el mate. Mi madre está en el baño. Una roca, mi padre: rígido y callado. Lo único que suena es la bombilla del mate y la chispa de los fósforos que mi padre enciende y apaga. Hasta que por fin Lucas pregunta si preferimos que se vaya. No sé por qué nos integra en la pregunta, pero la respuesta de mi padre es inmediata. Sí, dice y asume el plural: en realidad, hubiéramos preferido que no vinieras. Después me mira y me acaricia el pelo. Yo me quedo muy quieta, como si fuera un gato abandonado que recibe cualquier tipo de cariño. Lucas dice que bueno, que se va, pero que antes hablen un minuto a solas. Por favor. Mi padre se levanta del banquito y nos dice a mí y a mi hermana que lo esperemos un minuto, solo un minuto. Lucas lo sigue. Mi madre vuelve del baño y se sienta junto a nosotras. Desde la banca vemos que Lucas y mi padre cruzan el galpón de un lado a otro, dos o tres veces. Pasan varios minutos. Marcan sus diálogos con movimientos de manos, se detienen en la mitad de la cancha, parece que van a golpearse, pero en vez de eso continúan la caminata con pasos cada vez más firmes, menos pausados y, de repente, sin que nos demos cuenta del cambio, Lucas desaparece de nuestra vista y mi padre camina hacia nosotras. Viene echando humo, quizá dónde tiene la cabeza.

Esa es la última vez que lo vemos.

El martes siguiente no hay visita. Ni el subsiguiente ni el subsiguiente. Recién a la cuarta semana, mi madre habla. Estamos sentados frente al ventanal del comedor. Los rayos se filtran tímidos, apenas templan el espacio. Mi madre está malhumorada, lleva cuatro noches sin dormir –cien horas despierta. Parece una sombra de sí misma. Lucas le dice que debería ver a un especialista, tomar algo. Le habla con voz suave, casi un sedante. Por un momento pienso que se olvida de que yo y mi hermana estamos ahí. Lucas asegura que todo va a salir bien; le pide que confíe en él, que se calme. Yo estoy muy calmada, reacciona mi madre. Y empieza a juntar los platos y los vasos que todavía no terminamos de usar. No te pongas así, insiste Lucas. ¿Así cómo?, pregunta ella. Hecha un atado de nervios, así, mírate. Ya no me voy a poner más así ni asá, tú sabes, remata. Y entonces nos mira a nosotras, no a ella misma como le ha pedido Lucas, y lo dice. Que ya no vamos a ir más a San Miguel,

porque vienen tiempos difíciles. Que nos olvidemos de mi padre. O sea que no, o sea que sí. O sea, que nos hagamos la idea de que anda en un viaje de trabajo. Como si alguna vez mi padre hubiera viajado solo. Y por trabajo, ¿qué es eso? Mi padre salía de vacaciones con nosotras en verano: de *camping*, a la piscina, a ver pájaros en los cerros. Ésas eran todas sus salidas. Mi padre nunca fue un hombre de viajes solitarios. Pero ahora hay que imaginarlo en una ruta urgente e irrevocable. No dice que sea cierto, mi madre, solo que nos hagamos la idea. Le pregunto cuánto durará el viaje, cuándo lo volveremos a ver.

—Cuando la situación mejore —dice.

La situación nunca mejorará, pero eso aún no lo sabemos. Tampoco imaginamos entonces que pueda empeorar. Nos quedamos cinco, siete, doce minutos en silencio. Yo clavo la vista en el reloj del *living*, necesito poner los ojos en algún lugar neutro. Virginia unta el tomate en el potecito de mayonesa y la deja llena de gotas rojas. Trata de disimularlo revolviéndola, pero solo consigue darle un tono rosado. Es muy torpe mi hermana a veces. Según indican las agujas del reloj, son diez para las tres de la tarde. Lucas dice permiso, me tengo que ir a trabajar. Y se va a trabajar y queda mi madre como una sombra de sí misma, con los platos sucios y nuestra expectación. Le pregunto si nunca más iremos a la cárcel. Me dice que no, que si no escuché lo que dijo recién, que esto se acabó. Supongo que al decir *esto* se refiere a mi padre, no a la cárcel. Me imagino que la prisión va a seguir existiendo sin él, que los gendarmes seguirán tocando el timbre e interrumpiendo las visitas, que otros prisioneros seguirán abrazando a sus gentes como si fuera la última vez que los ven. Mi hermana pregunta si el tío Ramón también se fue en el viaje. Tiene a la gata en sus piernas y le hace carriño en el lomo con torpeza. Mi madre le dice que tenga cuidado con el animal, que no es de peluche. Nunca ha llamado *animal* a la Candy. Después se aclara la garganta, como si fuera a dirigirse a una multitud, y dice a ver, niñas, Gustavo y Ramón están bien, pero no los podemos ir a visitar, ¿está claro?

¿Cómo se le ocurre que va a estar claro? ¿Dónde está mi papá? ¿Por qué no se despide de nosotras? ¿Se lo llevan a otra cárcel?

—Se va a un lugar donde va a estar mejor y no se despide porque no puede —dice. Y repite—: Porque no puede.

—¿Y Lucas?

—¿Qué pasa con Lucas?

—No sé. Lucas...

De pronto olvido lo que quería preguntar. Una nube me tapa las preguntas y yo soy un cielo espeso, de color gris perla. O tal vez soy las nubes que le tapan la luz a esta mujer que tengo enfrente. Lucas ya no está escondido y ella sigue teniendo miedo. Yo sé que mi madre tiene miedo. Se le nota cuando asegura el pestillo de la puerta tres veces por noche o cuando descuelga el teléfono que suena en la madrugada y no hay nadie al otro lado y entonces se pone a hablar con Lucas en voz muy baja pero muy aguda también, como de pito de tetera hirviendo la voz de mi madre a esas alturas, y Lucas ahí, con una mano en su espalda y la

otra en el bolsillo, buscando los fósforos para encender un cigarro a las tres y media de la mañana. Con Virginia nos asomamos desde la puerta y los vemos besarse apretados. No son los besos pasajeros que se daban con mi padre en los banquitos de San Miguel. Estos son besos reales. Entonces volvemos a la cama y pensamos que al menos ya nos acostumbramos a sus ruiditos nocturnos y podemos dormir con ellos. O a pesar de ellos. Pero los ruidos del teléfono son de verdad anónimos y no sabemos quién está al otro lado de la línea.

Esa tarde, antes de que nuestra madre pierda por completo la calma que dice tener, propone que el fin de semana viajemos a las cabañas que arrendaba con mi padre en la playa. A conversar tranquilas, las tres. Que Lucas puede cuidar a la Candy, dice, que no nos preocupemos por eso. Que puede dormir con ella, incluso, si se lo pedimos.

IV

¡El agua!, grita mi madre desde el baño. Que no usemos el agua, que se está congelando. En estas cabañas todo funciona mal. No se puede abrir ninguna llave mientras alguien se esté bañando, porque entonces casi no sale agua y lo que cae de la ducha es un chorrito frío. Ahora pide que le llevemos la estufa eléctrica. Virginia aún está acostada y se hace la dormida. Le llevo la estufa, vuelvo a la cama, mi madre sale del baño, mi hermana se levanta como si nada, yo no quiero alejarme nunca más de estas frazadas con olor a humedad que me envuelven hasta los ojos. Pero salgo de la cama, siempre termino haciendo lo que no quiero hacer. Me abotono el chaleco tejido por mi madre. Siento que me ahorca el último botón, aunque tal vez no sea el botón. Salimos de la casa, las tres mudas, caminamos hasta la orilla del mar. Me cubro las orejas y el cuello con un poncho de mi madre, que ahora enciende un cigarro y se traga el humo y se atora y tose. Tose de puro atarantada que es, la calma no existe para ella. Miramos las olas que chocan contra una roca puntiaguda teñida de blanco por las gaviotas. Quiero acercarme a las olas, sacarme el chaleco, la camiseta, el buzo, las pantis y tirarme en calzones a nadar un rato. Nadar, mirar los pájaros, dormir la siesta. Nadar muchas horas, todo el mar con mi padre. No quiero escuchar a mi madre, no quiero que nos cuente que con Lucas, que ay, que uf, que ustedes entienden.

—No, no entendemos, mamá.

—Es que si no quieren entender, no van entender nunca.

Y no queremos entender, pero claro que entendemos que Lucas y ella, que el asunto venía de antes (le dice así: *el asunto*), pero que desde que a mi padre lo detuvieron Lucas la apoyó en todo. Y todo quiere decir *todo*, dice. Incluso ayudó a sacarlo de la cárcel con el abogado y sus contactos en una embajada. Jura, ella, que nuestro padre se salvó gracias a Lucas, pero de eso no nos puede dar más detalles. Insiste en que Lucas es una buena persona, que no está reemplazando ni usurpando el puesto a nadie, e improvisa un tono sentimental para decir que desgraciadamente estas cosas pasan, monitas. Y nosotras, par de monitas aturcidas,

ya no queremos que pasen más desgracias por la boca de esa mujer que es nuestra madre. Pero sus palabras brotan y se imponen y ahora nos trasladan a la última escena de nuestros padres en el galpón de San Miguel. Ella se ha atrevido a contarle que está con Lucas y él pregunta si quiere que la felicite o mejor se pegue un tiro. Mi madre responde que no puede pegarse un tiro, que de dónde va a sacar un arma ahí adentro. Un poco tonta ella a veces, más tonta que nosotras. Mi padre dice que entonces la felicita y que apenas salga del encierro, si sale alguna vez de ahí, le pegará un tiro a Lucas. Caminan de una esquina a otra, dice ahora nuestra madre, como siempre. Él le pide que no vuelva y que en adelante nos mande a nosotras con la tía Berta. Le pregunto a mi madre por qué no hizo eso, por qué no nos mandó con mi tía. Pero ella no encuentra nada mejor que llorar, justo ahora que necesitábamos oír la bien. A mi madre le gustaría que fuéramos dóciles, que aceptáramos la partida de nuestro padre como un cambio de estación. Un poco frío al atardecer, cielos parcialmente nublados. Posibles chubascos en la madrugada.

No es mucho más lo que dice mi madre en la playa. Nosotras seguimos preguntando, nunca dejaremos de hacerlo. Y aunque ha dejado de llorar, articula unas respuestas igualmente lacrimosas, vagas, que no dicen nada. Más nítidas suenan las olas que su palabrería. Esa noche, en la cabaña, no comemos, no tomamos té, no volvemos a hablar. Dormimos en camas contiguas, muy juntas las tres, pero nos tratamos como unas desconocidas que comparten la misma celda.

V

Camila nos invita a la fiesta de despedida que le organizan sus amigos. No nos queda otra, tenemos que ir. Es en el decimoctavo piso de un departamento con una terraza enorme. La fiesta es en el *living*, pero yo prefiero la terraza. Adentro ellos, afuera yo, abajo la ciudad en miniatura. Trato de imaginar los tamaños reales de lo que se mueve en la superficie. Así debe ser la vista desde un avión o desde los ojos de un pájaro cordillerano, pienso. Los amigos de mi prima son mayores que yo, cinco o seis años por lo menos. Me inhibo frente a ellos, me siento minúscula. Camila me hace señas desde el *living*. Que entre, me dice, que vamos a jugar verdad o consecuencia. ¡Ya pues, Amanda!, insiste. Al final entro, no quiero echarle a perder su última fiesta. Nos sentamos todos en círculo, mirándonos las caras. El coordinador del juego se llama Rodrigo y es muy moreno; se parece un poco al tío Ramón. A cada uno le va preguntando si prefiere decir una verdad o asumir una consecuencia. Yo soy la única que elude las consecuencias –darse besos con y sin lengua, correrse mano, ir sacándose la ropa de a poco hasta quedar semidesnudos– y elige siempre verdad. Aunque mis verdades, en realidad, son puras mentiras. Hasta que el coordinador tiene la mala ocurrencia de meterse con mi padre: si pillaras a tu papá con otra mujer, ¿le contarías a tu mamá?, me pregunta. Le digo que eso no lo voy a responder. Imposible pillar a mi papá con alguien;

imposible pillarlo si no sé ni dónde está. Pero eso no lo digo. No voy a responder esa pregunta, insisto. Entonces tienes que asumir una consecuencia, me advierten. Y acepto. Mil veces la peor consecuencia del mundo que responder eso. La lengua de Rodrigo me parece una esponja adentro de mi boca. Una esponja muy eficiente, que absorbe incluso mi disgusto.

Nos llevan a la casa en auto antes del toque de queda. Mi mamá está en la cocina cuando volvemos, lavando la loza acumulada durante el día. Nos pregunta si tenemos hambre. Ha dejado unos quequitos y unas galletas para que comamos. Nos da las buenas noches y sale de la cocina con un par de vasos de agua en la mano. Camila ha venido con nosotras, se va a quedar a dormir. Subimos a la pieza con los quequitos, las galletas y el frasco de mermelada. Mi prima dice que se ve más chico el lugar sin el camarote. A mi madre se le ocurrió que ya estábamos grandes para camarotes, así que le mandó a cortar las patas y ahora tenemos dos camas comunes y corrientes. Yo me siento desprotegida sin un techo encima, sin mi hermana arriba mío. Camila se tiende en el suelo y, sin que nadie le pregunte, comenta que encontró deliciosos los besos de Rodrigo. Esa palabra usa: *deliciosos*. Yo los encontré asquerosos, le digo. No es cierto, pero ahora necesito diferenciarme de mi prima. ¿Qué sabes tú, si es el primer beso que te dan?, se ríe Virginia. No es el primero. ¿No? No, no es el primero. ¿Es el número ciento ochenta y cuatro?, se burla ahora Camila. No, pero no es el primero. Es lo único que atino a decir, intransigente con mi mentira, igual que en el juego de la fiesta con las verdades. Pero mi negativa es borrada de un minuto a otro por los ruidos en la pieza del lado. ¡Shhh!, digo, escuchen. ¿Qué es eso?, pregunta mi prima. Es mi mamá con Lucas. Chuta... La mía es más discreta, dice. ¿Y con quién se acuesta tu mamá? Ah, no sé, responde. ¿Cómo no vas a saberlo?, insisto. No seas metiche, Amanda, interviene Virginia. Siempre que estamos las tres, mi hermana se alía con ella. Camila aprovecha la interrupción para acercar más el oído a la pared. Es como si un imán la retuviera contra el muro. Me imagino que mi madre está con Rodrigo. Con Rodrigo y Lucas. Con Rodrigo y Lucas y mi padre y el tipo que se acuesta con mi tía y ahora también con ella. Puras consecuencias, mi madre, ninguna verdad esa noche. Virginia imita a mi prima y pega su oreja al muro. Me distancio de ellas y cuando estoy a un metro, más o menos, dejo caer mi mano con todo el peso hacia adelante. ¡Qué haces!, grita Camila. Yo me río y digo perdón, perdón, perdón. Con mi golpe se acaban los ruidos. Mi prima dice estás loca, Amanda. Y se acuesta muy enojada. Abre su libro de tapas rojas y se pone a leer. Mi hermana la sigue, pero en vez de leer dibuja en su *block*.

Yo me echo en la alfombra. Abro el paquete de galletas y voy untándolas en la mermelada. Sigo la ruta de una hormiga en silencio. Va muy apurada, directo hacia el frasco, muy concentrada en su misión. Frena un segundo y no sé de dónde aparecen tres, cuatro, diez hormigas más. Ahora conspiran, intercambian movimientos de antenas y arman un batallón de asalto a la mermelada. Corren, nadie las detiene, están por llegar a la cima de su montaña, a la primera hormiga le falta un milímetro y ¡toque de queda, toque de queda! Las voy aplastando una por una. **C**

El ejército insomne

Me dan las seis de la mañana negociando con el tiempo. Miro el techo, reviso el celular, pienso más de la cuenta. Me consuela saber que no soy la única. Somos miles de insomnes en estas noches de encierro. Cuando era niña le temía a la oscuridad. Me apagaban la luz para que durmiera y los diez o quince minutos que demoraba en hacerlo eran una verdadera pesadilla. Un paréntesis de tiempo donde hervía la posibilidad de mis peores miedos. Serpientes venenosas, objetos siniestros, arañas de rincón, criaturas deformes escondidas bajo la cama. Ahora todo resucita con la pandemia y el encierro. Otra vez esa sensación de tiniebla, esa puerta semiabierta a la locura. Otra vez la noche dentro de la noche.

El 18 de octubre de 2019 comenzó en Chile una revuelta social que nunca imaginé vivir. La ciudadanía, cansada de décadas de neoliberalismo desatado y abusivo, decidió manifestarse reclamando por la dignidad de su vida. *Chile despertó*, fue la consigna, porque toda esa realidad violenta y precaria del día a día se volvió una pesadilla intolerable. Pero a los cinco meses de revuelta, con un gobierno incapaz de responder las demandas ciudadanas y con una clase política desacreditada, llegó la crisis sanitaria y tuvimos que abandonar la calle. Enceñarnos y obedecer las decisiones de las mismas personas contra las que habíamos marchado y protestando. Las mismas que demostraron su incapacidad de gobernar en tiempos de crisis.

Para partir, se nos dijo que la suspensión de las clases y la cuarentena no eran medidas pertinentes porque era posible que el virus mutara a benigno y se transformara en «buena persona». Como si los cinco meses de revuelta social no hubieran

evidenciado el descontento por el abandono, la crisis sanitaria renovó la comprensión de la orfandad en la que nos hemos encontrado desde siempre.

Cuando nuestros gobernantes tomaron en serio la situación comenzaron las peticiones. Lavarnos las manos para no contagiarnos, desconociendo la sequía y la gran cantidad de territorios sin agua. Mantener la distancia social, desconociendo la realidad de miles de chilenas, chilenos e inmigrantes, que viven hacinados en piezas, poblaciones y cités. Usar mascarillas en lugares públicos, cuando muchos hospitales y consultorios no dan abasto con las que tienen. Que nos realicemos el test si tenemos dudas de contagio, cuando el precio es inaccesible para las mayorías y cuando los servicios de salud no alcanzan a responder esta demanda. Que nuestros hijos acudan a sus clases *online*, mientras miles de niños no tienen computadores o acceso a Internet. Que trabajemos desde nuestras casas, cuando muchas y muchos están obligados a salir a diario a juntar las pocas monedas con las que pueden tener acceso a un plato de comida. Que cobremos nuestros seguros de cesantía, cuando somos millones los que trabajamos a honorarios o de manera informal. Que nos relajemos, que leamos, que aprovechemos este tiempo de introspección, como si estuviéramos de vacaciones, como si la violencia intrafamiliar no circulara por miles de hogares, como si el hacinamiento dejara disfrutar el encierro, como si el hambre de muchas y muchos lo permitiera, como si alguien financiara esta pausa. Porque tal como la ley chilena lo dicta, los empleadores no están obligados a pagar sueldos en tiempos de pandemia. Y nos piden que seamos ordenados y cancelemos a fin de mes nuestros permisos de circulación, nuestros arriendos, nuestras contribuciones, impuestos y cuentas, aun cuando más de la mitad de la población no está generando ingresos, aun cuando un porcentaje importante del país no tiene para comer y se pasea por las calles pidiendo comida.

Es tan radical el desconocimiento de la realidad del país que gobiernan, que se levanta la desconfianza absoluta y, tal como me pasaba cuando era niña en la oscuridad, comienza a hervir la posibilidad de los peores miedos. La caja de Pandora se abrió, el sueño se acabó, la postal del país en vías de desarrollo se tiñó de rojo en el mapa que marca las zonas de alto contagio, ahí donde la precariedad y la miseria escondidas por décadas se amontonan y cobran protagonismo. Ahí donde la desigualdad nos toma por asalto sin posibilidad de seguir ignorándola. Y si hasta el 18 de octubre no querían verlo, hoy ya no lo pueden esconder.

Lo que se nos vino encima fue un escenario aún más crítico. Tuvimos la ventaja de verlo con anticipación en Europa, los Estados Unidos y Asia. Tuvimos la suerte de contar con el tiempo que ellos no tuvieron para planificar la crisis mientras nos lo gritaron desde el futuro. Con esta garantía podríamos haber organizado con responsabilidad y mayor eficacia las medidas de precaución, las ayudas, los subsidios, el hambre. Sistemas de salud mucho menos precarizados que el nuestro no dieron abasto. Sin embargo, en Chile se flexibilizaron las medidas de protección a la ciudadanía. No llevábamos ni un mes de crisis, no habíamos llegado a la fase más crítica, al supuesto *peak*, y anunciaron la vuelta de los niños al colegio,

la apertura de los centros comerciales, el regreso de los funcionarios públicos a sus labores. Nos invitaron incluso a salir a tomar café y cerveza, para conquistar lo que llamaron mediáticamente «la nueva normalidad». Un escenario donde debíamos producir y funcionar, pero cuidándonos. El mensaje fue tan errático que la gente salió a la calle confiando en que ya no había peligro. Y volvieron las construcciones, los paseos callejeros, las salidas fuera de la ciudad, las fiestas masivas, los asados, los partidos de fútbol en las canchas de barrio. Y los contagios subieron y las autoridades se lavaron las manos de su pésima estrategia y culparon a la gente por su irresponsabilidad, mientras se excusaban argumentando que la cuarentena total no era sostenible porque no se podría resguardar el acceso a los servicios básicos.

Y no les creemos porque otros países sí han podido abastecerse en cuarentena. Y entonces sospechamos que esto es más de lo mismo. Que otra vez se están resguardando los intereses de un pequeño grupo económico por sobre el cuidado a todas las personas. Que si antes de esta crisis sanitaria no les importábamos, ¿por qué les importaríamos ahora? Que lo que quieren es que apaguemos la luz, que nos tomemos la pastilla, que nos borremos y entremos otra vez en el sueño, en ese estado de sonambulismo en el que nos han gobernado desde hace décadas.

Pero ya es tarde porque *Chile despertó*. El bendito insomnio nos tiene alertas. Ya conocemos el rostro de nuestros peores miedos. Sabemos los nombres de las serpientes venenosas, conocemos el prontuario de las criaturas deformes, de los demonios siniestros escondidos bajo la cama, y ninguno tiene el título de virus. Hoy pasamos el desvelo amontonando preguntas. Estamos llenos de ellas.

¿Es normal que sostengamos el hambre del país a punta de ollas comunes?

¿Es normal que algunas sean reprimidas por la fuerza militar?

¿Es normal que recolectemos alimentos para los hogares con más necesidad?

¿Es normal que juntemos dinero para que algunos servicios hospitalarios compren los insumos que no tienen para soportar la crisis?

¿Es normal que se acapare la mercadería?

¿Es normal que se tripliquen algunos precios?

¿Es normal que los empresarios no pongan el bien común por encima de sus intereses?

¿Es normal que arriesguen a los trabajadores y a toda la sociedad en su beneficio?

¿Es normal que las grandes empresas dejen de pagar sueldos mientras sus accionistas se reparten millonarias utilidades?

¿Es normal que se aprueben proyectos extractivistas mientras miles de personas no pueden cuidar su salud por no tener acceso al agua?

¿Es normal que los beneficios de la economía no se distribuyan entre todos?

¿Es normal que tengamos políticas públicas que no ayuden a los más necesitados?

No es una historia épica

Salgo a correr tres veces por semana, durante una hora. Casi siempre en el mismo parque y con el mismo recorrido y música. No he leído *De qué hablo cuando hablo de correr*, de Murakami, pero sobre la relación entre la escritura y correr, además del obvio componente de soledad que demandan ambos ejercicios, debo decir que en mi caso me sirve para destilar ideas. Su ventaja sobre un baño de tina, varios cigarros frente a la ventana o una noche de insomnio es que cuando estás corriendo, y tu cuerpo está exhausto, toda la ansiedad, las aprensiones o preocupaciones que pueden acecharte mientras piensas en calma desaparecen, tu mente tiene una única y real preocupación: sobrevivir al cansancio y al dolor muscular, y así las ideas brotan libres o fluyen sin presión.

Comencé a practicar atletismo a los diez años. Imagino que lo elegí por la amistad: era nueva en el colegio y lo practicaba con una de mis recientes mejores amigas. Hasta cierto punto, me lo tomaba muy en serio y participé en varios torneos interescolares. La sensación de correr cien metros planos tras el disparo era maravillosa, pero no alcanzar la victoria en el intento ni colgarse alguna medalla era bastante frustrante. Recuerdo la confusión y el estrés que me producía que el entrenador se focalizara y prefiriera siempre a mi amiga, que era más rápida que yo. Una minitragedia infantil, sobre todo considerando que éramos las únicas dos mujeres en el equipo, y no había nadie más con quien compararse. Pero tuve mi revancha. Irónicamente, un sábado 11 de septiembre. No recuerdo bien de qué año, pero 2001 no fue, porque ese día el hermano mayor de un compañero entró a la sala de clases anunciando la noticia del atentado de las Torres Gemelas, y nuestro propio 11, el del golpe militar, pasó a segundo plano.

Debió de ser en octavo básico, a los trece-catorce, cuando ya tenía una posición política marcada, todo lo marcada que podía ser a esa edad.

Mi mamá no era de derecha, pero les tenía miedo, pavor, a los carabineros, y no me dejaba ir a marchas. Las noches del 11 de septiembre me las pasaba con mi hermana menor, mirando desde el segundo piso los actos de conmemoración y luego el enfrentamiento entre la policía y los manifestantes. Nos fascinaba, y esperábamos con ansias el día de estar nosotras también ahí, en ambos campos de batalla. A mí nunca me dieron miedo los pacos, y sé muy bien por qué. Pero recuerdo a una amiga temblando cuando el carro lanza-agua comenzó a acercarse, y a otro de la universidad impresionado con la policía montada, diciendo que ahora entendía el miedo de los troyanos al ver la gran caballería aquea. Recuerdo a un vecino saliendo furtivo de su casa a media noche, protegido con un casco de bicicleta. Recuerdo correr a toda velocidad por el bandejón central de la Alameda. Recuerdo reírme de los cantos de los anarquistas, pero quitarle la batería a mi celular por precaución. Recuerdo atravesar el ágora de la Facultad a las siete de la mañana, humeante por decenas de lacrimógenas como en un vídeo de Romain Gavras.

Como mi mamá no me dejaba asistir a marchas, el torneo de atletismo, la mañana de ese 11 de septiembre, se convirtió en la coartada perfecta. Mi plan era el siguiente: asistir a la competencia, pero dado que participaba solo en un par de carreras y que probablemente no pasaría a las finales –en esa época, a un paso de la adolescencia, ya no me importaba ganar o perder–, quedaría libre a eso de las diez-once de la mañana y podría asistir por primera vez a la romería del 11 de septiembre, marcha organizada por los familiares de víctimas de la dictadura. Nunca me enfrenté a un campeonato tan relajada, el lugar de la ansiedad era ocupado completamente por la manifestación, pero las cosas no resultaron como esperaba.

Debí haberlo imaginado, porque mi madre no era la única que en Chile temía, y sigue temiendo, a la policía y las protestas, y así muchos de los padres no mandaron a sus hijos al campeonato por miedo a que sucediera algo. Casi no tuve competencia, y mi entrenador estaba tan excitado con la idea de obtener –¡al fin!– medallas que hasta me inscribió en pruebas que jamás había practicado, como el lanzamiento de la bala, las vallas y el salto alto. Me enseñó la técnica en unos pocos minutos y luego competí contra tres o cuatro niñas más y pasé a todas las finales. Cuando el torneo finalizó eran pasadas las dos de la tarde. No pude, ni quise, asistir a la marcha, pero mi cuello brillaba de oro y plata. Por supuesto, la historia no tiene nada épico, y la reflexión –triumfo falso, miedo y frivolidad– es tan obvia que no tiene gracia escribirla. De todas maneras, esa tarde, antes de volver a mi casa, me di un paseo por La Moneda, porque siempre fui y he sido más romántica que combativa, compré un clavel rojo y lo dejé bajo la estatua de Salvador Allende, junto a otros tantos más. **C**

Pájaros de acero

Esta es mi primera imagen mental: aviones sobrevolando el barrio y mis padres con los brazos doblados sobre la cabeza. Tengo casi tres años, ellos no han ido a trabajar y se ven inquietos. Temprano en la mañana del 11 de septiembre del 1973 irrumpen estridentes sonidos aéreos. No vivo cerca de La Moneda, vivo a unas cuadras de Tomás Moro, donde queda la casa de Salvador Allende. En el cielo hay cinco siluetas grises de aviones y un helicóptero que se proyectan como una bandada de pájaros. Mis padres están desconcertados, lo sé porque tienen los ojos muy abiertos. Intuyo, por la automática reacción corporal, que conocen ese gesto de resguardarse de lo inefable. No comprendo el peso de los acontecimientos, pero sí percibo la urgencia en las salidas intempestivas, las llamadas telefónicas con voz cortante. El primer recuerdo es una forma de asirse al mundo. Mi padre dice que el suyo es un campo de maíz sin recoger, mientras sonaban las sirenas. Mi madre nombra un camino silueteado por líneas de ciruelas podridas que mira desde la ventana del auto en reversa.

La bandada de aviones pájaros exhibe su fuselaje negro y plumas perfiladas con ribetes metálicos. Un ave con plumas manchadas de petróleo. Me siento en una lección de ornitología: observar y contar los pájaros uno a uno, una parvada encadenada por hilos de fierro que emprende y no emprende el vuelo. El zumbido de los aviones de guerra, el rotor de las aspas de los helicópteros, los vuelos casi a ras de tierra, los cascotes, el manto de polvo, las chispas de fuego y el campo de astillas. El silbido del cohete en su trayectoria diagonal desde el cielo hacia Tomás Moro.

Leyendo prensa y testimonios sobre este recuerdo sé que el primer bombardeo fue a la casa de Tomás Moro. A las diez de la mañana comenzaron a caer los explosivos y a sobrevolar los helicópteros.

El primer cohete cayó por error en el colegio de las monjas inglesas en la calle Santa Magdalena Sofía. Abatió una sala y explotaron los ventanales. El segundo se despeñó detrás del patio, y el tercero pegó en la muralla de afuera y ahí saltaron con la onda expansiva unos compañeros. Gente del gap1 logró darle a un helicóptero que fue a estrellarse al hospital de la Fuerza Aérea.

Las voces se mezclan en relación a ese día.

«En Tomás Moro nos defendimos, en La Moneda lucharon».

«Nosotros salimos de la casa presidencial disparando ráfagas y no vimos a ningún milico, aun cuando sabíamos que estaban ahí; tenían el mismo miedo que nosotros».

«En medio de la balacera un auto raudo llevaba a la Tencha a quién sabe dónde. A las tres de la tarde ya había toque de queda».

Ring, ring... «Dígale a Salvador que se cuide».

«En la casa había unos trescientos fusiles que no se habían distribuido porque Allende no quiso. En quince minutos les enseñamos a utilizar las armas y se parapetaron».

Conservo una foto. Estoy con mi padre, él con sus lentes de carey negro, parecidos a los de Allende y quizá a los de todos los hombres de esa época; yo visto una jardinera de mezclilla. Mi padre está sentado sobre un borde de piedras de laja, yo estoy de pie sobre la orilla y nos sobrevuela una escultura que es una bandada de pájaros de acero. En la plaza de Tomás Moro esquina Apoquindo hay una escultura, hecha por el artista Sergio Castillo, quien cinceló en 1964 con cierta fuerza visionaria una bandada de pájaros emprendiendo el vuelo.

La plaza no se llama Tomás Moro sino Plaza Martin Luther King. Cuento los pájaros: uno, dos, tres, cuatro, cinco, siete, once, trece, quince... Si los intento contar solo me aproximo a un número tentativo. Son más de treinta y están encadenados unos a otros. Están levantando el vuelo en forma de parvada en orientación suroriente. Creo que fuimos hasta allí para espiar si era verdad que estaban saqueando la casa de Allende. Cuando llegamos, el portón de madera estaba abierto de par en par. Fisgoneamos por el vidrio biselado del dormitorio que daba al jardín, una mata de hortensias, el ojo de agua. Las personas salían con «suvenires de guerra», entre ellos, una medalla de oro del Premio Lenin de la Paz, muebles, numerosas obras de arte. Preguntaban en voz alta:

¿Dónde estarán los Picasso, los Matta, los Miró, los Siqueiros, los Guayasamín, los Portocarrero, los Balmes?

La bandada de pájaros de fierro se reiterará cada vez que visite la casa de mis abuelos. Antes de entrar a su departamento era necesario cruzar el vestíbulo del edificio donde había una escultura muy similar a la de la plaza de Tomás Moro. Las mismas aves de acero como

hilos expulsando fuerza hacia el cielo. Después sabré que el escultor, Sergio Castillo, es un vecino y ha entregado la obra a la comunidad. Su escultura utilizaba placas y piezas de metal en una composición de equilibrios geométricos que unió con soldaduras en un taller de bicicletas. Toco al timbre y abre mi abuelo, que saca al pasillo las cajas de plátanos del Ecuador de su distribuidora de frutas. Escucho el rumor del cartón contra las baldosas mientras merodeo por el ala torneada de los pájaros negros que me abren el paso hasta este departamento en el centro de la ciudad.

Un helicóptero es un pájaro negro emitiendo zumbidos en el paisaje.

Después de la imagen de los aviones tengo retazos de ese tiempo sin jardín infantil: las salidas y entradas de mis primas mayores en busca de víveres, el rostro preocupado de mi abuelo hundido en el sofá, mi abuela cocinando sin pausa y guardando comida en el refrigerador. En las noches, todos reunidos en el sofá del salón, sintonizábamos la radio con perillas hasta tomar la onda del dial distorsionada por el vuelo rasante de los helicópteros, y de pronto «Escucha Chile» se hacía espacio en la sala. ¿Cuántos pájaros emprenden el vuelo a Moscú? Un examen de observación, de plumas, buches, ojos alineados. A continuación, debería recordar algo que no registro: mis padres viajan a Estados Unidos por dos meses y medio buscando una forma de emigrar. Me quedo con mis abuelos. Ningún intento prospera y regresan al país. Mi madre me ha relatado esos cuarenta días y cuarenta noches a modo de maldición bíblica.

Imagino o sueño, ya no sé, con mis padres como dos aves serpenteando el cielo.

No es amargura, es decepción.

En la pantalla de televisión una voz grave interrumpía el dibujo animado del Correcaminos con sus sobresaltos bip, bip: «A continuación las transmisiones serán interrumpidas para dar paso a cadena nacional». Música marcial, redoble de tambores con el himno nacional, fundido a blanco y negro. Pinochet anunciando: «Señores, estamos en guerra». La voz demasiado nasal, de un padre mayor y gagá, siempre enojado, repetía «señores, estamos en guerra», mientras temblaba su cara mofletuda. Recuerdo el silencio del mayor al menor de la mesa, todos atemorizados, hundiendo el tenedor en el primer vegetal del plato. Mi familia tenía ecos de guerra. Cuando callaban y escuchaban el zumbido de los aviones sobrevolando Santiago, rehacían la ruta de ciruelas podridas, el campo de maíz sin recoger. Por eso temblaban cuando escuchaban a Pinochet vociferando por la pantalla de televisión.

«Señores, estamos en guerra».

Regresaba con interferencias el bip bip del Correcaminos perseguido por el Coyote, que caía por el precipicio dejando una nube de polvo en la pantalla.

Cuarenta y un días antes

El presidente Allende en pijama, vistiéndose de pantalones de pana grises, chaqueta de *tweed* ceñida de cuatro botones, haciendo rugir el motor del Fiat 125 en dirección a La Moneda. Allende de patillas jaspeadas, atildada elegancia, bigote blanco. La mirada decidida detrás de unos gruesos cristales. «Salvador, Salvador, de esta no te salvas», dicen que mascullaban los vecinos que vieron a la comitiva bajar rauda por avenida Apoquindo y, luego, por Kennedy.

Allende no se rinde.

Allende sentado en el sofá de terciopelo rojo con su fusil Ak47 preparando el espasmo vertical.

Los ocupantes de Tomás Moro escaparon ilesos.

¿Será verdad?

Veo y no veo esa bandada de pájaros, de alas aguzadas, de contornos plumíferos, fugándose a las cuatro y media de la tarde.

Doce años más tarde

El portón de la casa de Allende ya no está abierto de par en par sino clausurado. Las varillas de madera rígidas, la chapa negra de fierro rígida, los números en bronce, el dos y ambos ceros. La conductora del bus escolar, Yolanda, sintoniza.

«Cooperativa informa», el noticiero matinal nos informa de lo que oímos «a medias» en casa: los allanamientos en las poblaciones, la desaparición de Rodrigo Anfrus y su cuerpo encontrado en un sitio eriazo, los ataques a las torres eléctricas, los hornos de Lonquén, los estudiantes Rodrigo Rojas y Carmen Gloria Quintana quemados, los profesores degollados.

Yolanda conducía rápido, pero reducía la velocidad en el número doscientos con un silencio solemne que nos permite observar el escudo. El escudo nacional de la entrada fue cubierto con sucesivas capas de óleo, una por año, pintada por los mayordomos de las señoras de los generales de la fuerza armada, un muro de colores sucios. Atrás quedaba la bandada que creaba tensiones espaciales entre la plaza y la esquina. Contabilizaba uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete..., diez..., catorce pájaros. Entonces la secuencia: la bandada de pájaros a punto de emprender vuelo, la visión del portón clausurado y luego de Tomás Moro con largo eje, para luego dar con una parte de Avenida Príncipe de Gales con Vicente Pérez Rosales donde descendíamos uno a uno del bus para caminar hasta la sala de clases.

Veintiséis pupitres distribuidos en cuatro hileras.

De vez en cuando, en alguna esquina, un soldado con una metralleta cruzada en el pecho. Siempre un soldado joven, de piernas abiertas, mentón ancho, labios apretados. «Señores, estamos en guerra».

Apagón, apagón. ¿Tenemos velas? Hacer las tareas a la luz de la vela imaginando los disparos a lo lejos.

Pum, pum, pum.

Siguiendo las estadísticas nacionales, «éramos mitad y mitad». Es decir, una mitad de las familias a favor del régimen, la otra mitad en contra. Una mitad asistía a clases los días de protesta, la otra se ausentaba y justificaban la ausencia en la libreta de comunicaciones con la frase «por razones de seguridad» y la firma del apoderado. Nadie se atrevía a escribir las palabras «en señal de apoyo al movimiento de oposición a la dictadura». Una mitad cantaba la estrofa «Valientes soldados», la otra callaba y miraba el piso de maicillo. Entre esas voces, sin saberlo, estaba la del hijo del médico torturador en el campo de concentración y tortura de Tejas Verdes, cerca de San Antonio. Un apellido italiano que comenzaba con Or, como si anunciara el horror con una falta de ortografía. Un apoderado que vi en un par de ocasiones cuando fue a buscar a su hijo. Recuerdo que tenía gestos rápidos y distantes, era calvo, de baja estatura y regordete. Tenía un detalle curioso: usaba el delantal con bototos.

Una tarde de 1991 leí en el diario *La Segunda* los nombres de los médicos acusados en el Informe de Verdad y Reconciliación, de la comisión Rettig. El apellido Or... figuraba entre los nombres más mencionados en Tejas Verdes. Casi todos los sobrevivientes coincidían en su descripción: bajo, calvo y con aspecto de boxeador. Un médico que no se preocupaba mucho en ocultarse. Muchos los vieron con el delantal blanco cuando se corrió la capucha. La memoria fija umbrales en la historia. *Play-stop-rewind*, y había que reconfigurar el umbral que permitía visitar las memorias escolares.

La escritura siempre tiene algo de «funa»; la escritura tacha, señala, subraya.

¿Cómo no nos dimos cuenta de que había un torturador entre los padres? Intenté deslizar la pregunta en alguna reunión de ex alumnos, recibí silencio, unas miradas evasivas de hurón.

«Or» no era un funcionario medio, era el médico jefe encargado de diseñar los métodos de tortura en Tejas Verdes. El profesional que se dedicaba con esmero a seguir las sesiones de flagelos calculando el equilibrio entre el dolor y la muerte, dosificando los golpes de electricidad, reanimando a los heridos para lesionarlos de nuevo. Hasta 1991 solo era mencionado públicamente como «el médico» de Tejas Verdes. Ese año, mientras ocupaba el cargo de director subrogante del Hospital Militar, la exprisionera política Mariela Bacciarini lo denunció. Terminé de leer la nota titulada «El doctor de la muerte» y recordé a ese compañero del curso paralelo, de estatura baja, tez color oliva, cabello frondoso, labios delineados, nariz golpeada como por un boxeador.

En diversas ocasiones me he preguntado si uno debe cargar con la culpa de los padres, con sus creencias, con sus actos. O al revés, si ser hijo de alguien ejemplar lo hace a uno una persona ejemplar. Un dilema de las generaciones: cómo en el primer caso se intenta corregir la historia, en el segundo generalmente se arruina. O nunca se está a la altura.

Todos los lunes cantábamos el himno chileno y el inglés. Un puñado de niños obedientes daba la espalda a la historia y entonaban un himno que no les pertenecía mirando izar la bandera de otro país.

God save the Queen.

O Lord, our God, arise, Scatter her enemies, And make them fall.

Confound their politics, Frustrate their knavish tricks, On thee our hopes we fix:

God save the Queen.

«Señores, estamos en guerra».

El año 1982 nos resistimos a cantar el himno «God Save the Queen» cuando Inglaterra estaba en guerra con Argentina por las islas Malvinas. ¿Qué God iba a salvar a nuestros vecinos? Rezábamos el padre nuestro en inglés todas las mañanas.

Our Father,

Who art in Heaven, Hallowed by Thy Name, Thy Kingdom comes, Thy will be done

On Earth as it is in Heaven.

Los 11 de septiembre la calle del barrio se dividía en dos, los que protestaban en la fecha y los que guardaban un silencio solemne o temeroso. Los niños andábamos en bicicleta y husmeábamos a la vecina Marcia, la única mujer adulta sin hijos, que ponía el último discurso de Allende a todo volumen. No decía Salvador o Allende, sino Chicho. Se escuchaban las palabras acaloradas, que se repetían por el altoparlante hasta las cuatro de la tarde, como en una función rotativa. Marcia, luego, conquistaba como niños invitándonos a su piscina cuando abría la temporada de verano. Pero ese día, permanecíamos montados, de mayor a menor, sobre las bicicletas. Los Mizarelli sobre su media pista Caloi. Los Elfenbein sobre sus bicicletas de paseo con sillín de cuero. Los Rojas sobre dos bicicletas de paseo de ruedas gigantes, yo sobre una Oxford ocre con volante de platillo volador. Quedábamos embobados con esa voz enérgica, las promesas de un mundo mejor que nombraba a los trabajadores, a las mujeres, a los niños.

Allende veía a los niños y jóvenes con afecto: «Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron, entregaron su alegría y su espíritu de lucha». Pinochet solo miraba a los jóvenes con sospecha y violencia: «La inmolación de los setenta y siete héroes juveniles de La Concepción». Allende hablaba con frases bien redactadas, con épica. Pinochet redactaba comunicados, banda uno, banda dos. Cuando el discurso terminaba y Marcia y su marido quitaban los parlantes del jardín, íbamos a mirar la cortina cerrada del taller de bicicletas de Peter Tormen. Peter siempre abría de sol a sol, pero los 11 de septiembre el local permanecería cerrado.

Allí arreglábamos frenos rotos, rayos cortados, cadenas desengrasadas, ruedas salidas de su eje tras un golpe en la vereda, una bocina que ya no sonaba, la cámara pinchada. Peter nos ofrecía sus dedos diligentes, casi nunca nos cobraba por su trabajo. Mientras inflaba los neumáticos de las bicicletas, nosotros deslizábamos tímidamente unas preguntas:

«¿Peter, tú estuviste...?».

«¿Dónde está tu...?».

«¿Es verdad que tu hermano estaba metido en un tremendo fo...?».

Peter es delgado, de piernas fibrosas, los nudillos inflamados de las manos. Se mueve con cierta electricidad por el local ubicado sobre Avenida Las Condes. En uno de los muros del taller está la foto de su éxito en la Vuelta a Chile en 1987 con la gorra de la cerveza Cristal, camiseta de Pilsener, el fibroso brazo izquierdo en alto y sostenido por su entrenador; la sonrisa entreabierta, la vista baja, el halo de la fatiga física.

La Vuelta a Chile era una de las competiciones ciclistas de mayor prestigio. Su primera edición fue en 1976 y constaba de doce etapas desde Puerto Montt hasta Santiago. En un inicio la ganaron deportistas colombianos que recibieron el apodo de «escarabajos». Por eso la expectación periodística en el parque O'Higgins era grande, y TVN, que transmitía la competición, se acercó a entrevistar a Peter al momento tras el cruce de la meta. «¿A quién le dedica el triunfo?», inquirió el periodista.

«A mi hermano detenido-desaparecido», alcanzó a responder antes de que la emisora cortara súbitamente la transmisión.

Después de la visita al taller, retomábamos la calle con llantas infladas y pensamientos confusos, una silenciosa admiración por su entereza. Los rayos de una bicicleta giran y giran al punto de crear un torbellino metálico.

Quince años después

Las palabras comienzan a perder nexo. Por ejemplo, cuando digo «noche» quiero decir «noche» pero en otros sentidos que ignoro. Un pájaro pequeño se desorienta, y se desorienta más todavía. Los aviones se acercan como un enjambre de moscas, pero estoy de pie frente al taller de bicicletas de Peter para inflar las ruedas y escucharlo.

«Una bicicleta es un esqueleto sobre el que accionas la fuerza de tus piernas. Cuando gané la Vuelta a Chile estaba usando la bicicleta que había sido de Sergio».

Sergio Daniel Tormen Méndez, soltero, campeón nacional de ciclismo, militante del Mir, fue detenido el 20 de julio de 1974. A los veinticinco años era bicampeón nacional en cincuenta kilómetros y persecución. Ganó en el circuito Rengo y en Jaime Eyzaguirre; fue segundo en la ascensión a Farellones de 1971; tercero en la doble Rapel.

«Ese sábado acompañé a Sergio al taller de mi papá. Él iba a ver su bicicleta porque al otro día debía competir tras varios meses de inactividad. Ese día comenzó todo».

Fue cerca de la una y media en la calle San Dionisio 2554, San Miguel. Tres agentes de la dina subieron a Sergio Tormen y a su hermano menor, Peter, a una camioneta Chevrolet de color amarillo, les vendaron los ojos y los llevaron a Londres 38. Uno de los aprehensores fue identificado como el agente Osvaldo Romo Mena. Dicen que habían secuestrado desde el mismo lugar, un par de horas antes, al ciclista Luis Guajardo.

«A mi hermano lo obnubiló el presidente del Mir. No era una persona idealista, pero de pronto apareció este joven inteligente y lo siguió. Sergio le guardó su mochila como un gesto de lealtad. El peso de esa mochila hundió a nuestra familia...».

En Londres 38 dicen que el caso de Sergio Tormen no se entiende sin Luis Guajardo. Que la bicicleta de Sergio permaneció en la celda por mucho tiempo y se usaba para amedrentar a los nuevos detenidos: «Si no confiesas te va a pasar lo mismo que a Tormen». Indicaban la bicicleta azul apoyada en la pared del cuarto que llamaban «el calabozo» y que era el espacio para los interrogatorios.

El caso Sergio Tormen y Luis Guajardo es parte de Fojas 1528. Hay recursos de apelación deducidos, una acusación de secuestro calificado. No se conoce destino o paradero de las víctimas. El miembro del Club Ciclista Centenario quedó con la vista vendada. Testigos relataron que en el centro de detención Londres 38 había un prisionero que tras los golpes de la tortura reiteraba una alucinación: reparaba bicicletas. Reparaba bicicletas en el aire, imaginando cadenas, marcos, rayos, ruedas, acomodaba sillines. Ponía un rayo, apretaba tornillos inflaba con sus mejillas neumáticos imaginarios.

«Cuando estaba detenido me dijeron: “Te vamos a soltar, pero a tu hermano no porque está metido en un tremendo forro”. Yo tenía catorce años. Después de dos días nos dejaron en Avenida Matta con San Diego. No sé cómo llegué a mi casa en San Miguel».

«Cuando desapareció Sergio vino un periodo negro. Nadie en mi familia sabía qué hacer. Cada día que despertábamos éramos más infelices. Fueron años muy negros, ninguno tuvo proyectos de nada. No sé cómo, pero salimos adelante».

Plan de entrenamiento:

Domingo 23 de diciembre 1973, 140 km (entrenamiento controlado).

Ida por el túnel y regreso por cuesta Chacabuco. Partida desde la bomba Copec, Panamericana Norte, a las 7 a.m.

«Me retiré del ciclismo a los dieciocho años por una crisis existencial. Estaba detrás de mi hermano y yo era el relevo, la esperanza. Fue un lío. Cuando volví no tenía bicicleta. Mi hermano me dijo: “Yo tengo la bicicleta de Sergio”. Tenía el marco. Corrí en esa bici».

«Después de retirarme del ciclismo yo soñaba con bicicletas. Me gustaba tanto que fantaseaba con las competiciones. Entonces me dije ¿cómo lo hago? Bueno, corro para otros. Sabía que tenía condiciones. Dije no importa. No era el peón que se queda ahí porque no tiene talento, lo mío era algo relajado. Yo solo quería volver a pedalear. Un buen gregario es importante, aunque no sea una súper estrella del equipo».

«De la bicicleta de mi hermano quedaba solo el marco o esqueleto. Las llantas las hemos cambiado varias veces. Esa bicicleta la tuve yo, luego un sobrino, ahora otro hermano».

Plan de entrenamiento:

Sábado 5 de enero 1974, 200 km (entrenamiento controlado).

Doble Curacaví, ida y regreso por túnel Lo Prado. Partida desde Las Rejas a las 7 a.m.

«En la carrera hay que recobrar el aliento, a veces mantener el pulgar arriba. Lo más importante en el ciclismo es el viento, cortar el viento. Así tu cuerpo y la bicicleta se convierten en una flecha veloz siguiendo las cuestas sinuosas. Tensas las piolas de acero para recobrar tu cuerpo de la fatiga en la curva. Hay tres tipos de ciclistas: los escaladores, los contrarrelojistas y los gregarios o peones. Cada uno es especialista en su ramo. Subida a llano o circuito. Los equipos lo componen ocho corredores. Partes a contrarreloj cada un minuto. En una carrera lo más importante es regular las fuerzas y diseñar estrategias, pensar en la posición de privilegio».

«En la primera etapa de Puerto Montt a Osorno intentaba ganar la meta, ser el definidor de etapa. Mientras mejor estás preparado, mejor organizas tu estrategia. Quedamos en quinto lugar, luego primeros. Hicimos una escapada. Cuando se hizo una fuga grande yo quedé primero y salí a neutralizar la fuga y quedé bien, descansando. Apostaron por mí para avanzar. Yo andaba bien, tenía reflejos. Si andas mal te consume el cerebro, no se te ocurren cosas. Pero luego, en la etapa Villarrica-Temuco, eran ochenta kilómetros y ya íbamos bien, al punto de que nos fuimos conversando. Los colombianos hicieron una fuga espectacular para sacarnos ventaja, pero los pillamos».

«La rutina de una carrera es desayuno a las siete de la mañana, corres hasta las 13h, almuerzas fuerte y duermes siesta. La siesta es sagrada. Luego masaje. Tomas once y se conversa estrategia del día siguiente. Esa reunión es estratégica. Luego se cena, se camina y a la cama. Se corre todos los días igual».

«La bicicleta debe adaptarse al cuerpo del conductor, a tal punto de sentirse soldado a ella. Cuanto más ligera es la estructura, mejor es la conducción. Las ruedas ejercen una fuerza centrífuga. En una rueda hay treinta y dos rayos. Hay que estar inclinado sobre la bici y eso hace doler la espalda, pero mientras más inclinado más velocidad ganas. El sillín es estrecho para seguir la anatomía humana».

«A veces el viento sopla como si fuera tu aliado; otras, como si fuera tu peor enemigo».

«En el ciclismo el trabajo en equipo es muy importante, todo se inicia con el pelotón, esa figura que forma un nudo de ciclistas compuesta por un enjambre de fierros y piernas, de pedales y guantes, que avanza siseando sobre el pavimento. Esa figura que establece una dinámica entre gregarios, los corredores más lentos que trabajan en beneficio del líder, y el corredor con mayor capacidad de hacer un sprint para cruzar la meta. El pelotón puede cerrar y fastidiar el trabajo del cabecilla de grupo, a menudo por rivalidades, o también puede hacer que ahorre energía en una cuesta pronunciada o al pedalear contra el viento. Hay que saber aprovechar las tácticas del otro».

«En La vuelta a Chile se respiraba frío, el vapor salía por mi cuerpo, pedaleaba sobre el pavimento generando un zumbido. Llegaba una pendiente y me quedaba sin fuerzas. En un momento así es necesario calibrar las distancias, la potencia de los vatios y los umbrales».

«Zigzagueaba sobre el asfalto cuando vi un mensaje: “Pedalea, Peter, pedalea”. Pintado así, con esas mayúsculas y minúsculas. Pasé un cambio, el piñón rugió, sentí mi cuerpo más liviano y mi espíritu más equilibrado. Revisé los anclajes de los pedales a la perfección. Me concentré en la ruta del pedaleo. El pelotón seguía apiñado con golpes y maniobras. Las ruedas de las bicicletas colisionaban. Bajé zumbando las curvas de la cronoescalada de Portillo. Recordé cuántos carbohidratos había consumido la noche anterior. El otro competidor, colombiano, iba adherido a mi rueda en la Cuesta de Los Libertadores. Me jalaba la camiseta, cada giro de ruedas en ese recorrido era una maniobra para ceder una ventaja tramposa. En el tramo final pasé siseando entre un amasijo retorcido de metal y de carne».

«Pedalea, Peter, pedalea».

«Cuando pedaleas nueve horas seguidas conoces un umbral del dolor que en la vida ya no experimentas».

«En el ciclismo los pies van pegados a los pedales y es necesario mover las piernas a treinta y setenta kilómetros por hora».

«Es importante atravesar rutas, acomodarse en el sillín para beber sorbos de la botella de agua sin detenerse. Para no hacer resistencia hay que llevar piernas afeitadas, vestir un *maillot* de lycra que mantenga el sudor frío, usar guantes para minimizar el roce de las manillas. El *maillot* es como una segunda piel. Se pega al cuerpo, la lluvia hace que se ciña y el frío se te mete en los huesos».

«Un ciclista necesita tanta capacidad pulmonar como tono muscular en sus piernas. Quedar atrás es desfondarse. Yo pedaleaba para ir adelante, para sacar ventaja».

Peter Tormen ganó La Vuelta a Chile en 1987 con un tiempo total de 45:38:34. Pedaleó desde Puerto Montt a Santiago, en doce estaciones. Y logró el máximo kilometraje permitido: un promedio de ciento cincuenta por día.

«Me convertí en un emblema de los derechos humanos. No es cierto que yo pedaleara pensando en Sergio, pero cuando tuve unos minutos frente a la televisión dije lo que dije: “Este premio es en honor a mi hermano detenido-desaparecido”. La pantalla se fue a negro. Luego los auspiciadores me quitaron el apoyo y me quedé solo».

«La gente dice qué valiente y no es así, ya no quedaba miedo, lo único que yo quería era desaparecer, reunirme de algún modo con mi hermano. Cuando me amenazaban, yo decía ojalá me pase algo para ver a mi hermano».

«Cuando levanto el brazo después de cruzar la meta estoy con un señor que estaba mayor y enfermo, que me ayuda. Era Isaac Fraimovich. Auspiciaba al equipo y yo hago el signo de Silo. Yo seguí muchos años el movimiento de Silo, transmitir el mensaje de transformar

la humanidad desde uno mismo. Adherir a una violencia no activa. Silo es un movimiento humanista, mi familia estaba desde 1972».

Un ciclista que lleva la espalda encorvada y corre a toda velocidad parece un bicho metálico, un pájaro de acero.

Cuarenta y un años después

Peter me comenta que ahora sufre dolores en las articulaciones. Bloquea el dolor de los nudillos de los dedos con una infiltración de esteroides. El sábado se puso la última inyección. En las horas que he estado en el taller entra una persona a arreglar los frenos de una bicicleta china; una mujer pasa con las bicicletas de los niños y pide ajuste de asientos y ruedas laterales; un joven ajusta su marco y tensa las piolas del freno; dos ciclistas profesionales retiran sus bicicletas marca Tormen, comentan detalles de la subida a un cerro y salen pedaleando.

«No se puede vivir en el pasado, te enfermas. Hay que generar algo desde el presente. Yo me suscribo a la libertad, la libertad te lleva a un estado superior. No podría militar en un partido que te restrinja. Necesito libertad de pensamiento».

Se mueve de un lado a otro del taller mientras yo sigo sentada en el piso de madera. Observo las piernas fibrosas, delgadas y los músculos marcados en su overol de mecánico.

«Tal vez fui valiente en aceptar que la cobardía era parte de mí. Pero el ser humano es miedoso, el egoísmo prima y cada cual se cuida el pellejo. Por miedo se está dispuesto a soportar lo que vivimos».

«Una vez fui a Londres 38 y me perdí. Caminé de un lado a otro, pero no encontré la casa, me confundí. Regresé a mi casa sin hallarla».

«Todas las mañanas voy al Centro, compro repuestos y luego abro el taller».

La cortina de fierro del taller se abre a eso de las diez de la mañana y se mantiene en alto hasta las siete de la tarde. La lista de compras clavada en la pared dice: tornillos, llaves, tensores, pedales, cuerdas, alicates.

«Hace unos meses visité Londres 38 y pensé que me iba a desplomar, pero estuve templado, pensando. Recorrí el lugar, del pasadizo al baño, las mismas baldosas».

«Entré al proceso de Valech. Para ser víctima hay que sentirse víctima. Mi caso fue fácil, sobran pruebas. El próximo año voy a estudiar psicología con la beca».

Cuarenta y dos años después

Todas las tardes regreso a casa bajando de la micro en la plaza Martin Luther King, el pasto cubierto por la fina escarcha vespertina. Me detuve en los pájaros de metal volando al cielo de Castillo. El soporte de la pieza pintada una y otra vez, de textura rugosa, un rojo colonial sucio. La casa del presidente o de los presidentes convertida en un asilo de ancianos.

A los pies del portón que siempre miré de reojo hay ahora un letrero gubernamental que dice: «Hogar de larga estadía para adultos mayores. Nuestra Señora de los Ángeles. Número de resolución doscientos noventa. El 9 de mayo de 1975, Augusto Pinochet entregó en forma gratuita el uso de esta casa a Conaprán, mediante el decreto N° 165».

«Vengo a la casa de Allende».

«No, de Allende no, nunca fue de Allende».

«Casa de los Presidentes, así con mayúsculas».

«¿Por la razón o la fuerza?».

Examino lo que queda del escudo nacional, creado por la escultora María Martner, que cubría la pared del frontis de tres por cinco metros. Mis dedos siguen adivinando los puntos de lo que fue el huemul esculpido en ágatas y el cóndor de jaspe y cuarzo. El escudo combinaba piedras de lapislázuli con un fondo de cuarzo, incrustado uno a uno en el muro exterior.

El segundo anuncio: «Horario de visitas. Lunes a domingo de 10:00 a 18:00 horas».

«Déjeme entrar, echar una mirada rápida a esta casa que siempre he querido conocer».

El guardia de pelo engominado, panza prominente y suéter en V azul marino, accede en silencio. Ahora pasa de vigilante cascarrabias a ser un guía amable.

«La idea es que conozca el *hall* central, pase por el que era el escritorio y el dormitorio de Salvador Allende».

«¿Dónde dormía la Tencha? ¿Dormían en camas separadas o juntas?».

«Todo el primer piso era ocupado por él».

Ningún vestigio de ceniza, de comida, ningún colchón en el cuarto.

«Mire esas grietas en la fachada. Acá había dos boquetes».

«¿Los distingue? Son los rastros del bombardeo. Las ventanas quedaron con hollín en los marcos, y los cristales son distintos a las vidrieras hexagonales del original».

«Este hogar está lleno de viejas subversivas, con sueños de igualdad, que hablan de sus juventudes *hippies*. Mire, ella es la más enferma. Camine como camine, todo en ella tiembla, vibra, reclama. Se balancean el vestido, los senos, el cabello». La curvatura de su abdomen se mueve con la respiración, estirando el suéter en V azul marino con pelusas, y sigue el relato.

«Esta piscina siempre estaba con agua. Allende braceaba veinticinco vueltas a lo largo. Tenía espaldas de nadador».

Estoy a punto de cruzar el portón, pero de adentro hacia fuera, bajando la cabeza, porque el bombardeo... el enjambre de alas... las aves de acá y allá.

La bandada de pájaros se despliega.

«Señores, estamos en guerra».

Escribir es siempre una funa, marca y señala.

En el ciclismo lo más importante es cortar el viento.

«*God Save the Queen*».

«Este triunfo se lo dedico a mi hermano detenido desaparecido».

Our Father Who Art in Heaven.

El Correcaminos con sus sobresaltos bip, bip. Plan de entrenamiento.

«Cooperativa informa».

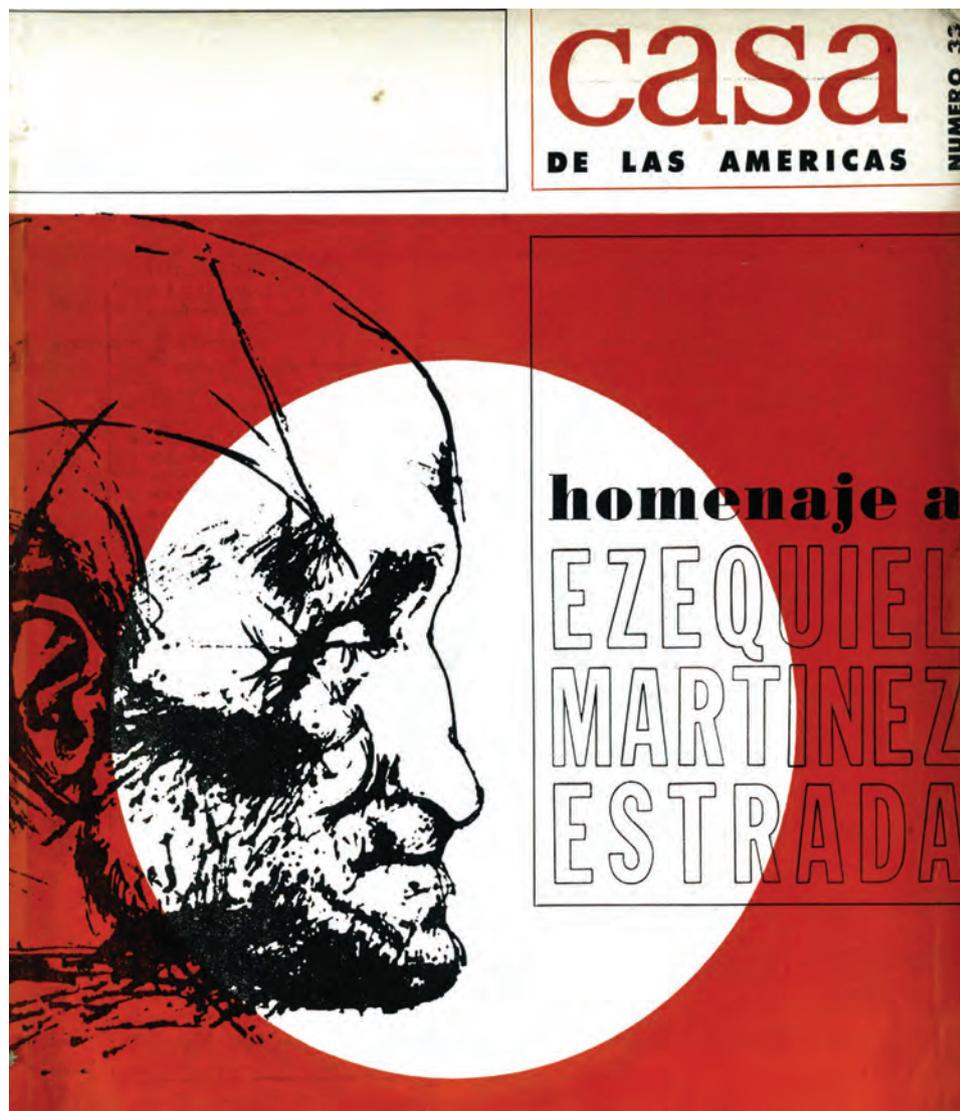
Un ciclista encorvado sobre su bicicleta es un bicho metálico, un pájaro de acero.

Play-stop-rewind.

«Pedalea, Peter, pedalea».

Listos, disparen fuego.

Bum, bum, bum. **C**



homenaje a

EZEQUIEL

MARTINEZ

ESTRADA

Del establecimiento del establecimiento

A las víctimas de un virus mortal.

Todas las posibilidades acá serán verosímiles si al final ustedes eligen alguna que no implique nuestra extinción. La primera que les propongo es que éramos diez jóvenes que le huimos a la peste y nos escapamos de la ciudad.

Todas las posibilidades, querrás decir, excepto alguna que no implique dejar de hablar. Dejar de hablar acá es la muerte.

Discrepo.

Entonces no cuento nada. Me callo. No estaré acá en vida y sí estoy muriendo. Que se sepa.

Si eso quieres, mejor será tener a alguien que escuche. Sigo la posta, en este momento el silencio palpita muy fuerte. No tengo palabras más que decir, solamente que humana cosa es tener compasión de lxs afligidxs y, aunque a todxs conviene sentir esa compasión, más normal es que la sientan aquellxs que ya se enfermaron y encontraron compasión en otrxs. Entre esxs, si hubo alguien que necesitara compasión, me cuento yo.

Ven acá. Chupa.

Basta. Sigán fumándose el libro gordo ese. ¿Por qué llevar la conversación así, poniéndose el parche antes de la herida, anticipándonos a lo que contaremos, pensando en el acto mismo y no en la acción?

Es verdad que llevamos un buen rato hablando, pero nomás ahora empezaron ustedes con esto de la verdad, de lo posible, de que es necesario tener claro dónde estamos, qué somos, cuánto el Big Data y qué nos conviene que escuchen esos que ya todo lo saben.

Ay, ya.

¿Sigamos con la historia que estabas contando? Hace demasiada calor como para seguir con lo de las posibilidades de las

posibilidades. ¿Qué mierda de posibilidades, cuando estamos muriéndonos y no hay otra opción que morirse?

La hay. Está la de morir bien o morir en soledad, con tubos en todos tus orificios y sin poder siquiera tocar otro cuerpo.

O morir sin poder hablar, también, teniendo tanto que decir. ¿Sigo?

Sigue. Páseme la agüita, eso sí.

Sepan que la peste había caído sobre la ciudad contaminada en plena canícula, de modo que salir corriendo parecía la única posibilidad de vivir ante la enfermedad de todo el mundo, la enfermedad que nos decían siempre existió y que sin embargo se había llevado de repente a los más admirables cuerpos que en nuestra corta experiencia nos tocara conocer; era también una acción, no un acto, de suprema dificultad corporal. Esa primera jornada juntxs habíamos corrido sin detenernos entre los próximos cadáveres putrefactos que se apilaban en las filas, buscando ser testeados, contabilizados, trazados, auscultados, medidos, huyéndole a la fiebre tanto como a quienes podíamos seguir respirando hondo bajo nuestras mascarillas, ante sus últimas horas, devorándose unos a otros en sus oficinas, centros comerciales y reuniones dentro de pantallas dentro de pantallas dentro de pantallas. La aventura para escapar no debía requerir peripecia mayor que la de alcanzar un final digno: lograríamos huirle nadando a una ciudad sin costas ni ríos, entonces esas costas y esos ríos nos arrastrarían a un verde valle fértil oculto entre la ceniza y las llamaradas.

Muy bueno eso. Yo le llamaría el Proemio.

Bueno. Dejémosle ese nombre arcaico, tanto que te gustan. Pero déjenme seguir a mí, de otra manera no llegaremos nunca y estoy empezando a cansarme.

Dale.

Al comienzo éramos dos.

Cómo que dos.

Espera. Éramos solo dos muchachas y, cuando llegamos ahí, al valle, había otros dos, dos muchachos que de la ciudad de más allá venían. Así que fuimos cuatro. Seis posibles parejas de cuatro jóvenes libres ante el día, la noche, el silencio, el remanso, la falta de medicina y la lujuria.

Ah, esa frase. Aunque yo no diría necesariamente que éramos muchachas y muchachos. Mejor: éramos dos muchachxs y había otrxs dos. Así aumentamos las posibilidades de combinatoria.

Que es lo único que te importa.

Sabes que sí, amor.

El punto es que pasaba ya las nueve de la mañana en ese, el segundo día de nuestro escape de la ciudad, cuando unx de lxs muchachxs, quien a veces se hacía llamar Reinx, se dio el trabajo de ir cama por cama a levantarnos a todxs los demás. Se nos metió entre las sábanas y así nos convenció, unx por unx, de que era insano, inmoral y poco seguro dormir demasiado durante el día.

Uf. Déjenme a mí seguir.

Justo cuando se ponía buena la cosa.

Escúchate, por favor.

Sigue tú.

Te seguimos. Sí.

Te seguimos por un pequeño prado cual verde y altos los árboles eran, ahí donde en ningún recodo el sol de ese verano asfixiante y enfermizo daba de frente y en cambio una suave brisa al día y a la noche no le daban tregua.

Insisto.

Perdóname.

A mí también.

Siga usted, belleza.

Nos sentamos en la hierba, perdonados. Algunxs se acostaban sobre los otros cuerpos, algunx más se mantenían con las piernas cruzadas o apoyaban su cabeza en la mochila, o en la agradable corteza del árbol milenario.

Mejor que no sea milenario.

Ese adjetivo no.

De acuerdo. No importa nada salvo ese momento en que ciertx muchachx, esx que no quería ser Reinx, pero así lx llamaban porque había sido dirigentx estudiantil, luego concejalx y, antes de que asolara la peste, candidata, dio el siguiente discurso. ¿Quién se ofrece?

Yo. El sol está fijo y hace mucho calor en los lugares donde están muriendo por miles. Escuchen esta agua que corre y el zumbido de los insectos entre las viñas con racimos silvestres.

¿Te parece que eso dijo?

Estoy de acuerdo con que debe haber agua que corre y mucha fruta fresca.

Cállate y pásame el racimo, ¿quieres?

¡Que siga, que siga!

Si no me siguen interrumpiendo. Sería un disparate ir a otra parte. Está fresquito aquí y nos sentimos bien. No hay señal alguna en los teléfonos, pero nos tenemos entre nosotrxs. Eso dijo.

Claro.

Podríamos jugar a algo, digamos que dijo también. Sin embargo, entre la destrucción y el dolor y el recuerdo de esta epidemia que nos hizo dejar atrás la ciudad no cuenta el morbo de los naipes, ni el dominó, ni las damas.

Otros tipos de combinatorias.

Sigue. En cambio, qué les parece si nos contamos historias.

Eso dijo.

Eso dijo.

Sí, eso dijo.

Pueden ser cuentos de la vida de cada quien o algún asunto inventado a través del cual, de todas maneras, adivinaremos quién esté narrando y por qué.

Eso va a ser imposible.

De ahí la gracia.

Yo no he dicho nada, justamente para que nadie me identifique. Quiero que crean que me morí para poder tener la última palabra.

Bonita definición de silencio la tuya.

Solo así podremos conocernos sin pantallas ni mascarillas. No confío en hablar a distancia, no tengo cómo pagar estos inventos modernos.

De acuerdo, pero les pido que no nos aburramos con detalles biográficos: esa novela corta ya me la leí en el hospital Van Buren, ese triste 30 de marzo cuando recibí el mensaje de papá y mamá, antes de escaparme a contarle todo.

Así antes de que cada cual haya terminado su historia habrá atardecido.

Eso dijo.

Sí, eso dijo.

Eso.

Tal vez sufriremos menos agobio al contarnos cuentos y al final de la jornada habremos recuperado energías suficientes para seguir, ¿adónde?

Adonde haya que beber.

Adonde no importe quién dice qué y la persona que lea no esté contando los turnos de diálogo para pillarnos.

Quedamos en que súbitamente esx muchachx que decía apellidarse Filopán, esx quien había escuchado pacientemente a sus compañerxs durante horas, fingiendo que dormitaba sobre la pierna derecha de Reinx, pidió con voz ronroneante poder ser quien diera inicio al juego con su cuento.

Yo pensé que ya había empezado.

Y yo lo contrario.

Eso dijo.

Asimismo Filopán, arrebatada la atención de todxs nosotrxs, jóvenes pletóricxs de la belleza que rodea a sus sobrevivientes, prosiguió su relato.

Muy bonito.

Es que es el amanecer de un fin de semana, muy temprano.

Te escuchamos.

En un café, frente al océano, están desayunando.

Qué linda voz tiene.

Él viste de fiesta, aunque un poco a mal traer. Ella, que también lleva ropa formal, luce más fresca. Miran el amanecer con pena. Él le acaba de dar a ella una pésima noticia, que no sabemos.

Que no sea la misma noticia que nos tiene acá.

No sabemos.

Ella se niega a escuchar esa noticia de nuevo y le pide que no vuelva a mencionarla.

Bien dicho.

No quiere echar a perder ese horizonte tan bonito después de una noche única. Ella espera que se acerque el tipo que atiende el local, que sin embargo nunca llega. Está todo el tiempo planeando, como una manera de no hablar de lo que él quiere que diga, insistentemente, qué va a pedir, qué es más rico para desayunar, qué engorda menos y ayuda a la resaca, de qué tiene ganas y qué le va a caer mejor a esas horas después de la fiesta. Vienen de una boda, de un matrimonio que se llevó a cabo en una casa a la orilla del mar. Algo terrible sucedió ahí, una idea macabra.

No la digas.

Lo que importa es el establecimiento de la idea macabra.

Él intenta convencerla de que hablen de lo que pasó, que le crea, que acepte eso que quiere contarle y que se marche con él. En un primer momento pareciera que él pretende que se acuesten una vez más, luego que quiere consolarla como un amigo patético que ha estado toda la vida prendado de ella en vano, finalmente intenta llevarla con él a ese otro lugar ajeno donde ella no quiere ir; ángel de la muerte que nunca dice muerte, ángel ni lugar ajeno.

No digas.

Ella en un primer momento le pide que se relaje, que disfruten del desayuno, luego se angustia al recordar la noticia que él acaba de darle; empiezan a rememorar lo que pasó en la fiesta: que la boda de los amigos en común estuvo muy buena, que una conocida se cayó bailando en la pista, que se encontraron a distintas horas con este otro en una mesa, discutiendo con un anciano familiar de la novia sobre el perdido valor de la virginidad perdida, que estuvieron casi toda la noche bebiendo y conversando encerrados en un baño porque pensaban que se había roto la manilla y tuvieron que salir por la ventana. Que fueron casi los últimos en irse de la boda.

Que, que, que, que.

Que ella se ríe de la coincidencia de haberlo encontrado en el fiestón al cabo de esa infinitud de años, desde que él se marchara y no le escribiera más. Lo acusa de abandonarla. Él le sigue la corriente al comienzo. Ella va perdiendo la paciencia.

Empieza a preguntarle qué ha sido de su vida todos estos años, pero él se las arregla para dejar de hablar de sí mismo en todo momento y repasa los hechos concretos de la fiesta de matrimonio.

Veamos.

Que ella por años sintió una devastadora atracción sexual hacia el amigo en común que se casaba esa noche.

El novio.

Que ella tuvo varios encuentros románticos con ese futuro novio hasta que él conoció a la futura novia y decidió dejar de prestarle atención, a pesar de que cuando novia y novio vivieron una crisis de desinterés sexual, un par de años después, este volvió a buscarla. Al poco tiempo, sin embargo, el novio volvió con la novia y fijaron una fecha para casarse. Ella entonces se presentó ante la novia con intención de contarle que había tenido una larga relación sexual con su novio, pero no alcanzó a decírselo porque de pronto se habían hecho confidentes. El día de la boda, empero, ella llegó decidida a contar la verdad a quien quisiera oírla, aunque su decisión no fue tanta como para detener un fiestón preparado durante meses y pagado con múltiples créditos y deudas. Se dedicó entonces a beber y beber y beber antes de la ceremonia y durante la ceremonia y después de la ceremonia, ahí fue cuando lo encontró a él, al antiguo amigo, y pasaron la noche bailando, bebiendo, drogándose y teniendo sexo, pues el novio y la novia la habían ignorado cada vez que ella se les acercaba para hablar.

No pares.

¿Eso dijo?

Creo que terminó su cuento, Filopán.

Sigue ronroneándome, por favor.

Yo diría algo distinto. Acostadxs como estábamos bajo un árbol, junto al arroyo en que se había convertido el río inexistente en este valle secreto para saborear la historia de Filopán, entendimos que la dejaría inconclusa con el objetivo de que fuéramos todxs nosotrxs quienes decidiéramos si continuarla o responderla con otra.

Ella se quiebra ante la verdad.

Llora.

No llora.

Confiesa que le duele ser una persona solitaria, a pesar de que no hace esfuerzo alguno para establecer comunidad con alguien más.

Le recrimina que la haya abandonado hace años, dice que nunca volvería a tener una amistad como la suya, a alguien que la entendiera sin fingir que quiere acostarse con ella, sin fingir que no quiere acostarse con ella.

Nos acostamos una vez más.

No nos levantamos.

Él la abraza, la consuela. Ella le da otro beso, esta vez es un beso apasionado y no por la inmediatez del sexo. Él parece no entusiasmarse. Ella se ríe, le dice que ya pueden dejar de fingir. Que siempre ha sabido lo que él no ha querido contarle, que eran amigos tan cercanos porque quería pasar la vida con ella, que la timidez y el exceso de confianza, agrega, que la ética en las relaciones privadas como punto de partida para una transformación política colectiva; que sabe que él había decidido marcharse cuando la vio a ella teniendo sexo con quien hasta la noche anterior era la novia en un baño.

Ella lo vio salir de ahí, confundido, pero no reaccionó. Desde ese momento ella había comenzado a compartir con intensidad todo lo que él sentía, desde la distancia y tal vez por efecto de que él desapareció completamente y no se comunicara más con ella, tal vez porque eso le servía para comprobar que tales cosas como la amistad, el amor, la confianza y otras abstracciones son culturales, no así la transferencia enigmática de los afectos.

Una persona siempre quiere algo de otra.

Discrepo.

No hay nada malo en ello.

Que siga.

No está seguro. Sin embargo, actúa como si se enfureciera cuando escucha que ella sabía que él sabía que ella sabía, aunque sobre todo porque ella le habla de la transferencia enigmática de los afectos. Levanta la voz el macho, discuten a los gritos.

Discrepan.

Eso argumenta él. Que no hay cómo ponerse de acuerdo. Que vino a buscarla porque nunca pudo detener la transferencia enigmática de sus afectos, aun si ella le había dejado de parecer interesante como antes, sexualmente atractiva. Ella responde que él es tan obvio, que adivina claramente su siguiente paso y que no caerá en el juego.

Él dirá que si no se marcha con él tendrán que quedarse vagando, juntos o por separado, por muchísimos años y adonde quiera que vayan.

Hasta que se vuelvan a encontrar.

Entonces él está ahí con ella por mero interés personal.

No me parece algo censurable si lo dice de frente.

Escuchen.

Se insultan.

Ella se escapa playa adentro, no quiere saber nada de él.

Yo me leí toda *La Biblia*.

Yo todo *El Mahabarata*.

Yo todas *Las mil y una noches*.

Y yo *El Popol Vuh* completo, además de *El libro del Buen Amor* y *El Decamerón*, desde luego, antes de salir.

¿Y qué sacaron en limpio después de leer tanto? Si les estoy contando esto es porque creo en el amor.

Suena cursi.

Eso dijo.

Sí, eso dijo.

Creo en el amor como sustrato constructivo de todas las relaciones sociales, a través de la discusión sobre las diferencias entre el amor de pareja, el amor erótico y el amor grupal,

del mismo modo en que lo hacen sus lecturas clásicas. Ella ahora está mirando el mar. Él se sienta a su lado.

Se quedan un rato en silencio.

Y otro rato.

Y otro.

Ya.

De repente él le dice que todo era mentira. Que ella no está muerta. Que no murió en un accidente ferroviario camino al matrimonio, borracha como estaba. Que en la fiesta nadie le hablaba simplemente porque todo el mundo sabía de su larga relación abiertamente sexual con el novio. También le dice que tampoco es verdad que él haya muerto por la epidemia en esa otra ciudad distante. Simplemente, le dice, había dejado de escribir y de llamar a sus amistades del lugar que había dejado atrás.

O no se lo dice.

No es el ángel de la muerte que viene a buscarla, puntualiza, sin decir ángel ni muerte ni venir a buscarla.

Ella se muere de la risa.

Cómo tan crédulo, queridx. Nunca le creyó, le dice, a pesar de haberle seguido el juego desde la boda. Están tendidos sobre la arena y se quedan jugueteando con sus cuerpos una vez más, ahora que saben que esos cuerpos en realidad no existen, tirados ahí en la playa a pleno sol una mañana como cualquier otra que pareciera domingo después de la enfermedad que todo lo asoló. Ella se saca la ropa y se mete al mar. Él la sigue.

No te detengas.

Eso dice.

Muy bien.

La historia de Filopán da buen pie para una conversación sobre las relaciones de pareja que se alargan en el tiempo.

Pero ya no tenemos tiempo.

Miren nomás las llamaradas.

No veo nada.

Las llamaradas que se extinguían en el puente de la ciudad cuando salimos. Aun así votamos por seguir nuestro escape.

No es lo que diría José Guadalupe, otrx muchachx tanto menos tímido del pequeño grupo que se estableciera en la cuenca del río inexistente a fundar una civilización sobre las ruinas de la nuestra.

Que no es la nuestra.

¿Qué diría?

Diría que algo cambió el curso no solo de lo que estábamos hablando, sino de lo que percibimos del lugar donde nos refugiamos esta jornada. Que el único lugar de una relación

significativa entre dos, cuatro o mil personas es el tiempo que dura esa relación.

Hasta que se quiebra. Hay tantísimos casos de sociedades quebradas que se mantienen indefinidamente y prosperan porque su vínculo es ese quiebre, esa quiebra.

Pero, ¿qué es el tiempo en una relación, en un relato? ¿Quién puede siquiera contar algo desde afuera, cuando la única manera de hablar es con un cuerpo, que si es cuerpo está vivo y está adentro de algo más?

No es así, si el compromiso es total.

El compromiso total con cualquier otra persona hace que el lugar y el tiempo de la historia que se cuenta se acomode constantemente a su relato.

Asumes que el amor implica disolverse por completo.

No. Yo digo que es lo contrario, que es convertirse junto a alguien más en caracteres completamente definidos, perfectamente separados, complementarios sin exclusión mientras en su raíz sean individuos en diálogo.

Eso dijo.

¿Quién lo dijo?

José Guadalupe.

De acuerdo. José Guadalupe estaba dispuestx a probar su punto con una breve historia que iba inventándose.

Pero esta historia no funcionaba.

Nos sentamos los siete en una de las bancas de la plaza de ese pueblo seco, perdido y abandonado en el desierto, donde habíamos llegado después de la larga caminata.

Eso dijo.

No obstante, eran cinco.

Seis.

Y comenzó a declamar ya no una historia, sino el resumen de esta, para así interesar a los burócratas de la nueva sociedad basada en el poder de persuasión de cualquier narrativa, por absurda que sea.

El establecimiento, dijo, es el cuento de cuatro jóvenes, dos mujeres y dos hombres, que escapan de una ciudad asolada por una peste hacia un lugar seguro, y en el camino se van contando mutuamente diversos cuentos a través de los cuales se dan a entender.

Prefiero que sean siete, por la combinatoria.

De acuerdo.

De acuerdo.

A medida que recorren todo tipo de lugares diferentes donde buscan establecerse y empezar de nuevo una sociedad, surgen entre ellos todos los tipos posibles de amor.

Sigo yo.

No, yo.

No yo.

Cada uno de esos lugares, tiempos y vínculos sentimentales remiten a distintos libros de la tradición del cuentario, que es la única cultura previa que reconocen.

Vamos.

El Decamerón.

José Guadalupe Carrillo García.

Phantasmagoriana.

Destruir dice ella.

La insolación. Arguments.

El de Joyce Mansour.

Sigamos lanzando títulos hasta que lleguemos, ¿pero adónde?

Cierra los ojos mejor. Dime lo que ves ahora.

Chupa.

Veo el establecimiento.

Eso dijo.

Y luego sigue.

Lxs veo.

Caminan.

Y sigue.

Sigue caminando.

Como título, es evidente.

Buscan un lugar donde establecerse.

También es una invitación a que la persona que está afuera y adentro, la única que puede hacerlo, y que lee, sea quien defina de qué establecimiento están hablando.

Al interior de qué establecimiento están.

Diez jóvenes, siete mujeres y tres hombres, huyen de la peste al campo. Que comience así el cuento.

Bonito.

Se parece a esto que tengo tatuado aquí.

¿Qué dice?

Date vuelta.

«En la danza llamada Celos tres hombres y tres mujeres intercambian parejas y cada hombre pasa una etapa en que se mantiene deliberadamente separado de los otros».

Anne Carson.

Así es. Beba.

Siete primos llegan a un pueblo a buscar a su abuelito.

Tres parejas de expresidentes son los últimos huéspedes del antiguo hotel vacacional del balneario desolado por los narcos.

Dos poetas aristócratas, un médico y dos hermanas que cambiarán para siempre la historia de la literatura de horror, se encierran durante una larga tormenta en la casa de un lago.

Prefiero que seamos lxs últimxs ayunadorxs de una huelga de hambre,
Coma.

O dos parejas de oficinistas en un ascensor descompuesto.

Cuatro pacientes de un sanatorio.

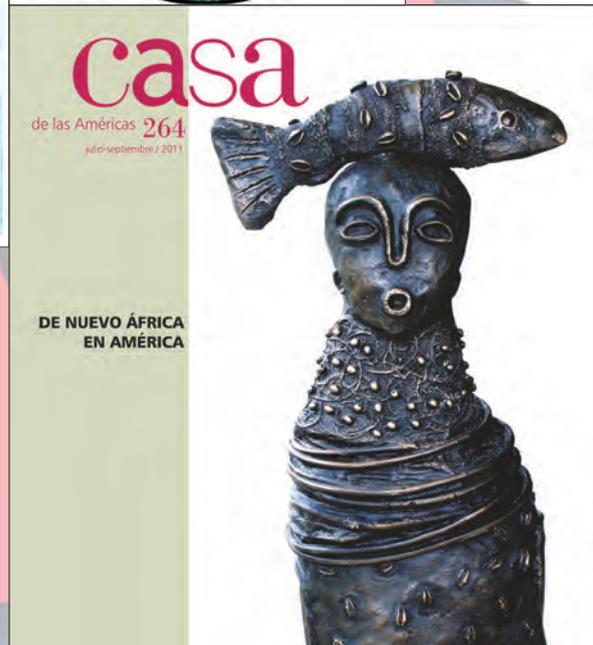
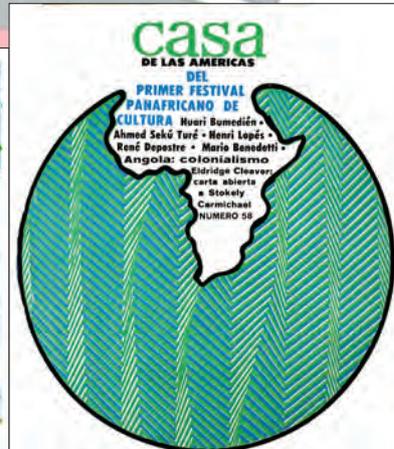
Alguien que no es mujer ni hombre, cuya historia nadie más pueda contar.

La masa.

Elija usted una opción.

Una que le permita cerrar los ojos de una vez.

Y seguir en compañía. **C**



Señales de nosotros

*Ximena, Claudia:
son nuestras estas señales*

La violencia militar pasó por nuestro lado como un huracán de clavos y esquirlas, sin herirnos, sin rasguñar a los nuestros. Nadie que conociéramos había sido allanado, interrogado, torturado, exiliado: eso creíamos nosotros, los estudiantes del colegio británico. Eso nos contamos durante años: que no estábamos timbrados por el sello de la detención, o de la desaparición y el duelo que marcó al resto de Chile. Durante mucho tiempo ni siquiera supimos que existían esas palabras y menos las víctimas de esas palabras, de esos hechos. Decíamos, es mentira, repitiendo lo que mentirosamente se nos decía. Era como estar hipnotizados. Era como vivir de espaldas. Era como existir en un universo paralelo donde nuestra única hazaña era aprender nuevos sustantivos y nuevos verbos en inglés. La realidad continuaba ocurriendo en castellano, las señales de la violencia a nuestro alrededor seguían apareciendo, sutiles, pero las dejábamos caer en el hoyo negro de la memoria de los seis y siete o nueve años. Éramos una página en blanco donde tanto debía escribirse y donde nada que importara se escribiría; o quizá sí se escribiera, alguna vez, pero en el margen, como anotaciones sueltas que sumadas a lo largo de los años acabarían por revelar lo evidente: que aun cuando la violencia no hubiera herido nuestra carne propia, todos habíamos sido tocados por la dura vara del régimen.

Durante años seguimos insistiendo –un cándido coro sustentado por una orquesta feroz– que nada estaba pasando, que los rumores eran infundados, que la dictadura no era tal. Y era tan fácil ese convencimiento. Entonábamos al unísono la misma

canción sin darnos cuenta de que no cantábamos lo mismo y que había solistas disidentes que pronto dejaron de cantar o nosotros dejamos de oírlos.

Señales hubo siempre, pequeñas historias que caían salpicadas a nuestro alrededor y que pronto se arrumbaban en el olvido porque eran contraseñas que nadie nos enseñó a leer. Señales para las que no teníamos herramientas ni manuales, nosotros, los niños y las niñas del colegio inglés. Niños de oscuro uniforme. Niñas de corbata e insignia. Ahí viene ahora una de esas señales, viene arrastrando su bolsón gris, se acerca vestida en su jumper azul, con sus calcetines también azules subidos hasta la rodilla y su camisa blanca. La manga enrollada o quizá recortada para dejar pasar el brazo roto y el yeso que lo envolvía. Era una señal de pelo rubio y de ojos hinchados y enrojecidos que no habían derramado lágrimas por la rotura del hueso. Qué le había pasado, entonces, le pregunté a la señal llamada R., y ella, olvidada de su brazo, contestó que acababa de hablar con su padre, pero apenas unas palabras porque llamaba con monedas desde un teléfono público, él, que hacía meses andaba arrancado sin que ella supiera dónde. Estaba escondido. No sabía si volvería a verlo, dijo ella con los ojos brillantes mientras yo le firmaba el brazo tieso. Se sonó con la otra mano y se disculpó por llegar tarde, R., que ya no vivía en ese palacio en las afueras de Santiago. Escalones de piedra. Leones de mármol. Cuadros murales que atravesaban la enorme sala por la que corríamos jugando a las escondidas. Se habían ido por un tiempo de esa casa que era de su padre comunista y nieto de un antiguo presidente. Un padre huyendo entre leones quietos. Un padre jugando en serio a las escondidas. Fue tan sorprendente y a la vez tan secreta esta revelación que yo permanecí en silencio mientras me sentaba junto a ella en el pupitre y hundía los ojos en mi cuaderno aterrada ante la posibilidad de que mi padre también se perdiera un día por algún agujero insondable. Sin que yo supiera dónde. Sin monedas en el bolsillo para llamarme.

Hay agujeros en los bolsillos de la memoria de esos tiempos. Hoyos por donde cayeron nuestros recuerdos para impedir que el horror se materializara entre nosotros, para evitar que nos hiriera como me iba a herir después. La vida que me empeñaría en transcribir intentando entender ese pasado hecho de olvidos asustados, olvidos como sacos donde metimos lo que temíamos para tirarlos a la acequia. Olvidos como gatos indeseables que hacíamos desaparecer. Algo he podido recuperar, alguna escena con pelos y señales, pero no logro regresar a lo que sentía, a lo que pensaba, a lo que me impedía inquirir por las verdades que nos arrojaba de vez en cuando la realidad. Quizá porque era único ese relato de lo posible, quizás porque era una versión que nos hacía sentir a salvo y a eso nos arrimábamos, como a los umbrales de las puertas y a las paredes más recias en un país de terremotos. Nos habían enseñado a meternos bajo los pupitres cuando temblaba y eso hacíamos todo el tiempo: meter la cabeza y el cuerpo en moldes que nos parecían seguros aun cuando fueran pequeños e incómodos. Y acaso las preguntas amenazaran con resquebrajar el relato antisísmico de nuestros padres; quizás ellos mismos necesitaran de esos andamios puestos por la dictadura

para poder dormir por las noches. Todos habíamos puesto nuestros ladrillos ahí y no parecía posible quitarlos de a uno sin que la vida entera se viniera abajo. Nuestra vida de clase media que soñaba con escalar hacia posiciones de poder. Nuestra vida futura en la que no se nos cruzaban las vidas de los otros. No conocíamos a esos otros. No estábamos seguros de quiénes eran y tampoco entendíamos que sufrían.

Los otros no aparecían en nuestras pantallas (parecían tan ausentes o escondidos como el padre de R.). Al prender el televisor nos encontrábamos, en cambio, con frecuencia, al dictador. No importaba la hora: la programación era interrumpida por el entonado coro del ejército cantando nuestro himno nacional. Entonces él hacía su aparición. Su bigote en blanco y en negro. Sus labios torcidos hacia abajo. Su voz pituda y nasal arrastrando las palabras mientras nos hablaba de lo bien que iba todo en nuestro país. Ahora que habíamos extirpado al *cáncer comunista*. Ahora que íbamos por buen camino bajo la tutela de la junta que él comandaba como un padre protector. Nos visitaba también su mujer en la pantalla. Ella lucía su gran dentadura y sus hinchadas mejillas y enormes sombreros siempre distintos y siempre en blanco y negro (la vida, como la televisión, no conocía el color); se lucía, ella, rodeada de una sonriente comitiva de pobladoras que trabajaban en aquella fundación que «proporcionaba bienes espirituales y materiales a la mujer chilena»: educación en la artesanía y en la cocina y en el cuidado de la familia que ellas recibían como hechizadas por las virtudes de la decencia y del patriotismo. Qué felices éramos mirándolos a todos felices en la televisión.

Acaso porque las cosas parecían ir bien no nos preocupaba aquello que entonces se decía, que alguna gente murmuraba o exclamaba golpeando la mesa (pero no nuestros padres que no hablaban de política), eso que iba tan a tono con los discursos transmitidos por el canal nacional y por todos los otros canales, en cadena nacional: que la violencia, *en caso de existir*, le tocaba solo a quienes la merecían. Algo sin duda habrían hecho y les correspondía un castigo mientras que a los demás nos tocaba estudiar con tesón, sacar buenas notas, portarnos bien.

Portarse bien: escucho esta frase como si hubiera sido parte de nuestro repertorio. La oigo en distintos registros, con toda clase de arreglos. No recuerdo, en cambio, mi voz preguntando qué maldad podía haber hecho el padre de R. para que los militares volvieran, cada tanto y sin aviso, a buscarlo. Qué maldad suya podía justificar lo mal que se portaban los milicos en su casa. En las noches de allanamiento la madre de R. le ordenaba esconderse, a ella, debajo de la cama; le ordenaba cerrar bien los ojos y taparse las orejas con las manos y pensar en cosas apacibles o bonitas o divertidas que contrarrestaran el terror. Cosas agradables, decía R., aunque no sé cuándo fue que me lo dijo, cosas chistosas entre bototos negros y órdenes y zamarreos sufridos por su madre mientras los milicos le decían que ya encontrarían a su marido y que no habría piedad ninguna con él, por más rubio y más nieto de presidente que fuera.

Es cierto que el férreo orden de la junta había empezado a recibir golpes de fractura. Pese a los esfuerzos de los militares por ocultar la evidencia material de los crímenes la verdad empezaba a escribirse en diarios que yo aún no leía y que de seguro ninguno de nosotros siquiera hojeaba todavía. Solo leyendo hacia atrás pude recuperar lo que ocurrió a cinco años del golpe. La aparición de las primeras osamentas. Quince cuerpos de campesinos acribillados y lanzados a los hornos de cal de un pueblo llamado Lonquén al que yo viajaría muchos años después, sola, en bus, por un camino de tierra. Quince cadáveres a los que todavía les quedaba algo de piel y de pelo en la cabeza y de ropa rasgada quién sabe por quién. Quince osamentas maniatadas. Ese hallazgo que coincidía con el final del año 1978 certificaba la existencia de las violaciones y venía a convulsionar la comodidad del *no saber nada* en el que vivíamos nosotros, casi a pesar nuestro. Saber o no saber, nosotros: a los ocho años no solo no leíamos la prensa, dudo que conociéramos la palabra osamenta o que algún profesor nos hubiera soplado una línea sobre ese episodio fundamental de la historia de Chile. Nuestra vida continuaba imperturbable entre las tareas y las horas de gimnasia y las sesiones del coro donde R. y yo hacíamos de solistas.

Por la razón o la fuerza todos los lunes en la mañana nos ordenábamos en línea, por curso, por orden alfabético, ante la benevolente fotografía del dictador: frente en alto, guantes blancos, uniforme de gala azul-mar coronado de galones y cruzado por una banda en los colores de la bandera, y, sobre el pecho, el escudo: la estrella de cinco puntas rodeada por el huemul y el cóndor de cabezas coronadas. *¿Por la razón o la fuerza?* Se arriaba la bandera mientras nosotros, los alumnos y alumnas del colegio inglés, cantábamos, completo y de memoria, por la razón y con energía, el himno nacional. En algunas ocasiones entonábamos además los obligados himnos de las Fuerzas Armadas. El del ejército, *pasan los viejos estandartes, que en las batallas combatieron, y que empapados en sangre a los soldados guiaron...* El de los marinos, su silabeo entrecortado a ritmo de marcha, *¡lis-tos-a-ca-zar-las-ve-las...!* El himno de carabineros, que de todos es el que mejor recuerdo. *Orden y patria, es nuestro emblema, la ley espejo de nuestro honor....* El cancionero incluía letras religiosas y el breve himno a la Reina de Inglaterra que era tema recurrente en nuestro repertorio. En el colegio británico alternábamos las lenguas y los cantos. Fuera de la asamblea escolar, más allá de las rejas y lejos de esa avenida con nombre de príncipe también inglés, había otra alternancia entre Chile e Inglaterra: la complicidad entre el dictador chileno y la primera ministra inglesa. Dos manos duras contra el socialismo y los sindicatos y una secreta alianza contra Argentina. Nosotros, los chilenos, los *más ingleses del Continente*; nosotros, los aplicados alumnos de ese colegio laico, le cantábamos a Dios para que salvara a una reina lejana y a esa primera ministra que invitaría, en más de una ocasión, al dictador a tomar un *english tea* con *scones*.

Del año de Lonquén lo que recuerdo no es Lonquén. No es la cal viva que impidió que se levantara el olor a los cadáveres, ni es el hallazgo y sus repercusiones. Lo que recuerdo

vivamente es el miedo a una inminente guerra con Argentina, ese país regido por militares tan déspotas, testarudos y ávidos de conflicto como los chilenos, a propósito de la histórica indefinición del trazado fronterizo sobre el canal Beagle. Pienso ahora que acaso a nuestro dictador le conviniera ese desacuerdo para demostrarle a Chile cuánto estaba dispuesto a arriesgar con tal de defender unos metros australes. Acaso fuera el momento perfecto para arrimarse al políglota papa polaco de alma anticomunista, y hacer de él otro aliado. O acaso ese drama bélico fuera una eficaz cortina de humo lanzada sobre las osamentas encontradas en los hornos abandonados. Detrás de esa cortina yo vi aparecer a mi padre vestido de soldado raso, calzando grandes bototos negros número cuarenta y cinco que debieron ser difíciles de conseguir en ese Chile de hombres bajos. Los ojos empañados de la memoria sobrevuelan ahora esa escena doméstica y me pillan en la cama matrimonial, junto a mi madre, mirando ambas a mi padre abrocharse los cordones; me ven pensando que se trata solo de un entrenamiento sabatino pero estoy temiendo que parta al frente como médico de reserva y nunca encuentre las monedas, o los teléfonos, o palabras suficientes.

Nuestras vidas eran tan apacibles como un campo minado, por eso nos pasábamos los días pensando en cosas agradables. Hubiéramos tenido que proponernos captar las señales de ese tiempo explosivo, pero aun cuando las captáramos e hiciéramos una ficha con cada una, aunque las archiváramos diligentemente, carecíamos de un sistema para darles algún sentido. Nos llegaban frases sueltas que contradecían todo lo que nos habían enseñado. A veces estaban los sustantivos pero fracasaban los verbos, otras veces solo había signos de interrogación. Y sucedían cosas extrañas que caían en zonas mudas, sin advertencia. Al padre de C. se le había disparado un arma mientras la limpiaba. Eso nos dijeron en un país donde las únicas armas las portaban los militares o la policía de investigaciones. No nos explicaron por qué tenía una pistola ni para qué la estaba limpiando el padre de C., ni a qué se dedicaba. Pasó por nuestro lado el rumor de un suicidio pero también ese rumor se disolvió bajo el peso de un silencio al que empezábamos a acostumbrarnos.

Era tan fácil morir de un disparo pero tan difícil, entonces, entender de dónde venían las municiones. Era tan fácil vivir con las manos mojadas. Tanto mejor pensar en cosas agradables.

Nuestro sufrimiento se reducía al área de ese pasto inmenso en el que se pintaban de cal los bordes de canchas de tamaño regular. Canchas de hockey. Canchas de fútbol. Canchas de rugby o de vóley. Eran muchas canchas las que se desplegaban al interior de la enorme cancha del colegio donde dominaba el lema del sufrimiento: *no pain, no gain*, nos gritaban las profesoras de deporte a nosotras y lo mismo recibían como mandato nuestros compañeros. El *pain*, el *gain* y el *fair play* eran el padre, hijo y espíritu santo que regía nuestras vidas escolares, y justificaba, de paso, nuestro reglamentado ejercicio de violencia con la chueca de palo, la dolorosa bola de acero lanzada a los tobillos del equipo rival, o la puntuda pelota de rugby que nuestros compañeros se disputaban dándose de hombros y de cabezazos: los

unos contra los otros. Y no era extraño escuchar durante la jornada que acababa a las 4 el tecleo de los toperoles sobre el cemento, ver pasar camillas con deportistas ensangrentados camino a la enfermería. No se ganaba bien si no se sufría lo suficiente.

No nos inquietaban ni policías ni pistoleros ni esos agentes de civil que llamábamos guardaespaldas. Sus Opalas estacionados dentro del colegio y su deambular detrás de oscuros anteojos durante los recreos. Los veíamos en nuestras horas de deporte, mientras dábamos la vuelta a la desmesurada explanada de pasto, sudando y sin aliento, nosotras, las alumnas. Los observábamos, a esos hombres, desde lejos, y los mirábamos después, más de cerca, fugazmente, como se mira un árbol florido en pleno invierno o a un pájaro fuera de lugar. Trotábamos con esfuerzo empujadas por la memorizada cantinela del sacrificio; íbamos ganando músculo mientras dejábamos atrás a esos pájaros flacos que fueron parte del paisaje escolar con sus pistolas al cinto. Esos pajarracos apostados sobre los postes de luz vigilándonos a todos pero protegiendo solo a un alumno de uniforme y corbata que nos parecía tan común y corriente, ni siquiera demasiado listo: era el nieto de ese dictador al que llamábamos presidente.

No tan cerca, pero a nuestras espaldas la violencia política seguía impactando de frente los cuerpos de los ciudadanos: por decreto los desnudaba de sus derechos cívicos, les negaba legítima defensa jurídica, los acusaba de insubordinación, de traición, de terrorismo de Estado. Eso sucedía fuera de la afilada reja de metal que nos impedía huir y a la vez nos resguardaba de lo que no debíamos saber. Pero los años iban corriendo con nosotros, y de pronto tuvimos edad para vislumbrar dentro del colegio otra forma de violencia, la violencia económica, otro legado del régimen que acababa cayendo también sobre los cuerpos. Esa violencia instituida por la burocrática junta militar y los eficaces tecnócratas formados en la Universidad de Chicago, con Milton Friedman de profesor guía y sus neoliberales secuaces de asistentes. No sabíamos nosotros, los niños y las niñas del colegio inglés, que uno, Chile fue elegido como laboratorio de prueba del totalitario sistema de libre mercado, que dos, la brutalidad del capitalismo que se estaba ensayando en nuestro país requería de una dictadura impune dispuesta a reprimir toda resistencia, que tres, ese capitalismo caía periódicamente en crisis y las medidas de ajuste eran tan severas que generaban una enorme oposición, que cuatro y acaso final, la ecuación ideológica igualaba resistencia y pobreza calificando a ambas de comunismo *upeliento*.

El camino que tomábamos hacia el colegio atravesaba una zona de viviendas construidas bajo la Unidad Popular. Mi padre, que trabajaba de día y hacía turnos de noche y de fines de semana, que hablaba poco, y nunca de la contingencia política, dijo una tarde, apuntando hacia esos edificios en bloque, que demasiadas familias habían pedido créditos para comprar televisores y electrodomésticos y autos nuevos que ni siquiera ellos podían permitirse, dijo, con sus sueldos de médico. Mi padre desconfiaba del dólar estancado en los treinta y nueve pesos, de la multiplicación de los bancos, de los préstamos instantáneos y la compra

desbordada. Mi austero padre apoyaba discretamente la dictadura pero despreciaba el consumismo que nos consumía: obra y gracias del nuevo capitalismo importado por el dictador, su junta, y sus Chicago *boys*. Dijo, mi padre, murmurando para sí entre dientes, que esos créditos eran auspiciados por las nuevas súper-tiendas que avalaban el exceso. Que esas tiendas y sus infinitas tarjetas de crédito llevarían al país a la ruina. No solo la ruina de las clases bajas que querían vivir como las medias, sino también la de nosotros, la clase media que aspiraba a ser alta. Mi padre añadió algo que yo oiría repetir a lo largo de los años: que *esa gente* no tenía agua caliente ni plata para comer (un té pelado y apenas un pedazo de marraqueta) pero que compraban grandes televisores a color y enormes y ruidosas radios que tocaban a.m. a todas horas. Pero no solo esa gente estaba viviendo a plazo: con ellos todos nosotros. O casi todos. Eran tan convenientes las ofertas. Tan irresistibles las cuotas. Tan fabulosos los productos importados.

El futuro le daría la razón a mi padre: en 1981 reventó la burbuja y caímos en picada: subió el dólar, aumentaron los intereses, se redujeron los sueldos, se perdieron puestos de trabajo y desapareció la idea de indemnización. Ya nadie pudo pagar lo que debía. Mi padre había culpado al consumismo enloquecido de esos años, pero la compra era solo un signo y las severas medidas de ajuste de la crisis financiera fueron un signo más chocante. La taza del humeante té cada vez más aguado por el uso repetido de la bolsita (tomaban agua de calcetín, decían los que podían tomar té cargado). El pan cortado en rebanadas más escuálidas y la desaparición de la palta y el tomate. Retuve esas imágenes porque encontraron una continuidad con lo que estaba empezando a sucedernos a nosotros (las clases medias que quisieron ser altas) aunque no a los que estaban por encima de nosotros. Con ellos todavía compartíamos pupitre. Ellos se quedaron mientras se vaciaban las salas de clase de ese colegio nuestro que mis padres empezaron a pagar con esfuerzo, y muchas veces con retraso.

La madre de O. perdió su trabajo en una empresa internacional que le pagaba en dólares cuando esa divisa estaba en alza, y a continuación del cese se quedó embarazada. Se sumaba una boca a la mesa de cinco pero el padre de O., un silencioso funcionario público que nunca levantaba la voz para emitir opiniones, se negó a quitar a O. del colegio. Dejaron la gran casa con jardín y se cambiaron a un departamento minúsculo en el desolado centro de la ciudad. Vendieron el auto y empezaron a usar el recién inaugurado metro. O. aprendió a andar en micro a los doce años para ir al colegio, como lo hacían los niños de los liceos, y fue ahí, sobre las micros que cruzaban Santiago haciendo carrera para cortar más boletos, que O. abrió los ojos por primera vez a la realidad.

Sobre ese abrir de ojos algún día nos tocaría escribir. Sobre lo que se veía en las calles, sobre las conversaciones que se escuchaban en las micros y los colectivos. Sobre la violencia soterrada por la que nos movíamos, sintiendo su latir sin entender qué era, con precisión, lo que estábamos percibiendo.

Se dice ahora que lo que podemos contar nosotros, los escritores nacidos alrededor del

golpe, los que crecimos bajo dictadura, no es más que una historia prestada. Un testimonio sin imágenes propias, construido a partir de relatos ajenos. Unas memorias de segunda mano. Las novelas de los hijos, simplemente. Como si la dictadura fuera una historia ocurrida en exclusiva a los padres de uno y otro lado, y sobre todo a los padres que fueron las legítimas víctimas. Todas esas historias fueron, sin embargo, vividas asimismo por los hijos. Nosotros no fuimos los niños del holocausto, eximidos de los campos de concentración por los que pasaron los adultos. Fuimos los niños que habitamos ese gran campo de batalla que era Chile: como huérfanos de desaparecidos, como hijos de torturadores, como hijos e hijas de sus cómodos cómplices. Y por más que algunos viviéramos esas vidas sin comprenderlas a cabalidad, esas escenas llenas de acertijos se transformarían, para algunos de nosotros, sin duda para mí, aunque fuera todavía inconsciente, en nuestro personal archivo del terror.

Nuestro aislamiento iba siendo socavado por rumores que acabaron cruzando la reja (una reja baja que con los años fue creciendo); atravesaron, los rumores, la pandereta y el patio delantero y los muros de ladrillo blanco de nuestra casa de clase media y penetraron la habitación solitaria donde yo empecé a escribir en secreto. No sé cómo fue que la violencia se filtró en los versos sueltos que fui anotando en mi cuaderno. Los que ahora recuerdo (ese cuaderno debió caer en algún saco o en alguna acequia o en algún basural), los que aparecen en mi memoria son unos versos pronunciados por una muchacha que no logra dormir: escucha el lejano llamado de otra mujer que pide ayuda, siente el rasguño de sus uñas quebradas contra el anónimo ataúd en el que yace enterrada, aún viva. Desde su cama la muchacha del poema escucha sin saber qué hacer con lo que oye, por eso escribe sin saber que ha capturado en su poema a una desaparecida.

A esos niños que fuimos y a los adolescentes en que nos convertimos también se nos extraviaron compañeros. Y aunque no fueran desapariciones políticas, aunque ellos no murieran en combate y no hubiera duelos ni pancartas con sus precarias fotos en blanco y negro, aunque no hubiera madres levantando brazos en puños exigiendo una explicación o la devolución de los cadáveres, para algunos de nosotros constituyeron otra forma de la pérdida. El primero en desaparecer fue M. Su madre pasó a buscarlo una tarde sin aviso previo, apareció la inspectora en medio de una clase y M. alzó los hombros y luego una mano de despedida y salió desgarbado y flaco y rubio como era, dando trancos lentos y largos y haciendo bailar su chaqueta azul colgada en el brazo. Nadie nunca recibió una carta suya o una postal o una misiva por interpósita persona, y yo me olvidé por un tiempo de su nombre y le preguntaba a O. por él, parafraseando la escena: ¿que habrá sido de nuestro compañero al que secuestró su madre? Se lo tragó ella sin la venia de su marido, y se lo tragó un avión, y dicen que Inglaterra, o quizá no. Y después, o quizá antes, en medio de la debacle de los años ochenta, vino la masiva estampida provocada por la crisis que muchos padres de la clase media aspirante a alta no pudieron asumir. Y el directorio chileno del colegio inglés se negó a colaborar después del primer año con los padres que se habían quedado cesantes. Algunos

de esos hijos, los que sacaban buenas notas o eran buenos deportistas, recibieron becas que rebajaban el alto costo del colegio a la mitad, pero después de doce meses las becas no fueron renovadas. Ese era el plazo máximo para la recuperación en un país sumergido en su peor aprieto mientras se nos iba achicando la sala de clases. Esas desapariciones fueron indicio de un nuevo protocolo de distinción y de privilegio en un mapa social cada vez más acotado en cuyo trazado nuestro colegio colaboraría. Porque el colegio inglés era una empresa privada que creía a pie juntillas en el *fair play* del mercado. Unos ganaban gracias a su esfuerzo, otros perdían por desidia y eran enviados a las escuelas públicas que la dictadura neoliberal estaba empezando a estrangular con su mano militar. A esos compañeros y compañeras se los tragó el agua de calcetín y la marraqueta sin miga, el pasaje de la micro, la camisa celeste, el liceo, la cesantía.

El padre de V. se suicidó en el momento preciso: se estaba cayendo del mapa social y arrastrando consigo a su familia. El seguro escolar que había pagado en vida garantizaría, a su muerte, que las hijas continuaran recibiendo la gran educación que proporcionaba nuestro colegio.

Los caceroleos nos despertaron, a medias. Eran la señal del hambre y del descontento ante un gobierno políticamente impune y económicamente implacable. Los atronadores golpeteos en las ollas vacías quebraban la noche como desentonadas campanas de lata, irrumpían con cucharas de palo y de fierro en el susurro asordinado del toque de queda reclamando el fin de la dictadura en un oscuro anonimato. Se había vaciado la canasta familiar y con ella la conservadora doctrina que celebraba al padre proveedor y mandaba a la madre de vuelta a casa, a servir a los hijos de la patria. Los padres de los bloques vecinos habían sido los primeros en perder sus puestos y eran sus mujeres quienes los aceptaban por la mitad del sueldo. Con las mujeres fuera de la casa y los hombres deambulando y cayendo en la angustiada botella de trago, el orden de la familia popular se venía abajo. El dictador fue advertido de que un pueblo hambreado y empobrecido se volvía rebelde; vulnerable y desasido de toda protección sindical e institucional era más proclive a la protesta y la pedrada de la desesperación. Y acaso por eso la junta y sus tecnócratas reconsideraron las recesivas medidas de *shock* y recurrieron provisionalmente a políticas estatales de estímulo para los trabajadores. Debió haber hombres de los bloques vecinos entre las cuadrillas de obreros que aparecieron un día frente a mi casa para picar las veredas de mi barrio, para tapanlas y luego volver a abrirlas, para poner otro tubo u otro cable inútil o imaginario y volverlas a cerrar, las veredas, y volver a abrirlas, y cerrarlas, y abrirlas en medio de una burla nacional al uso ineficiente de ese recurso humano que se humillaba bajo el sol a cambio del miserable sueldo mínimo que les otorgaban los programas de ocupación para jefes del hogar.

Nosotros, los que permanecemos en el colegio británico, seguiríamos sumidos en nuestra inmutable rutina. Portándonos bien. Entrenando con sufrimiento. Reuniéndonos, cuando

podíamos, en los jardines espléndidos de los que todavía vivían en casas. La de S., la de su padre, era una de esas casas modernas con grandes ventanales y habitaciones y un terreno amplio por delante. Con flores, y por detrás con piscina. Una casa a la que nos gustaba ir los fines de semana aunque nos quedara a trasmano, al pie de los altos cerros de la clase alta, y cerca del enjuto río Mapocho que tuvo a bien subir con las generosas lluvias de la época de escasez. El temporal de 1982 arrasó las casuchas de pobladores que malvivían en el borde de ese riachuelo enormecido por las lluvias incesantes y los consiguientes deshielos de la cordillera. Las violentas inundaciones damnificaron a miles de familias que terminarían albergadas en el mismo estadio que una década antes había sido campo de prisioneros y sitio de tortura. Las aguas provocaron aluviones en las quebradas, sumergieron la ciudad bajo mareas turbias y empujaron toneladas de barro sobre el mapa de Santiago. Nueve muertes. Cinco desapariciones provocadas por el clima. Cortes de luz en vez de toques de queda. Y nos cancelaron las clases: no había cómo cruzar los cauces de las avenidas que arrastraban toda clase de enseres, camas y colchones e incluso automóviles y micros vacías. Juntamos ropa de abrigo y frazadas y comida no perecible para la gente que se había quedado sin techo, y lloramos mirando la televisión que elegía mostrarnos esa pobreza, esa desesperación, esas desapariciones. La anegadora subida del río y sus canales no había exceptuado la casa de S., la de su padre, que tenía, lo descubrimos ese invierno, un alto rango en la Fuerza Aérea. Y temimos por ella y los suyos y nos alegramos al saber que su casa sería reparada y hasta remodelada con máquinas y gentes proporcionadas por el Ejército. Creímos entonces que esas paredes y ese jardín embarrado no eran ni de S. ni de su padre sino de la institución que la estaba arreglando. Estábamos equivocados: el padre y la madre y los hermanos de S. y también S. se quedaron en ella cuando volvió la democracia y al padre le tocó retirarse.

¿Serán estos padres dueños de casas y de países los que aparecen como nefastos personajes en mi primer libro de relatos? ¿Serán ellos los que retraté en mi primera novela, donde la protagonista se niega a aceptar que su padre-militar ha asesinado al padre-marxista de su amante? ¿Será por estos padres que se escribió la obra de tantos escritores nacidos alrededor del golpe? ¿Y dónde están las madres? ¿Por qué se ausentan del relato? ¿Por qué yo misma no encuentro aquí nada que decir sobre ellas? Las únicas madres que importan en este relato son las que estaban en la calle, levantando pancartas con las fotos de los desaparecidos.

Recuerdo de este modo la tarde del derrumbe. El rector inglés nos había pedido (a nosotros, seríamos unos diez) que le habláramos a la televisión británica durante unos minutos. Estábamos en la cancha de todas las canchas, la explanada donde habíamos sudado y caído de rodillas y reído a carcajadas, donde nos habíamos embarrado y pateado y donde nos habíamos besado los unos a los otros, la enorme cancha donde O. y yo nos pasábamos los recreos hablando de cosas agradables e irrelevantes mientras mordisqueábamos el tierno interior blanco de los tallos de grueso césped o encadenábamos las minúsculas margaritas que crecían entre el pasto. Nos habían traído sillas y ahora estábamos sentadas y sentados en

un círculo a medias, sobre el verde. La periodista nos hizo preguntas en inglés que debíamos contestar en esa lengua que nosotros, los elegidos, hablábamos con no poca fluidez. Fueron preguntas generales e irrelevantes las que hizo mientras las cámaras nos enfocaban cuidadosamente, eligiendo bien sus ángulos, preparándose para cuando la periodista se lanzara a lo que en verdad les importaba a los ingleses y al mundo. Qué opinábamos sobre lo que estaba sucediendo en Chile. Se produjo un silencio largo y tirante como cable eléctrico. Qué estaba sucediendo. Qué opinaba yo, yo que creía hasta entonces tener respuestas para todo. Sentí que me vaciaba de golpe, que me llenaba de miedo, y ya no soy yo sino mi memoria la que mira como el ojo de una cámara, mi memoria sobrevolando esta escena desde lejos sin enfocarme. Y desde ese lejano punto de observación me cuesta ahora asegurar si hay piernas que se cruzan o descruzan, si alguno de nosotros cambia de posición en la silla, si baja la cabeza o levanta la frente o se sonroja. Si alguien vomita o sangra por la nariz, golpeado por una chueca invisible. Nos habían lanzado la pregunta sobre una herida desconocida. Nos estaban lastimando. ¿Qué sabíamos de la dictadura? La cámara daba vueltas alrededor de nosotros y entendimos que no esperaban cosas agradables. Qué sabíamos. O estábamos acaso lavados de cerebro. Me sacó del mareo mental la modulada voz de R. que de ser una niña temerosa se había vuelto la mejor estudiante de la historia del colegio. Era la prístina voz de R. diciendo en un inglés absoluto y perfecto qué opinión le merecía el horror en el que vivíamos. Dijo nosotros o más bien *we* y *us* y *our* pero hablaba de sí misma, de su padre, de los compañeros torturados, desaparecidos, asesinados, exiliados de su padre que seguía sin regresar, pero no incluía a toda su familia que estaba tan dividida como el resto del país, y comprendí que el *we*, *us*, *our* de R. intentaba incluirnos a nosotros. Como si en ese colegio todos fuéramos chilenos y no estuviéramos rodeados de extranjeros e hijos de embajadores más versados en la realidad. Como si todos perteneciéramos al mismo mundo que el detallado y doloroso y vehemente relato de R. estaba haciendo añicos. Nosotros, los que estábamos a su alrededor esa tarde, negábamos con la cabeza pensando que nada de eso podía ser cierto, que ese no era nuestro país, esos no eran nuestros ciudadanos y ese sádico no era nuestro presidente. Sabíamos que R. decía la verdad pero tenían que ser falsas sus declaraciones. No queríamos saber, de qué mierdas estaba hablando.

Sus palabras, como una aguja al rojo vivo, se empeñaban sin embargo en coser y anudar las escenas de nuestra larga incomprensión. Escribo: *nuestra* y añado *incomprensión* y querría agregar la palabra *nosotros* pero ya no es posible. Ese viejo *nosotros* empezaba a desgajarse en los últimos años de la dictadura que fueron los últimos de nuestra vida escolar. Echo un ojo hacia el momento en que se desplomó la vida en la que había creído y solo encuentro junto a mí a una R. reivindicada y a una O. interpelada y a un puñado de estudiantes que se sumaron con nosotras a las protestas contra la dictadura. Veo a los demás apartándose y sumándose a las caravanas en apoyo al dictador en su fallido referéndum de 1988: luego los pierdo de vista y sé que si volviera a encontrármelos no sabríamos de qué hablar.

Sé que corre un aire inverosímil por estos recuerdos, un aire dudoso y estremecido. Corre un aire a incertidumbre: fuera de las rejas de ese colegio es difícil encontrarle sentido a este relato. Yo misma he vuelto, de memoria, tantas veces, sobre esos años, los he rondado y reescrito intentando entender quién era yo mientras todo eso estaba sucediendo, y cómo fue que en un Chile lleno de señales yo tardara tanto en unir los pedazos. Es cierto: esos trozos no estaban a mano o estaban dispersos y caían dentro de un mecanismo que los molía dentro de un sofisticado engranaje puesto en marcha por la dictadura, sostenido por padres cómplices o aterrados, por profesores igualmente asustados o anticomunistas, por los sectores más conservadores o más conciliadores de nuestro país. Era como estar hipnotizada. Como vivir de espaldas, como existir en un planeta que en vez de armarse de pronto se hizo pedazos. Y entonces escribir fue una manera de darle sentido a la escena del pasado y del presente. Dejó de ser ese oficio secreto de creación a puerta cerrada y se volvió un ejercicio de intervención mediante la letra: había que romper a punta de palabras los escudos protectores de la dictadura que estaban todavía en pie, distorsionando el pasado, silenciando y encubriendo las violaciones a los derechos humanos, justificando la violencia con el pretexto de un milagro económico conseguido mediante la destrucción de las protecciones laborales y los sueldos justos y las oportunidades igualitarias para todos los chilenos. Escribir se volvió un ejercicio político destinado a desmontar las conveniencias del silencio y la comodidad del olvido construidos, ambos, sobre la premisa de una reconciliación sin justicia. Escribir fue lo que hicimos, a la saga de los escritores de la izquierda, nosotros, los escritores que crecimos bajo dictadura (no todos, algunos, un puñado de otros entre los que me incluyo) para completar nuestra memoria, para hacer visibles los destrozos, para comprender los dolores provocados por una violencia, para complicar las respuestas simplificadas de la política. Escribir no solo para volver sobre la evidencia y los datos duros sino para enrostrar los hechos desde esquinas improbables.

Abandoné entonces el asilo de la desmemoria que fue ese colegio para encontrarme en la calle con todos esos otros que empezarían a ser mi nuevo nosotros. **C**

La cazuela de Amelia Mariman*

La Amelia Mariman era fértil como los conejos. Tenía diez hijos seguiditos y en hilera como una melga de papas. Aún no enteraba los veinticinco años y ya parecía de cincuenta. Es que los partos le habían agrietado el rostro, como la tierra seca de tanto dar y dar; le habían enchuecado la espalda, como el tronco de los manzanos demasiado cargados y le habían poblado las piernas con nudosas várices violetas.

–*kwvntungeken tañi moyo mvtem epe koñintuken.*

–Me agarran una teta y quedo embarazada.

Llevaba una vida poblada de chiquillos andrajosos, medio piluchos, piojentos y sarnosos, criados a la munda. Porque mientras atendía a uno, descuidaba a nueve y cuando lograba el suceso de cocinar, descuidaba a diez. El almuerzo era un acontecimiento que dependía de la bienaventuranza, de la recolección que ofrece la estación. Su marido vendía nalcas en primavera. La familia completa vendía, casa por casa, mosqueto y murras en verano. Entre todos vendían murta y changles en otoño. En invierno vivían del milagro, como los lirios del campo. Desde antes y para siempre, el pedazo de pan en la boca, era un evento portentoso del cual convenía hacer memoria. Era ella la que debía conseguir, con la varita mágica de las mujeres pobres, la fortuna de traer la comida a casa, cosechando en todos lados, por aquí y por allá, con lo que pudiera saciar el hambre de once pertinaces comensales. Si hasta algunos perros lombricientos, que se allegaban a su casa, se repletaban de cuando en vez las panzas angurrientas. Al final, sus equilibrios entre el hambre y la muerte, le daban un orgullo de sobreviviente, como de astuta ave de rapiña.

–*chi trewa trekanolu ta pekelay forro.*

–¡Perro que no anda no encuentra hueso!

* Publicado en el libro *Xampurria: somos del Lof de los que no tienen Lof*, Santiago de Chile, Pehuén Editores, 2015.

Su vida le parecía un camino sin novedad y sin retorno hacia un paridero del demonio. No había tratamiento que respondiera a su desaforada proliferación. Había probado todos los métodos que puede procurar la salud pública y ninguno podía terminar con su condición natural para ser abeja reina. Había tanteado, incluso, la abstinencia total, pero sin saber ni cómo ni cuándo, su vientre dejaba de manar sangre. Se ponía entonces rosadita como gallina clueca y ya está, otra guagua que su esmirriado cuerpo traía al mundo. Su único antojo de semilla sin aspavientos, su única vanidad era la de comer cazuela, una suculenta cazuela aliñada con las verduras más espléndidas, de esas que vaporean la casa de alegría y hacen olvidar que la vida es puro llanto.

–*kvñe kuram mu ituigvn kvñe pataka che chi fvritulelu rapipay.*

–De un huevo comieron cien y el último se empachó.

El día en que se dio cuenta de que esperaba a su décimo primer hijo, ya no le quedaba rabia, ni lágrimas, ni nada, solo un profundo sentimiento de soledad y de asco que no pudo reprimir y que se le asomó con una vinagrera porfiada, la que solo apaciguaba tomando llantén y borraja. No quiso comunicar a nadie su reiterado estado y se encerró con una tranca hasta que el llanto hambriento de sus hijos más pequeños la volvió bruscamente a la realidad. Como si no esperara milagros, como si no creyera en vidas eternas y en paraísos cómodos, tuvo que apacentar su último hijo en silencio, sin que nadie se enterara, ni siquiera su marido. Transcurrieron así los días, de engorda e ingravidez, hasta que una mañana, mientras colaba un porfiado dulce de mosquito, los movimientos del vientre le partieron el alma con el sonsonete irrefutable del alumbramiento. Se encerró en su pieza de las rabetas momentáneas y parió como las chanchas, como las perras y las vacas, con quejidos y sin caricias, como lo hacen las hembras destinadas a procrear estirpes sin tierras prometidas por nadie, mientras a fuego lento, se recocían los caldos del mosquito y otras frutas de estación. Una criatura escuálida y lúgubre cayó entre los choapinos. No gimió ni buscó a tentones un pedazo de vida. Nació muerta, como si en vez de corazón y vísceras, estuviera llena de aserrín y lana. Gordita sí estaba, a pesar de la descalcificación de la madre. Afuera se escuchaba el crepitar del fogón y la lluvia. Ese día, para variar, no había almuerzo en la casa ahíta de seres. Ese día, una cazuela de carne tierna, con cilantro y ají refregado, adornó la mesa de manera bruta. Doce seres comieron un sabroso cocimiento de carnes aliñadas con el primor de una cocinera celosa. Una voz por ahí preguntó qué comían y ella respondió resuelta, como gesto de todos los días.

–*inge ka ñvkv Thlege.*

–¡Come y calla! **C**

Las hermanas Kona*

Las hermanas Kona vivían solas. Aunque decir solas está de más, pero es por esa mala costumbre de soledad a las mujeres cuando no tienen hombre. Y más encima ellas que no lo andan echando en falta ni lo andan pidiendo pues lo más bien entre las dos se saben tejer deleitosa compañía. Estas hermanas vistas de lejos parecían tener un transcurrir enojón y bravo, pero miradas bien de cerca resultaban muy risueñas y parlantinas. Se decía que a veces, incluso, se ponían fiestongueras cuando la chicha de manzana les salía picantosa y espumarada como que se les subía al sobrado, y daban hasta saltitos igual que esas chicolitas colimochas cuando se alborotan con el grano. Hay que contar que se juntaban poco con la gente y era muy común verlas esperando micro en el camino y aunque el carácter se les ponía arisco, igual daban los días y las tardes con mucha música y deleite. Eran malencaradas en la fila del banco, respingonas en la bodegas y mal agestadas en todos los trámites de pueblo, seguro para espantar cercanías estorbosas o evitar tener encima falsos resuellos, de esos que abundan en las ciudades. Ambas eran mujeres Williche de severas trenzas en que unas canas pintonas de blanco hacían armonioso telar. Tenían el carácter de hierro que anuncian los surcos de la frente y que no conseguían ablandar con la vanidad rústica de pintarse de azul el contorno de los ojos y acentuar el morado de sus labios pequeños con lápices de tinte cereza. Les contorneaban a ambas sus caras unos grandes chaway antiguos que dejaban escuchar su tintineo desde lejos en las pampas cuando iban detrás de sus ovejas cimarronas. A veces se soltaban el pelo en lo soledoso del campo y las cabelleras les flotaban al viento como si fueran choapinos regordetes azotándose en la furia del buen kuruf. Pero lo que enardecía envidias, la más verde de las envidias, era la belleza sin igual de las enjundiosas flores que reventaban en el jardín delantero de su casa donde se armaba una grande algarabía eterna de abejorros y picaflores, llamados con premura

* Relato perteneciente al libro inédito *Wüñolche*.

por la albricia multicolor y la fertilidad inconmensurable de su polen cautivante. Mientras los jardines de los demás languidecían en la terquedad de un gris sin brillo, a pesar de los esfuerzos terrestres aplicados a la vista y los secretos mágicos aplicados a escondidas, en el de ellas se enardecían cada vez más regordetas, robustas las flores más hermosas cuya belleza deslumbrante y colorinche no moría ni en los inviernos más oscuros ni se secaba en los veranos más calcinantes.

La mayoría de las veces, cuando las pesadas labores del campo lo requerían, contrataban hombres del lugar, faeneros sin mucho destino, empleados sin otra suerte que ser contratados por algunas monedas y succulentos almuerzos. Pero no tanto tampoco, porque ellas insistían en que se lo arreglaban en todo solas, de lo más bien y sin escandaleras. En esas compañías, siempre impertinentes e intrusonas es que algunos husmeadores las vieron a ellas acercarse más de lo prudente, andarse tocando sinvergüenzonas por los rincones de la casa, dedicarse las canciones más cebolleras de la radio con miradas de furtiva coquetería y hablarse con ese silencio de animales de cerro cuando el aire les traía a sus narices la humareda de amor que efluía del respirar en celo de la otra. Y es en esas en que el finadito Culo de Lata las vio y no pudo no verlas. Solo una vez, tempraneras, bañándose en la tina de madera. Las vio acicalarse en la contentura de sus pieles resbalosas, en ese manoteo alborotado de amor en inmensa marea, desnudas de sus chaway y presas de sus ansias libres, felices de ser insolentas frente a los dioses castos, gozándose en sus caldos que emanaban febriles y en los que se remojaban amándose con pies, manos y hasta con sus lenguas que chocaban como si fueran dos balas locas en el torbellino de la saliva, reventando sus cráteres mojados más íntimos, como si nadie las viera, solo el agua que al terminar, botaban en el jardín de las flores en ceremonia lenta, apaciguada, cantando un bello ül de amor satisfecho.

«Era como ver a dos tijeras peleando». Anduvo contando por algún tiempo más allá de lo prudente el Culo de Lata. Y lo siguió contando y contando, hasta que la vida le permitió abrir la boca, porque una mañana de Jotes volantineros lo encontraron desnucado en una bajada resbalosa de escarcha. Es que le hacía al trago también, es que se le arrancan los chivos pal monte también, dijeron repartiendo opiniones sin decir lo que debía decirse y por supuesto todos supieron lo que no se había dicho y nunca nadie jamás dijo saberlo.

Y entonces las siguieron llamando las hermanas Kona, aunque todos sabían que no eran hermanas pero si eran konas. Nunca lo gritaron ni a escondidas ni en descampado, ni sobrios ni en borracheras. Solo continuaron gritándolo las flores de su jardín que seguían floreciendo en la lujuria de la tierra empapada, lanzando al mundo sus colores desquiciados pues estaban regadas con las aguas secretas del amor más puro de la tierra.

Chaway: Aro, Zarcillo / Kuruf: Viento / Williche: Gente del Sur. **C**

No le deseo la muerte a nadie*

Aún no comienza oficialmente el invierno, pero cada superficie que toco ha concentrado el frío de finales de mayo. La palma de mi mano se curva en el helado vaso de vidrio lleno de leche chocolatada. Mi mamá me pide que lo beba rápidamente para que salgamos, después puedo hacer las tareas. Tomo un poco, sentado en la mesa, mientras miro mi cuaderno de Ciencias Naturales. No encuentro mi lápiz y tomo el bolígrafo de mi mamá. Mis dedos agarran el bolígrafo en cuyo interior la pasta se ha endurecido; debo hacer círculos varias veces sobre el papel para que las palabras se marquen en la hoja con el tono azul.

«Vamos, mi amor, vamos».

Hay humedad, permanece suspendida como telarañas entre las ramas de los árboles, agua entre los pastelones de la vereda; pequeñas pozas en las calles, que uno que otro auto hacen estallar bajo sus llantas. Acompaño a mi mamá, como otras veces. Nos dirigimos a «la consulta», como la llama ella. Ese es el nombre del lugar al que vamos con mi mamá, y ella parece contenta, va sonriendo y cantando en voz baja una canción de esas que escuchamos en la radio. Canciones de voces femeninas que mi mamá imita muy bien. Ha estado cabizbaja durante la mañana, pero se ha empezado a animar, con la perspectiva de la visita a «la consulta». Yo también me animo. Ha llovido un poco y ahora hasta salen unos rayos de sol y todo se ve tan bonito. Me tempero con la caminata y siento el calor expandiéndose por mis piernas y subiendo hasta mi estómago, hasta mi cabeza. Mi mamá camina muy rápido, es casi un trote.

«Mira qué bonito se ve todo, mi amor», dice mi mamá tomándome de la mano, apretando mi mano con la suya, que es firme, sus dedos largos, rosados, siempre tan, tan limpios. Y las uñas, cortadas con mucha precisión y transparentando

* Fragmento de novela homónima, en proceso de edición.

más limpieza. Siempre uñas cortas, redondeadas y despidiendo un olor a agua oxigenada, a alcohol, a jabón de glicerina. A veces, a cloro.

Hay una alegría especial hoy, esta tarde, y siento que algo importante va a ocurrir. Algo distinto, sorpresivo o misterioso. Siempre me alegro con estas salidas, porque después de «la consulta» mi mamá me llevará al parque y luego a un salón de té donde tomaremos once y podré comer una, dos, tres, veinte cucharadas de crema batida del vaso de chocolate, rebosante de ese pompón de crema que es lo que más me gusta, mucho más que cualquier bola de helado veraniego. Una vez mi mamá batió la crema, la revolvió con el chocolate hasta que quedó espeso, pero eso no me gustó mucho. Lo que me encanta es cucharear la crema y, después, beber el chocolate caliente que tempera todo mi cuerpo. Pero eso será después. Ahora hay algo más valioso.

Por primera vez entro a la pequeña habitación. Entiendo que ese es el lugar desde donde sale ese olor a incienso. Sé que a mi mamá no le gusta ese olor, quizá por eso mismo lo atenúa con alcohol o esa fragancia cítrica. Siempre he esperado a mi mamá en la pequeña sala de espera, que no es más que un par de sillas en el pasillo de entrada. Nunca ha habido nadie en ese pasillo, siempre he estado yo solo. El mismo olor del incienso me atrae hacia el sillón de dos cuerpos donde está sentada, en realidad, estirada, mi mamá. La tía Hilda se ríe y me invita a pasar.

«Entra, Sebastián, acércate», me dice cariñosamente al verme dudar.

De pronto acepto, sí, acepto el pinchazo. Arremango mi camisa blanca, una de las dos que tengo para el colegio. Risas, susurros, un embotamiento en mi cuerpo. Lánguido, me siento lánguido, pero en calma, como esa vez cuando me tragué un frasco de Valium de mi mamá, sin saber que... pensando en que eran caramelos, pues tenían una cobertura tan dulce, rica, azúcar, como esas bolas de maní bañado en chocolate de leche. Mi mano está firme, apretando la de mi mamá. En realidad, estoy agarrando su muñeca, porque ella hace fuerzas, agita sus brazos y quiere desligarse de mi agarre. Va murmurando algo, un canto bajito, bonito. Vamos de regreso a nuestra casa, al parecer. Vamos tambaleando. Riendo.

Por mi mente cruzan estas frases de responsabilidad: ¿Quién cuidará a mi mamá? ¿Quién es el que debe estar lúcido para cuidar a mi mamá? ¿Quién aceptará que le pinchen el brazo solo para acompañar a mi mamá? Eso lo pienso a medias, sin comprenderlo totalmente, atento como voy a los adoquines, intentando esquivar las pozas de agua que, ahora, se han trasladado a la vereda. Es que, mientras estábamos en «la consulta», ha llovido nuevamente; chaparrones intensos que se han retirado justo al salir a la calle. Pero es ridículo. Aunque trato de que mi mamá no pise las pozas, ella parece decidida a saltar sobre ellas como a propósito, riendo y diciendo algo de unas toallas cuando lleguemos a la casa.

Vuelvo a sonreír, pero incluso en ese momento hay un entendimiento; una aceptación y un pacto. No hay palabras, claro que no. Luego entenderé. Este paseo es una comunión, una peregrinación. ¿Quién me va a cuidar a mí?, pienso con un relajo inaudito. Busco el brazo de

mi madre, que se ha deshecho de mis dedos infantiles. Lo agarro, temiendo que se escape, que se vaya hacia algún lugar donde no podré encontrarlo. Palpo la nube de algodón pegada a su antebrazo. Puedo adivinar la gota de sangre que se ha hecho paso hasta teñir parte de la nube. Aunque hace frío, mi mamá siente calor y su blusa sigue arremangada hasta el codo. Mi mamá tiene un parche curita y antes ha restregado alcohol en su piel. En «la consulta» la mujer le ha pasado un algodón con alcohol y unas toallitas húmedas. Mi mamá jamás contraería ninguna infección. Eso lo sé.

Está oscureciendo y hay poca gente en las calles; faroles. Qué hermosos los globos de luz, son lunas, filas de lunas que iluminan nuestro paso, como si estuviéramos en una pasarela. Ojos ciegos por la luz, pero desde los costados nos pueden ver. ¿Verán los otros a una madre y un hijo borrachos? No, nuestro andar no es el de los borrachines de la plaza; nuestros pasos son coordinados, hasta graciosos. Podríamos estar flotando sobre el maicillo. Quizá por eso los faroles son tantas lunas que irradian su luz pálida con un zumbido eléctrico; iluminan las mejillas de mi mamá, sonrojadas por su truco ese de esparcir un poco de rouge a lo largo de sus pómulos.

«Te atreviste. Te atreviste, mi amor», dice contenta mi madre. Se refiere a mi valentía en «la consulta», oficialmente la cita para verse las cartas del Tarot. En el pasillo de la entrada hay una tela colgada; tiene colores bonitos, muchos colores y dibujos simétricos dentro de un círculo. Cada vez que vamos a «la consulta» me fijo en el Mandala en la entrada. Pero solo hoy, después de salir a la calle, acompañado por una ráfaga de incienso, como polen espeso en torno a mi ropa escolar, entiendo que he prestado atención al hermoso círculo. Me he quedado de pie frente a esa obra de arte que revela un universo en su interior. Y un repentino miedo, como al aprender una cosa nueva, o al entender la revelación que carga un secreto contado frente a uno. Y, a lo mejor, los colores del Mandala son reales y pueden salir de la tela para manifestarse, o la pequeña mesa, un arrimo en el pasillo, podría cobrar vida, moverse sobre sus cuatro patas de madera. El Mandala se ha movido y, como en el vértigo que se siente en la montaña rusa, creo posible que el círculo se transforme en una compuerta, un túnel, y me trague.

Mi mamá y la tía Hilda (como le gusta que la llamen) se han quedado mirándome a mí también. Se han reído un poco antes de despedirse, y yo he permanecido descubriendo el intrincado diseño dentro del círculo, finas representaciones dentro de otras; y círculos más pequeños dentro de otras figuras geométricas que me hacen perder la visión, perderme en la ilusión óptica del Mandala.

Las calles se estiran y se estiran y las pozas de agua, a lo lejos, parecen estar muy cerca, al lado de mis ojos, frente a mi boca. Yo y mi mamá hemos hecho una peregrinación hacia ese departamento, sin conserje, sin ascensor. Calles, árboles, plátanos enormes; cobijo y los zorzales son sus vehementes cantos de la tarde, cada vez más tarde se están acostando esos zorzales. ¿O no es tan tarde? Luces, globos mentales. Yo tengo nueve años y debo acostarme, mañana

hay colegio, sí. No puedo faltar al colegio, eso es lo que me dejó mi papá. Por lo menos mi mamá ha repetido eso varias veces: una educación.

Halos en los postes; la mano de mi mamá se torna húmeda, hay sudor entre sus dedos. Nos hemos detenido en una plaza. Extraños, fuertes pasos de un hombre corriendo por el maicillo de la plaza; la noche, en qué momento la noche se ha precipitado sobre nuestras cabezas. Y qué misterio el reflejo de las lámparas, como si fuera otra era y estuvieran encendidas gracias a un gas que nos envuelve tan suavemente, pero a la vez con firmeza.

Es mi mamá la que me abraza, algo raro, nunca me abraza, rara vez me da besos. Mi mamá es la más linda de todas las mamás y me está abrazando, es posible también que esté soñando. Pero no, a pesar de que me dejó hundir, como si su abrazo fuera una puerta que conduce a un vacío donde no puedes evitar caer, en realidad no quieres evitar caer. Es un juego maravilloso; caes porque sabes que hay una red; la emoción y la adrenalina son reales, pero igualmente tienes la certeza de que hay una seguridad ahí abajo, entonces te dejas caer, confías y te entregas. Ni siquiera es un acto de voluntad. Ocurre por sí solo, porque la belleza de la oscuridad jugando con la luz de los faroles que parecen halos dorados es irresistible. Todas esas polillas lo saben.

Tal como una planta realiza la fotosíntesis, yo absorbo la luz y unas pocas gotas de lluvia que en ese preciso momento caen, inesperadas, y es como si esta tarde, ya noche, fuera el escenario ideal para la creación de un nuevo ser. Es amor lo que me rodea; amor por el maicillo bajo mis pies; mis zapatos talla treinta y uno, lustrados y brillantes por el betún y por la humedad que se ha expandido a ras de suelo; amor por la luz y los globos elevados como si tuvieran helio que me permiten diferenciar la oscuridad de la luminosidad; amor por mi lengua emergiendo para probar una gota de lluvia; sorpresa, susto y amor también por los murciélagos que cruzan por encima de los globos y se pierden entre las ramas de los árboles como sombras tiritonas. Amor por mi mamá que es la mujer más bonita que existe. Las mamás de mis compañeros no se comparan con mi mamá. Qué triste tener una mamá como las de ellos y qué bendición que justo a mí me haya tocado mi mamá.

Después de «la consulta», la «sesión».

Estamos bailando bajo las ramas de un árbol. Caen gotas de las hojas, o de las ramas mismas; es agua helada que siento en mi cabeza, en mis orejas, expuestas después del corte mensual de pelo (hecho por mi mamá sobre un piso, en el baño, con sus tijeras y su navaja especial, desinfectada). Pero mi mamá no siente frío, yo tampoco. Veo las clavículas marcadas tras la blusa; luego expuestas. Blancas, casi fosforescentes bajo la luz de los globos. Tan blancas como su sostén. De pronto sus piernas aparecen, desnudas. ¿Dónde ha dejado su falda? Veo sus piernas cortar el fondo del parque, como tijeras que en un ángulo captan la luz y refulgen.

Mi mamá se hace pipí y, de pronto, veo una toalla mitad blanca, mitad roja. Hay sangre ahí. La toallita resalta en el contorno oscuro del suelo. Me saco los zapatos como si hubiera

llegado a algún destino y no necesitara más ningún calzado. Miro la silueta de mi pie; la huella sobre el maicillo gris. Es raro: mi mamá no tiene prisa, eso es porque el tiempo pasa muy lentamente, con relajo; el mismo tiempo se ha rebelado para transcurrir con la mínima velocidad. Y en mi cabeza hay un globo, muy parecido al de los faroles, que me asegura un poder: puedo elevar mis manos y tocar el extremo de los postes.

«Sebastián», canta mi mamá. Una de sus canciones favoritas, a la que le agrega mi nombre. Reemplaza la letra por mi nombre, pero sigue, lealmente, la melodía.

Camino hasta que mi palma toca la corteza rugosa del árbol que parece la piel de un cocodrilo; los postes también tienen una piel y es dura, acerada, fría, con líneas paralelas que se elevan hasta llegar a los globos, arriba. Al presionar mi palma contra el cilindro de metal, juraría que la humedad en ella se evapora al instante, tan alta es la temperatura dentro de mi cuerpo, tiene la capacidad de secar las gotas de lluvia solo gracias al contacto entre mi piel ardiente y el poste empapado que despide un siseo como de gasificación.

Sí que he llegado al lugar de destino; bajo el árbol me dejo caer. Me desmayo, estoy descalzo y al pie del árbol. Siento agua en mis pantalones; es tibia. Me dejo llevar, no hay nada que resistir. La orina se expande por mis pantalones, es una liberación tan agradable. Estoy sonriendo. Sonrío y parpadeo. Sobre mí las ramas de distintos tamaños del abeto se proyectan, disparejas, desde el tronco hacia los costados, como las aspas de un paraguas roto. Cierro los ojos, sonriendo. Duermo.

Mi amor, ¡te atreviste! **C**

casa
DE LAS AMERICAS

Adolfo Sánchez Vázquez: PRAXIS Y VIOLENCIA
★ Jorge Ibarra: EL EXPERIMENTO CUBANO ★
Herminio Almendros: MARTI, INNOVADOR EN
EL IDIOMA ★ José Lezama Lima: LA POESIA
Y LA PINTURA EN CUBA (siglos XVIII y XIX)

Declaración del
comité de colaboración
de la revista

Textos
literarios
de Julio Cortázar,
Blas de Otero,
David Viñas,
Luis Marré,
José Donoso,
José Lorenzo Fuentes,
Victor Casaus,
Eduardo González
Viaña.

NUMERO 41

Textos
literarios

de Julio Cortázar,
Blas de Otero,
David Viñas,
Luis Marré,
José Donoso,
José Lorenzo Fuentes,
Victor Casaus,
Eduardo González
Viaña.

Visita

El campo de concentración donde Miriam Santelices fue torturada, vejada y violada ya no existía. En su lugar, había un peladero en medio del desierto lleno de basura y perros salvajes. Quedaban, eso sí, las marcas de las murallas de las celdas en la tierra muerta, y la de las paredes de las casas de los militares. Un mapa claro para cualquiera, bien delimitado y descriptivo. Si alguien quería redificar el lugar, era cosa de mirar la tierra.

La llegada al lugar empezó en Lima, donde Santelices acababa un tardío doctorado en historia en la Universidad Católica del Perú. Fue en la sala número 22-A de la Escuela de Postgrado de la Facultad de Ciencias Sociales donde se le ocurrió, primero como vaga idea y luego como obsesión recurrente, la idea de visitar el campo de concentración donde pensó que iba a morir, cuarenta años atrás.

Fue algo que tuvo un carácter azaroso, como lo puede ser estar en el curso seminario de investigación 3 y escuchar de improviso a un alumno que dice que su tesis será sobre simbología de la tortura en Latinoamérica. «Una verdadera mierda», pensó Miriam –rubia, blanca y con sobrepeso–, «que un huevón tan joven quiera hacer una tesis así. No sabe ni siquiera lo que es estar preso. Imbécil». Sin embargo, luego pensó que estaba convirtiéndose en una vieja amargada, y que haber tenido una juventud de mierda no le daba derecho a juzgar a los más jóvenes.

Ya en el centro limeño –cerca de las ocho de la tarde y con una ruma de textos que leer más adelante– se instaló en el bar Cordano para tomar un café con leche y comer un pastel de hojaldre. Fue ahí que decidió viajar al norte de Chile para visitar ese sitio que tantas penas le había traído a su vida. Fue en el centro de Lima, adonde iba siempre después de

clases del doctorado a despejar la cabeza y llenarse los ojos de algo que no fueran libros y pasillos universitarios, donde tomó la que consideró en ese momento la decisión más importante de su vida.

En su departamento de Miraflores arregló una pequeña maleta, encargó el gato a la vecina viuda y compró un pasaje a Santiago de Chile para la mañana siguiente. No estaba barato, pero la plata de la beca que obtuvo –previa ayuda de amigos del gobierno chileno, puesto que a su edad era imposible adjudicarse una– permitía lujos como ese. En la capital chilena vería lo del pasaje a Iquique. Estaba como lejana a toda trivialidad, todo trámite. Se sentía más allá de cosas mundanas, tales como organizar detalladamente una ruta en avión.

Medio atontada por la fría mañana limeña, le sobresaltó algo que se movía en su entrepierna. Era un perro policial que olía su cuerpo y su pequeño equipaje.

–No llevo nada –señaló al policía frente a ella.

–El perro huele algo. Cocaína, marihuana, otras cosas también. ¿Lleva algo?

–Cómo se le ocurre. Hago un doctorado acá.

La cara de burla del policía no pasó desapercibida para Miriam, quien finalmente pudo pasar tranquila a la sala de embarque y luego abordar el avión.

Lo del perro en el aeropuerto fue algo inquietante, a lo menos. Miriam recordó con tristeza y rabia cómo el militar a cargo del campo de concentración usaba a un mastín para penetrarla, y luego hacerlo él. Animal y soldado eran la consigna de cada miércoles por la noche. Primero el perro, amaestrado quien sabe por qué tipo de maestro, y luego el comandante Larreín, que no tenía asco en violar a la mujer luego de su mascota preferida.

Desechó el torrente de pensamientos que ese recuerdo le activaba justo en el momento en que el avión se posaba en la losa del Arturo Merino Benítez. Miriam no se tomó el trabajo de pasar a lo menos un día en Santiago. Compró un boleto a Iquique para esa misma tarde. El tiempo pasó entre locales de ropa, caminatas sin rumbo por el aeropuerto y unos cuantos cafés y dulces, que tendían a calmarla en los estados de ansiedad. Una hora antes del embarque descansó en uno de las corridas de asientos y dejó su bolso a un lado, descuidadamente. Un hombre de lentes oscuros y ropa casual se acercó y preguntó si el bolso era suyo.

–Claro. ¿Por qué?

–Lo quisiéramos revisar.

–¿Por qué?

–Protocolo.

–¿Cree que traigo algo?

–¿Trae algo?

–Por supuesto que no.

–Acompáñeme.

–Pero no entiendo nada.

–No se preocupe señora, es solo rutina.

La palabra rutina resonó en los oídos de Miriam con una fuerza estruendosa. La rutina de los miércoles. El comandante y el perro.

La revisión del bolso fue breve y exhaustiva, sin embargo y a pesar de las disculpas («hubo un aviso de bomba»), Miriam quedó enojada y frustrada. En Lima y en Santiago había tenido problemas. «Viaje de mierda», dijo en voz alta entrando por la manga, y provocando la inevitable mirada de varios pasajeros, entre ellos el que sería su compañero de viaje: un militar viejo y estirado.

Sentados uno al lado del otro, Miriam se dijo a sí misma: «Un soldado, quizá facho recalcitrante, y una vieja de izquierda. Uno es presente y la otra pura melancolía y rabia».

Durante el viaje las miradas del militar y Miriam se cruzaron, y ella creyó reconocer un viejo destello, una conexión antigua y levemente desconocida. El leve pánico que se había desatado en el corazón de la mujer, disminuyó hasta desaparecer sobre el oscuro cielo de la ciudad del Cerro Santa Lucía, Huelén para los mapuches.

Con los pies en el aeropuerto de Iquique, Miriam no demoró en tomar un taxi rumbo a la casa de Silvia, amiga de los años combativos. Silvia tenía preparado un almuerzo alto en grasas y vino tinto.

—Cuando me llamaste de Perú, no imaginé que se te hubiera ocurrido venir a visitar la cárcel.

—En realidad, fue una decisión que tomé de repente.

—Salud.

—Salud.

—¿Qué tal Lima?

—Bien. Me acostumbré. Tú sabes que yo había ido. ¿Te acuerdas de Armando? Estuve viviendo con él un tiempo, pero ahora estoy sola. La plata de la beca es harto buena, y permite darme algunos lujos.

—Es increíble que te hayas ganado la beca.

—¿Lo dices por la edad?

—Entre otras cosas.

—Los amigos del partido ayudaron harto. Alguna vez que echen una mano. Además, los que estuvimos presos tenemos prioridad en esa beca. Debiste haber aprovechado.

—Ya no. Estoy tranquila acá.

—¿Qué fue del «Perro» Larreín?

—La «Coja» Lucía dijo que supo que murió en Tocopilla, en silla de ruedas y acompañado por un montón de perros inmundos. Lleno de mierda y pichí. Babeando.

—De qué otra forma podría haber sido.

Brindaron por la muerte del militar.

Por la conversación se pasearon amigas, amigos, amantes, militares, violadores, perros, traumas familiares, y una larga lista de sustantivos, verbos y nombres propios. Lloraron. Rieron mucho más y creyeron ser felices por un segundo. Nunca podrían cambiar sus vidas,

y sabían que el sufrimiento del que habían sido objeto fue en vano. Sus ojos enrojecidos confirmaron mutuamente esa certeza.

Silvia rechazó acompañar a Miriam al excampo de concentración. Se despidieron efusivamente en el terminal de buses. El lugar estaba a dos horas de la ciudad, encimado a una costa pedregosa y monumental. Miriam bajó del bus, junto a otros visitantes. Se dirigió a lo que quedaba del sitio. Siguió ordenadamente las marcas de las viejas murallas, como quien recorre las líneas de un mapa conocido y desconocido al mismo tiempo. Lo hizo una y otra vez, hasta que se halló lejos. No dio con el lugar donde la violaban, a pesar de las marcas en el piso. Los años y el irrefrenable tiempo mueven las cosas a su antojo. Otro mundo se esconde en el paso de un día a otro.

Bajo el terreno, el mar se agitaba violentamente. Cormoranes y patos yecos se estrellaaban contra la marea para pelear por los peces. El viento soplaba lentamente sobre la tierra que pisaba Miriam. Ella hacía señas con los pies, removía restos de madera o concreto, y modificaba el mapa del antiguo lugar. Pensó que nada ya estaría en su lugar, como tampoco nada quedaría de ese tiempo. Imaginó otros vientos, otro aire marino, uno que llevaba allá, muy lejos, a ese páramo de la juventud donde cualquier acto hubiera cambiado su destino para siempre. Echó la cabeza hacia atrás y pensó en un cielo infinito estallando en azules y tonos blancos. Y una brisa estallando violentamente en su cara.

Habitantes del lugar se paseaban a lo lejos a través de cerros y explanadas, mirando el paisaje como si aún no atinaran a reconocerlo. Miriam tampoco sabía descifrarlo, aunque lejanos signos le parecían cercanos, reverberando en su conciencia como una cara ora conocida, ora extraña. Caminaba como perdida. Como un trapo seco movido por el viento.

El grupo de roqueros y adictos a la pasta base que tenían una pequeña fiesta en medio de un basural, saludó a la mujer con burlesca solemnidad. Uno de ellos se paró con una pipa hechiza y se dirigió a Miriam. Le ofreció el artefacto a la mujer. Ella, autómata de sí misma, separada de su conciencia, aceptó y fumó. La invadió un furor que rápidamente se apagó. Fumó más. Luego, y ya entre los jóvenes y sus perros llenos de infecciones, tomó del vino de ellos, y fue presa de una incontrolable felicidad, de un bienestar antiguo, de antes de la fisura que medía su vida. Fumó y bebió, y ya en la noche besó al más viejo de los hombres. Tuvieron sexo delante de todos. Y con todos folló. Después, se encontró abrazada a los perros pútridos, a los que apretó con verdadero cariño. Y así la encontró la mañana: durmiendo con perros, semidesnuda, junto a los sujetos inconcientes, satisfechos.

Las moscas se posaban sobre los inmensos restos de basura, y sol se ensañaba con la tierra, las piedras y las rocas de la playa, golpeadas estas por unas olas inclementes, que desde un tiempo lejano no cejaban en su intento por derrotar y subyugar a esas sólidas masas de colores indescifrables.

El tiempo nunca es suficiente. **C**

Yo veo umbrales

Se siente el frío a través de la imagen, el suelo seco por la helada. Entre la negrura se divisan cuerpos con botas y abrigos negros, bufandas sobre la nariz, las caras apenas unas manchas blancas. Entre las rejas y la calle ha quedado un espacio vacío iluminado por un poste y su foco eficaz. La vereda es un escenario. Allí hay una joven con una parka blanca, su pelo amarillo, sus manos sin guantes brillan sujetando una bolsa pesada. Hay otro bolso, aun más grande, a sus pies. Se abalanza a la calle cuando se detiene un SUV, desde donde la saluda un hombre de unos cincuenta o sesenta años con movimientos cordiales, aunque prácticos. El entusiasmo del hombre se parece a la eficiencia; su silencio, una desviación constante. Los movimientos de la joven, en cambio, son compulsión. Su boca, blanca de frío, llena el espacio de palabras. El hombre hace un gesto con la cabeza, le indica el auto, como si ella no lo hubiera visto, tan negro envuelto en la noche, tan alto entre los árboles, tan ancho como las calles, tan nuevo que parece expeler un olor punzante a cuero, tan desconocido que promete una vida entera. La joven insiste, busca palabras para provocar. No es una disculpa, sino un desafío infantil. Lo enfatiza en demasía, casi hasta la vergüenza. El hombre entiende, y dice algo amable que revela su frialdad. Deja a la joven entumecida en la acera. Nuestros ojos abandonan el camino para entrar de nuevo, como un paseante más, en la oscuridad de esa noche. En esa negrura anotamos con ansiedad la escena: una hija en busca de un padre, la necesidad de reconocimiento, algo que ese hombre, ningún hombre de pelo blanco, dará nunca, porque no es suyo para dar, porque no existe cosa tal sino solo un vacío. Ese vacío que, piensa el galerista, se llama ser mujer.

El catálogo es largo y duro, y varios ejemplares se apilan en la esquina de la mesa de recepción de la galería. La del abrigo

negro y el pañuelo verde que lo hojea no lo va a comprar. Desde su oficina, el galerista ya ha aprendido a identificar a quienes vienen a su establecimiento a gastar plata. A pesar de que él montó la exposición, detesta a las personas que compran el catálogo. ¿Qué hacen con un libro de esas características, dónde lo ponen? Tal vez en una maleta, o lo olvidan sobre una mesa o una banqueta en el baño. ¿Desde cuándo las palabras estaban hechas para decorar los espacios y no para iluminar momentos de silencio? Pero esa fue la exigencia de la artista, tener un catálogo de tapas duras y dimensiones exageradas donde páginas enteras de fotogramas de las piezas en VR estuvieran acompañadas de unas interminables cantidades de texto. A esas divagaciones él prefería llamarlas erótica de la mente, porque no estaban destinadas a explicar nada sino al puro placer intelectual, como un vibrador o unos aros peneales ajustados a los pliegues que conectan el núcleo accumbens con el hipocampo y la corteza cingulada anterior. Un placer duradero e inasible, pura creación de fantasías.

Unos meses antes, el galerista había descubierto que únicamente lo erotizaban aquellas personas con quienes sentía revelación intelectual. Había sido un *break through* en la terapia grupal reichiana que seguía religiosamente durante años y que lo obligaba a hacer danzas corporales coreografiadas por unas intensas descargas emocionales. Como un actor, había perdido toda vergüenza de llevar a cabo esos ejercicios frente a otras personas. En una sesión en particular, cuando ya todos estaban envueltos en sus mantas y conversaban sobre las exaltadas ondas que los habían traspasado junto a las respiraciones compulsivas, los golpes y los gritos cacofónicos, la voz gruesa de una de las mujeres del grupo apuntó lo difícil que sería ahora para el galerista sentir placer.

Si analizaba sus paisajes mentales, él nunca había considerado a la dueña de esa voz, a esa compañera de terapia, una persona, una persona con todas sus redondeces y sus pliegues, con características propias de un primer plano, con profundidades que anticiparan deseos bruscos. Encontró los ojos azules en esa cara blanca, entre las mejillas rosadas, la boca esponjosa y el desordenado pelo negro, y la vio. O como decía la terapeuta, inspirada en los textos de Emmanuel Lévinas, la reconoció. Fue un destello irisado que no había sentido hacía tiempo. Le traspasó el cuerpo y lo abandonó en pocos segundos dejando todo nuevamente gris y sin vida. Las explicaciones de esa mujer, ahora una persona, eran intempestivos comentarios, dagas duras que lo herían, provocándole fuertes ondulaciones eróticas, inundando la sala y las colchonetas de una promesa. En la noche, el sonido aterciopelado con que esa voz le penetraba el oído volvería a él envuelto en éxtasis energéticos. Decía: ¿quién podrá darte placer si limitas tu mente a tanta exquisitez lingüística? Es como si persiguieras una intensidad imposible. ¿Cuándo perdiste la capacidad de sentir, cuándo tu palabra te incapacitó el decir?

Mientras caminaba por la Novena Avenida rumbo a la galería, envuelto en su abrigo blanco, sus manos en los bolsillos, el pelo encanecido revuelto por el viento, el galerista sintió la intensidad escurrírsele por las manos. ¿Sería ese el ideal de la terapia?, se preguntaba.

En otro momento cualquiera, las imágenes creadas por la artista de los rizos colorados, que lo esperaba sentado en su oficina mirando un catálogo antiguo, no le habrían hecho efecto alguno. Si la de los rizos hubiera estado ahí la mañana anterior, por ejemplo, sus palabras habrían pasado por él como casi todas las conversaciones con artistas ávidos de exponer en su galería. Sin embargo, esa tarde las palabras de la mujer de los paños anaranjados resonaron como ecos en el vacío gris que era su cuerpo. Ella había dicho: en la tragedia griega, la anagnórisis siempre trae la luz, devela la pieza faltante de un puzzle; es el conocimiento que conlleva la resolución y el balance perdido. Pero en las escenas de esta muestra, la anagnórisis es negrura; el tiempo se suspende, se rectifica, pero no muestra nada más que discontinuidad, errores sin cordura alguna. La anagnórisis es el reconocimiento de su inoperancia. La mujer lo mira con sus ojos grises, y mientras se despide dice con una sonrisa chueca y los ojos arrugados: y a pesar de eso, no buscamos otra cosa, ¿o me equivoco?

Esas palabras envolvieron al galerista en un halo que lo obligó, insomne, a levantarse de su cama a mirar el portafolio con detención y, de un telefonazo, citar a la artista a su despacho. A la mañana siguiente decidieron montar la exhibición con sus videos y sus instalaciones de realidad virtual. Él la tituló *Escenas de reconocimiento*. Nada decía esto del profesionalismo con que la mujer de rizos había ejecutado su trabajo.

La mujer del abrigo negro y la bufanda verde camina hacia la sala y se pone los anteojos de realidad virtual. El galerista, su memoria una maldición, repasa las imágenes de la pieza frente a la cual está la mujer. Ella gira la cabeza hacia el suelo y pierde levemente el equilibrio. Es un espacio totalmente blanco, ni siquiera las juntas de las paredes son visibles. Los únicos puntos que perturban la total iluminación son una piel, un pelo negro, una cadena gruesa como brazaletes y las imágenes de palmeras impresas en el vestido blanco de un cuerpo sentado. La mujer del abrigo negro, la bufanda verde y los anteojos de realidad virtual da un paso a la izquierda. Entonces puede distinguir letras negras impresas sobre un libro que sostiene la del vestido con palmeras. Por varios segundos no pasa nada. Es la imagen de una escena a la espera de sus personajes, dijo la artista de los rizos cuando se la mostró al galerista por primera vez.

En el campo visual de la mujer del abrigo negro y el pañuelo verde aparece una puerta rotulada *stage left*. Desde ahí emerge un hombre vestido de gris y camisa blanca, su pelo blanco se camufla por el fondo. A los dos lados de la escena vacía los personajes se iluminan y se difuminan, como si al verlos se perdieran de vista, incapaces los testigos de ver exactamente de qué se trata, incapaces los personajes de ver que finalmente se han reconocido como los protagonistas de esa escena, incapaces de ver que ese espacio se transforma en escena únicamente en el encuentro eléctrico entre estos dos personajes, atando el espacio a un nunca antes y nunca más, instalando allí la nostalgia que embarga al galerista cuando alguien está frente a esta pieza. Aquí intento capturar, escribió la artista en el catálogo, las intensidades experimentadas en un presente escurridizo. No se repetirán. Tampoco aguan-

tarán un segundo o tercer visionado/experiencia. Intento capturar que la vida estética y la vida material son una misma cosa, e incluso cuando estamos en la presencia de algo único lo viviremos —es la naturaleza del presente— como un apocalipsis que pasa de largo.

Cuando el galerista era un adolescente y estaba a punto de empezar a consumir el primer cóctel de pastillas de su vida, se había sometido a varias pruebas físicas y de personalidad. Nada le impactó en demasía, a excepción de los resultados de la prueba de Rorschach, apuntados por una mujer de anteojos grandes y melena negra. Dijo que en él había una incapacidad de conectar las emociones con las palabras. Recuerda bien preguntarle a la de los anteojos grandes cómo había llegado a esa conclusión, con cuál lámina exactamente. La mujer descartó cualquier tipo de respuesta explicando que eran años de experticia en el arte interpretativo de las imágenes y las palabras. Después de la sesión con una siquiatria, en una oficina incómoda y amarillenta, caminó por la ciudad pensando en esa incapacidad suya. Recordaba con particular claridad una de las láminas, la décima, compuesta de manchas dispersas y que, a diferencia de las imágenes anteriores, ocupaban todo el marco visual. Ahí vio figuras inconexas y concluyó, sin darle muchas vueltas más, que esa lámina reflejaba la afición de su familia a los secretos, a un vivir en desconexión con el decir. Años después, cuando retomó la terapia reichiana, volvió a mirar esas láminas en Internet. Le impresionó mucho que la décima lámina tuviera colores. En su recuerdo la lámina era completamente gris.

Cuando estaba a punto de dejar su ciudad natal y embarcarse con su maleta a Nueva York, tiró la bolsa con pastillas por el inodoro con la intención de recuperar el color, pero había sido inútil.

Y la vida continúa, gris e inaudita.

Esas fueron las palabras de la mujer de los ojos azules, la de la voz aterciopelada, la que se había convertido en persona durante la sesión de la terapia reichiana, cuando le entregó la taza de té en la mesa de su cocina. El galerista le había escrito un mensaje de texto unos días después de reconocerla, instigado por la pulsión de hacer realidad sus fantasías. El temblor de su mano al tocar el timbre de su casa en un barrio antiguo no era nerviosismo, sino excitación profunda. No estaba frente a una puerta sino a un umbral. Una vez al otro lado tuvo que observar largamente los ojos azules de esa mujer para comprobar que ella era la persona. La mujer-persona llevaba el pelo tomado y tenía su característica sonrisa chueca. Condujo al galerista a la cocina y le habló dándole la espalda mientras preparaba el té. Eso le dio tiempo al galerista de observar sus alrededores con el objetivo de identificar por qué ese lugar estaba en falta. La cocina era simple, como la de una abuela, las paredes pintadas de un anaranjado perturbador. Le daba a la voz aterciopelada de la mujer-persona un carácter milenario y peligroso. Las plantas exuberantes y descuidadas en el borde de la ventana le parecieron poco higiénicas, igual que las cerámicas quebradas coronando el lavaplatos y la parte superior de la puerta. Por un momento imaginó a la mujer-persona entrando

a esa cocina por primera vez, viendo esas cerámicas y describiéndolas como hermosas. Al galerista se le revolvió el estómago.

Cuando la mujer-persona se sentó a la mesa frente a él, su camisa dejó al descubierto gran parte de su cuello por donde se deslizaba un largo arete y un mechón de pelo oscuro. Has venido, le dijo, y esa voz finalmente lo envolvió en algo parecido a una promesa.

Para encontrar el número de teléfono de la mujer-persona, el galerista se informó en Internet. Fue difícil dar con su identidad, tenía solo un primer nombre y un fuerte acento que le dio la pista para buscar su nombre en cirílico. Dio con varios textos suyos y fotos de ella con corsés, trajes de hombre y largas uñas pintadas de negro decoradas con diamantes, en el espacio justo entre el *kitsch* y la *performance*. Finalmente llegó a su página web, donde ofrecía servicios profesionales de dominatrix. La mujer que tenía ahí enfrente no tenía botas de acrílico negro hasta la rodilla, ni cinturones de cuero, como la había pintado el galerista en sus fantasías durante las últimas horas. En esa cocina de abuelita volvía a ser la mujer-casi-no-una-persona borrada de su campo visual y de su fantasear que eran, para el galerista, lo mismo.

La mujer se levantó con su sonrisa chueca y entró a una habitación, ordenándole esperar. Se había hecho de noche y la cocina de repente adquirió un ambiente siniestro. Por fuera el contorno de los árboles se delineaba contra un cielo azulino, casi gris. Sintió el color temido expandiéndose hacia dentro suyo. Una luz se encendió en la calle y la cocina se volvió una escenografía. Una alarma tronó a lo lejos. Lo sorprendió un sonido fulminante y un dolor intenso en su cuello. Reconoció a la mujer-persona en el marco de la puerta: era la misma de las páginas de Internet, la que lo indujo a venir hasta aquí, la que habló ese día en la terapia. Llevaba unas botas negras brillantes hasta el muslo, arneses de cuero por todo el cuerpo, un *one-piece* de encajes y corsé, guantes de terciopelo morado, una máscara negra y un látigo que agitaba hasta fustigar muy cerca de su cara, de sus pies, de sus brazos. El galerista gritaba, y con movimientos ridículos que no sabía llevaba impresos en su cuerpo, se guareció en una habitación oscura como sala de revelado.

La mujer-persona entró, cerrando la puerta de un golpe. Encendió un foco enceguecedor y, sentada en un trono mullido, le ordenó al galerista, diciéndole perro, desnudarse por completo y ajustarse unas esposas a las manos. En dos movimientos la mujer-persona colgó al galerista-perro de un arnés y lo montó en una especie de caballete, abriendo sus piernas de perro y dejando expuestos sus genitales de perro. La mujer lanzó el látigo, amarrándole las piernas. De sus guantes sacó unos ganchos que ajustó en las tetillas del galerista, en su boca y en varios otros pliegues de su cuerpo. ¿Siente miedo?, le pareció escuchar. Esa voz aterciopelada le provocó excitación profunda. Identificó en él un deseo de seguir escuchándola, así que agitó la cabeza, porque no podía decir nada con ese hocico silenciado. En vez se quejó como un perro. Quiero que sienta miedo, escuchó como un ronroneo. La mujer-persona encendió una luz rojiza, revelando una pared llena de látigos cortos. El galerista la

vio escoger uno y acercarse a él. Le golpeó la cara, el pecho, las piernas y finalmente los genitales hasta sacarle sangre. Los gritos se escucharon amortiguados por las telas que la mujer-persona afirmó en la boca del perro. Harta de esa falta de armonía sonora, la mujer-persona le ordenó callarse escupiéndole la cara y gritándole para hacerlo sentir menos que un perro, como carne muerta. Después de unos minutos el galerista sintió el guante aterciopelado encima de sus ojos.

Mientras se limpiaba la sangre en sus testículos vio una sala más parecida a un *backstage* que a un escenario. Dejó una torre de billetes en la mesa de la cocina, deseando ver a la mujer-persona una vez más, aunque sin la potencia de ir en su busca al segundo piso. Afuera de la casa, incapaz de caminar, el galerista tomó un taxi al hospital.

En el catálogo que vuelve a mirar la del abrigo negro y el pañuelo verde, la artista ha incluido reinterpretaciones de escenas reconocibles en la historia del teatro: una mujer ha fornicado con su hijo, un hombre se saca los ojos, una joven sostiene un cuchillo en la mano frente al cuerpo muerto de un hombre con el pelo blanco, una joven descubre a su amante sin vida después de simular su propia muerte, un policía con una metralleta caliente identifica a su hija entre la multitud de muertos en la plaza, un militar mira a los ojos de su primo entre los torturados. La mujer del abrigo negro se detiene frente a otro par de anteojos de realidad virtual. Antes de ponérselos le da una mirada larga y profunda al galerista. Por un segundo él cree ver en esos ojos a otra mujer.

La del abrigo negro y la bufanda verde se sienta en el suelo a observar la escena. Allí un grupo de personas con golpes en la cara y heridas en el cuerpo apuntan a una persona, corren hacia ella y la golpean hasta dejarla tirada en una poza de sangre. Luego se levantan y hacen lo mismo con otra y otra y otra más. Al final de la pieza, la horda corre hacia la espectadora. La del abrigo negro y la bufanda verde, sin embargo, se saca los anteojos antes de que la horda llegue a ella, y se queda sentada con los anteojos en la mano calmando su respiración durante unos segundos.

En la sesión individual de su terapia de esa semana, el galerista discutió largamente el efecto de habitar un espacio con esas imágenes. Estaban manipuladas, creía él, para crearle choques estéticos que resonaran con el vacío de su interior. A raíz de las preguntas insistentes de la terapeuta, el galerista había logrado ponerle palabras a esa sensación, pero no había quedado conforme. Pensaba en eso mientras escuchaba a los turistas hablar sobre la ciudad en el ferry que lo llevaría desde Dumbo hasta la Calle 34 por el Río del Este. En castellano, una mujer preguntaba insistentemente por los nombres de los puentes e hizo una interjección larga que obligó al galerista a mirar el Brooklyn Bridge hacia arriba. Había pasado muchas veces por ahí, pero en esa ocasión le pareció una despedida. Junto a él iba el recuerdo de la primera vez que lo cruzó, montado en un taxi junto al *art dealer* que lo había contratado como su asistente recién llegado a la ciudad hacía más de veinticinco años. Era una noche tibia y clara, y sintiendo el calor del vino en su cuerpo vio por primera vez los edificios decorados

por luces de distintos tonos como si fueran la maqueta de un arquitecto. De pronto el gris, que ya había asumido como un talento suyo para convertir el flujo de la vida en una transacción económica, empezó a irisarse y sintió un temblor por el cuerpo. Tuvo el impulso de dejar registrado ese momento diciendo algo importante al *art dealer*, una confesión singular que marcara el instante como único. Pero las palabras, enredadas en su boca, salieron torpes y sin vida. Así, con ese gesto anticlimático, fue como saludó a la ciudad.

De repente el galerista levanta la vista. La del abrigo negro y la bufanda verde está dentro de su oficina, y con movimientos de lince se sienta frente a él. Los ojos azules penetrantes vibran con la bufanda y le traen a la memoria a alguien más. ¿Quién eres?, le dan ganas de decir. Pero en vez le indica al recepcionista. La mujer ya se ha sacado el abrigo y se ha sentado al otro lado del escritorio del galerista. Instintivamente este cierra su computadora y pone sus manos con arrugas encremadas y uñas de manicura encima de la mesa en un gesto que aprendió del *art dealer*. Ese gesto, decía el viejo avaro, daba la sensación a quien estuviera delante de que todo estaba sobre la mesa, aun si la realidad quedara guardada en los pliegues del abrigo. La mujer hace un gesto similar y eso intriga al galerista.

No me reconoces todavía, afirma ella ajustándose el pañuelo verde. El galerista la mira y se pierde en sus ojos hasta que lo hace sentir incómodo y desvía la mirada hacia su boca carnosa. Unos dientes pequeños y perfectamente alineados se adivinan entre la carne suave y rosa. Es más joven de lo que parecía al principio, su edad escondida tras movimientos seguros, elegantes, perfectos. Esa piel blanca, el pelo negro, la sonrisa chueca lo transporta al paisaje de mujeres que han poblado su vida en los últimos meses. No, señora, responde él a la espera.

Has ido a ver a mi mamá todos estos meses. Con esas palabras, el parecido entre la del pañuelo verde y la mujer-persona se hace evidente y lo transporta a ese lugar que siempre extraña sentado en esta sala con demasiada luz.

Muchas veces yo estaba ahí también. Mientras ustedes están en la habitación oscura donde mi mamá hace sus negocios, yo me siento en la cocina a tomar café. Esa es mi cocina.

El galerista la observa. Efectivamente, después de esa primera visita, ha ido a ver a la mujer-persona semanalmente, dejando ahí el valor de varias obras vendidas en su galería. Después de la primera visita, echado sobre la camilla del hospital, su mente no podía dejar de recorrer los movimientos y sonidos que lo habían mantenido en un estado que yacía olvidado en algún remoto pliegue corporal. Incluso ahí, en esa sala de emergencia, podía sentir su cuerpo tenso y su pene levemente erguido al repasar las imágenes sucedidas en esa casa-umbral. Desde entonces había vuelto muchas veces, pidiéndole a la mujer-persona –sin nunca pedirle, sino sacándola de quicio con su exceso de masculinidad– que lo golpeará con más fuerza, que le gritara o lo meara con más odio. El galerista consideraba sus palabras orgasmos bucales.

Sé mucho de ti, dice la de la bufanda verde, tal vez más de lo que tú mismo sabes de ti, porque mi trabajo consiste en darme el tiempo para dotar de profundidad a lo que acontece.

Yo transcribo lo que me cuenta mi mamá cada vez que sale de una de sus sesiones o cuando vuelve de una de sus terapias, allí donde se conocieron. Soy escritora, dice, y ella me dona sus historias. Es la manera que tiene de pagarme esa deuda que tiene conmigo, la de ser ella mi mamá y haberme concebido mujer.

El galerista de repente ve los azules de sus ojos y los verdes de la bufanda adquirir texturas y dimensiones. La luz de la oficina alcanza distintos tonos de amarillos y blancos. La voz le sale profesional cuando le pide que continúe.

Ella mira alrededor, tomándose el tiempo. Pero no me gusta que nadie me robe mis historias y menos la artista de los rizos colorados, señala. El galerista está intrigado y le pregunta cuál es la conexión entre la bufanda verde y los paños anaranjados. La de la bufanda verde sonríe, la misma sonrisa chueca que le pone el cuerpo en alerta.

Soy su pareja, su expareja. La dejé hace unos meses y sintió que podía usar mis historias y las de los clientes de mi mamá para hacer algo interesante. Usted sabe, hay artistas que no tienen nada que decir. La de los rizos colorados es una de ellas. Entonces pide prestado, pero nunca paga. A usted tampoco le pagará. Por el contrario, estas piezas serán su extorsión. Nadie las va a comprar, porque todos quienes compran arte en esta ciudad son clientes de mi mamá.

El galerista dice que nunca había escuchado una historia más extraordinaria en su vida, y que realmente tiene ganas de leer algunas de sus historias. La de la bufanda verde le contesta. Usted no tiene idea el tipo de escritora que soy. El galerista reconoce la amenaza y un temblor irisado le cruza por la parte baja de la espalda.

La última vez que sintió algo esa intensidad fue a los once años, cuando, sentado en el auditorio de ese colegio privado, vio a un muchacho con el pelo negro y ojos azules tocar la *Sonata para piano no. 11* de Mozart. Por primera vez en su vida descubrió la delicia de la contemplación sinestésica. Todo a su alrededor adquiriría un tono parecido al azul de los ojos del niño. El gris le tomó el cuerpo unos años después, exactamente al día siguiente cuando el mismo objeto de su admiración lo dejara de un golpe en el hospital. Su corazón había muerto precozmente.

Pero ahora esos colores volvían bajo la forma de unos ojos desafiantes y una bufanda verde. A la pregunta de qué quiere, ella responde todo esto.

Por supuesto para mí hay un motivo ulterior, explica ajustándose la bufanda verde. Mi intención es hacer sufrir a la artista de los rizos colorados y los paños anaranjados. Nuestra relación se sostiene únicamente a través de venganzas y gestos demolidores como este, el de robar una la obra de la otra.

Usted no se ha dado cuenta, continúa la de la bufanda verde, pero ella llegó ese día a su oficina porque sabía exactamente el estado en que usted se encontraba. Habíamos planificado ese día desde que escuché su caso en las grabaciones de mi mamá. Estábamos a la espera. Mientras, la vida pasaba y terminé con ella, harta de que bebiera, insaciable como un naufrago,

de mis ideas. Y cuando usted finalmente reconoció a mi mamá, la artista de los rizos colorados decidió traerle mis historias, insegura, con justa razón, de la calidad de las suyas. Llegó a usted sabiendo de su terapia y de sus traumas, documentado todo como está en mis múltiples volúmenes escritos.

El galerista se sintió desnudo, pero eso le causó excitación instantánea.

Yo veo, le dice la mujer con su pañuelo verde, a través suyo. Conmigo usted es transparente, casi no existe más que en mis palabras.

Usted debe saber que la artista de los rizos no sabe nada de tragedias griegas ni de teatro ni de anagnórisis. Las palabras que esa mujer fea y carente de originalidad le dijo en la galería las escribí yo. Todo lo ha aprendido de mí, se ha convertido en una mera repetidora de cosas que escribo y digo, incapaz ella misma de crear nada nuevo. Su única experticia es ser una ladrona. Su profesionalismo consiste en ser una artista ignorante hasta de sus propios deseos. No tendría idea qué significa para ella el placer, el placer de robar, si no fuera por lo que escribo. Se parece un poco a usted, y a todos los que cuelgan arte en sus paredes. Verá, el galerista no es nada más que un personaje de tercer orden en esta historia.

Estas palabras ofendieron al galerista, porque tenía a su persona y su trabajo en alta estima. Sin eso sentía que su valor se esfumaba. Instantáneamente, sin embargo, se dio cuenta de que la mujer de la bufanda verde y sin el abrigo negro lo estaba manipulando. En algún retorcido pliegue lo hacía sentir importante.

Mis historias son efectivas y a usted le convendrá, en todo orden de cosas, aceptar mi propuesta. Porque si no, publicaré este libro con sus relatos. Llevará por título su nombre. El mundo sabrá que a usted le gusta sangrar mientras escucha la *Sonata para piano no. 11* de Mozart.

El ceño del galerista, como aprendió de su mentor, esconde la efervescencia que le produce esta propuesta. Una sucesión de eventos desencadenados por esa revelación le vienen a la mente como flujo de vida, sin control, con intensidades, un deseo discreto pero pujante.

Estoy conciente del valor que usted ha puesto a las piezas. Por eso le daré algo invaluable a cambio, le dijo la de la bufanda verde. Una vez que desmantele la exposición y la lleve al sótano de la casa de mi mamá, le enviaré las transcripciones de sus sesiones terapéuticas, además de interpretaciones iluminadoras sobre cada uno de sus deseos oscuros y de sus zonas grises. Por primera vez usted se verá a sí mismo.

La voz del galerista sale primero pequeña, pero luego se endurece, masculina. Quiero más, se escucha decir a sí mismo. Quiero todo lo que tenga.

La de la bufanda verde escucha por un momento, sopesando la propuesta.

No tendrá usted tiempo suficiente en su vida para leer todo lo que he escrito.

Tampoco tengo tiempo suficiente en la vida para disfrutar todas las obras que poseo en mi galería. Y usted me está pidiendo que le done mi galería entera.

¿Eso le pido?, dice con la bufanda verde. La sonrisa se le enchueca más. El galerista puede ver el interés supurar en los leves movimientos de la mujer sobre la silla. A cambio, quiero

todas las transcripciones, las pasadas y las que haga en el futuro, agrega él, revolviendo sus documentos en busca de un contrato.

La mujer de la bufanda verde da una risotada que se sale del personaje. Debajo de la bufanda verde, se alcanza a ver, la mujer lleva un collar de cuero negro.

Usted me quiere transformar en galerista, quiere entregarme la pesadilla que es ser usted. Su voz adquiere un tono de indiferencia: lo que hacen estas personas que disponen obras sobre las paredes y las exhiben es diametralmente distinto a lo que me mueve a mí. Verá usted, yo no veo objetos transables, yo veo umbrales. Usted no lo puede entender, ya perdió esa capacidad tras un golpe en la cara y una estadía en el hospital. Cada tanto va usted a buscarla a mi casa de infancia. Pero usted es incapaz de entender los umbrales, solo los atisba cuando está a punto de tocar el timbre de la casa de mi mamá.

El galerista pone una expresión socarrona en la cara. Es común entre el mundo de los *art dealers* y curadores reírse de lo que los mismos artistas dicen de su arte. Juegan con esas historias, pero en realidad no las creen.

Pero será una excelente venganza, dice ella, y sin agregar nada más toma los contratos que el galerista ha dispuesto sobre la mesa.

Mientras la mujer de la bufanda verde se ajusta el abrigo negro a su cintura, marca un número en el celular. Tras una serie de instrucciones entran varios hombres a la galería y desmontan las obras en exposición. Se llevan también las que están en la bodega del sótano. Pasan horas, mientras el sol se mueve de un lado a otro en el cielo, llenas de voces y ruidos de cuadros, pinturas y obras que los hombres lanzan desde el suelo hasta un camión detenido afuera de la galería. De la sala desinstalan las ampolletas y los enchufes, las lámparas y los pequeños chiches con que se alista una galería. Se llevan incluso los plásticos y las trampas para ratas dejadas en el sótano quién sabe cuándo. Finalmente agarran de los brazos a un asustado recepcionista que a gritos se sube al camión entre dos hombres sudorosos. Como un trueno la escritora aprieta el acelerador.

Un silencio embarga la galería. Ha quedado un cubo blanco y un sótano gris totalmente vacío, los hoyos de los cables imbunchados con masilla blanca. Desde su oficina el galerista ve ese espacio resonar con su interior. La galería misma se había convertido en una escena y él, como un personaje terciario, permanece así a la espera de algo. **C**

La resta*

Cincuenta pasos cortos son una cuadra, pero las cuabras no se repiten, no, solo mis pasos: dos, cuatro, seis huellas que se repiten y el calor y las nubes y mis largas vueltas de borracho, mis caminatas erráticas desde Irrázaval hasta el Pío Nono, caminar y comprobar que en el cielo no hay estrellas, solo nubes blancas y un calor que va flotando, y yo me dejo llevar por el calor y por el pisco y me acerco rápido hasta el puente, o es el puente el que viene a mí con cada uno de sus muertos, aunque hoy había uno solo, un muerto de treinta y uno y eso significa que me toca, la aritmética debe cuajar porque vienen los descuentos, todavía más si uno lee el diario, la sección de espectáculos que hoy titulaba: desentierros, tal cual, el diario anunciaba el desentierro de Neruda, y yo ni me enteraba de no ser por el quiosquero de la esquina del edificio, que me saludó y me dijo: miren quién resucitó de entre los muertos, y yo me di vuelta buscando quién sería ahora el muerto-vivo, pero era una broma de Don José porque no lo visitaba hacía mucho, y es que yo andaba limpiando, saneando, restando, pero Don José reservó la primicia para mí: qué afán por desenterrar gente, ¿no?, y yo me quedé helado y lo miré con todos mis ojos, ¡desenterrar nunca, rendirse jamás!, le dije a Don José, pero él insistió y me dijo que iban a ordenar laaa, laaa y yo exclamé ¡exhumación!, y él me dijo eeso Felipito, la exhumación de don Nefthalí Reyes, chúpate esa, y yo no me chupé ninguna pero le compré el diario y lo vi: ¡andan desenterrando muertos, por la cresta!, ¿no será mucho?, muertos-vivos, muertos sin cuerpo y ahora esto, ¿cómo puede uno igualar el número de muertos con el número de tumbas?, ¿cómo hacer coincidir los esqueletos y los listados?, ¿cómo puede ser que unos nazcan y nunca mueran?, ¡anarquía mortuoria en la fértil provincia!, lo que se necesita aquí es un genio

* Fragmento de novela publicada por Editorial Demipage (España) y Tajamar (Chile), 2015.

matemático, una mente numérica que entienda la aritmética del fin, porque no puede ser que uno se muera y le hagan un funeral real, uno simbólico, un cambio de tumba y ahora qué, ¿un antientierro?, ¡así no se puede!, hay que tomar un poco de aire, eso es, inspirar profundo, pensar en frío y así expulsar a las ideas negras como el petróleo, como la mugre y el agua del Mapocho, porque es de noche en el río y también en el puente Pío Nono, las dos con veintidós en el reloj de la Escuela de Derecho, ¡cambien la pila!, pajeros de mierda, el reloj siempre detenido, aunque quién sabe, a lo mejor yo soy el detenido y el problema no es el minuterero, y es que está todo tan oscuro y a mí la oscuridad me obliga a sentir con mi piel, esta piel que ahora se eriza porque viene alguien, unas pupilas, puro negro, porque es de noche en mi paladar y en mis párpados y es también de noche en el fondo del río, y entonces escucho con atención y no tengo dudas, una voz raja una garganta y me dice: ¿tenis un pucho, pendejo?, y yo me asusto, retrocedo porque es solo una voz, porque no se ven los cuerpos en el fondo de esta noche, y aunque tengo miedo le digo que sí, pero no lo dice mi voz, lo dice mi cabeza moviéndose de arriba abajo y entonces saco el pucho de mi bolsillo y miro al oriente y compruebo que no se ve la cordillera, no se ven los cuerpos, no, solo unos nubarrones bajos y blancos, unas nubes de cemento, de mármol, de huesos, pero me sacudo las tonteras sobre las nubes y le entrego el pucho, y él me pregunta si acaso es mi último cigarro y yo le digo que sí pero no importa, fúmatelo, digo y estiro mi mano y siento sus dedos, y entonces sé que la voz tiene un cuerpo, o sea, tiene manos, manos huesudas y largas y frías, y acerco el encendedor hasta su boca y lo prendo y nace una expresión nueva: su cara brillante, ojos delineados y azabaches, ojos de puma encendidos, un hociquito de lobo y ¡zas!, la noche se cierra sobre su cara y el tipo me agradece, y su voz de nuevo flota solitaria pero al menos fuma, y después me pasa el cigarrillo y yo lo pongo entre mis labios y siento el filtro húmedo y aplastado, pero no me importa y fumo también, y él se pone a hablar o es su boca la que habla y dice que los domingos son malazos, eso dice, son malazos pero yo salgo igual, y yo me pregunto si acaso sale porque tiene pena, porque el tipo tiene una voz triste y quebradiza que me habla, me hace una pregunta que no escucho, no, porque me distraigo, y es que a mí el Mapocho me distrae, me hipnotiza, me lleva lejos, me lleva a ver a un costadito del río un tambor, un tacho de basura con un fuego que se sumerge al fondo del río, y pienso que alrededor deben estar los pendejos, los esqueletos bailando a la orilla de esta caleta inexistente: muertos que encuentran muertos flotando todo el tiempo, y ya ni siquiera es domingo en el río, las dos con veintidós significa lunes, ¡reloj de mierda!, y con mi grito una corriente helada me azota los huesos y me abrocho un botón de la camisa, y me pregunto si serán las ideas nocturnas enfriando mis costillas, y en eso estoy cuando el tipo otra vez me habla, me toca y me dice que tengo lindo pecho, ¿te depilai, cabrito?, y yo niego con la cabeza pero no hablo, no quiero escuchar mi voz, esta voz me hostiga, no, ya no quiero escucharme más, así que no contesto, y entonces él dice que se saca todos los pelos, suavcito es más rico, eso me dice, suavcito es más rico, pendejo, y yo

lo miro y no lo veo porque la noche está cerrada y él me ofrece un caño y yo digo por qué no poh, eso digo aunque no hable, porque solamente asiento cuando se me esconde la voz, cuando se me pone roja, se mimetiza dentro de mí mismo, y el tipo prende el caño con un fuego también rojo y veo que aparece un aro en su ceja izquierda y un moño muy tirante, y después de nuevo el negro lo devora, sí, y podría imaginarme que él tiene otra cara pero no imagino ninguna, porque él me acerca la colilla y me dice que chupe y sus dedos rozan mis labios y solo entonces surgen mis labios y él me dice que son lindos, tenís los labios suaves pendejo, dice en mi oído, y su aliento está tibio y cerca y yo aspiro, aspiro fuerte y lento, aspiro profundo y me duele, y tiro el humo por mi boca y pienso humo, niebla, ceguera, y pienso que están raras las nubes, demasiado bajas, sí, pero me distraigo cuando el tipo habla y su voz me dice: te quiero dar un beso, eso dice, y no contesto y él se ríe y el fuego a un costado del río aparece y desaparece y su voz se aleja y se acerca y el puente deja de vibrar y se queda ahí, paralizado, y a mí me dan ganas de meter ruido, de explotar, de pisar hojas, de aplastar cáscaras con las yemas de mis dedos, y solo porque no me queda alternativa le hablo, porque me asfixia el silencio me animo a preguntarle por los muertos, si los conoce, si los ha visto, y el tipo parece que me mira antes de contestar, me evalúa antes de decir: no sé si mis muertos son los mismos que los tuyos, pendejo, y después me cambia de tema el huevón, me dice que tengo el pecho terso y los labios suavitos y a mí no me importa, no, porque yo quiero hablar de los muertos y no de cosas suaves y superficiales así que le pregunto si los ha visto y él me dice que una sola vez, una vez vi a un hombre que se sentó aquí, en la baranda, dice, y se tiró nomás y ¡zas!, se cayó de aquí mismito, y yo le pregunto qué hizo él y él dice que no hizo nada, y yo insisto sobre cómo se siente, si acaso no se siente mal, y el tipo dice ¿por qué?, y adivino por su tono que se encoge de hombros, porque la voz dirige al cuerpo, eso lo sabe cualquiera, el cuerpo obedece disciplinado, y entonces entiendo que él tiene razón, por qué se va a sentir culpable si no es culpa suya, y los dedos vuelven sobre mis labios y el filtro está mojado y mordido y yo aspiro otra vez, aspiro fuerte y el tipo inhala también y tosemos juntos y el puente vibra y creo que vibra porque hay una gaviota en la baranda y la gaviota contempla el lecho y el lecho no hace ruido, está callado el Mapocho y sin su voz también desaparece, y el tipo me dice que es raro ver una gaviota en la noche, y yo le digo que más raro es ver una gaviota y punto, y él pregunta ¿cómo así, pendejo?, y yo le digo que en Santiago no hay mar, no hay costa, y él dice que no es raro, cualquiera se confunde, eso dice, cualquiera se confunde, pendejito, y después se acerca, sí, siento su aliento en mi boca, ¿tú no te confundís acaso?, y yo no contesto y la gaviota está inmóvil y su aliento es agrio y persistente, y la pregunta es otra, ¿querís que te lo chupe, pendejito?, y yo no sé, pero le digo que no, porque cuando no sé algo digo no, así siempre sé, y él se ríe y pregunta si acaso me da miedo, si te gusta no significa que seai flete, pendejo rico, aunque yo soy una loca, una maraca, una yegua cualquiera, y se ríe más fuerte y se acerca y me sorprende el peso de su mano en mi entrepierna y la mano es del-

gada y huesuda y entra por mi calzoncillo y siento que me saca el pico del pantalón, sí, lo saca y lo sacude y en un segundo se me pone duro, y me agarro de la baranda para así pensar en cosas frías como el hielo, el río, el metal, y la mano se mueve y el pantalón se va cayendo, se va resbalando por mis rodillas, y mi boca está seca, mis ojos secos, el río seco y el fuego en su mano se apaga y caen los restos al Mapocho y veo que se desvanecen ahí abajo y ahí también le miro los pies y los veo descalzos y sangrando, pero no sé, porque la mano se mueve rápido y me toca y yo no sé si hay vidrios enterrados en sus pies y no sé si son pies o si son patas, si son uñas o pezuñas, la yegua con las patas sangrientas, sí, y la mano sigue, ah, y yo no sé, no sé qué hay en el fondo del río, no sé porque la mano se mueve húmeda y rápida y me confundo, y creo ver una sombra allá arriba entre las nubes: una bandada de pájaros que se abre y se cierra como un puño pegándole al cielo, sí, golpeando y golpeando, sí, no pares, ah, y la mano se mueve rápida y no para, ah, y la mano sigue y es rico, sí, y yo me voy, me voy cortado y el cielo se corta y se cae a pedazos que se me vienen encima, me rozan los hombros, el pecho, las manos y entonces las levanto y las miro y es nieve, pero no, porque la nieve es blanca, la nieve es fría y se deshace y esto no se deshace, no, esto que cae es otra cosa, esto que cae son cenizas, son cenizas, son cenizas conchetumadre, de nuevo están cayendo las cenizas. **C**

casa SITUACION DEL INTELLECTUAL LATINOAMERICANO
DE LAS AMERICAS NUMERO 45

cortázar
vargas llosa benedetti
depestre dalton lihn romualdo
maldonado denis galich

  **encuentro de la canción protesta Sergio de Santis GUERRILLA Y REVOLUCION EN EL PENSAMIENTO DEL CHE GUEVARA**

★

cortázar
vargas llosa benedetti
depestre dalton lihn romualdo
maldonado denis galich

  **encuentro de la canción protesta Sergio de Santis GUERRILLA Y REVOLUCION EN EL PENSAMIENTO DEL CHE GUEVARA**

★

Comprensión de lectura, Texto N° 1*

Con tantas guías, pruebas parciales, globales y de coeficiente dos, era imposible que no aprendiéramos algo, pero casi todo lo olvidábamos rápido y me temo que para siempre. Lo que aprendimos a la perfección, sin embargo, lo que nunca olvidaríamos, fue a copiar en las pruebas. No sería difícil improvisar un elogio del torpedo, con su letra ínfima pero legible, que reproducía toda la materia en un minúsculo boleto de micro. Pero de poco servía esa obra admirable si no contábamos con la destreza y la audacia necesarias en los momentos claves: con el talento para captar el instante en que el profesor bajaba la guardia y comenzaban los diez, los veinte segundos de oro.

Justamente en ese colegio, en teoría el más exigente de Chile, copiar resultaba más bien fácil, pues muchas de las pruebas eran con alternativas. Faltaban años para que rindiéramos la Prueba de Aptitud Académica, pero la mayoría de los profesores querían familiarizarnos desde ya con los ejercicios de selección múltiple, y aunque diseñaban dos y hasta cuatro formas distintas, siempre encontrábamos el modo de traspasar la información. No había que escribir, no había que opinar, no había que desarrollar nada, ninguna idea propia: solo teníamos que jugar el juego y adivinar la trampa. Claro que estudiábamos, a veces mucho, pero nunca lo suficiente. Supongo que la idea era bajarnos la moral. Incluso si nos consagrábamos por entero al estudio, sabíamos que igual habría dos o tres preguntas imposibles, pero no nos quejábamos, entendíamos el mensaje: copiar era parte del asunto.

Creo que gracias a la copia salimos un poco del individualismo y empezamos a convertirnos en una comunidad. Es triste decirlo de esta manera, pero copiar nos volvió solidarios. De vez en cuando nos invadía la culpa, la sensación de fraude, sobre todo de cara al futuro, pero prevalecían la indolencia y la frescura.

* Fragmento del libro *Facsimil*, publicado en 2015 por varias editoriales.

La clase de Religión estaba de más, porque la nota no entraba en el promedio general, pero el trámite para eximirse era tedioso y largo, y las clases de Segovia muy divertidas. El profe monologaba sin pausas sobre cualquier cosa menos sobre religión y su tema favorito era el sexo, en especial las profesoras que se tiraría. El momento más gracioso sucedía al final, cuando Segovia hacía una ronda de confesiones rápidas: cada uno debía decir un pecado y después de escuchar los cuarenta y cinco –que iban desde *me quedé con el vuelto y quiero agarrarle las pechugas a la vecina a me corrí la paja en el recreo*, todo un clásico–, el profe nos decía que ninguno de nuestros pecados era imperdonable.

Creo que fue Cordero el que en una clase confesó que había copiado en Matemáticas, y como Segovia no se inmutó, todos fuimos aportando variaciones de lo mismo: copié en la prueba de Castellano, en el examen de Ciencias Naturales, en el test de Cooper (carcajadas), etcétera. Segovia intentó contener la risa antes de decir que nos perdonaba, pero que no nos pillaran, porque eso sí que sería grave. De repente, sin embargo, se puso serio: si son así de tramposos a los doce años, nos dijo, a los cuarenta van a ser peores que los gemelos Covarrubias. Le preguntamos quiénes eran los gemelos Covarrubias y parecía que iba a contarnos, pero se arrepintió. Insistimos, pero no quiso decirnos. Luego indagamos con otros profesores y hasta con el orientador, pero nadie quería contarnos la historia. Los motivos eran difusos: que era un secreto, un tema delicado. Olvidamos pronto el asunto, en todo caso.

Cinco años más tarde, en 1993, cuando ya estábamos en cuarto medio, un día en que con Cordero, Parraguez y el chico Carlos habíamos hecho la cimarra, nos encontramos con el profe de Religión a la salida del pool de Tarapacá. Ya no hacía clases, se había convertido en conductor del metro, era su día libre. Nos invitó a una Coca-Cola y él pidió además un corto de pisco, aunque era todavía temprano para ponerse a tomar. Fue entonces cuando por fin nos contó la historia de los gemelos Covarrubias.

La tradición de la familia Covarrubias dictaba que el primer hijo varón debía llamarse Luis Antonio, pero cuando Covarrubias padre supo que venían gemelos prefirió repartir su nombre entre los hermanos. Durante sus primeros años de vida, Luis y Antonio Covarrubias disfrutaron –o sufrieron– del trato en exceso igualitario que los padres suelen dar a los gemelos: el mismo corte de pelo, la misma ropa, el mismo curso en el mismo colegio.

Cuando los niños tenían diez años, Covarrubias padre instaló en la habitación un tabique divisorio y convirtió el antiguo camarote, a serrucho limpio, en dos camas idénticas. La idea era dar a los gemelos cierta privacidad, pero el cambio no fue tan importante, porque siguieron hablando a través del tabique todas las noches, antes de quedarse dormidos. Habitaban ahora en hemisferios diferentes, pero era un planeta muy chico.

A los doce años entraron al Instituto Nacional, y esa sí que fue una separación. Como los alumnos de séptimo eran distribuidos aleatoriamente, por primera vez los gemelos estuvieron en cursos distintos. Se veían medio perdidos en ese colegio tan masivo e impersonal,

pero eran fuertes, estaban dispuestos a sobrellevar sus nuevas vidas. A pesar de la avalancha incontrolable de miradas y bromas estúpidas de sus compañeros («parece que estoy viendo doble»), se juntaban siempre en los recreos a comer la colación.

A final de séptimo básico debían elegir entre Artes Plásticas y Música, y los dos eligieron Artes Plásticas, esperando que el azar los reuniera, pero no hubo suerte. A final de octavo, cuando debían optar entre Francés e Inglés, pensaron en elegir Francés, que como era una alternativa minoritaria prácticamente aseguraba que volvieran a estar juntos, pero después de un sermón de Covarrubias padre sobre la importancia de saber inglés en el competitivo y salvaje mundo de hoy, tuvieron que resignarse. No les fue mejor ni en primero ni en segundo medio, cuando la división era por notas, a pesar de que ambos tenían buenas calificaciones.

Al pasar a tercero eligieron el área Humanista y por fin quedaron en el mismo curso, el Tercero F. Volver a ser compañeros, después de cuatro años, era divertido y raro. El parecido físico seguía siendo asombroso, aunque el acné se había ensañado con la cara de Luis, y Antonio daba señales de querer distinguirse por su pelo largo o por lo que entonces podía entenderse como pelo largo: la capa de gel que ordenaba sus mechones le otorgaba una apariencia menos convencional que la de su hermano, quien mantenía el corte clásico, a lo milico, con el pelo a dos dedos de la camisa, como estipulaba el reglamento. Antonio usaba también pantalones más anchos y, desafiando las normas, solía ir al colegio con zapatillas negras en lugar de zapatos. Durante los primeros meses, los gemelos se sentaban juntos, se protegían, se ayudaban mutuamente, aunque cuando peleaban parecían odiarse, lo que, como se sabe, es lo más natural del mundo: hay momentos en que nos odiamos a nosotros mismos, y si tenemos enfrente a alguien que, en casi todos los aspectos, es igual a nosotros, se hace inevitable orientar el odio en esa dirección. Pero a mediados de año, sin una explicación clara, las peleas se volvieron más arduas, a la vez que Antonio perdió todo interés en los estudios. Luis, en cambio, siguió un rumbo ordenado, mantuvo intachable su hoja de vida y su informe de notas fue muy bueno, fue el primero del curso ese año. Contra todo pronóstico, su hermano fue el último, por lo que los gemelos tuvieron que separarse de nuevo.

El orientador del colegio —que era solo uno para cuatro mil y tantos estudiantes, pero le interesaba el caso de los gemelos, así que él mismo llamó a los padres a una reunión— impulsó la teoría, no necesariamente cierta, de que Antonio había buscado repetir de curso por el deseo inconciente (el orientador les explicó, de forma rápida y certera, qué cosa era el inconciente) de no estar en el mismo curso que su hermano.

Luis terminó su cuarto medio como un trámite, con calificaciones altas, y consiguió puntajes sobresalientes en todas las pruebas de ingreso a la universidad, en particular en Historia de Chile y Ciencias Sociales, en las que estuvo cerca de alcanzar los puntajes máximos a nivel nacional. Ingresó, con una beca de excelencia académica, a estudiar Derecho en la Universidad de Chile.

Los gemelos nunca estuvieron tan separados como durante los primeros meses universitarios de Luis. A Antonio le daba envidia ver a su hermano, ya sin el uniforme escolar, partir a la facultad, mientras que él seguía varado en el colegio. Algunas mañanas sus horarios coincidían, pero gracias a un acuerdo tácito y elegante –quizá alguna versión de la famosa telepatía– nunca se subían a la misma micro.

Siguieron evitándose, saludándose apenas, aunque sabían que la distancia no podía durar mucho tiempo más. Una noche, cuando Luis ya estaba en su segundo semestre de Derecho, Antonio volvió a hablarle a través del tabique. Que cómo era la universidad, le preguntó. ¿En qué sentido? Con las minas, precisó Antonio. Bueno, hay minas muy muy ricas, respondió Luis, intentando no sonar jactancioso. Si sé que hay minas, pero cómo lo hacen. ¿Cómo hacemos qué?, preguntó Luis, que en el fondo sabía lo que su hermano le estaba preguntando. Que cómo lo hacen para tirarse peos delante de las minas. Hay que aguantárselos nomás, respondió Luis. Esa noche la pasaron, como antaño, como cuando eran niños, hablando y riendo mientras competían con sus peos y sus chanchos, y a partir de entonces volvieron a ser inseparables: mantenían la ilusión de independencia, sobre todo de lunes a viernes, pero los fines de semana salían siempre juntos, bebían a la par y desarrollaban algunas suplantaciones divertidas, aprovechando que, gracias al pelo largo y a la recuperación del cutis de Luis, el parecido físico era de nuevo casi absoluto.

El rendimiento de Antonio había mejorado notoriamente, si bien ya no era un alumno ejemplar. Hacia el final de cuarto medio, sin embargo, le vino la angustia. Aunque se sentía bien preparado para la Prueba de Aptitud, no estaba seguro de obtener los altísimos puntajes que necesitaba para estudiar, como su hermano, Derecho en la Universidad de Chile. La idea fue de Antonio, naturalmente, pero Luis aceptó al tiro, sin chantajes ni condiciones, y sin una gota de miedo, pues en ningún momento consideró posible que los descubrieran. En diciembre de ese año, Luis Covarrubias se presentó con el carnet de identidad de su hermano Antonio a dar la prueba por segunda vez, y se esforzó lo suficiente como para obtener puntajes aun mejores que el año anterior: sacó, de hecho, puntaje nacional en la prueba de Ciencias Sociales.

Pero nosotros no tenemos hermanos gemelos, dijo Cordero aquella tarde, cuando Segovia terminó su relato. No sé si llovía o lloviznaba, pero recuerdo que el profe usaba un impermeable azul. Se levantó a comprar cigarros y al volver a nuestra mesa se quedó de pie, quizá para restablecer un orden perdido: el profesor de pie, los alumnos sentados. Les va a ir bien de todos modos, ustedes no saben lo privilegiados que son, nos dijo. ¿Por estar en el Nacional?, le pregunté. Se quedó callado un rato lo suficientemente largo como para que ya no fuera necesario responderme, mientras fumaba y respiraba con ansiedad, tal vez ya medio curado, pero respondió: el Nacional está podrido, pero el mundo está podrido, dijo.

Los prepararon para esto, para un mundo donde todos se cagan entre sí. Les va a ir bien en la prueba, muy bien, no se preocupen: a ustedes no los educaron, los entrenaron. Sonaba

agresivo, pero no había en su tono desprecio, al menos no un desprecio dirigido a nosotros. Seguimos en silencio, ya era tarde, casi noche. Volvió a sentarse, se veía absorto, pensativo. Yo tenía buenas notas, dijo, cuando creíamos que ya no habría más palabras: era el mejor de mi curso, de todo mi colegio, nunca copié en un examen, pero en la prueba me fue como el forro, por eso tuve que estudiar Pedagogía en Religión, ni siquiera creía tanto en Dios. Le pregunté si ahora, como conductor del metro, ganaba más plata. El doble, respondió. Le pregunté si creía en Dios y respondió que sí, que ahora, más que nunca, creía en Dios. Nunca olvidé, nunca olvidaré este gesto: con el cigarro encendido entre el dedo índice y el medio, miró el dorso de su mano izquierda como buscando las venas y enseguida la dio vuelta, tal vez para comprobar que las líneas de la vida, de la cabeza y del corazón seguían ahí. Nos despedimos como si fuéramos o hubiéramos sido amigos. Él entró al cine y nosotros enfilamos por Bulnes hacia el Parque Almagro a fumar unos pitos.

Nunca más supe de Segovia. A veces, en el metro, cuando me subo al primer vagón, miro hacia la cabina del chofer y pienso que el profe está ahí, apretando botones y bostezando. En cuanto a los gemelos Covarrubias, entiendo que no volvieron a separarse. Se convirtieron en abogados idénticos; dicen que es difícil saber cuál es el más brillante y cuál el más corrupto. Comparten un bufete en Vitacura y cobran lo mismo, cobran lo que un servicio así de bueno vale: carísimo.

Ejercicios:

67. De acuerdo con el texto, la experiencia de los gemelos Covarrubias en el nuevo colegio:
- A) Marcó el alejamiento definitivo de los valores que sus padres les habían inculcado.
 - B) Fue traumática, porque los obligó a tomar decisiones prematuras y los fue separando irremediabilmente.
 - C) De a poco los convirtió en sujetos valiosos para la sociedad chilena.
 - D) Transformó a dos gemelos buenos y hermanables en unos inescrupulosos hijos de puta.
 - E) Supuso el comienzo de un período duro, del que salieron fortalecidos y listos para competir en este mundo despiadado y materialista.
68. El mejor título para este relato es:
- A) Cómo entrenar a tu gemelo.
 - B) Al maestro, con cariño.
 - C) Las formas solidarias de la copia.
 - D) Contra los abogados.
 - E) Contra los abogados gemelos.

69. Sobre las pruebas de selección múltiple o de alternativas, el autor afirma que:
- I. Eran habituales en ese colegio, con el objetivo de preparar a los alumnos para las pruebas de ingreso a la universidad.
 - II. Era más fácil copiar en esas pruebas, desde todo punto de vista.
 - III. No había que desarrollar un pensamiento propio.
 - IV. Los profesores las preferían porque de ese modo no tenían que pasar el fin de semana corrigiendo como malos de la cabeza.
 - V. La alternativa correcta casi siempre era la D.
- A) I y II
 - B) I, III y V
 - C) II y V
 - D) I, II y III
 - E) I, II y IV
70. El hecho de que repartiera su nombre entre sus hijos gemelos demuestra que Luis Antonio Covarrubias era:
- A) Innovador.
 - B) Ingenioso.
 - C) Ecuánime.
 - D) Masón.
 - E) Huevón.
71. Del texto se puede inferir que los profesores de ese colegio:
- A) Eran mediocres y crueles, porque adherían sin reservas a un modelo educacional podrido.
 - B) Eran crueles y severos: les gustaba torturar a los estudiantes llenándolos de tareas.
 - C) Estaban muertos de tristeza porque les pagaban como las huevas.
 - D) Eran crueles y severos, porque estaban tristes. Todos estaban tristes en ese tiempo.
 - E) Mi compañero de banco marcó la C, voy a marcar esa yo también.
72. Del texto se desprende que:
- A) Los estudiantes copiaban en las pruebas porque vivían en una dictadura y eso lo justifica todo.
 - B) Copiar en las pruebas no estaba mal si se hacía con prudencia.
 - C) Copiar en las pruebas es parte del proceso de formación de cualquier ser humano.
 - D) Los estudiantes con peores resultados en las pruebas de ingreso a la universidad suelen convertirse en profesores de Religión.
 - E) Los profesores de Religión son divertidos, pero no necesariamente creen en Dios.

Chungungo*

El 4 de septiembre de 1971, Salvador Allende despierta en Iquique, al norte de Chile, en medio de una gira presidencial que lo tiene recorriendo el país para conmemorar el primer año de su gobierno, el primer año de la Unidad Popular.

Ese día, la ciudad está revolucionada, pero no solo por la visita del presidente, sino porque se está desarrollando el décimo Mundial de Caza Submarina y el equipo chileno está puntero gracias a la actuación descollante de un muchacho que en esta historia se llama Martínez y le dicen Chungungo, Chungungo Martínez, el muchacho que ese 4 de septiembre, por la mañana, recibirá la visita del presidente Salvador Allende y luego saldrá a altamar a competir, en ese último día de mundial, donde vivirá una jornada excepcional, consiguiendo un título inédito para Chile, el primer título mundial del país en alguna categoría deportiva.

Pero ese muchacho alguna vez fue un niño que creció en el desierto y que aprendió a nadar en un río inexplicable, un río que atraviesa el Desierto de Atacama y que desemboca en el Océano Pacífico. Fue ahí donde Chungungo Martínez descubrió que tenía un talento. El talento de vivir bajo el agua.

Aprendimos a nadar en el río.

Fue un par de veranos antes de que se desbordara el Loa, cuando se llevó al primo de Herrera y a esa familia que no alcanzamos a conocer: una pareja joven, ella embarazada, mellizos, parece, que habían ido a probar suerte a Calama, pero se los tragó el río. Tuvimos que aceptar, después de la catástrofe, la prohibición de acercarnos; buscar en otros lugares la forma de perder el tiempo o acortarlo, cualquier estrategia era útil para no aburrirnos en verano, en medio de esas calles de tierra, el polvo que se nos

*Fragmento de novela inédita.

pegaba en el cuerpo, Calama era eso, el polvo, el calor y el sol pegándonos como si se estuviera vengando de nosotros.

Pero aprendimos a nadar ahí, antes, en el río, en medio de las truchas y de aquellas aguas que se volvían más intensas en febrero: bajaba la nieve convertida en un torrente que aumentaba el caudal y aprovechábamos ese viaje, esa nieve, ese invierno boliviano que nunca vimos, pero que para nosotros era eso y solo eso: un poco más de agua donde nadar, un poco más de agua en un río que durante casi todo el año era un pedazo de tierra pantanosa, una grieta en medio del desierto.

Nadábamos en las zonas más profundas, en medio de los roqueríos que se formaban, pequeñas pozas donde podíamos hundirnos y desaparecer. Fue en ese lugar, una tarde en que nos dejaron solos, cuando descubrimos que Martínez era capaz de aguantar la respiración bajo el agua un tiempo que nos pareció al comienzo asombroso y luego sobrenatural.

Empezó como un juego –quién aguantaba más tiempo bajo el agua– y después se transformó en una competencia que nos mantuvo toda la tarde en el río, sin hacer nada más que eso: respirar profundo, taparnos la nariz y hundirnos hasta que se volvía insostenible estar así, bajo el agua, en la oscuridad, con los ojos cerrados, en una escena en que nos veíamos indudablemente ridículos, pero que interpretábamos con la mayor seriedad posible, pues nadie quería salir primero a la superficie, humillado por no haber resistido más tiempo.

La primera vez que lo hicimos, nos hundimos los siete –el hermano chico de Parra se quedó contando el tiempo en voz alta– y el que más resistió fue Castro –un minuto y veintidós segundos–, seguido de Molina –un minuto y diecisiete– y después el Rojo Araya –un minuto y once segundos–. El resto no fuimos capaces de aguantar mucho ahí abajo: como si el tiempo se detuviera, el silencio te aísla y solo escuchas, por momentos, el fluir del agua a lo lejos, muy a lo lejos, como si estuvieras suspendido en el vacío. Solo el sonido de las burbujas que van ascendiendo a la superficie te distrae; el tiempo detenido era así, la presión del agua en los oídos, el miedo a abrir los ojos y la sensación real, por primera vez, de la muerte convertida en ese aire con el cual nos llenamos los pulmones. La muerte era eso: tener conciencia de que aquello se podía acabar, de que apenas el aire fuera insuficiente tú te perdías en un lugar del que probablemente nunca regresarías.

Abrir los ojos bajo el agua era entender que uno se iba a morir, pero ninguno fue capaz de decirlo en voz alta. Parra quedó tan picado, que propuso que lo intentáramos de nuevo –sin hacer trampa, dijo–, y entonces descubrimos lo de Martínez.

Llenamos los pulmones de aire –en una coreografía exagerada–, nos tapamos la nariz y nos sumergimos al unísono, obsesionados con humillar sobre todo a Castro, sin imaginar que cuando volviéramos a la superficie, cuando todos emergiéramos casi ahogados por la falta de aire y el miedo a quedarnos para siempre allá abajo, Martínez iba a resistir más de tres minutos, eso contabilizaba el hermano chico de Parra, doscientos diecisiete segundos que nos parecieron una eternidad imposible radicada en ese cuerpo que a esa altura veíamos

flotar boca abajo, con los brazos completamente extendidos, como si fuera un muerto que escupió el río frente a nosotros.

Creo que fue el Rojo Araya quien no aguantó más, lo tomó de los hombros y lo levantó, rápido. Martínez, ya fuera del agua, abrió los ojos y dio una larga, larguísima bocanada. Nos miró y, ya con aire nuevo en los pulmones, se empezó a reír fuerte. Eran carcajadas que ninguno de nosotros entendía, hasta que Molina le tiró agua en la cara y le dijo que no fuera imbécil, que nos dio miedo, que pensamos que estaba muerto.

Martínez siguió riéndose un rato y después se fue a nadar río adentro, solo, mientras atardecía. Jugamos un par de veces más pero ya sin él, quien nos miraba desde lejos.

Al día siguiente, cuando llegamos al río, a eso de las tres de la tarde, Martínez llevaba un par de horas nadando solo. Después de un rato nos preguntó si queríamos jugar de nuevo a lo de aguantar la respiración bajo el agua. Ninguno estuvo muy convencido, excepto Castro, que buscaba una revancha. Pero Martínez lo volvió a hacer. Incluso, se dio el lujo de resistir más: doscientos cuarenta y cinco segundos, sin mayor esfuerzo. Levantó la cabeza, sonrió y continuó nadando y sumergiéndose, mientras nosotros nos mirábamos incrédulos, sin entender muy bien qué tenía dentro de los pulmones como para resistir tanto tiempo bajo el agua. Sentíamos que era un poder sobrenatural y queríamos utilizarlo. Ya no sacábamos nada con competir entre nosotros. Era aburrido. Necesitábamos que todo el mundo conociera el talento de Martínez.

Fue, probablemente, Castro el que echó a correr la voz y un par de días después llegó su hermano mayor con unos amigos al río, dispuestos a competir con Martínez.

Eran mucho más grandes que nosotros, tenían dieciséis, diecisiete años y ya conocían el mar. Habían nadado en las playas de Antofagasta y en las de Iquique. Era una competencia desigual, pero confiábamos en Martínez, lo habíamos visto resistir más de cuatro minutos, nadie podría vencerlo.

El primer intento fue empate: aguantaron doscientos once segundos él y Rodríguez, hijo de pescadores, buzo, que salió del agua con los ojos rojos y estuvo tosiendo un buen rato, mientras Martínez respiraba hondo y trataba de mantener la calma. Nosotros lo alentábamos, palmoteándole la espalda, vamos, vamos, que ganamos, le decíamos.

El segundo intento fue paliza: Rodríguez permaneció bajo el agua más de cuatro minutos, mientras que Martínez solo resistió poco más de dos. Salió, de hecho, tosiendo muy fuerte, ahogado, escupiendo, sin ningún control. Era preocupante: Martínez no se recuperaba del todo y Rodríguez siguió flotando boca abajo, los brazos extendidos, tranquilo, como en una pausa eterna.

Quedaba el tercer intento. Si Martínez ganaba, habría desempate. Sino, todo estaba perdido. Iban a empezar, cuando escucharon los gritos.

Una vecina de Martínez lloraba, en la orilla del río, y decía algo que nadie lograba entender. Se movía de un lado hacia otro, agitando los brazos, un balbuceo imposible, descontrolado. Un

hombre trató de calmarla, pero ella lo empujó. Seguía gritando. No había forma de descifrar qué pasaba hasta que alguien entendió: no estaba su hijo, un niño más chico que nosotros, no estaba en la orilla, se perdió, no está, gritaba la mujer, indicando el río, no está.

Empezamos a buscarlo por todos lados, los mayores se tiraron al agua y los demás rastreábamos entre los arbustos y las rocas, pero no aparecía, no estaba en ninguna parte, hasta que vimos que Martínez se sumergió por un largo rato, nadando por el fondo del río, y salió con el cuerpo. El niño: inconciente, pálido, violáceo, recuerdo eso, ese cuerpo oscuro, rígido, y Martínez sosteniéndolo en brazos, a duras penas, y dejándolo en la orilla, como pidiendo perdón por no haberlo encontrado antes.

Alguien le hizo respiración boca a boca y le golpeó el pecho una y otra vez, tratando de reanimarlo, ese cuerpo pequeño que lo estábamos perdiendo, todos a su alrededor, dando ánimos a los mayores, que no conseguían traerlo de vuelta. La madre ya no gritaba: se había puesto a vomitar al borde del río, mientras alguien fue a buscar un médico a la ciudad. Pero la vida estaba ahí, dependiendo de esos primeros auxilios, frente a nosotros, ese niño y la muerte, los golpes en el pecho, la respiración boca a boca, los golpes en el pecho y esos pulmones llenos de agua, esa agua que iba a escupir cuando ya habíamos pensado que todo estaba perdido, el agua de los pulmones y los pulmones llenos de aire fresco, vivos, ruidosos, al lado de ese corazón que parecía a punto de explotar, lo escuchábamos nosotros, entre medio de los gritos y la celebración por haberlo regresado a la vida. El corazón. Los golpes.

Creo que todos sentimos que ese niño éramos nosotros, que cualquiera podría haber estado ahí, al fondo del río, sin que nadie se diera cuenta de nuestra ausencia; lo sentimos, estoy seguro, a pesar de que después iba a ser solo una anécdota de verano, esas historias que a veces, aburridos, nos íbamos a contar con todos los detalles posibles, una historia que se iba a deformar con el tiempo, a pesar de mantener siempre intacto ese momento esplendoroso en que Martínez sale del agua sosteniendo aquel cuerpo sin vida, pues en ese preciso instante, como dijeron los médicos después, ese niño, en los brazos de Martínez, estaba muerto, clínicamente muerto, aunque no lo sabíamos, no queríamos creer que estaba muerto, y así fue, esos pulmones llenos de agua que explotaron para dar paso al aire nuevo en medio de nuestros gritos, de eso nos acordábamos siempre, de nuestros gritos de alegría y de esa mamá llorando con su hijo, abrazados. Le daba besos en toda la cara, en la frente, en las mejillas, en los ojos, en la boca, lo besaba, descontrolada, como si fuera todo lo que tuviera en la vida.

Martínez se iba a encargar, a lo largo de los años, de arrebatarse varios cuerpos al río y otros tantos al mar. Aunque de esto último nosotros nunca seríamos testigos. **C**

casa
DE LAS AMERICAS
NUMERO 90



Ilustración / autorretrato de José Martí

Casa

de las Américas 286
enero-marzo / 2017



FIDEL SIEMPRE

casa
DE LAS AMERICAS
NUMERO 46



Casa

de las Américas 255
abril-junio / 2009

**ANIVERSARIO 50
DE LA CASA
DE LAS AMERICAS**

*Semana
de SERGIO PITOL*

**Libros
del Premio Literario
Casa de las Américas
2008**

casa / 50

CASA DE LAS AMERICAS 1959 - 2009



ENCUENTRO CON
RUBEN DARIO

casa
DE LAS AMERICAS

NUMERO 42



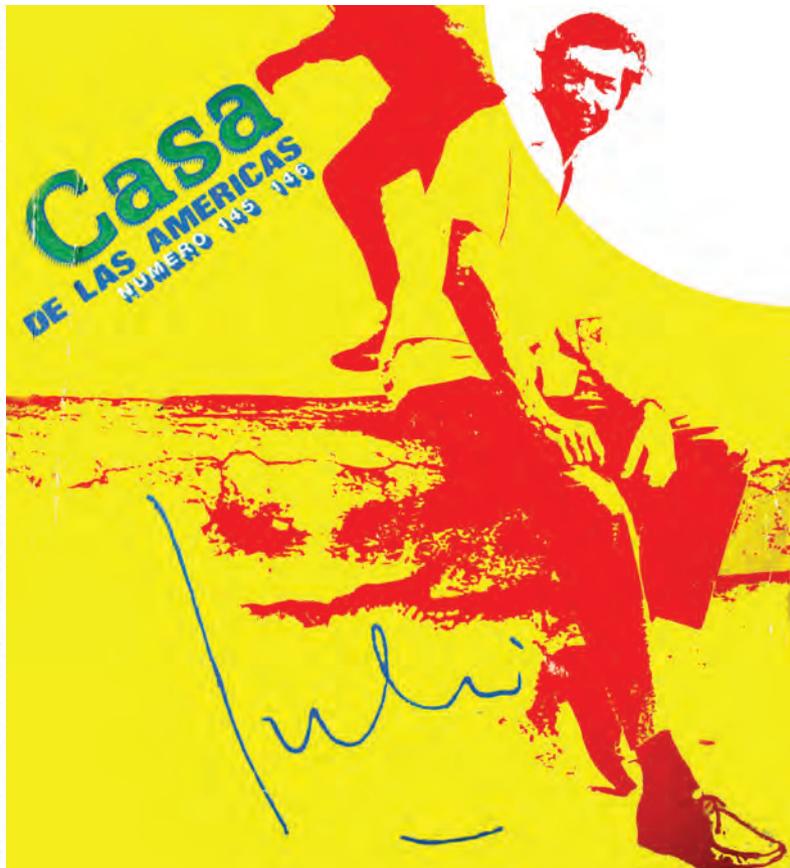
AÑO XXIX

casa
de las américas

N° 170

BORGES

URUGUAY SIGLO XX



casa

de las Américas 235

abril-junio / 2004

Proclama de FIDEL CASTRO RUZ
en nombre de Cuba

EN EL CENTENARIO
DE PABLO NERUDA

ERNESTO CARDENAL
ve a Venezuela

Sobre libros
del Premio Casa 2003

Contra infamias
y otras monstruosidades



JORGE FORNET

Mario, el de la Casa.

Itinerario epistolar



«**A** los amigos y compañeros de la Casa de las Américas en sus cuarenta». Así reza la escueta dedicatoria de *Buzón de tiempo*, volumen de cuentos que Mario Benedetti publicó en 1999, cuando la institución cubana cumplía cuatro décadas. Escueta, sí, pero plena de amistad y gratitud, pues no es exagerado decir que con él tuvo la Casa la más intensa relación que sostendría con escritor alguno. También desacertada, porque Benedetti, o mejor aún, Mario, fue parte de la Casa por más de cuarenta años, y contribuyó a darle la fisonomía que le conocemos. Una dedicatoria así, inevitablemente, debería incluirlo a él. Estas páginas aspiran a conseguirlo.

En la primera carta, del 17 de julio de 1964, Haydee Santamaría lo invita a ser jurado del Premio Literario del año siguiente, con «una sola limitación y obligación: premiar la obra de más calidad literaria». La segunda, poco más de un año después (23 de julio de 1965), reitera la invitación para el concurso de 1966, por considerar al escritor como «uno de los más altos representativos de las letras uruguayas», y deplora las «circunstancias especiales» que frustraron

su viaje el año anterior.¹ El 9 de septiembre de 1965 Benedetti acepta ser jurado y lamenta no haber podido concurrir en enero, lo que hizo saber en al menos un par de cartas, al parecer extraviadas. Así se inicia la profunda relación entre la Casa y uno de sus colaboradores más sostenidos y fieles.

En enero de 1966 Benedetti llega por fin a Cuba. En su equipaje carga manuscritos y grabados con destino a un número de *Casa de las Américas* dedicado a la nueva literatura uruguaya y coordinado desde la orilla oriental por José Pedro Díaz.² Durante el tiempo que permaneció aquí fue jurado de novela, experiencia que

1 Referencias a estas y otras cartas fueron citadas en el prólogo de Caridad Tamayo Fernández («Mario Benedetti: hombre de un filo único») a *Materiales de la revista Casa de las Américas de/sobre Mario Benedetti*, sel. y notas de Xenia Reloba, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2015, pp. 7-18. Todas esas cartas y la mayor parte de las decenas que cito aquí se encuentran en el Archivo de la Casa, y de ellas me valgo para este itinerario fundamentalmente epistolar. Otras se localizan también en los archivos de la Fundación Mario Benedetti y de los corresponsales del escritor, algunos disponibles para los investigadores.

2 A la postre sería el número 39 (noviembre-diciembre 1966), que incluye textos del propio Benedetti (tanto su cuento «El altillo» como una crítica a *Juntacadáveres*), de Carlos Martínez Moreno, Mauricio Rosencof, Idea Vilariño, Carlos Maggi, Milton Schinca, Ida Vitale, José Pedro Díaz, Clara Silva, Mario Arreguì, Amanda Berenguer, María Inés Silva Vila y Juan Cunha, además de una sección de «Revalorizaciones» dedicada a Felisberto Hernández. Aprovechar los viajes de amigos y visitantes era un socorrido recurso para sortear las dificultades del correo regular. Cuando ya trabajaba en La Habana escribiría: «Verdaderamente, es una tortura mantener correspondencia (desde o hacia Cuba) con alguien que resida fuera de los estrictos límites de la Isla» (carta a Mario Vargas Llosa, 26 de abril de 1968).

compartió con Alejo Carpentier, Manuel Rojas y Juan García Ponce. El libro premiado —*Las ceremonias del verano*— resultó sorprendente por razones extraliterarias: al abrir la plica y revelarse el nombre de la persona galardonada se supo que era Marta Traba, integrante del jurado de teatro. La situación era incómoda porque tal coincidencia podía prestarse a indeseadas conjeturas. «Felizmente», diría en la primera carta tras su salida de Cuba, «el problema relacionado con el premio a Marta Traba no tuvo en Montevideo la repercusión que temíamos (al menos por escrito, no hubo ninguna referencia enojosa; en *Marcha*, hay una alusión que no afecta ni a los jurados ni a la Casa de las Américas)».

Al final de su estancia, Benedetti ofreció una charla sobre «Los temas de la realidad en *Montevideanos*», en la que compartió espacio con Lorenzo García Vega y Rogelio Llopis. Este último ya había publicado una reseña del libro —la primera que se le dedicara al autor en *Casa*, antes incluso de que empezara a colaborar en la publicación— en el célebre número 26, de 1964, dedicado a la nueva narrativa latinoamericana. Si la llegada del uruguayo a La Habana fue a través de un expedito viaje por México, el regreso europeo resultó ser más dilatado. Muchos años más tarde, al inaugurar la edición número veinte del Premio Literario, en 1979, rememoró ese viaje en un pasaje que ha sido citado más de una vez:

Recuerdo que la primera vez que vine a Cuba, en enero de 1966, para integrar el jurado de novela, tuve que volar nada menos que cincuenta horas, en varias etapas, e incluso quedar anclado durante diez y ocho días en Praga porque los viejos y beneméritos aviones Britannia [...] carraspeaban, tosían, padecían náuseas,

disneas, temblores y escalofríos, y a veces era imprescindible que fueran urgentemente atendidos por los geriatras de la aeronáutica.³

Tal vez Benedetti estaba confundiendo experiencias o, deliberadamente, añadiendo sabor a la anécdota porque lo cierto es que tras esa primera salida de Cuba no pretendía regresar de inmediato a Montevideo sino permanecer varios meses en París como taquígrafo en la Unesco y locutor de Radio y Televisión francesa.

El 21 de abril de 1966 Benedetti le escribe a Retamar, desde Francia, la primera carta que envía a La Habana tras aquella estancia inicial. Manda también el poema «Habenera», dedicado al destinatario por mutuas coincidencias que advierte en sus poemas, y por la afinidad creciente entre

3 «El Premio número veinte», en *Casa de las Américas*, No. 114, 1979, p. 4.

ambos. Esa extensa y comprometida carta explica lo que el viaje le significó: «Te aseguro que mis cinco semanas en Cuba ya han quedado inscriptas entre mis mejores temporadas. No solo porque ese viaje significó para mí el cumplimiento de una aspiración largamente acariciada; no solo por el sacudón espiritual que representa ser testigo de una experiencia social y política como la que Cuba tiene la fortuna de vivir», confesaría allí, «sino también porque ustedes tienen un modo muy particular de invadirle a uno el corazón y hacer que uno sienta, a los pocos días de haber llegado, la confianza y la alegría de una amistad sólidamente cimentada». Tal experiencia fue decisiva: «A veces me acuerdo del viaje a Minas de Frío (con nuestra larga charla, aferrados al techo del camión, sobre varios siglos y tópicos de la literatura de este mundo y sus alrededores)», y confiesa que «desde ahora todo ese mundo es también un poco el mío, y para demostrar que esta no es una mera frase, tengo aquí, convenientemente autenticado, el certificado de mi nostalgia».

«A veces me acuerdo del viaje a Minas de Frío... aferrados al techo del camión»



Sin embargo, destaca un motivo adicional para la dedicatoria del poema: «que quede constancia pública acerca de qué lado estoy en la polémica epistolar» entre el poeta cubano y Emir Rodríguez Monegal.⁴ «Con Emir», comentará más adelante, «estuve solo una vez [en estos días]; estamos ahora en zonas muy distintas y, pese a nuestra amistad de tantos años y tantas empresas en común, me resulta difícil el diálogo con él, sobre todo porque no puedo creer en que los yanquis se hayan vuelto masoquistas y financien una revista para que los combatan y denuncien».

Es obvio que entre lo mucho que el director de *Casa de las Américas* y Benedetti hablaron durante

4 A propósito de las implicaciones de las dedicatorias, conviene recordar que Benedetti fue encargado de hacer en 1962, para la colección Genio y figura, de Eudeba, que dirigía en Buenos Aires José Bianco, el volumen dedicado a José Enrique Rodó. Debido a la amistad que lo unía entonces a Monegal, y a los trabajos de este sobre Rodó, Benedetti le dedicó el libro. Pero como demoró cuatro años en salir y a Benedetti le hacía muy poca gracia que la dedicatoria, en 1966, pareciera un homenaje al director de *Mundo Nuevo*, escribió a Eudeba para cambiarla: en lugar de «A Emir Rodríguez Monegal» debería decir «A Emir Rodríguez Monegal, en octubre de 1962». «Me contó Mario [Vargas Llosa]», escribiría Benedetti, «que él estaba presente cuando José Bianco le mostró el libro a Emir y le explicó que el cambio se debía a un pedido mío; al parecer, Emir se quedó verde» (carta a Fernández Retamar, 2 de octubre de 1966). Por cierto, Monegal le había ofrecido a Benedetti el cargo de secretario de redacción de la futura revista, que este, «con buena intuición política», rechazó. Hortensia Campanella: *Mario Benedetti: Un mito discretísimo. (Biografía)*, Montevideo, Emecé Editores, 2008, p. 86. Campanella cita una carta del propio Benedetti a Manuel Claps, haciendo constar su irrevocable decisión de mantenerse distante del proyecto de Monegal, aun cuando un número creciente de colegas participaran en él: «los escritores latinoamericanos se dividirán entre los que colaboran con *Mundo Nuevo* y Mario Benedetti», sentenció, p. 104.

las cinco semanas de aquella estancia suya en Cuba estuvo la polémica de marras. La cercanía y la confianza que irán ganando dará pie a un epistolario repleto de complicidades, e irá convirtiendo a Benedetti, incluso antes de ser trabajador de la Casa de las Américas, en una de las personas más cercanas a la institución, con quien se habla con una franqueza fuera de lo común. Por lo pronto, ofrece noticias sobre *Mundo Nuevo*, «que así se llamará finalmente» la revista, cuyo colaborador más importante «es nada menos que Carlos Fuentes». Cuenta cómo en París habló largamente con él, «quien justifica su actitud de colaboración diciendo que hay que aprovechar todas las tribunas para decir lo que uno quiere; aparentemente, él cree que Emir va a aprovechar la revista para funciones de caballo troyano de la izquierda». Sin embargo, añade que no logró convencerlo «de que semejante esperanza es infundada. Fuentes dice, eso sí, que si Emir no cumple lo que ha prometido, él se irá de la revista “haciendo un escándalo”». Entre otras primicias Benedetti cuenta haber confirmado que Nicanor Parra también colaborará, pese a que Rama habló largamente con él en Santiago, y anuncia como casi seguros colaboradores a García Márquez y Roa Bastos, además de Lino Novás Calvo, «(aunque este último era más previsible)».

Con Cortázar («que me pareció un tipo estupendo») no pudo hablar acerca de la revista porque solo lo vio dos veces en reuniones con otra gente; «en una de ellas, sin embargo, me preguntó sobre el problema de los homosexuales, que, como sabes, lo tiene muy preocupado. Hice todo lo posible por tranquilizarlo».⁵ De todos modos,

5 Este primer encuentro personal estuvo precedido por acercamientos intelectuales, y también afectivos desde la distancia. El 5 de enero de 1963, Cortázar le escribía a Francisco Porrúa, su editor en Buenos Aires: «No sé si

Cortázar –según agrega Benedetti– «no está mal predispuesto hacia Emir y la revista, pero tengo entendido que, en vista del entredicho planteado entre la revista de Casa de las Américas (RFR) y *Mundo Nuevo* (ERM), y considerando que él forma parte del Comité de Colaboración de la primera, le ha contestado a Emir que no le parece bien colaborar en la segunda». Por otra parte, Benedetti dice haber hablado largamente en París con Vargas Llosa, Jorge Edwards y Martínez Moreno, y que los tres le contestaron a Monegal que esperarán un año antes de darle una respuesta definitiva a las invitaciones de colaborar.

En esa primera carta se forja una relación –ahora epistolar– que se había ido gestando durante la estancia de Benedetti en Cuba y fraguará totalmente con la respuesta de Retamar. Aún Mario no la había recibido cuando vuelve a escribir, anunciando la publicación en *Marcha* del fragmento del artículo del *New York Times* que menciona el vínculo de la CIA con el Congreso por la Libertad de la Cultura. Hay en el aire varias renunciaciones, dice, «aunque todavía no la de Emir. Veremos qué pasa, porque ¿les interesará a los yanquis continuar con esa Empresa cuando todo haya quedado en descubierto? A lo mejor, MUNDO NUEVO se convierte en MUNDO NONATO» (carta a RFR, 9 de mayo de 1966).

te dije que Mario Benedetti publicó dos críticas seguidas [de *Rayuela*] en *La Mañana* del 17 y 24 de noviembre. Son, sin retaceo, espléndidas. No hay allí una crítica de fondo, pero sí una manera de haber “vivido” el libro que me conmovió profundamente» (*Cartas 1955-1964*, 2, Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga (eds.), Buenos Aires, Alfaguara, 2012, p. 470). Y a Ángel Rama, el 26 de mayo de 1965: «Dale mis afectos a Benedetti, y decíle que aquí se habla de su venida a Europa; que confirme, para ir preparando los tragos y las muchas ganas de charlar» (*Cartas 1965-1968*, 3, Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga (eds.), Buenos Aires, Alfaguara, 2012, p. 107).

El 17 de mayo Retamar le responde conmovido aquella primera epístola: «no sé muy bien cómo empezar a responder tu carta, una de las más hermosas y nobles que nunca haya recibido». «Tu formidable carta, y ese “poema abierto” (si hay “cartas abiertas” debe haber “poemas abiertos”)), le dice más adelante, son «una de mis mayores razones de orgullo literario, y [...] estoy loco por ver[lo] publicado aquí». ⁶ En ese momento la complicidad entre ambos es total, si bien Retamar le comenta un desencuentro algo ingrato: la carta abierta que un grupo de escritores cubanos le envió a varios colegas latinoamericanos, entre los que se encontraba el mismo Benedetti, y sobre la que ya volveré. Y a seguidas, en el plano de afinidad entre ellos, el cubano le comenta sus preocupaciones sobre Carlos Fuentes. «Tú mismo me das al respecto noticias desalentadoras: durante años CF no encontró ocasión de responder –en un sentido u otro– las reiteradas invitaciones de esta Casa, mis cartas personales, mis invitaciones para colaborar en la revista. Nada: el limbo». Sin embargo, «[a]hora, de súbito, aparece como colaborador (o colaboracionista) de una revista financiada por la CIA, según acaba de revelar sensacionalmente el magnífico Ángel Rama, uno de los intelectuales que –como tú, Mario– lo hacen sentir a uno orgulloso de ser latinoamericano». Añade Retamar que ojalá las prevenciones con Fuentes sean exageradas, «nacidas de una cierta susceptibilidad de acosado».

Ya entonces aparece una idea que se reiterará en el epistolario: la de las inevitables discrepancias entre los amigos, y la necesidad de señalar matices que diferencian unos casos y otros.

6 «Habanera» apareció en el número 38 (1966) de *Casa de las Américas*.

«Que se puedan producir preocupaciones, más o menos fundadas, sobre el proceso revolucionario», concede Retamar, «lo atestigua lo que me cuentas de Cortázar. Julio Cortázar es para mí como un hermano mayor –mayor en todo. No sé si él sabe o llegará nunca a saber cuánto lo admiro, con una admiración que está llena de cariño, de respeto y hasta de satisfacción al saber que nosotros los latinoamericanos tenemos un hombre así». Explica que por eso mismo las preocupaciones de Cortázar le llegan «hondamente» pero, como cree que «nosotros no tenemos nada que ocultar –salvo, quizá, la ubicación de algunos cohetes–, voy a hacerle una larga carta hablándole, con toda franqueza, del problema de los homosexuales, que a él lo preocupa tanto».

El 25 de julio del 66, cuando Benedetti aún no era miembro del Comité de colaboración de *Casa de las Américas* (al que sería invitado a partir del número 45, de noviembre-diciembre de 1967, cuando ya trabajaba en Cuba), escribe, aún desde París, dando noticias de las dificultades de tres de sus integrantes para viajar a La Habana, a la primera reunión de dicho Comité, prevista para ese mismo mes (y que finalmente tendría lugar en enero de 1967): Vargas Llosa estará de jurado en Buenos Aires; tampoco podrá viajar Cortázar «tan sobre la fecha», y Rama se encuentra en Montevideo. «Una lástima», expresa, «porque yo creo, como tú, que hubiera sido bueno cambiar impresiones y coordinar esfuerzos para tratar de establecer una esclarecedora defensa frente a *Mundo Nuevo*». A propósito de esta revista, vuelve a dar detalles: «Mario [Vargas Llosa] me escribe que, después del primer número, ya nadie se llamará a engaño; pero yo no soy tan optimista

a ese respecto». Como prueba, llama la atención sobre el hecho de que en el segundo número aparece una colaboración de García Márquez, y para el tercero está asegurada la de Neruda («¿será esta actitud un mero tramo de su carrera hacia el Nóbel?», se pregunta, casualmente, el mismo día en que un nutrido grupo de escritores y artistas cubanos firmaran su carta abierta al poeta chileno), así como todo un libro de Parra. Lamenta que esas y otras «defecciones», «van inevitablemente a sembrar la confusión», pero destaca a otros colegas decididos a no colaborar, como Asturias, Alberti, Manuel Rojas y Onetti. En su comentario del primer número de la recién nacida publicación, se refiere al artículo sobre Cuba publicado «por ese húngaro Fejtö [que] es de un flagrante hijoputismo»;⁷ «como tiene mechados elogios (no sobre lo esencial sino sobre lo accesorio), el lector desprevenido puede tomarlo como una muestra de amplitud y hasta de izquierdismo. Y hay que tener en cuenta que la revista no se dirige a la conquista del lector que tiene prontas todas sus defensas antiaéreas, sino justamente al desprevenido». Asegura que tanto a Vargas Llosa como a Martínez Moreno los dos primeros números les parecieron malísimos. «A esta altura, tengo la impresión de que Fuentes es la gran carta que se juegan los yanquis, no sé si con su tácita aprobación o simplemente explotando su ansia de publicidad», y menciona entonces su reciente presencia en el Congreso del Pen en Nueva York, el sorprendente destaque que le da la revista *Visión* como parte de un número dedicado a la narrativa latinoamericana, y un próximo artículo suyo sobre el congreso, «nada

7 Se refiere al artículo de François Fejtö «Notas sobre Cuba», en *Mundo Nuevo*, No.1, 1966, pp. 51-59.

menos que en LIFE EN ESPAÑOL». «¿Será también una revista de izquierda?», se pregunta el uruguayo irónicamente.

A mediados de septiembre (el día 15, para ser exactos) Retamar le anuncia que su cuento «El altillo» encabezará el número de *Casa...* dedicado a la nueva literatura uruguaya, y lo invita al Encuentro con Rubén Darío, que tendría lugar entre el 16 y el 22 de enero de 1967. Al mismo tiempo, le pide opinión sobre la carta de los cubanos a Neruda. El 2 de octubre, todavía desde París, Benedetti acepta asistir al Encuentro, expresa sus «simpatías y diferencias» con dicha carta y le cuenta de un posible acuerdo con Barral para traducir las dos mil páginas de *El hombre sin cualidades*, de Musil, proyecto que finalmente no se concretó.

En enero de 1967 Benedetti está de vuelta en Cuba. Ha llegado a tiempo para asistir a un encuentro de los miembros del Comité de colaboración de la revista con Fidel, que tuvo lugar el 8 de enero. Una semana más tarde participa en el Encuentro con Rubén Darío, que reunió en Varadero a un imponente grupo de escritores convocados por el centenario del autor de *Cantos de vida y esperanza*, e inmediatamente después como jurado, una vez más, del Premio Literario, esta vez en el género cuento. Todavía el 1 de marzo se encuentra en la Casa, donde lee cuatro cuentos del libro aún inédito *La muerte y otras sorpresas*. Fruto de ese y de su viaje anterior es el artículo «El estilo joven de una Revolución», que aparecería en *Cuadernos de Marcha* número 3 y, más adelante, en su *Cuaderno cubano*, «recopilación de emociones y testimonios, de opiniones y estupores» relacionados con su experiencia en la

Isla, según reconoce en el prólogo al volumen.⁸ La revista *Casa de las Américas* dedicada al Encuentro dariano (No. 42, mayo-junio 1967) recoge dos textos suyos: el breve ensayo titulado «Señor de los tristes» y el poema «Abuelo Rubén». Benedetti preparó y prologó con una versión ampliada de dicho ensayo, asimismo, una selección de *Poesías* del nicaragüense.

Fue durante aquel Encuentro que los críticos Manuel Pedro González y Ángel Rama, y el poeta Carlos Pellicer, propusieron fundar en la Casa el Centro de Investigaciones Literarias (CIL), que a la postre tendría como director-fundador a Benedetti. No fue coincidencia que la propuesta –según opinan Aguirre y Wong en un exhaustivo acercamiento a la labor del uruguayo en la Casa y, sobre todo, a la primera etapa de la serie Valoración múltiple– «naciera apenas meses

8 A propósito de sus textos «cubanos», Benedetti le comenta a Hugo Alfaro que si bien «viví siete años en Cuba y nunca aparece un personaje cubano en mis libros» (61), son muchos los textos suyos asociados con la Isla: «además de un librito que se titula *Cuaderno cubano*, tengo escritos varios poemas que se relacionan con Cuba y su revolución (por ejemplo: “El surco”, “La señora de Lot”, “Señas del Che”, “Consternados, rabiosos”, “José Martí, pregonero”, “Veinte años antes”, “El paisaje”, “Girón girones”, “Homenaje”, “Yo estaba en otro borde”). [...] Por otra parte, en *Primavera con una esquina rota* hay dos “exilios” (“Venía de Australia” y “Los orgullosos de Alamar”) que transcurren en Cuba. Cuba también está presente en varios ensayos, sobre todo en el volumen *El escritor latinoamericano y la revolución posible* [1974]. Sin embargo, estos textos no son los únicos que no habría escrito de no haber vivido en Cuba. Hay muchos otros que, aunque no hagan explícita mención de Cuba o de la revolución, les deben mucho, simplemente porque el autor les debe mucho». Hugo Alfaro: *Mario Benedetti (detrás de un vidrio claro)*, Montevideo, Ediciones Trilce, 1986, pp. 147-148.

después del lanzamiento de la revista *Mundo Nuevo*, concebida para competir con *Casa de las Américas* por la hegemonía literaria del Continente y como la vitrina de lo más avanzado de la literatura latinoamericana», ni que la fundación misma del CIL tuviera lugar pocos meses después «del huracán que supuso la publicación de *Cien años de soledad*, del remezón producido por el discurso de Vargas Llosa en la entrega del Premio Rómulo Gallegos» y de la concesión del Premio Nobel a Asturias: «A partir de 1967 no habría duda de que algo diferente había nacido: la creación del CIL era una respuesta desde la ideología y práctica de la Revolución Cubana (y latinoamericana)».⁹

En verdad, el tiempo ha borrado cierta incertidumbre en el carácter y el nombre con que la nueva entidad fue imaginada. Cuando el 12 de mayo de 1967 Benedetti le escribe a Retamar, asegurándole que en octubre estará en Cuba «con todos los hierros», acusa recibo de los listados bibliográficos «para cuando efectúe las eventuales adquisiciones para el eventual Instituto de Literatura Latinoamericana», que fue, evidentemente, su primer nombre extraoficial. Todavía a mediados de octubre, un mes antes de viajar a La Habana para encabezarlo, se refiere al futuro CIL como «el Instituto». La elección del uruguayo como director del Centro responde tanto a las profundas relaciones que había desarrollado con la Casa, como a su solvencia como escritor y crítico. Sus amplios conocimientos de la literatura del Conti-

nente, su ojo para detectar la excelencia literaria y su agudeza crítica estaban fuera de dudas; fue él, de hecho, el «descubridor» continental de Rulfo, cuando este era un desconocido fuera de México.¹⁰ Y si, como señalé antes, a Cortázar le parecieron «espléndidas» las reseñas de Benedetti a *Rayuela*, a Vargas Llosa le parecería «excelente» la que escribió de *Los cachorros* en *Marcha*. No es extraño entonces que, con esa solvencia y su ya amplia obra narrativa y poética, fuera la persona ideal para encabezar el naciente CIL.

Poco después de salir de Cuba en aquel segundo viaje, y antes de su incorporación a la Casa, Benedetti participa en el Congreso Latinoamericano de Escritores celebrado en Guanajuato, México, entre el 15 y el 24 de marzo, en el cual participaron también varios escritores cubanos. El ambiente de la época no era propicio para un encuentro que pretendía desdibujar diferencias políticas y hacer abstracción de las intensas discusiones al interior de la intelectualidad del Continente. Un número de la revista *Casa* (43, julio-agosto 1967) le dedicó el dossier «Sobre el segundo Congreso latinoamericano de escritores», que incluye la intervención de Benedetti en aquel foro: «Ideas y actitudes en circulación», coherente con la estela de sucesivos textos suyos que se centrarán en la figura y el papel del inte-

9 Carlos Aguirre y Augusto Wong Campos: «Mario Benedetti y el internacionalismo literario: Casa de las Américas, el Centro de Investigaciones Literarias y la serie Valoración múltiple (1967-1976)», en *Revista de la Biblioteca Nacional*, No. 16, Montevideo, 2019, pp. 109-110.

10 «Juan Rulfo y su purgatorio a ras de suelo» apareció en *Marcha* en 1955, el mismo año de la publicación de Pedro Páramo. Al reproducirlo en *Letras del continente mestizo*, Benedetti añadió una nota en que advertía que si bien Rulfo a estas alturas era un clásico de la narrativa hispanoamericana, doce años atrás su nombre y su obra «eran totalmente desconocidos en el Cono Sur»; por tal razón, se disculpa, «por una interpretación que, debido a la razón apuntada, no tiene en cuenta toda esta vasta bibliografía posterior», Montevideo, Arca, 1970 (1967), p.132.

lectual latinoamericano. En otro texto recogido allí Retamar ofrece pormenores del encuentro y de las discrepancias surgidas de la idea de fundar una Comunidad Latinoamericana de Escritores. «Por eso veinte escritores entre los participantes», recordará, «expusimos, por boca del uruguayo Mario Benedetti, nuestra decisión de abstenernos de participar en la Comunidad que se planteaba y que al cabo se dio por fundada».¹¹

En los meses sucesivos Benedetti entrega a *Marcha* «El estilo joven de una Revolución», participa en Montevideo en actividades por el 26 de julio, continúa preparando su viaje a La Habana y asume el compromiso con la nueva encomienda. Así, promete mandar libros de su biblioteca como donación para «el Instituto». Antes, en París, le había dejado a Carpentier otro paquete de libros con el mismo destino, «a nombre de Haydee, Comité Central, tal como ella me indicó» (carta a Marcia Leiseca, 10 de julio de 1967). Y a mediados de octubre acusa recibo de un giro de trescientos veintidós dólares

11 «Alrededores del Congreso», en *Casa de las Américas*, No. 43, 1967, p. 98. El 27 de septiembre Benedetti le escribirá a Retamar: «¿Qué noticias hay de la Comunidad Latin. de Escritores? ¿Te enteraste de una divertidísima *Crónica sentimental* sobre ese Congreso, de Carmen Galindo, aparecida en el No.1 de la revista *América Nuestra?* Publicaron también nuestra Declaración». Lo cierto es que ese encuentro despertó resquemores incluso en quienes no participaron en él. A propósito de un comentario de Arnaldo Orfila, Octavio Paz le responde desde Nueva Delhi el 31 de marzo: «Lo que usted me cuenta de la presidencia [del Congreso] no me asombra. Es un síntoma más de lo que ocurre en nuestro país. Me felicito por no haber asistido a ese Congreso». *Cartas cruzadas Arnaldo Orfila / Octavio Paz, 1965-1970*, Introd. y notas de Adolfo Castañón, México, Siglo XXI Editores, 2016, p. 193.

canadienses enviado por la Casa para la compra de libros.

Un inesperado motivo le impediría viajar a Cuba en la fecha prevista. El 27 de septiembre le explica a Retamar que no podrá llegar hasta mediados de noviembre por razones de salud. Una dolorosa forma de herpes (el herpes zóster, conocido en Uruguay y —entonces él lo ignoraba—, también en Cuba, como *culebrilla*) se le impide. No obstante, mantiene su entusiasmo por el proyecto en que está a punto de embarcarse: «Tanto aquí como en Bs.Aires y en Santiago, hay mucha expectativa por el Instituto, y pienso que no sería difícil conseguir la colaboración de profesores y escritores para posibles seminarios, cursos o talleres». Adelanta que mientras esté en La Habana tendrá a su cargo la corresponsalía de *Marcha*,¹² y continúa enviando el anecdotario, no siempre fidedigno, que circulaba relacionado con Monegal y su revista: lo mismo la paliza real que le propinó alguien a Emir en el Club Peruano de Santiago, mientras comía con Parra, Fernando Alegría, Pedro Lastra y otros, que la carta de renuncia de García Márquez como colaborador de la publicación: «Parece que el tenor de la misma era aproximadamente este: “Yo hasta ahora colaboré en MN porque estaba convencido de que estaba financiado por la CIA; desde el momento

12 En calidad de tal enviaría colaboraciones sobre la Exposición de La Habana, y entrevistas a ganadores del Premio Casa como Pablo Armando Fernández, Norberto Fuentes y Roque Dalton, recogidas todas en su *Cuaderno cubano*. Al periodista Benedetti, por cierto, la prensa cubana le producía desvelos: «El periodismo en Cuba, dicho con todas las letras, es francamente malo. Para los cubanos no va a ser ninguna novedad, si leen este libro, que yo diga eso, porque siempre se los he dicho. Es un tema que me obsesiona». Hugo Alfaro, p. 72.

que Vd. aclara que no es la CIA la que lo financia sino la Fund. Ford, no puedo tolerar ese engaño y retiro mis colaboraciones”». ¹³

A mediados de noviembre de 1967 Benedetti llega por tercera vez a la Isla, donde inicia una fructífera estancia que durará hasta marzo de 1969. Pocos días después de su arribo, el martes 5 de diciembre, se anuncia formalmente, en conferencia de prensa, la creación del Centro de Investigaciones Literarias, dirigido por él. Se describe entonces la labor inicial del CIL en la realización colectiva de un *Diccionario de la literatura latinoamericana* consultado con especialistas y críticos de la América Latina, que cuenta ya con un equipo inicial integrado además por Enrique Lihn, Alejandro Romualdo, Manuel Galich, René Depestre, Pedro Mir, Roque Dalton, Jorge Enrique Adoum, Jorge Timossi y Roberto Fernández Retamar. El Centro también se propone editar una antología de poesía y una de cuento latinoamericano contemporáneos,

13 El texto real de la carta de García Márquez a Monegal, con fecha del 24 de mayo de 1967 –aparecida originalmente en *Encuentro Liberal*, ante la renuencia de este a publicarla en su revista–, ha sido citado por María Eugenia Mudrovic: «yo creía que en esta inefable historia de espionaje todos sabíamos honradamente cuál era el juego que estábamos jugando, pero ahora resulta que el Congreso para la Libertad de la Cultura (sic) no sabía cuál era el suyo [...]. En estas condiciones, señor Director, no me sorprendería que usted fuera el primero en entender que no vuelva a colaborar en *Mundo Nuevo*, mientras esa revista mantenga cualquier vínculo con un organismo que nos ha colocado a usted y a mí, y a tantos amigos, en esta abrumadora situación de cornudos». «*Mundo Nuevo*». *Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997, p. 38.

más tarde complementadas por otras de teatro y ensayo. ¹⁴ Además, se anuncian volúmenes sobre destacados autores continentales que contendrán diversos estudios críticos, así como material gráfico y bibliográfico, aquellos que muy pronto conformarían la serie Valoración múltiple. Se organizarán cursos, cursillos y seminarios y se propiciarán conferencias, lecturas, debates y mesas redondas. El paso de escritores por Cuba se aprovechará para crear un Archivo de la Palabra para llevarlo luego, parcial o totalmente, a discos. Asimismo, el CIL podrá invitar ocasionalmente a escritores del Continente a realizar algún tipo de investigación cuyos resultados estarían a disposición de la Casa de las Américas (ver «Últimas actividades de la Casa», en *Casa de las Américas*, No. 47, 1968, p. 160).

Tal vez la primera carta que Benedetti escribió desde el CIL, aunque nunca llegó a enviarse, fue la dirigida al escritor argentino Germán Rozenmacher el 1 de diciembre de 1967 (es decir, antes incluso de la conferencia de prensa); en ella comentaba algunas de las tareas inmediatas del Centro, y le proponía, teniendo en cuenta una conversación sostenida en La Habana a principios de año, que se incorporara durante un semestre al proyecto. Tres días más tarde –o sea, uno antes de la conferencia de prensa– le escribe a Juan Carlos Onetti, la que

14 Para las antologías de poesía y cuento señalará más adelante los límites cronológicos: «la de poemas comienza con la generación de Octavio Paz, Nicanor Parra, Enrique Molina, Lezama Lima, etc., o sea la posterior a los monstruos sagrados (Neruda, Vallejo, Huidobro, Borges, Gabriela, etc.) y la de cuentos comenzará con la generación de los Cortázar, María Luisa Bombal, Onetti, etc.» (carta a Rubén Bareiro Saguier, 11 de febrero de 1968).

casa de las américas

3ra. y g, vedado, la habana



AUTORRETRATO
manin

CASA
DE LAS AMERICAS
G Y TERCERA, VEDADO

A:
Dc:

de las américas

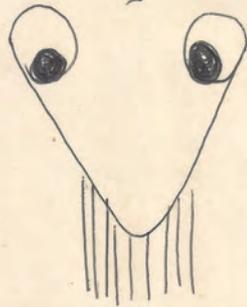
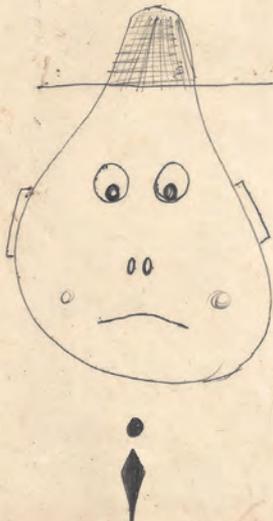
3ra. y g, vedado, la habana



AUTORRETRATO

casa de las américas

3ra. y g, vedado, la habana



casa de las américas

3ra. y g, vedado, la habana



Caricaturas realizadas por Benedetti durante su tiempo de trabajo en la Casa.

fue, seguramente, su primera carta oficial como (casi) director del CIL: «Querido Precursor», le dice en ella, «[h]ace veinte días que llegué a La Habana y ya empecé a trabajar en la organización y puesta en marcha del recién fundado Centro de Investigaciones Literarias, de Casa de las Américas». Le ofrece pormenores del trabajo y le pide que traiga consigo cuando venga en enero para el Congreso Cultural y el Premio Literario (lo que finalmente no ocurrió en esa ocasión), ciertos materiales para «una Colección (que aún no tiene nombre) de valoración múltiple, sobre escritores latinoamericanos, en especial sobre los contemporáneos». Puesto que cada volumen recogería artículos, ensayos, notas críticas, reportajes, material gráfico y ficha biobibliográfica del autor al que se consagra cada volumen, le solicita traer consigo, para el libro que se le dedicará, recortes, fotografías, bibliografía crítica, etcétera.¹⁵ Algo similar le escribe a Roa Bastos el mismo día de la conferencia de prensa, suponiendo, también, que viajará a La Habana con motivo del Congreso Cultural. Este le responde desde Mar del Plata a «la inmensa alegría de recibir letra tuya desde la Isla Heroica», y le anuncia que está metido en una nueva novela, que a la postre será *Yo, el supremo*. Agradece que se le dedique una Valoración múltiple

15 En 1969 aparecieron los tres primeros volúmenes de la colección, dedicados a Rulfo, Onetti y García Márquez. Aguirre y Wong creen reconocer, como «inspiración y modelo» para Valoración múltiple la colección francesa *Cahiers de L'Herne*, iniciada en 1963, y que al año siguiente dedicó un volumen a Borges (ob.cit., p. 89). Sin embargo, un modelo más cercano para el propio Benedetti –pese a las notables diferencias con la cubana– puede haber sido la ya mentada colección Genio y figura que se inspiraba, a su vez, en la francesa *Ecrivains de toujours*, de Éditions du Seuil.

para la que promete mandar materiales, aunque «el envío postal desde estas repúblicas “accidentales” y cristianas a la Ciudadela Prohibida se vuelve cada vez más problemático» (carta del 24 de febrero de 1968).

Benedetti no pararía de generar ideas, organizar el trabajo, convocar a colaboradores y participar en la vida cultural cubana, de cuyo dominio da muestra el artículo «Situación actual de la cultura cubana», fechado en diciembre de 1968 y publicado en *Marcha*. Fue delegado al Congreso Cultural, donde leyó la ponencia «Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual». Por otra parte, aprovechando la presencia de escritores en Cuba, invitados al Congreso o como jurados del Premio Casa, organizó el ciclo Panorama de la Actual Literatura Latinoamericana, del que se desprendería el libro homónimo (1969) y en el que tomaron parte, entre otros, Jorge Enrique Adoum, José María Arguedas, Max Aub, Claude Couffon, René Depestre, Jorge Edwards, Roberto Fernández Retamar, Enrique Lihn, José Revueltas, Francisco Urondo y Rodolfo Walsh.

Para entonces la presencia de Benedetti en el catálogo de la Casa ya era sostenida. Solo en aquellos primeros años aparece, de un modo u otro, en casi diez títulos. En 1966, *Las ceremonias del verano* lleva una nota suya; al año siguiente aparecen el ya mentado volumen de *Poesías* de Darío y el cuaderno *Sobre Julio Cortázar*, que incluye a Benedetti acompañado de José Lezama Lima, Ana María Simo, Retamar y Eliseo Diego. En el productivo 1968 se publican, con sendos prólogos suyos, *Cien años de soledad* y *El astillero*, así como una selección de *Poemas* de Juan Gelman, cuidada por él y Jorge Timossi. Ese mismo año aparece, como

el número 32 de la colección Literatura Latinoamericana, *Montevideanos*, lo cual convierte a su autor en la «primera personalidad de la nueva literatura uruguaya» incluida en esa colección de clásicos, según anunciaría Camila Henríquez Ureña, una de sus gestoras.¹⁶ Al año siguiente *Gracias por el fuego* sería el número 50 de esa propia colección en la que, hasta entonces, solo otro autor tenía dos títulos (Cortázar: *Cuentos* y *Rayuela*), aunque no en años consecutivos. Parece probable que por sugerencia suya la Casa publicara en 1968 un volumen de *Cuentos* de Felisberto Hernández y, más adelante, *Documentos* (1970), de José Gervasio Artigas.

Al mismo tiempo, su labor solicitando colaboraciones, comprometiendo autores, no cesa. Insiste en los volúmenes de Valoración múltiple, iniciativa que «resultaba coherente con la ambiciosa agenda político-cultural de la Casa de las Américas, que aspiraba a convertirse en un referente de primera línea no solo de la difusión sino también del estudio de la literatura latinoamericana».¹⁷ Teniendo en cuenta su capacidad para movilizar a los autores implicados, no es extraño que Cortázar le escriba una apurada carta manuscrita desde Nueva Delhi el 1 de febrero de 1968, casi recién llegado de La Habana («esto de volver de Cuba y viajar inmediatamente a la India lo deja a uno en un estado

que ni siquiera favorece la coherencia epistolar»), comentándole a su interlocutor que Héctor Schmucler le enviaría materiales para la Valoración, y aprovecha para mandar un ensayo de Noé Jitrik, «que me pareció curioso y con aspectos que yo desde luego ignoraba de mi “Bestiario”». Por cierto, Benedetti fue el encargado de revisar, a solicitud de su autor, la edición cubana de *Rayuela*. Cortázar le pidió cuidar las «pruebas finales de páginas» y que actuara como si fuera él mismo hasta que viera encaminado el paquete con el libro en el correo. En cuanto al prólogo de Lezama, que Cortázar recibió en París de manos de Umberto Peña, le pareció «estupendo», aunque eliminará «algunos errores ligeros [...] por fallas de puntuación [que] diluyen un sentido ya de por sí abstruso» (carta de Cortázar, 25 de junio de 1968).

Llevar adelante el mencionado Diccionario se convierte en una obsesión. El 11 de febrero del 68 Benedetti invita a Rubén Bareiro Saguier a integrarse al proyecto para la parte paraguaya. «Por motivos que no necesito explicarte», le escribe, «estamos muy desconectados con lo que actualmente se escribe en Paraguay, de modo que tu ayuda nos será valiosísima». Desde Londres, Vargas Llosa le pregunta cómo van el Instituto de Literatura Latinoamericana (sic) y el Diccionario de Autores en que Claribel Alegría trabajaba cuando estuvo en Mallorca (8 de julio de 1968). A Walsh le escribe preocupado por la marcha del diccionario en Argentina (9 de julio de 1968), y dado que no falta la nota humorística, le pregunta: «¿Cómo van las cosas en esa provincia uruguaya llamada Buenos Aires?». A finales de año comienza a inquietarse, le confiesa a Cortázar, porque el diccionario va más lento de lo planeado (4 de noviembre de 1968). Pero no pierde la fe en el proyecto, ni siquiera a la distancia: «Te digo que es un trabajo difícil, erizado

16 «Sobre la colección Literatura Latinoamericana», en *Casa de las Américas*, No. 45, 1967, p. 162.

17 Aguirre y Wong: ob. cit., p. 91. Para ambos estudiosos el proyecto tiene una dimensión adicional que permite calibrar su significado continental: «la posibilidad que ofreció de convocar y poner en diálogo, desde Cuba, a una vasta comunidad de escritores y críticos que, si bien estaban cada vez más integrados —a través de congresos, premios literarios y revistas— carecía de libros de crítica en que pudieran reconocerse bajo esta nueva orientación político-literaria», p. 99.

de problemas, pero cada vez me convengo más de que *tenemos* que hacerlo» (carta a RFR, 3 de junio de 1969).¹⁸

Entre tanto, y al margen de su presencia en las ediciones y la revista de la Casa, colabora en otras publicaciones cubanas como *Unión y El Caimán Barbudo* y, por si fuera poco, le llueven encargos de todo tipo. Una nota de Ambrosio Fornet en el Archivo de la institución da fe de la solicitud a Benedetti, para el Instituto del Libro, de una antología de poesía de amor hispanoamericana, más el prólogo a *La montaña mágica* o *Los hermanos Karamázov*. No se conserva respuesta escrita pero conocemos que *Poesías de amor hispanoamericanas* apareció en 1969 (la Casa haría varias ediciones del volumen a partir de 1997), y que nunca escribió ninguno de los prólogos solicitados (el de la novela de Mann fue escrito, a la postre, por Carpentier). En enero de 1971 el Instituto Cubano del Libro publica en la colección Cocuyo diez mil ejemplares de su *Crítica cómplice*, donde reúne trabajos de tres libros anteriores (*Literatura uruguaya siglo xx*, *Letras del continente mestizo* y *Sobre artes y oficios*), más algunos inéditos. La nota inicial, fechada en junio del año anterior, reconoce su deuda con la idea del «lector cómplice» propuesta por Cortázar. Mientras tanto, no dejó de escribir obra de ficción: «de Cuba ha traído el borrador

final de una rara obrita que verá la luz en México, en 1971, y que poco después se editará en Uruguay. Es *El cumpleaños de Juan Ángel*». ¹⁹

Su primera carta a Vargas Llosa desde La Habana —«unas líneas de salutación y tocayería»— es del 20 de febrero de 1968, aprovechando como portador a Jorge Edwards, quien regresaba de participar como delegado al Congreso Cultural y jurado de la Casa. La esperada presencia del peruano en Cuba explica sus palabras: «Lástima que no pudieras venir», le dice, «hubiera sido una buena ocasión de ponernos al día». Le comenta que su Valoración múltiple está entre los ocho primeros títulos de la colección y le pide materiales para ella.²⁰ «Yo estoy trabajando bastante, pero muy contento. Me gusta esta tarea, y ya conoces lo cómodo que se siente uno en la Casa. Además ya llegó Luz y me está ayudando en la oficina del Centro». Aludiendo a la aún en preparación *Conversación en La catedral*, le pregunta: «¿Cómo va la novela gigante?», y adelanta que el jueves siguiente «debo dar una charla en la Casa sobre “La narrativa de Vargas Llosa y García Márquez”; integra el ciclo “Panorama de la actual literatura latinoamericana”, que fue la primera actividad pública del Centro». El peruano le responderá desde Londres el 7 de marzo. Ya había mandado un sumario para la Valoración que al parecer se perdió. Va uno nuevo y manda decir a Retamar que pronto enviará fragmento de la nue-

18 Tal diccionario nunca fue concluido. El fruto de la investigación, sin embargo, sirvió de base al *Panorama histórico-literario de Nuestra América*, preparado por el CIL y publicado en dos tomos (1982), y probablemente haya sido bajo su influjo que el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) emprendiera y concluyera el *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, 3 vols; Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1995.

19 Mario Paoletti: *El aguafiestas. La biografía de Mario Benedetti*, Buenos Aires, Seix Barral, 1995, p. 164.

20 En la entrevista de Jorge Onetti aparecida en *Marcha* el 23 de mayo de 1969, cuenta que el primer volumen de la serie, ya publicado, es el dedicado a Rulfo, y que está por aparecer el de Juan Carlos Onetti, al que seguirán los de Vargas Llosa, García Márquez, Carpentier, Paz, Guimarães Rosa, Neruda, Roa Bastos, Borges, etcétera.

va novela para la revista.²¹ «Yo sentí mucho no ir pues, aparte del interés que tenía el congreso, hubiera sido una excelente ocasión para charlar duro y parejo con los amigos». Y de inmediato agrega: «Carlos Fuentes habló por teléfono con Cortázar, que le habló maravillas de su viaje a Cuba, y le contó que las cosas iban saliendo adelante a paso de vencedores. En el Perú también se han publicado algunos reportajes y artículos muy favorables, uno de ellos de Szyszlo, a quien seguramente conociste en La Habana».

Vargas Llosa tampoco viajó a La Habana en 1969, lo que enfrió un poco sus relaciones con la Casa, puesto que se había comprometido a asistir a la reunión del Comité de colaboración de la revista y a ser jurado del Premio. «Esta vez iré de todas maneras, y haremos lo posible porque Patricia vaya conmigo, pues también está impaciente por regresar a La Habana», le había escrito a Benedetti el 8 de julio de 1968.

De repente, y durante casi dos meses, cesa la correspondencia de Benedetti; de hecho, recesan las actividades de la Casa, pues entre el primero de marzo y el quince de abril «la casi totalidad de los compañeros que trabajan en este organismo se trasladó al campo, a realizar trabajos agrícolas, de acuerdo con los requerimientos del país». Al reseñar las «últimas actividades de la Casa de las Américas» en el número 49 de la revista, los editores decidieron «recoger aquí el testimonio que de ellas ha dejado nuestro Mario Benedetti»; y

21 Existen al menos dos índices «definitivos» de esa valoración. El capítulo de la novela, por su parte, apareció en el número 64, de 1971, dedicado a la «Literatura peruana, hoy», el último antes de la polémica generada por el llamado caso Padilla.

reproducen el poema «El surco». Tanto la estancia del uruguayo en el campo como el poema mismo no fueron solo fruto de su decisión de vivir la experiencia cubana como uno más; era también, en cierta medida, su respuesta –hacia el interior de la Isla y hacia afuera– de un desencuentro anterior. El 30 de abril de 1966 –recién llegados «de los cañaverales», según expresaban en un orgulloso y desafiante despliegue–, Fernández Retamar, Edmundo Desnoes, Lisandro Otero y Ambrosio Fornet escribieron una «Carta abierta» a los participantes (entre quienes estuvo Benedetti) en la entrevista de Albert Cervoni para *France Nouvelle*, semanario del Partido Comunista Francés, que reprodujo el suplemento cultural de la revista mexicana *Siempre!*²² En su ya mentada carta del 17 de mayo de ese año, Retamar le adjuntaba copia de la carta abierta y le resumía

en dos trazos el contexto de aquella: hace tiempo que nos preocupa ver que, frente a la natural actitud hacia la revolución cubana de los enemigos abiertos o velados (estos últimos pueden ser los peores: prueba al canto, ERM), algunos amigos, incluso amigos fraternales, dejándose quizás influir por tenaces campañas contra nosotros, o desmesurando errores que realmente cometemos, y no confrontándolos con las realizaciones positivas y con las circunstancias difíciles en que éstas se obtienen,

22 También tomaron parte en la entrevista Claribel Alegría, Héctor Cattolica, Carlos Fuentes, Efraín Hurtado y Vargas Llosa. Ver Alberto Diazlastra: «Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma», en *La Cultura en México*, No. 219 [en *Siempre!*, No. 670], 27 de abril de 1966, pp. II-IV. La reacción del peruano puede consultarse en la sección Páginas salvadas del número 298 (2020) de nuestra revista.

empiezan como a dejarnos en la sombra –los mexicanos tienen un admirable verbo para esto: *ningunear*–, sin mencionarnos ni para bien ni para mal. El *limbo*, ya lo sabía el viejo Dante, no es cosa para regocijar y ciertamente no lo merecemos nosotros, ni nos gusta ver a nuestros amigos en él. La cuestión es sin duda delicada, y tenía que ser planteada, más tarde o más temprano.

Retamar señalaba la causa de la desavenencia al tiempo que recalca la cercanía de los cubanos con sus interlocutores: «De todas formas, la coyuntura era oportuna para suscitar el tema, por otra parte con una franqueza y una cordialidad que solo puede tener lugar entre amigos, y aun amigos fraternales –Fornet y Vargas Llosa lo son; si tú me lo permites, nosotros dos también–». En su respuesta del 25 de julio, Benedetti contaba haberle reprochado a Diazlastra la retraducción del francés, que resultó en una mescolanza de lo que ya era débil, y dice creer que Vargas Llosa y Claribel Alegría le hicieron el mismo reproche. «Aparte de estas aclaraciones debo decir que la Carta Abierta [que les enviaron los amigos cubanos] puede ser interpretada como un estallido un poco ingenuo.²³ Yo no la interpreto así,

23 En ella sus autores cuentan haber estado en una Cooperativa Cañera haciendo uno de los trabajos más duros que alguien pueda imaginar: «Todo el mundo estaba de acuerdo en que había que cortar caña hasta que ya nadie tuviera que vivir de cortar caña: eso, por sí solo, justificaría toda la violencia de una revolución». Luego comentan que a la semana de estar en la zafra les llegó un ejemplar de *La celosía* de Robbe-Grillet, recién publicado por la Editorial Nacional. A pesar de su «dificultad», dicen, la publicaron «por la misma razón que hemos editado a Proust, Joyce y Kafka: porque a nuestro pueblo no se le puede escapar este siglo ni siquiera en la literatura; esta

porque sé cómo se sienten ustedes de acorralados, incomunicados y omitidos. Pero la verdad es que en el debate de la Galerie Péron se habló casi exclusivamente de temas generales y casi

es su época y tiene que conocerla hasta el fondo». En los momentos de descanso, añaden en la carta abierta, «empezamos a hablar de *La celosía*, de la “nueva novela”, y nos sentimos inquietos. Esa *pura mirada* que desde la terraza de un *bungalow* observa con desgano la superficie del mundo colonial, nos hubiera visto a nosotros, en los cañaverales, como hormigas aplastadas bajo el sol o simples puntos de referencia –más oscuros, más grises– en el paisaje. Quizá no fuéramos más que eso si se nos despojaba de la furia y la esperanza». Se sintieron irritados con Robbe-Grillet, con la hermosa edición que tenían en las manos, «con esa mirada satisfecha que nos impedía ser Roberto, Ambrosio, Edmundo, Lisandro, y nos dejaba de golpe indefensos, reducidos a alimañas y puntos de color, distantes, humillados». Aseguran que en charlas o artículos recomendarán *La celosía* como un fenómeno más de la literatura moderna y tratarán de hacer ver sus momentos de precisión y belleza literarias, «pero advertiremos también que traduce la visión de un escritor que mira al mundo desde la terraza de un *bungalow* y que contra esa visión nos rebelamos». Solo después de esta larga digresión, los autores de la carta entran en materia al confesar que al leer «Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma» se sintieron un poco intranquilos porque Cuba no se mencionaba. No les preocupa «por capricho» sino porque, aparte de las agresiones ostensibles, «los imperialistas norteamericanos han decidido emplear otra táctica [...] que consiste en bloquearnos dentro de los auténticos círculos culturales latinoamericanos, y pretender que Cuba es algo “aparte” del resto de América». Son dos aspectos de una misma táctica dirigida, dicen, a «mantenernos aislados, para cuando decidan que ha llegado de nuevo el momento de lanzarse sobre nosotros». «No se preocupen; los estamos esperando», concluyen, «[p]ero nos agrada saber que mientras tanto ustedes –los que conocen nuestra revolución o saben, al menos, lo que significa para nuestro pueblo y los pueblos del Continente– no se olvidan de mencionar a Cuba cuando se habla de la América Latina y de la cultura latinoamericana».

exclusivamente de narrativa». Meses después el tema volvería a surgir: «Por diversos contactos o correspondencia con escritores de diversos puntos de América Latina, pero de indudable adhesión a la Revolución Cubana», expresa Benedetti, «sé que hay cierta inquietud generalizada frente a reacciones como la carta abierta que nos dirigieron en *Siempre* [...] o frente a ese lado, tal vez demasiado intransigente, de la carta a Neruda»; en cuanto a la primera, «tienes que tener en cuenta que, aunque Mario y yo hayamos recibido cartas privadas de tu parte y de Fonet, explicándonos que la cosa no eran [sic] por nosotros, la verdad es que, frente a los mexicanos, ni él ni yo quedamos muy bien que digamos» (carta a RFR, 2 de octubre de 1966). Al día siguiente le anuncia a su tocayo peruano que volverá a la Isla invitado para el Encuentro con Rubén Darío: «Estoy contento con la posibilidad de volver a Cuba, sobre todo porque me dará ocasión de hablar largamente con los cubanos sobre algunas de sus últimas actitudes. Ya le adelanté algo en mi respuesta a Roberto».²⁴

La carta de los cubanos se regodeaba en el duro trabajo que implicaba cortar caña, en el esfuerzo descomunal que eso significaba para ellos y para el país, pero también en las satisfacciones y ventajas de dicha experiencia. Era una carta deliberadamente redactada por escritores en medio del torbellino de una Revolución que les demandaba entrega total, y una manera de marcar diferencias con quienes vivían la experiencia

24 Esta carta recién rescatada –con motivo del centenario de Benedetti– apareció en Raquel Garzón: «El tirón inoxidable de Mario Benedetti», en *El País*, 11 de septiembre de 2020, disponible en <<https://elpais.com/cultura/2020-09-11/el-tiron-inoxidable-de-mario-benedetti.html>>.

de la revolución como espectadores, desde el extranjero. Leído en ese contexto, «El surco» –es decir, tanto el poema como la experiencia que aborda (en ocasiones «una faena francamente ingrata, que debía cumplirse en cuatro patas, bajo un sol de fuego», le confesaría su autor a Hugo Alfaro)²⁵ puede leerse como una tardía respuesta pública a aquella carta.

A finales del mes de octubre de 1968 circulan en Montevideo noticias sombrías: Mario Benedetti se había suicidado en La Habana. Era la segunda vez en el transcurso del año que corrían rumores de su muerte. Idea Vilariño le escribe desde allá: «con Ud. uno no gana para sustos. Hoy llamamos a Prensa Latina para que nos desmintieran lo de su suicidio y estaba su telegrama, yo creo que Ud. es un tipo muy vulnerable y que su suicidio no es ningún imposible». Pero el suicidio no entraba en los planes de Benedetti, quien se ve obligado a dar declaraciones a Prensa Latina: «La verdad es que en Cuba hay tanto y tan estimulante trabajo que uno no tiene tiempo (ni mucho menos ganas) de suicidarse». *Marcha* publicó ese desmentido (que el propio escritor incluiría en su *Cuaderno cubano*) el 1 de noviembre del 68: «Datos de buena fuente me permiten afirmar que se trata de un falso rumor», expresaba con sorna. En verdad, era la propia Idea quien se hallaba en una situación angustiosa, y en su carta habla sobre la desesperada situación económica uruguaya y la falta de dinero: «todos hablan de lo mismo» (s.f., recibida el 9 diciembre 68). La situación no habría mejorado mucho cuando Benedetti regresó a su país. Desde allí escribe a la Casa

25 Hugo Alfaro, p. 146.

dos años más tarde: «Les puedo asegurar que, viniendo de Cuba, es tremendo choque volverse a enfrentar con la pesadilla de los problemas económicos y la presión cotidiana del dinero». Y en un gracioso guiño a sus colegas cubanos, quejosos de la reiterada presencia en su dieta de un particular tipo de pescado, agrega: «Es preferible comer diariamente macarela» (carta del 24 de diciembre de 1970).

Con frecuencia los proyectos del CIL se malograban por razones de fuerza mayor. Un ciclo de «Literatura mexicana de hoy», previsto para noviembre del 68, debía convocar en la Casa a García Ponce, Tomás Segovia, Carlos Monsiváis, Juan Vicente Melo, Emilio Carballido, Huberto Batis y, si fuera posible, Fernando Benítez. Benedetti designa a Monsiváis como coordinador —«para no tener que escribir a cada uno»—, y le ofrece detalles en carta del 13 de septiembre de ese año. Es muy probable que cuando la carta llegó a destino, acabara de ocurrir la masacre de Tlatelolco, y la tragedia frustrara el empeño.

Hubo también otro tipo de escollos. El poeta peruano Alejandro Romualdo, uno de los colaboradores de la antología de poesía latinoamericana residentes en La Habana, le comunica el 13 de diciembre de 1968 su decisión de no colaborar más en ella por desacuerdos en el método de selección: «me resisto a creer que una “mayoría de votos” pueda convertir en poetas a quienes no lo son, descalificar a quienes siempre lo han sido y convertirse en método dogmático en cuestiones de arte». Romualdo va incluso más lejos: «Cuando la intolerancia y la arbitrariedad mayoritaria pretenden cambiar electoralmente la historia, o legitimar, en arte, supuestas calidades y significaciones, el método de la votación resultó monstruoso hasta para el mismo Lenin». Por si fuera poco añade: «la

práctica sectaria y oportunista de estas lamentables mayorías [...] produce resultados inadmisibles, originando [...] insoportables aberraciones que agotan la más beatífica de las paciencias». Dos semanas más tarde, Benedetti le enviaría una dura y juiciosa respuesta. Le recuerda que en *Nueva poesía de esta América* —título que había adquirido la antología— participaban, además de ellos dos, René Depestre, Roque Dalton, Fernández Retamar, Enrique Lihn, Federico Álvarez, Jorge Timossi y Heberto Padilla. Después de expresarle que «no puedo admitir como válida ninguna de las razones que Ud. invoca para fundamentar su renuncia», Benedetti concluye: «Comprenderá usted que, en tales circunstancias, si bien puedo aceptar su renuncia, no puedo de ningún modo admitir los términos de la misma». Obviamente, también esta carta fue respondida por Romualdo de manera aún más agria que la primera.

A veces los proyectos ideados e impulsados por Benedetti debían topar con desencuentros, giros de la historia, desidia y hasta con profundas conmociones personales de sus colaboradores. La respuesta de Walsh a propósito de su trabajo en el diccionario, es ejemplar en este último sentido: «Fallé en el trabajo que me encomendaste pero sabrás disculparme». Explica que desde su salida de La Habana, donde participó en el Congreso Cultural y como jurado del Premio Casa, ha estado sumergido en la actividad política, que al fin y al cabo era una de las recomendaciones implícitas en la declaración del Congreso. Al pasar por Madrid en el viaje de regreso tuvo curiosidad de conocer a Perón, y en su casa «la buena o mala suerte» de conocer también a Raimundo Ongaro, quien un mes más tarde «iba a destrozar la vieja CGT traidora y crear una nueva, la CGT rebelde sobre la que ha recaído este año todo el peso de

Montevideo, mayo 29 de 1969.

Mi querida Beba:

Mariano

Decididamente, ustedes me han desorganizado el patriotismo. A esta altura, ya no sé si soy uruguayo titular o cubano suplente. Y algo peor: ya no sé tampoco si soy uruguayyyyo, o uruguaiio. Por un lado, estoy contento de haber regresado a Montevideo, y por otro los extraño una barbaridad. Fijense qué relajo. A lo mejor se te ocurre pensar que mi brújula de nostalgias anda un poca loca; y no estarás errada. Bueno, espero que a esta altura ya hayan tenido noticias nuestras. Si no recibieron las postales mandadas

Paris, abril 20/26 de 1969.

Al muy querido Consejo de Dirección:
les escribo a todos juntos para repitiendo algunos temas en individuales. Antes, le he mandado postales por correo normal (y desde Mallorca, pero ésta es la primera vez que me mande dicha, y confío en que de la Embajada. Bueno, y peor: los extrañamos muchísimo cada uno de ustedes en particular todos juntos, a la Casa, a café de Eusebio, y hasta los políticos-culturales en los pródigos el año 1968. Ustedes, heu, y yo también lo sabía, desde Europa lo veo todavía estar quince meses en Cuba sentados muchísimo para mí (afectiva y culturalmente), como dos años en uno. La sencilla: uno tiene que decir

de la invocación tangrura de María Rosa; de los oleros del tabaco aplaudiendo "melódicamente" a Harold, su padrino, de Ada y su marido de Casa de los Andes; "agenciándonos a Cossa y a mí nuestra inaugural borrachera de novato de la revista, estudiante en Makaruku, que explicó la diferencia entre los escenarios del medio rural y los de la ciudad diciendo que los primeros eran tiñidos y los segundos insuportables; de leobia cantando felling y Pablo Armando diciendo "¡qué bello eres!". Me acuerdo de eso y pienso más, y siento que desde ahora todo ese mundo es también un poco el mío. Y para demostrar que ésta no es una mera frase, tengo aquí, convenientemente autenticado, el certificado de mi nostalgia. Para todos, y para ti especialmente, un fuerte abrazo de

Mariano Benedetti

Madrid, 15 de mayo de 1984.

CASA DE LAS AMERICAS
FELIX MARIANO BENEDETTI
APARTADO 6516
MADRID - ESPAÑA
ENTRADA #

Querido Mariano: Aquí le mando por Hortensia los recortes y suplemento de S'empres. Ella le informará sobre las actividades del Comité, que con la ida de los argentinos ha quedado un poco desmantelado. Hortensia está muy curiosa que yo, por con mis viajes constantes, es poco lo que puedo hacer allí. Ya le había dicho Roberto que no podía ir con jumado al ICAIC (aunque había aceptado) porque este año presen la película sobre PEDRO y EL CAPITAN y obvias razones éticas impiden que sea juez y parte. Roberto dice que entones u en euro para el Premio. También me invitaron para el 25 aniversario de PRELA y dije que no y para el 25º Aniv. la VNETC y aún no respondi. ¿Ustedes que opinan? Con tenme por Hortensia, please. Estuve en Holanda. Repu

Mariano

anciano, confío en que por lo menos arfo que les envíe desde París, a tra como un paquete con chirimbolos va-mpañero Solís me aseguró que saldrían resumo trayectoria: después de derri- en orden y sin dificultad. El paisi- perado en la gente durante este año que estaban orgullosos de su indife- zando urgentemente, y da la impresi

33

mi aval. Sólo entonces admitió realmente el paquete y me prometió que lo mandaría. ¿Llegó realmente? Luego estuve con Carlos María y Ducho, que están varados en Madrid desde hace no sé cuánto (en el caso de Ducho, 40 días) porque no les llegan visas y pasajes, presumiblemente debido a cierta inocultable pesadez burocrática de la Embajada. Desde aquí avisé por Prela de esa situación, así que espero se habrá solucionado. ¿Qué más? Ah, creo que ya encontré trabajo para cuando me instale definitivamente por estos tres. En cuanto a Luz hubo resolución: conserva el puesto, pero deberá trabajar 6 meses sin goce de sueldo. ¿Qué les parece? Con todo, salió mejor de lo que esperaba el abogado. Les puedo asegurar que, viniendo de Cuba, es tremendo choque volverse a enfrentar con la pesadilla de los problemas económicos y la presión cotidiana del dinero. Es preferible comer diariamente marea. Escribanme con noticias ya que cuando me vine quedaron algunas cosas en el aire. Yo trataré de comunicarme a menudo. Y ahora con motivo de la llegada de esta carta de un intelectual latinoamericano (o sea yo), llámenlo a Eusebio para que les traiga el cafécito de rigor. Y nada más. Un abrazo grandote, en el que quepan todos y TODAS

REPUBLICA DE CUBA
CASA DE LAS AMERICAS
MAY 31 1969
Entrada No. 9741

la lucha política en el país». Naturalmente, dice Walsh, «pensé que la CGT necesitaba un periódico, y quién mejor que yo, etc. Consecuencia, que a fines de abril me encontraba redactando nada menos que el Mensaje a los Trabajadores que iba a convertirse luego en el Programa oficial de esa CGT». El periódico, en el que nadie cobra sueldo, absorbe cuatro quintas partes de su tiempo y, en consecuencia, Walsh tiene «parada una novela en la que depositaba muchas esperanzas y que ahora no sé cuándo voy a terminar», entre otras razones porque lo «acechan los acreedores y otras calamidades, pero conservo la esperanza de que en algún momento me metan preso, y entonces sí pueda atender la literatura, incluso tu diccionario...». La carta no elude una confesión dramática: «he dejado prácticamente de ser un escritor», pero aunque dice sentirse «doblemente abrumado por no poder cumplir con vos, ni conmigo, [...] creo que lo que estoy haciendo está bien» (carta a MB, diciembre de 1968).

En marzo de 1969 Benedetti y Luz abandonarían Cuba por unos meses.²⁶ A fines del turbulento año anterior, el medio cultural cubano se había encrespado con el capítulo inicial de lo que se conocería como el caso Padilla. Una vez más Benedetti se convierte en corresponsal de la Casa de las Américas en Europa, y la persona de más confianza allí. El 11 de abril Retamar le manda copias de cartas y referencias de Vargas Llosa y Cortázar sobre los acontecimientos, y le comenta tanto

26 Ya en Uruguay le dirá a Jorge Onetti: «A fin de 1969 pienso volver a Cuba para trabajar allí un año más. Después de ese nuevo período, regresaré a Montevideo». «Benedetti: una experiencia cubana», en *Cuaderno cubano*, Buenos Aires, Schapire Editor, 1974 (1969), p. 143.

la entrevista a este en *Life en Español* como su artículo sobre Padilla en *Le Nouvel Observateur*, del que solo conoce los «aviesos fragmentos» transmitidos por la AFP. «De ser lo que parece, creo que significará la reapertura de una polémica que creímos que habíamos sostenido con suficiente claridad en el momento de la reunión del comité de la revista», en enero de ese año. Habrá que leer completo el artículo antes de saber exactamente a qué atenerse, dice Retamar, pero le preocupa que «Julio ha[ya] involucionado lamentablemente a su equipo del *boom*». Más de una vez en este intercambio epistolar, por cierto, se usa el término boom de manera despectiva. Aunque la Casa contribuyó de manera decisiva —como han hecho notar varios de los más notables estudiosos del fenómeno— al reconocimiento y difusión de la nueva narrativa, la idea implícita en el nombre de boom (un pequeño grupo de elegidos, aupados por el mercado) provocaba irritación en La Habana. La noción de boom y del tipo de intelectual que este glorificaba parecía proponer un modelo ajeno al que sostenía la Casa.²⁷

27 Al pintor Mariano Rodríguez, entonces director del Departamento de Artes Plásticas de la Casa (y futuro presidente de la institución entre 1980 y 1986), le escribía el 11 de diciembre de 1969: «No sé si sabrán que tanto aquí como en Buenos Aires, ha empezado la gran deflación del *boom*. Eso tienen las modas: son fácilmente sustituibles. Al pobre Cortázar lo están castigando fuerte en su propio país, y también han empezado a darle a Vargas Llosa. Y así como en la primera etapa los gacetilleros de sostén y las correspondientes revistas “para ejecutivos” crearon un monumento que tenía por lo menos zonas de arbitrariedad, ahora también esos mismos gacetilleros no tienen inconvenientes en ser injustos durante el castigo. En cierto sentido es bueno, para que los jóvenes no se encandilen con ningún bombo propagandístico».

Una larga carta manuscrita al Consejo de Dirección, fechada en París entre el 20 y el 26 de abril de 1969, da noticias sobre la situación en Praga, por donde acaba de pasar Benedetti, pero se extiende sobre todo en las implicaciones del caso Padilla. Explica la situación a partir de los artículos de Saverio Tuttino y «la gestión envenenadora de José Donoso», así como de «un artículo bastante HP» de Claude Couffon en *Le Monde* a propósito de la edición francesa de *El mundo alucinante*. Como parte del ambiente, cuenta la anécdota que le relató Chantal [Dumoine], esposa de José Triana y residente entonces en Cuba, quien se encontró en una reunión en París con Carlos Fuentes «y este prácticamente se le vino encima con la pregunta “¿Padilla está vivo?”. Dice Chantal que Fuentes estaba tan agresivo que ella lo dejó con la palabra, se levantó y se fue». En cuanto al artículo de Cortázar aparecido en *Le Nouvel Observateur* («Ni mártir ni traidor»), afirma Benedetti que, tal como salió, no le gustó: «Julio tuvo a mano en Cuba elementos de juicio bastante sólidos y atendibles como para dar un panorama más verídico de un problema tan complejo, todo esto sin apartarse de lo que podemos entender como su opinión sincera». Más tarde habló con Cortázar por teléfono «y lo hallé muy indignado» porque le habían mutilado el trabajo, justamente donde él «objetaba el tratamiento tendencioso que el asunto había tenido en París. Me dijo que ya le había enviado a Roberto una copia del artículo que él había entregado a LNO». Le preocupaba también que en Buenos Aires habían recogido sus opiniones bajo el título «Cortázar rompe con Fidel Castro». «Yo creo que, por lo menos, Julio debería extraer de todo esto la lección de que en política no se puede ser ingenuo, o sea que no

solo hay que calcular lo que uno opina y firma sino también sus consecuencias, las reacciones en cadena que una opinión así pueda desatar».

De regreso a Montevideo le escribe a Beba (Genoveva Daniel, secretaria ejecutiva de la Casa): «Decididamente, ustedes me han desorganizado el patriotismo. A esta altura, ya no sé si soy uruguayo titular o cubano suplente. Y algo peor: ya no sé tampoco si soy uruguayyyyyy, o uruguaio. Por un lado, estoy contento de haber regresado a Montevideo, y por otro los extraño una barbaridad. Fijense qué relajó». Tal vez se trate de que su «brújula de nostalgias anda un poco loca». En cuanto a la situación en su país: «Se acabó la Suiza de América», y relata una conversación durante una cena con Onetti. Hablaron largamente, inclusive del «problema Padilla», y para sorpresa de Benedetti no lo encontró «nada erizado». «Incluso llegó a decirme que si él hubiera sido un dirigente revolucionario, habría actuado más severamente». Por si fuera poco, Onetti le manifestó que quería ir a Cuba como jurado el próximo año. «Como yo expresara mis dudas acerca de su decisión, me prometió solemnemente delante de testigos que si lo invitan en el próximo enero, va con toda seguridad». Benedetti cree importante que se le invite, ya que «hoy por hoy Onetti es el escritor No. 1 del país, aceptado y admirado por tirios y troyanos». Si hasta ahora había tenido una actitud política «más bien prescindente», «los acontecimientos de este último año, tan removedor, también a él lo han sacudido. Nunca antes lo había encontrado tan dispuesto a comprometerse». En verdad, Onetti no viajó a Cuba, como jurado de la Casa, sino hasta 1976. Y al recomendar como jurados del Premio al crítico teatral de *Marcha*, Gerardo Fernández, y a Cristina Peri Rossi, por su parte,

Benedetti argumenta: «Yo creo que tenemos que inyectarle un poco de juventud al Premio: no traer solo jóvenes, por supuesto, pero sí invitar a algunos *buenos* escritores jóvenes, con lucidez política, ya que, a su regreso de Cuba su acción puede tener una resonancia muy positiva en un medio al que no siempre tienen acceso los escritores más maduros». Su despedida es un desborde de afecto: «Cariños a Haydee y a todos. A ver, pónganse todos juntos, así caben en este apretado abrazo de Mario» (carta a Beba, 29 de mayo de 1969).

Pero la polémica continúa. Retamar le manda copia de la carta que envió a Cortázar «por su desdichada actitud», y adelanta opiniones duras a partir de esta cita: «En el viejo (y siempre citable) Evangelio se lee: “no se puede servir a dos amos”. Que traducido al áspero idioma de nuestros días, bien podría ser algo así como: no se puede tratar de quedar bien con París y con el Tercer Mundo, con el *boom* y con los guerrilleros y soldados vietnamitas» (20 de mayo de 1969). En los primeros días de junio Benedetti responde que después de leer atentamente las cartas que Retamar intercambió con Cortázar y con Vargas Llosa, percibe que «la relación está más bien tirante (sobre todo con Mario)». Cree que si hay alguna posibilidad de arreglo, que no hay por qué descartar, «se verá definitivamente el día en que se pueda hablar personalmente con Mario. La verdad es que son temas complicadísimos e incómodos para ser argumentados (y mucho menos solucionados) por carta», y dice «reconocer que, en el fondo más sutil de la carta de Mario, hay cierto malestar consigo mismo por algunas de sus últimas actitudes». Esta podría ser la base de una nueva etapa de relaciones entre él y Cuba, «que ya no tendrá seguramente la

calidez y el entusiasmo de los primeros tiempos, pero que quizá sea (de una y otra parte) más ajustada a la realidad». El caso de Cortázar, por su parte, es bastante distinto. Pese a resquemores y malentendidos, «sigo creyendo que Julio está más cerca de nosotros que los demás bóomicos» (carta a RFR, 3 de junio de 1969). Mes y medio más tarde le pregunta a Haydee «en qué quedó el entredicho con Julio». Y añade: «Mantengo la esperanza de que ese puente no se rompa, pero, claro, para ello Julio tendrá que trascender cierta rigidez liberal (parece contradicción, pero no es) que le impide ver con claridad ciertos reajustes propios de una revolución que sigue adelante. Pese a su evidente ingenuidad política, yo creo que Julio es muy buena gente; por eso confío en que el problema finalmente se arregle» (carta a Haydee Santamaría, 17 de julio de 1969).

Mientras tanto, se mantiene preocupado por su trabajo en La Habana. A «los muchachos del CIL», y especialmente a Trini, su colaboradora más cercana en el Centro –llegaría a dirigirlo años más tarde–, les da instrucciones sobre algunas de las tareas pendientes, y advierte que mientras no llegue Óscar Collazos, su sucesor provisional, hagan las consultas necesarias con Retamar. Y recordando las habituales faenas agrícolas pregunta: «¿Fueron al *verde*? ¿Todos juntos o por tandas?» (carta a Trini[dad Pérez], Margarita [Funes] y Fernando [Uría], 26 de abril de 1969). Un mes después de su llegada a Cuba, Collazos le escribe que está «tratando no solo de seguir el rigor de tu trabajo (cosa bastante difícil por muchas razones que no me atrevo a confesarte) sino de hacer alguna cosa nueva en el CIL. Realmente, me asusta encontrarte [sic] con este trabajo monumental que tú y el equipo del Centro han estado haciendo en menos de

dos años». Le cuenta que «las valoraciones de Vargas Llosa y Cortázar están paradas momentáneamente (tú conoces las razones)», y que, por su parte, él está fichando a Borges. En un giro al proyecto original, propone hacer Valoraciones sobre conjuntos de obras; por ejemplo, sobre tres novelas representativas de todo un período (*Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara* y *La vorágine*); sobre la novela de la Revolución Mexicana y sobre la novela romántica en la América Latina, que aparecerían, respectivamente, en 1971, 1975 y 1978.²⁸ Benedetti le ratifica el 11 de junio que a fin de año regresará a «recoger nuevamente la posta» y le comenta detalles de otros proyectos, como las Valoraciones dedicadas a Borges y Octavio Paz.

Un inesperado viaje de Benedetti se da entre finales de julio y principios de agosto del 69 al

28 El propio Collazos preparó para la serie Valoración múltiple la *Recopilación de textos sobre los vanguardismos en la América Latina* (1970), que resultó ser un notable antecedente de las recopilaciones de Hugo Verani (*Las vanguardias literarias en Hispanoamérica (Manifestos, proclamas y otros escritos)*, 1986), Nelson Osorio (*Manifestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, 1988) y Jorge Schwartz (*Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, 1991). Otra atendible propuesta de Collazos, que no prosperó, fue la de dedicar una Valoración múltiple a obras descuidadas o subvaloradas por la crítica, tales como *Hombres de a caballo*, de David Viñas; *Gracias por el fuego*, de Benedetti; *Los pequeños seres*, de Salvador Garmendia; *Cuentos*, de Juan José Arreola; *José Trigo*, de Fernando del Paso; *Los albañiles*, de Vicente Leñero; *Eloy* o *El compadre*, de Carlos Droguett; *País portátil*, de Adriano González León; *La casa grande*, de Álvaro Cepeda Samudio; *Cuentos*, de Julio Ramón Ribeyro; *Quarup*, de Antonio Callado; *Pasó así*, de Marta Traba, e *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas (carta de Collazos a MB, 19 de noviembre de 1969).

Primer Festival Panafricano de Cultura en Argel, donde se produce, según su opinión, «el funeral de la negritud». Una crónica de esa experiencia —«África 1969: su fuerza y su vulnerabilidad»— aparecería en el número 58 (enero-febrero de 1970) de *Casa de las Américas*. Durante su ausencia de Cuba, por otra parte, la sección Al pie de la letra mantiene a sus lectores al tanto de la labor de Benedetti, acogiendo y comentando entrevistas concedidas por él, lo mismo a *Marcha* que a las revistas chilenas *Punto Final* y *Cormorán*. La entrevista de *Marcha* —«Benedetti: una experiencia cubana»—, realizada por Jorge Onetti, resume las vivencias de trabajo de aquel en Cuba. Allí opina sobre temas como el lugar del intelectual en la Isla y la polémica en torno a Padilla. En cuanto a este, considera que hay en torno suyo una publicidad políticamente interesada, y que en ese caso han funcionado las prevenciones que tienen muchos intelectuales en el extranjero «frente a posibles derivaciones de un estado socialista hacia el estalinismo». Cree notar en algunos intelectuales «ciertas ganas inconfesables de que la revolución por fin se desvíe, como un modo de llevar tranquilidad a sus propias conciencias; ciertas ganas de que sea cierto que la revolución va hacia el estalinismo, de que imponga el realismo socialista, de que le quite la libertad al intelectual. Lamentablemente para ellos y afortunadamente para el socialismo, parecería que la revolución los va a defraudar».

En los primeros días de 1970, Benedetti regresa a Cuba y a su trabajo en el CIL. Retoma los asuntos pendientes y el contacto con escritores. Pero este es, además, un año con otras implicaciones en su vida: «El año 70 es la época de la radicalización

política de Benedetti. [...] Cuba afronta situaciones muy difíciles, interna y externamente, y él asume la posición oficial del gobierno cubano, incluso en el “caso Padilla” [...].²⁹ Una carta de Cortázar a Vargas Llosa desde París, escrita el 5 de febrero de 1970, recién llegado de La Habana revela —con apenas un adjetivo— cierto distanciamiento entre su autor y el uruguayo en ese momento, aunque, como se verá, luego la relación se iría recomponiendo, como mismo el autor de «El perseguidor» se reacercará a los cubanos tras algunas desavenencias. A propósito de una conversación en la Casa sobre los cursos previstos en Cuba para fines de año (Vargas Llosa sobre la novela, Cortázar sobre el cuento) se suscitó una discrepancia, de la que este habla en los siguientes términos: «Un detalle político: cuando se habló de cómo se constituirían los grupos de alumnos, el *infaltable* Benedetti propuso que los cursos fueran limitados a unos 20 oyentes ya baqueanos en la materia, y que la Casa los seleccionara. Como ya has visto que me he hecho una especialidad en eso de armar líos tumultuosos, dije a quemarropa que la idea me parecía absurda».³⁰

En ese productivo 1970 apareció también *Quince relatos de la América Latina*, seleccionado por Benedetti y Antonio Benítez Rojo, que incluye textos, entre otros, de Arguedas, Carpentier, Cortázar, Donoso, García Márquez, Guimarães Rosa, Onetti, Roa Bastos, Vargas Llosa y Walsh. Por cierto, ese mismo año, en La Habana, Luz y Mario fueron instigadores, cómplices y bene-

ficiarios de un robo perpetrado por Jorge Ruffinelli. Este ha contado que una noche cenaba con ambos en el Hotel Nacional cuando Luz le «confesó su íntimo deseo de tener de aquel viaje un recuerdo cuyo ínfimo valor monetario se compensaría con un gran valor emocional: un pequeño cenicero, como los que había en cada una de las mesas del comedor del Nacional, porque en el fondo tenían pintada la figura del famoso hotel». La timidez uruguayo les impedía pedirlo como obsequio, pero en un repentino ataque —recuerda Ruffinelli— le pidió a Luz que abriera su bolso y en un segundo el cenicero había desaparecido dentro de él ante la mirada espantada de Mario. Muchos años después Ruffinelli vio, en el apartamento del matrimonio en Madrid, un cenicero «con un dibujo blanco en el fondo. Del Hotel Nacional».³¹

Las malas noticias sobre la salud de su padre obligan a Benedetti a regresar a Montevideo antes de lo previsto, en diciembre del año setenta, mientras Luz permanece en La Habana. La gravedad del padre no le impide comentar desde allí asuntos de trabajo, como el envío de un libro de José Miguel Oviedo sobre Vargas Llosa, recién aparecido, que incluye una «bibliografía exhaustiva que puede ser escrupulosamente fusilada para la Valoración», evidentemente retomada. También manda un libro de Mercedes Rein sobre Cortázar, y adelanta que Peri Rossi no podrá viajar al Premio «porque está sumariada por agravios a otra profesora por delatar a un compañero del liceo donde dan clases». Finalmente anuncia un manuscrito que concursará en el Premio: «Hoy almorcé con Galeano. Parece

29 Hortensia Campanella: Op. cit., p. 123.

30 *Cartas 1969-1976*, 4, Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga (eds.), Buenos Aires, Alfaguara, 2012, p. 108. El énfasis es de J.F.

31 «Un hombre con toda la barba», en *Casa de las Américas*, No. 256, 2009, pp. 19-20.

que se presenta al concurso (género: ensayo), con un libro de envergadura (cerca de 400 páginas)», que es, hoy lo sabemos, *Las venas abiertas de América Latina* (carta a «Querida gente», 24 de diciembre de 1970). Una semana más tarde vuelve a escribir con malas noticias; cree difícil viajar a la reunión del Comité de colaboración de la revista, prevista para enero de 1971, porque el padre sigue ingresado, con muchos altibajos y en general mal (carta a «Querida gente», 31 de diciembre de 1970). En la mañana del 5 de enero muere su padre. Al agradecer varios días más tarde los mensajes de pésame recibidos, cree posible viajar a partir del día 15 para asistir a la reunión, celebrada entre el 19 y el 22 de ese mes. Como es sabido, en dicha reunión, que fue la última del Comité tal como estaba concebido, se tomó la decisión de ampliarlo notablemente, e invitar a integrarlo a más de una veintena de intelectuales de casi toda la América Latina. Pocas semanas después, tal como estaba previsto, Benedetti cierra su compromiso en el CIL para regresar a Montevideo.

A su paso por París aprovecha lo mismo para indagar sobre la compra de una fotocopiadora para la Casa³² que para gestionar posibles ingresos al Comité ampliado de la revista. Cree posible la inclusión del boliviano René Zavaleta Mercado. En cuanto a los brasileños no es una tarea sencilla porque resulta imposible incluir a quienes viven en el país. La impresión que le

32 Con frecuencia envía a sus amigos de la Casa pequeños regalitos que van desde una grabadora Phillips de casete, a medicamentos, medias de mujer y bolígrafos. En otras ocasiones cumple con encargos como cafeteras, libretitas, naipes y *scotch tape*, cintas de máquina y sellos de correo (carta a «Querida gente», 24 de diciembre de 1970).

daría Roberto Schwartz, por ejemplo, es la de «un hombre algo apocado, que se expresa con gran cautela; en términos generales progresista, pero nada radicalizado», dispuesto a colaborar de vez en cuando y hasta realizar alguna gestión, «dentro de un interés muy cortés pero *moderado*», y rechazó la posibilidad de formar parte del Comité: «Lo integraría con mucho gusto, dijo, pero eso le complicaría mucho las cosas, incluso en Francia, donde la situación se ha endurecido considerablemente», y vaticinó que sería muy difícil contar con escritores brasileños porque los de más prestigio vivían casi todos en Brasil y «designarlos para el Comité sería complicarles la vida y hasta haría peligrar su libertad» (carta a Retamar, 14 de marzo de 1971). Ese mismo día mandaba decirle a Trini que lo tuvieran al tanto de cómo marchaban la Valoración de Carpentier y «el Cortázar de Benítez». Con Julio se encontraría entonces para entregarle cartas y un dibujo de Mariano, y el argentino le hizo saber que él «ya había encargado a un amigo que le trajera de Alemania (donde esos aparatos son mejores y salen más baratos) un fotocopador portátil, a fin de enviarlo desde París a la Casa, vía embajada. *Es un regalo de Julio*», precisa. «Le dije a Julio que ustedes estarían felices con el regalo, así que please escribanle pronto comunicándole esa felicidad». Benedetti señala que solo estuvo media hora con él y estaba muy cordial, «pero *no* hablamos de la nueva Revista», es decir, de la casi naciente y ya polémica *Libre* (carta a Beba, 16 de marzo de 1971).

Poco después de la partida de Mario y Luz de La Habana, el 5 de marzo de 1971, Retamar les escribía un poema en dísticos, que era a la vez un

ejercicio de humor y de cariño: «Ah, mi querido Mario, ah Luz querida: / No olvido la amenaza, en la partida...», decían los primeros versos. Benedetti no lo había recibido cuando el 25 de marzo les escribe «a todos» desde Montevideo contando que unos días antes, al levantarse, escuchó la noticia de la detención de Padilla: «si mal no recuerdo, él decía que “las cosas iban a cambiar muy pronto”. En vista del cabal cumplimiento de ese pronóstico, he decidido no mandar ningún cable. Eso sí: escriban, porque *la gente pregunta*». En medio de esa tensa situación, Benedetti responde el 17 de abril, a aquel poema, con otra carta en verso: «Ah Roberto fraterno, cuando leo / tu epístola triunfante del bloqueo...».³³ Poco más de diez días después le envía una angustiada carta a Retamar en la que se queja de no tener nuevas noticias de la Casa (más allá de una carta del propio Retamar del 29 de marzo, dándole detalles preliminares), tan necesarias en este momento. La prensa del Mundo Libre se está banqueteeando, dice, y «si no hay noticias ampliatorias, la cosa no será fácil, ya que la arremetida es sencillamente feroz». Urge a sus amigos cubanos: «Así que informen, compañeros, manden noticias. Please: *no se autobloqueen*» (carta del 28 de abril).

Para la siguiente carta a la Casa la situación es particularmente tensa; unos días antes él mismo y Arnaldo Orfila salieron en defensa de Cuba

33 Los dísticos cruzados entre ambos fueron reproducidos casi íntegramente por Retamar en «Benedetti, el ejercicio de la conciencia», en *Concierto para la mano izquierda*, La Habana, Casa de las Americas, 2000, pp. 113-122, donde también expresa: «En muchas ocasiones he hablado o escrito sobre Mario: sobre su gestión de cultura, su narrativa, su poesía, su crítica, su periodismo, su persona lindamente chaplinesca», p. 114.

en una disputa con jóvenes en Buenos Aires, y cuenta que la Revolución Cubana «ha pegado un tremendo bajón en Argentina, no en Montevideo, donde, sin embargo, el *affaire* Padilla cayó mal».

Nadie en la izquierda concibe (como dice a gritos la prensa «grande») que haya habido presiones y menos aún torturas, pero en cambio nadie puede creer en la *sinceridad* del implicado. Bueno, eso es en la gente que *no* conoce a Padilla. Ahora bien, yo que lo conozco, *tampoco* creo. Aquí, desde lejos, no sé por qué tengo la impresión de que Heberto ha hecho esas declaraciones con la secreta intención de que en el exterior sean tomadas como confesión obligada, como autocrítica obtenida a base de presiones. Sus actuales opiniones pueden ser simplemente otro capítulo de gran maniobra promocional. Quizá yo sea de los pocos que puede aquilatar cuánto hay de verdad en la mierda que se tira encima y en la que desparra, pero lo sospechoso es el tono, y ese tono NO ME GUSTA. ¿No puede ser posible que Padilla esté jugando este nuevo juego? Es un personaje tan ambiguo, tan retorcido, tan inasible, que encaja mucho mejor en una novela de Dostoievsky que en la actual realidad de Cuba.

El panorama que se avecina es sombrío: «Es claro que, por un tiempo, la cosa va a estar difícil en el ambiente cultural exterior». Comenta que, según le contó Schmucler, la reunión que fue convocada en París para enviar el cable dirigido a Fidel terminó en batalla campal. «Parece confirmarse que, pese a todo, la actitud más amistosa para Cuba fue la de Cortázar, que



Carné de acceso al comedor:
«Es preferible comer diariamente macarela»



Con José María Arguedas en una de las primeras actividades públicas del CIL, 1968



Con Roberto Fernández Retamar
y Mariano Rodríguez, 1978



Mario y Luz (segunda de derecha a izquierda) con las «chicas» de la Casa: Lesbia Vent Dumois, Trinidad Pérez, Genoveva Daniel, Silvia Gil, Chiki Salsamendi y Marta Terry (cuclillas), 1972



Con Marcia Leiseca, 1995



Benedetti habla en nombre de los galardonados con la medalla Haydee Santamaría. Palacio de la Revolución, 1989

luchó hasta el final para que no se aprobara un texto tremendamente agresivo que habían preparado Goytisolo y los suyos». Y añade: «Eso no disculpa a Julio (ya que no tenía que haber firmado nada) pero de todos modos conviene detectar los *matices* (diría Mariano)» (carta «a todos», 5 de mayo de 1971).

Para finales de mayo, Benedetti está más sosegado con lo que entonces puede definir como Operación Limpieza. Ya han aparecido el artículo de Walsh «Ofuscaciones, equívocos y fantasías en el mal llamado caso Padilla», que le parece «realmente bueno», le sorprende el silencio de

algunos «que firmaron el primer documento pero no el segundo», y advierte que Rama, si bien «está muy *erizado* con el asunto Padilla [...] por lo menos no firmó los manifiestos europeos, pese a que Goytisolo le envió un cable solicitándole expresamente su adhesión». Además, para entonces él mismo ha concluido su artículo «Las prioridades del escritor» que aparecerá en *Marcha* y en *Casa*, en el que deja clara su posición respecto a los firmantes de la segunda carta de intelectuales latinoamericanos y europeos dirigida al entonces Primer Ministro Fidel Castro: «Creo que ha llegado el momento de que los 62 se vayan

de a poco convenciendo de algo que [...] ya se ha hecho carne en la gran mayoría de los escritores: *se acabó la diversión*».³⁴

En medio de las tensiones las cartas se espacian pero el tema sigue presente. A Retamar, el 30 de junio, le pregunta qué le pareció el poema de Cortázar «Policrítica en tiempo de chacales» (sic) y adelanta su opinión: «Sigo pensando que Julio es un tipo de buena materia humana, aunque de una ingenuidad política que a veces causa vértigo. La Policrítica es, más que un poema político, un poema de amor (con las correspondientes cuotas de enamoramiento, felicidad, desengaño, reproche y arrepentimiento)».³⁵ Comenta las intervenciones de Rama («en el peor estilo del liberalismo pudibundo que puedas imaginar», y luego: «estuvo solo 12 días [en Montevideo], pero le alcanzó para desparramar bastante mierda, como no»), Marta Traba («Más caca, imposible») y Viñas («una posición intermedia [que] no se puede poner en el mismo nivel que todas las otras reacciones asquerosas, pero de todos modos yo esperaba otra *actitud* de Viñas»). El momento coincide con el concurso para ocupar la plaza vacante como Director del Departamento de Literatura Iberoamericana de la Facultad de Humanidades dejada por Rama al irse a Puerto Rico. Benedetti opta por ella

34 «Las prioridades del escritor», en *Marcha*, No. 1546, 4 de junio 1971, p. 29, y *Casa de las Américas* No. 68, 1971, pp. 78.

35 El 22 de julio Retamar le da su opinión sobre el poema de Cortázar: «Es indudablemente honesto, como él, aunque lleno de reticencias: la autocrítica de un liberal que muere en su ley». Y un mes más tarde le confirma el envío del número 67 de *Casa*, con «el poema de Julio, que ratifica que aunque de política no sabe mucho, es gente honesta y limpia» (carta 21 de agosto).

pero para eso «necesito que me envíen una carta o certificado en que se deje constancia de que organicé y dirigí (desde enero de 1968 a febrero de 1971) el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas, dejando expresado, si es posible, los trabajos y publicaciones que llevó a cabo el CIL durante ese período». Añade que «[c]omo no tengo título universitario de ninguna índole, opinan los estudiantes que ese sería (aparte de mi labor de crítico de literatura latinoamericana) uno de los méritos más importantes que podría exhibir».³⁶ Pregunta, finalmente, por las modificaciones en los planes editoriales, especialmente los del CIL, «que como ustedes saben es mi aurícula izquierda». Y termina con un sorprendente grito: «Póooooooooonganme al día, carajooooooooo».

Son tiempos turbulentos en Uruguay y Benedetti participa activamente en la vida política, pero en noviembre del 73 se ve obligado a marcharse a Buenos Aires, donde dirigirá la colección de literatura hispanoamericana de *Crisis*. No deja, sin embargo, de regresar a Cuba, sobre todo con motivo del Premio, del que volvería a ser jurado de novela en 1974. Meses después de ese viaje le escribe a Retamar en tono de jocosos reproche, tras la publicación de *Persona non grata*: «Hace siglos que no tengo noticias de ustedes. La única esperanza es que Jorge Edwards publique un segundo tomo, así me entero de lo que re-almamente pasa en esa tierra de promisión; en todo caso, ponete un micrófono en la corbata, y que me manden la grabación» (28 de mayo de 1974).

36 «En Cuba», le dijo a Hugo Alfaro, «se dio la aparente incongruencia de que siendo allá tan político todo, pude trabajar en literatura latinoamericana como nunca en mi vida, antes ni después». Ob. cit., p. 141.

Aunque la correspondencia adquiere otro ritmo, en las cartas que siguen no deja de preguntar por el CIL y las Valoraciones, de las que se siente responsable –incluso desde su exilio– ante otros escritores: «El otro día estuve con Roa Bastos y me preguntó por su Valoración múltiple. Yo le di algunas respuestas distraídas, pero me temo que no lo hayan conformado» (carta a Retamar, 17 de julio de 1974).³⁷ Asimismo pide apoyo y firmas para nueve prisioneros políticos uruguayos particularmente castigados, entre ellos Mauricio Rosencof. «También enviaremos cartas a Europa con ese mismo fin, a ver si los Grandes Intelectuales que movieron cielo y tierra por un Padilla que estuvo un mes detenido y salió sin un rasguño», comenta, «hacen ahora algo por otro *colega* (ya que pedirles que se muevan por alguien que no sea escritor, es reclamar peras del olmo), de excelente nivel literario (o sea que sus escozores artísticos pueden quedar tranquilos), que está preso desde hace tres años y que ha sido bárbaramente torturado» (carta a Beba, 12 de agosto de 1974).

Una segunda parada de su exilio lo lleva a Lima, después de que la Triple A le diera a él y a otros compañeros cuarenta y ocho horas para abandonar Argentina. «Luz quedó esta vez más afectada que de costumbre [...], porque, claro, los problemas, las separaciones y los exilios se acumulan, y cada vez se van deteriorando un poco más las energías y la paciencia» (a Beba, 16 de mayo de 1975). La tranquilidad, sin embargo, duró poco. A finales de agosto fue invitado por el gobierno peruano, a través del ministro del

interior, a abandonar el país, con el falso pretexto de que enviaba cables y escribía artículos contra el gobierno peruano. Una carta suya a Francisco Moncloa, editorialista del periódico *Expreso* en el que Mario tenía una columna, daba exhaustiva versión de los acontecimientos. La urgencia de salir lo obligó a regresar a Buenos Aires, donde su vida corría peligro. Una posterior rectificación de las nuevas autoridades peruanas le permitió regresar a ese país, pero la situación continuaba siendo incierta, de manera que la propuesta de Retamar no se hace esperar: «Chico: acaben de liar sus matules, y vénganse a esta tierrita donde hay bastantes probabilidades de que no los van a amenazar de muerte (aunque quizá sí de vida), ni los van a desterrar con metáforas (aunque quizá sí a enterrar con metáforas). Y donde los queremos mucho, sobre todo cuatro veces al año: en primavera, en verano, en otoño y en invierno» (2 de octubre de 1975). Todavía permanecería unos meses en Lima cuando, dos semanas después de aquella carta, Cortázar, creyéndolo en La Habana, le dice a Retamar: «dame noticias de Mario Benedetti. He estado muy inquieto desde que supe de su partida del Perú, y mis informaciones no son acaso las buenas. Me dicen que está con ustedes, cosa que deseo de todo corazón. Mario es uno de los hombres más valiosos de nuestro continente y por tanto siempre en peligro».³⁸

Para marzo de 1976 la situación es insostenible, y el día 19 Benedetti escribe a la Casa –aprovechando el regreso a La Habana de Onelio Jorge Cardoso, entonces Consejero Cultural en Lima– diciendo que tendrá que dejar Perú y le es imposible regresar a Argentina. Pregunta,

37 Finalmente la *Valoración múltiple* de Roa Bastos, preparada por Alain Sicard, apareció en 2007.

38 *Casa de las Americas*, Nos.145-146, 1984, p. 164.

entonces, si él y Luz pueden irse a Cuba. La respuesta de Haydee Santamaría fue instantánea: el día 22 le envió un cable vía Prensa Latina: «Favor informar Mario Benedetti deben tomar vuelo Aeroflot mañana martes. Pasajes [...] situados en Cubana».³⁹ Comienza así un período de cuatro años más en Cuba, como asesor del CIL y miembro, nuevamente, del Consejo de Dirección de la Casa. Un año antes de ese regreso, la Casa publicó *El cumpleaños de Juan Ángel* (1975), y en el propio 1976 aparecieron *Un siglo del relato latinoamericano*, con prólogo suyo y selección tanto de él como de Antonio Benítez Rojo, y una *Valoración múltiple* dedicada a él, compilada y prologada por Ambrosio Fornet. Fruto ya de su nueva etapa de trabajo en Cuba, Benedetti prepara los volúmenes *Poesía trunca* (1977), que incluye a casi una treintena de poetas latinoamericanos «que dieron sus vidas por la causa revolucionaria», y *Jóvenes de esta América* (1978), una selección en que se cruzan discursos, ensayos, relatos, poemas y letras de canciones, publicada con motivo de la celebración en La Habana del XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. En 1980 aparecerán otros cuatro títulos relacionados con él, incluidos una recopilación de *Todos los cuentos* suyos, y una selección de *Poesía* de Roque Dalton. En esa época, además, escribe la obra teatral *Pedro y el capitán* y el poemario *La casa y el ladrillo*, y participa en el ciclo «Martí y su mundo», transmitido por la televisión cubana.

Cuba sigue siendo centro de una agitada actividad cultural, y Benedetti participa en ella,

39 El 23 Prensa Latina responde que no llegaron los pasajes y que Benedetti viajará solo el sábado siguiente en el vuelo de Cubana de Aviación.

así como en congresos y encuentros dentro y fuera del país. Las cartas de ese período a la institución responden a una estancia de casi dos meses en Europa, aprovechando una invitación al Encuentro Internacional de Escritores en Varna (Bulgaria), en junio de 1977, que incluyó un breve paso por España (cuyo cambio más notorio es, según cuenta, haber escuchado la Internacional por altavoces en la Gran Vía), seguido del Encuentro búlgaro, de tres semanas en Moscú, Kiev y Leningrado, y de unos días en París. Al Encuentro asistieron Camilo José Cela, Luis Goytisolo, Ana María Matute, William Saroyan, Gore Vidal, Rulfo, César Rengifo, Evtuchenko, Antonio Cisneros, y «más de un centenar de “próceres de la cultura”», además de los cubanos Nicolás Guillén y José Antonio Portuondo. Da cuenta de la experiencia y de su papel allí: «El primer día fue muy suave: no se mencionó la palabra imperialismo. Yo fui el primero que hablé de la lucha de clases: después el clima se fue poniendo calentito. Los chipriotas, griegos y turcos, así como el único representante palestino, me parecieron lo más latinoamericano de estas viejas comarcas». En los envíos de esos días no oculta su fascinación con el alfabeto cirílico, que lo lleva a escribir una posdata inevitable: «El ejemplar [que les envío] de *La tregua* en búlgaro es para que me lo guarden. Quiero revisarle las erratas». Por supuesto que no desaprovecha ocasiones para intentar que algunos de sus interlocutores viajen a Cuba: «hablé bastante con Rulfo y parecería dispuesto a ir como jurado este año o el próximo; claro que con él nunca se está totalmente seguro» (postal a Trini[dad Pérez], 16 de junio de 1977). Dos años más tarde coincide en San José de Costa Rica, después de mucho tiempo, con Cortázar y su esposa Carol: «Julio

está encantado con la invitación para inaugurar el Premio» (carta a Retamar, 7 de noviembre de 1979). En efecto, el argentino pronunció el discurso inaugural del Premio de 1980, arrancando con una humorada (un mini-drama de Don Ramón de Campoamor, mal poeta con «un sentido del humor que a veces les falta a muchos buenos poetas») que no dejaba de ser elocuente: «*Pasan veinte años. Vuelve él / y al verse exclaman él y ella: ¡-¡Santo Dios! ¿Y este es aquel? / -¡Dios mío! ¿Y esta es aquella?*».

Al hacer un balance de su tiempo en Cuba, Benedetti afirmó que para él fue muy importante no solo haber trabajado en la Casa durante siete años en total, sino también haber formado parte de su Consejo de Dirección, primero como miembro integrado, y luego como miembro itinerante. La Casa de las Américas es algo así como el Ministerio de Relaciones Culturales de Cuba, decía, y lo más atractivo para él era ese trabajo «volcado a lo latinoamericano, buscando vincular a esos perfectos desconocidos entre sí que son, en su gran mayoría, los intelectuales de la patria grande... pero bastante ajena». ⁴⁰ Aclaraba entonces que ni él ni Manuel Galich, los únicos no cubanos en ese Consejo, estaban allí de forma decorativa, sino que su presencia era realmente útil. «El bloqueo cultural que Cuba sufría generaba un autobloqueo interno que inducía a cometer explicable errores. De pronto se iba a tomar una resolución que yo sabía no era la más adecuada para América Latina». Y añadía: «En lo cubano, ellos sabían mucho más que yo; pero en cuanto a la América Latina yo sabía no mucho, pero un poco más. Discutíamos bastante. Y como por encima de todo estaba el propósito de servir, de

40 Hugo Alfaro, p. 144.

ser útil, la discusión era siempre fraterna». Benedetti recordó una carta que Haydee la mandó a Montevideo donde le decía que «en el Consejo añoraban mis discusiones, mis desacuerdos. Les gustaba una impugnación constructiva». ⁴¹

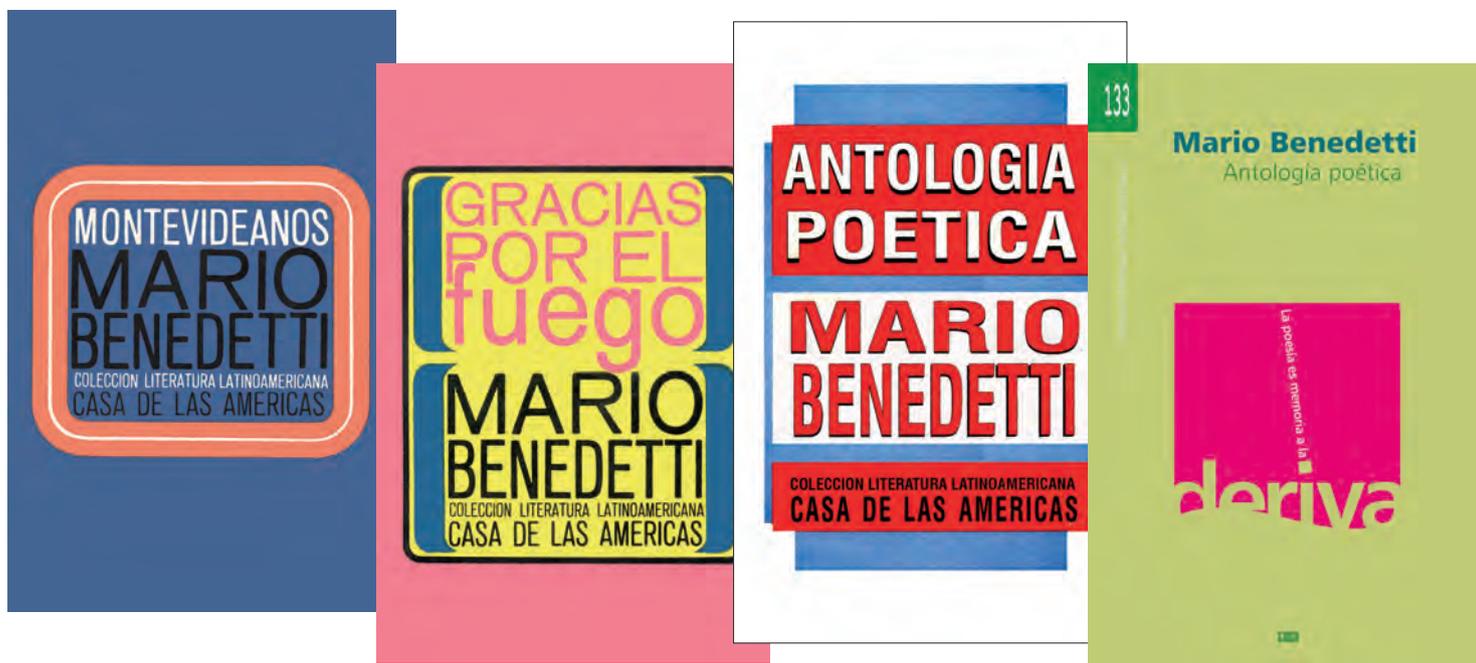
Pero esa nueva estancia de Benedetti en la Isla, buena parte de la cual la pasó sin Luz, no fue un período fácil. En esos cuatro años en Alamar, con pocos amigos e intelectuales cerca, lejos de la ciudad y dependiente de un transporte público que lo obligaba a gastar cada día horas en ir y volver de su casa a la oficina, con el añadido de sentir que defender la causa uruguaya en Cuba era como predicar entre conversos, «Mario habrá de sentirse más solo que nunca antes en su vida [...]. Son tiempos de soledad y de tristeza». ⁴² Cuando anunció en la Casa que quería irse acercando a Uruguay, aunque fuera por etapas y a través de medios de comunicación ágiles y eficientes, la respuesta de Haydee fue inequívoca: «Lo entiendo perfectamente. Vete, Mario». ⁴³

En julio de 1980 Benedetti está instalado en Palma de Mallorca cuando recibe la noticia del suicidio de Haydee. Fue un duro golpe. Al evocarla, años después, recordará que ella «enriqueció mi vida cuando trabajábamos juntos», y «[e]n las conversaciones con que matizábamos el trabajo [...] habrían de madurar (al amparo de Martí, a quien ambos admirábamos) mis opiniones sobre el papel del escritor y el artista latinoamericanos ante su pueblo y ante sí mismos. Ella lo tenía bien claro, e irradiaba esa claridad. Haydée fue una

41 Ibid., 145.

42 Mario Paoletti, pp. 205-206.

43 Ibid., 219.



amiga inolvidable». ⁴⁴ No es casual que haya sido él la persona seleccionada en 1989 por la Casa de las Américas para agradecer, en nombre de los galardonados, la medalla Haydee Santamaría en su primera entrega.

Aunque en los años que siguen la comunicación se va haciendo más esporádica, Mario no cesa de escribir y de enviar recortes de prensa. A la vez, continúa siendo un embajador de la Casa donde quiera que se encuentre. Sirve de coordinador y como enlace en España, por ejemplo, para el Encuentro de Intelectuales que esta institución convocó en 1981, aunque se queje de la escasa información que recibe: la gente me pregunta «y yo voy quedando a veces como un estúpido y otras veces como uno que entró en desgracia» (carta a RFR, 31 de julio de 81). No

pierde, sin embargo, su humor habitual, que aflora con frecuencia y que se mantiene más de una década después, como al contar su participación en la película de Eliseo Subiela *El lado oscuro del corazón*. Por una parte, dice, en ella aparecen constantemente poemas suyos y de Gelman; por otra, tiene una breve participación como actor: «en una cabaret más bien miserable de Montevideo, hago el papel de un capitán de un barco mercante alemán, que se acerca primero a una prostituta y luego a otra, para decirles un poema mío (“Corazón coraza”) ¡pero en alemán! La idea de Subiela me pareció tan delirante, que por eso la acepté». Cuenta que la película ha tenido un gran éxito en Argentina y que en la laudable crítica que ha acompañado el estreno, «hasta hay párrafos de elogio para mi genial intervención. Como en los Estados Unidos no me dan visa, he resuelto no aceptar las seguras propuestas que

44 Hugo Alfaro, pp. 64 y 65.

me llegarán desde Hollywood, pero en cambio estudiaré las que vengan de Cinecittá» (carta a RFR, 11 de julio de 1992).

Su lealtad a Cuba le ganó adversarios y lo involucró en notorias polémicas, como la que sostuvo con su tocayo y viejo amigo Mario Vargas Llosa entre abril y junio de 1984 en las páginas de *El País*. Fue esa misma lealtad la que lo empujó a escribir en octubre de ese año –fatigado de reproches que se reiteraban– su «Cansancio y adiós», con el cual se despidió de su columna en dicho periódico. El hecho es que la situación cubana no dejaba de causarle desvelos en un medio intelectual y periodístico mayormente hostil, aunque en España encontró también admiradores, estudiosos y reconocimientos a su trayectoria. Todavía en 1993, ya en Montevideo, tuvo una fuerte disputa con Hugo Alfaro, en parte

sobre el tema cubano, que lo llevó a renunciar al Consejo Editor de *Brecha*.

Las invitaciones de la Casa, entre tanto, se reiteraban y los viajes a la Isla no se detuvieron pese a que a partir de los años ochenta Benedetti comenzó a vivir abrumado de compromisos: viajes a los más disímiles destinos, intervenciones públicas, entrevistas y la escritura de su propia obra, que continuaba llevando adelante. Con frecuencia esas estancias cubanas –que incluían lo mismo participaciones activas en los Encuentros de Intelectuales organizados por la Casa o la presencia como observador invitado al Premio Literario, que la presidencia del jurado del Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana– eran aprovechadas para realizar presentaciones de libros y multitudinarios recitales de poesía ante nuevos admiradores, el último de

Recital de poesía en la Universidad de La Habana, 1989



los cuales tuvo lugar en 1995, si bien regresaría a la Casa una vez más. Cuando, muchos años antes, el Consejo de Estado de la República de Cuba le otorgó la Orden Félix Varela, la distinción cultural más alta que entrega el país, Benedetti le envió una carta de agradecimiento al presidente Fidel Castro en que afirmaba que ese era «el galardón máspreciado de mi carrera de escritor» (20 de octubre de 1982). Casi una década más tarde –durante un incómodo trance– evocaría aquella ocasión:

Hace unas semanas, cuando Alberti estaba en La Habana y recibió la Orden José Martí, di una conferencia en Canarias, y cuando llegó el turno de preguntas, un periodista «independiente» me interpeló en estos términos: «Usted se habrá enterado de que el poeta Rafael Alberti fue condecorado en La Habana por el criminal dictador de Cuba, Fidel Castro. Si se diera la ocasión, ¿aceptaría usted una condecoración otorgada por Castro?». Le respondí: «Lamento decepcionarlo, pero ya se ha dado la ocasión y la he aceptado gustosamente». Inesperadamente, la sala estalló en aplausos y el periodista «independiente» se retiró con la cola entre las patas (carta a RFR, 10 de agosto de 1991).

Unos versos del poema «Habanera» –aquel que Benedetti escribiera tras su primer viaje a Cuba en 1966– planteaban un dilema esencial en la relación de los intelectuales con la Revolución; dilema que tensionó toda una época y del cual él mismo fue uno de los protagonistas y teóricos:

*Juan Goytisolo lo escribió una vez
y me dejó un semestre hablando solo*

*hay una paradoja en esta época
(y no es de las menores)
que nosotros
artistas
peleemos por un mundo que acaso nos resulta
inhabitable*

*tiene razón
la paradoja existe*

Sin embargo, de inmediato el sujeto lírico se posiciona ante tal paradoja y la resuelve: «este es el mundo por el que peleamos», expresa, «y a mí no me resulta / inhabitable».

Por habitar ese mundo Mario Benedetti entregó inteligencia, pasión y años de su vida a la Casa de las Américas, cuya deuda con él es perenne. **C**

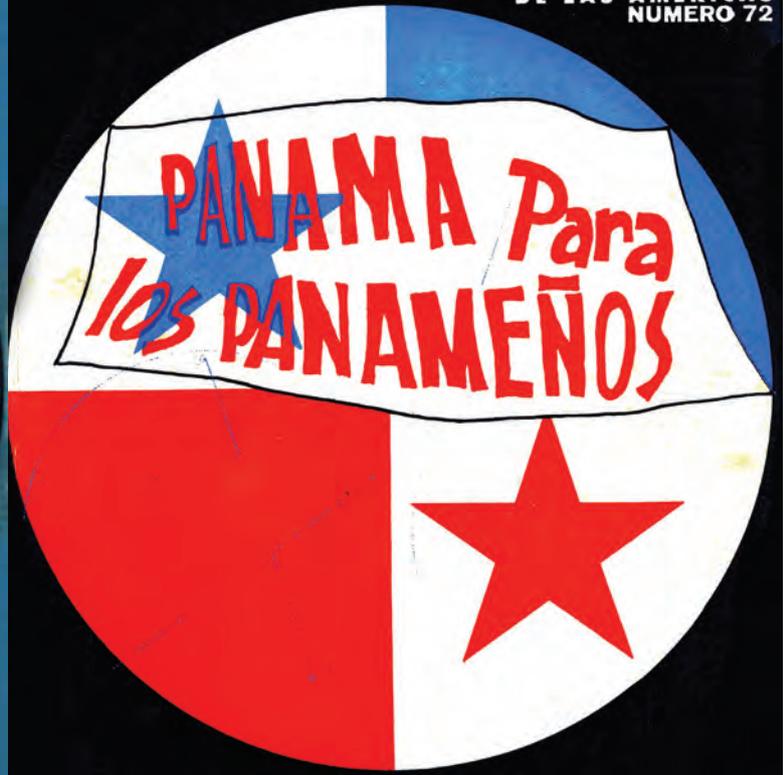
casa NUMERO 70
DE LAS AMERICAS

**viva
puerto rico
libre**



casa
DE LAS AMERICAS
NUMERO 72

**PANAMA Para
los PANAMEÑOS**



casa 211
de las américas

ABRIL-JUNIO DE 1998



JAMISÓN: *El marxismo realmente existente*
Páginas salvadas de/sobre OCTAVIO PAZ
Del Coloquio Internacional
Los 98: *historia de un siglo*

casa

de las Américas 252
julio-septiembre / 2009

PRESENCIA CHICANA

Páginas salvadas
de JOSEPHINE HERBST

MARTÍ I CORREJER



AURELIO ALONSO

De los árboles y el bosque

Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la Presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyen a nombrarlo y sacarle victorioso.

JOSÉ MARTÍ, «Cartas de Martí. Historia de la caída del Partido Republicano en los Estados Unidos», en *La Nación*, 9 de mayo de 1885

Si a la sabiduría de una máxima me gusta acudir de manera recurrente, por lo acertado de la metáfora, es aquella de que «a veces los árboles no nos dejan ver el bosque». Ese pensamiento contiene la crítica a una tendencia que con mucha frecuencia dificulta la plena comprensión de los procesos en cualquier área del conocimiento, especialmente cuando se trata de lo social. Confieso que la importancia de no perder de vista una percepción del «bosque» en lo referente a la coyuntura de la elección presidencial de 2020 en los Estados Unidos se ha convertido para mí en una inquietud perturbadora, debido a la turbulencia que tiende a dejarnos la mirada fijada en los «árboles». Por tal motivo no excluyo que alguien considere estas reflexiones matizadas en exceso por mi inquietud, aun sí guardo pocas dudas de su objetividad.

A primera vista se nos revela que las presidenciales en los Estados Unidos son esta vez decisivas –definitorias quizá– para el rumbo futuro del sistema político estadounidense y, consecuentemente, para las correlaciones que prevalecerán en el porvenir del sistema-mundo. Puede tener razón Donald Trump –en esto al menos– cuando afirmaba que se trata de las más importantes de la historia de los Estados Unidos desde las que llevaron a la presidencia a Abraham Lincoln. Tal vez más importantes aun, me atrevo a decir, por el peso específico que la segunda mitad del pasado siglo permitió alcanzar al gigante norteamericano en el cuadro del poder mundial. El sostén material suficiente que reclamaba la geopolítica moderna para plantearse una dominación total. En esta ocasión el elector va a escoger entre el abismo anunciado y la tabla de salvación que pugna por hacerse visible.

En una entrevista reciente, Noam Chomsky caracterizó con un mínimo de palabras la gravedad del momento histórico al subrayar que «combina la amenaza de una guerra nuclear, la catástrofe ecológica, la pandemia y la destrucción de la democracia».¹ No se trata de meras preveniones sino de los problemas que contextualizan una realidad, ineludibles en el diagnóstico de la coyuntura que nos ha tocado vivir.

El sueño germano de dominación total, frustrado por la derrota del nazismo, aparece redimensionado de este lado del Atlántico, inoculado como un virus en la hoy casi imposible democracia estadounidense, irreconocible en aquella que idealizó, y llamaba a imitar, siglo y medio

1 En reportaje de María Daniela Yaccar sobre una conferencia virtual de Noam Chomsky en la Internacional Progresista, el 22 de septiembre de 2020.

atrás, el jurista francés Alexis de Tocqueville.² De hecho, lo primero que nos obliga a distinguir diferencias entre ese poder actual, signado por la totalidad, y el episodio que le antecedió en el mapa europeo que Hitler intentó imponer, lo descubrimos en lo que el diseño imperial de hoy ha logrado ya de real, de articulado, de impune, y esperemos que todavía no de irreversible. Anoto como especificidad que el Tercer Reich fue el iniciador de la aplicación práctica, en el curso ascendente de la guerra, de las doctrinas keynesianas en su expansión armamentista –como aprecia con razón Perry Anderson– mientras los Estados Unidos, entonces bajo la doctrina del *New Deal*, demoraron en descubrir el keynesianismo militar, aunque enseguida Washington cosecharía más beneficios de él que todos sus aliados.³

Llama la atención que, en su discurso de despedida de la presidencia, Dwight Eisenhower advirtió sobre los peligros del complejo militar industrial, cuando no imaginaba que veinte años después el modelo neoliberal lo tendría en el centro de su estrategia global. Si la voracidad de poder del Tercer Reich fue contenida por la oposición de las armas, en el escenario de hoy se hace imprescindible hallar, frente al nuevo entramado imperial, el algoritmo político eficaz, a

2 *La democracia en América*, de Alexis de Tocqueville, publicada originalmente en Francia en 1835, fue el primer estudio integral sobre el sistema político nacido de la independencia de las trece colonias de Norteamérica, y al año había sido traducido a trece idiomas. De Tocqueville había sido enviado por el gobierno revolucionario de 1830 para estudiar el sistema carcelario adoptado en la república americana.

3 Perry Anderson: *Democracia y socialismo: la lucha democrática desde una perspectiva socialista*, Buenos Aires, Editorial Tierra el Fuego, 1988.

riesgo de que el torbellino bélico en que mantiene sumergido al mundo desemboque en la extinción misma de la humanidad.

Para Trump (para su «equipo», para los intereses que le respaldan) su victoria en estas presidenciales significa la credencial para consumir una ilegítima e imprudente dominación del planeta que excede del todo a la nación a la que toca elegirlo. Aunque esa distorsión de pensarse destinados al dominio planetario se haya logrado inocular en el ideario del país. Otra victoria de Trump parecería imposible si nos guiamos por los antecedentes de arbitrariedades exhibidos en su primer mandato, cargado de decisiones disparatadas contra las mayorías más vulnerables de su país y de la Tierra, de mentiras y falsedades reconocidas, de muestras groseras de misoginia, etnofobia y racismo. Paradójicamente no lo es, pues le favorecen la concepción y la estructura del sistema, las malformaciones acumuladas para perpetuarse, y las vacilaciones, las ficciones, los fantasmas, y la secular miopía ideológica acunadas en el imaginario político norteamericano, tecnológicamente fortalecidas por una modernidad privilegiada, que germinan en un conservadurismo crónico. Lo cierto es que, amparado en el reclamo *America first!*, en que se enmascara la verdad «*dollar first*», se ha fijado un perfil de liderazgo carismático de extrema derecha, con un discurso cuyo éxito hubiera sido poco creíble cuatro décadas atrás. Cierta efecto de fascinación, valorable cuando un líder expresa los objetivos del bien común, adquiere un significado opuesto –y hasta antagónico y destructivo– cuando responde a doctrinas, proyectos y/o intereses elitistas de poder.

A pesar de las dudas que pueda despertar todavía en el electorado de los Estados Unidos,

inducido sin tregua a desempeñarse en un entorno alucinado, el verdadero equilibrio del sistema-mundo, e incluso el bienestar debidamente proporcionado que corresponde dentro de él a la nación norteamericana, están condicionados –en los próximos cuatro años– por la posibilidad de que el opositor demócrata sea llevado mediante el voto a la Casa Blanca. Eso, en la medida en que se logre evitar que el comportamiento del electorado resulte contradictorio con sus propios intereses como pueblo. Parece una realidad incuestionable que, desde una posición o desde la opuesta, las urnas programadas para noviembre de 2020 se muestren definitivas más allá del plazo inmediato del mandato elegido.

O se corta ahora la pernicioso dinámica de poder que ha prevalecido en las últimas cuatro décadas, alcanzando rasgos totalitarios⁴ cuyos efectos ya reproducen en medida no despreciable los que caracterizaron al fascismo, o esas incongruencias que descomponen al sistema democrático estadounidense acabarán por conducirlo a un autoritarismo sin fronteras. Como se avizora desde ahora, una perpetuación *sine die* de desigualdades extremas, una cerrada fidelidad de la política a los intereses de los consorcios líderes y a unas elites blindadas por su descomunal riqueza, el rechazo de los consensos discordantes en los organismos internacionales, la impunidad de los poderosos, los «embargos»

4 Utilizo el concepto con el mismo sentido que le diera Hannah Arendt en su ensayo *Los orígenes del totalitarismo* (1948). La autora no vivió lo suficiente para percatarse de la deformación política que describió en modelos autoritarios de la primera mitad del siglo, enraizada en la segunda –en su más acabada expresión– en esquemas que se pretenden democráticos con evidente extemporaneidad.

genocidas, las guerras de saqueo, la santificación del terrorismo y todas las maneras de relacionarse que Wáshington presume de combatir en su fementida retórica política. En ningún lugar como allí y en ningún momento como ahora el concepto de democracia se ha pervertido tanto.

Ese mundo macabro de desigualdades, desolación y violencia sin límite que trasmite a veces el cine comercial –en el cual las minorías privilegiadas se verían sitiadas, forzadas a defenderse de hordas vandálicas– prefigura el escenario social al cual parecen empujar las fuerzas rectoras del capitalismo a escala mundial. En el reto de evitar este desastre sin límites, corresponde al pueblo norteamericano un papel esencial, y noviembre de 2020 podría significar lo que los pilotos llaman el *point of no return*.

El bipartidismo en clave neoliberal

Creo indispensable –sin extenderme en el debate historiográfico– que recordemos que la curva del crecimiento imperial norteamericano en el siglo xx homologó a los dos grandes partidos políticos en lo esencial de su orientación, relativizando las diferencias entre demócratas y republicanos. Pienso, sin embargo, que hoy esa homologación da señales de pérdida de sentido, y la idea de que entre uno y otro partido no hay diferencias de consideración merecería ser revisada con rigor.

Inicialmente, la expansión de los complejos financiero-industriales en la economía estadounidense durante la segunda postguerra⁵ obligaba

5 En una apreciación apretada diría yo que al complejo energético pionero (las «siete hermanas») que marcó las dinámicas de acumulación y concentración monopólica del capital en el mundo desde finales del siglo xix, seguido del acero y el complejo automotriz, se sumó el de

a ambos partidos a amoldarse, más allá de la alternancia, para traducir las presiones de los gigantes del capital cuyo camino allanó la ventaja competitiva de no haber sido tocados por la destrucción ocasionada por la guerra. El derrame de «poder adquisitivo», condenado otrora por corruptor, se volvía un componente orgánico de la práctica política.

Este proceso (y la confrontación Este / Oeste que le sirvió de escenario) experimentó un giro sustantivo localizable a partir de 1980, tras el acceso republicano de Ronald Reagan a la presidencia, y la adopción, conjuntamente con Margaret Thatcher, en Gran Bretaña (la verdadera arquitecta), de lo que se bautizó como globalización neoliberal. Fue, como sabemos, la política que se implantaba a partir de entonces –sacada de un cajón monetarista austriaco desechado desde los años cuarenta⁶ en sustitución

armamentos, alimentado por la Segunda Guerra Mundial y en estrecha relación con los que le antecedieron. En la segunda mitad del xx y hasta nuestros días, considero que hay que añadir a estos gigantes la potente industria farmacéutica con su incidencia en la mercantilización de la salud, el complejo financiero informático, que marca emblemáticamente el cambio de siglo, y el de los circuitos financieros subterráneos encabezados por el tráfico de drogas, los cuales aportan al movimiento de capital en su conjunto los beneficios del secreto bancario y la informalidad. La interacción entre todos estos empoderamientos en la economía norteamericana y, a partir de ella, en el sistema-mundo, han hecho de la corrupción una norma, una condición *sine qua non* legitimada en el sistema político por canales supuestamente democráticos.

6 La propuesta monetarista elaborada por Friedrich von Hayek en confrontación abierta con John M. Keynes entre los treinta y los cuarenta, desestimada como modelo durante unas cuatro décadas, en las que se mantuvo solo en el plano académico, especialmente en la Universidad

del modelo capitalista keynesiano hasta entonces aplicado. Como se conoce, el keynesianismo concibe como necesario el equilibrio de las ganancias con un nivel de gasto social que asegure sostenibilidad al sistema.⁷ La implantación del modelo neoliberal se sostiene en la filosofía de impulsar, al contrario, el crecimiento económico sin reparo del aumento de la desigualdad y de la pobreza, tanto en las economías nacionales como en el esquema de poder mundial. Y más allá de la economía, con costos indisimulables para la democracia y hasta para la subsistencia misma del planeta.

Podemos recordar que, en sintonía con la consigna «*There is no alternative*» que Thatcher

de Chicago, donde Hayek se instaló durante varios años antes de regresar a Europa en 1962. En Chicago, Milton Friedman se convirtió en el principal exponente del rescate de esta teoría, que sirvió de base «exitosa» en Chile al modelo aplicado por los «Chicago Boys». Este grupo de economistas formados por Friedman llevó la propuesta del modelo a Pinochet con posterioridad al golpe de 1973; creció la economía, se fortaleció la oligarquía, y fue sumido el país en el pantano de desigualdades del que no se ha podido reponer.

⁷ En el ascenso de la popularidad de Reagan, que no pocos atribuyen a su historia como actor de cine del Oeste, hay que tener en cuenta el peso específico del voto de amplios sectores evangélicos de inclinación fundamentalista, liderados por el predicador Jerry Falwell, que inició así una asociación política recurrente con las posiciones más conservadoras. Bajo su auspicio se creó en 1981 el Instituto de Religión y Democracia, vinculado a la política del Partido Republicano. Merece tomarse en cuenta por marcar conexiones que se hacen notar desde los ochenta en los Estados Unidos y hoy también vemos en la América Latina. Bush (padre) aprobó una legislación que debía velar por la libertad religiosa más allá de sus fronteras y una Comisión sobre la Libertad Religiosa Internacional con la tarea de monitorear, evaluar y penalizar las violaciones.

convirtió en la bandera de las potencias europeas, Reagan clamó desde entonces «¡América primero!», como hoy hace Trump para encubrir con aliento patriótico esta iniciativa que, en el fondo, respondía y responde a fuerzas socio-económicas encumbradas por la acumulación capitalista, y al Estado de la Unión como centro de ese señoreo mundial.

¿Qué significaba en el fondo el llamado que la Dama de hierro repetía tanto, y que se popularizó por sus siglas como «el TINA», en todo el mundo, ya fuera para alinearse a él o para censurarlo? El propósito de los protagonistas era entronizar desde entonces como principio universal la fórmula «menos gobierno y más libertad, igual a felicidad», espejismo que pujaba para consagrar el dominio total de lo privado sobre lo público, de la lógica del capital sobre el bien común. Y con una correspondencia entre la trama interna en los centros de poder y sus relaciones internacionales, la cual tiende a subvertir, peligrosamente, el sentido de lo bilateral. Los poderosos no escuchan, no negocian, no rectifican; solo imponen, exigen, sancionan, según la escala de valores diseñada a la medida de los intereses dominantes. Más que un blasón que justifique el orgullo del pueblo estadounidense, el clamor «*America first!*» parece acomodar un reclamo del inquilino de la Casa Blanca del lugar que considera les toca en este nuevo reparto del mundo.

Creo que fue a principios de los noventa que la crítica de los efectos de aquel cambio generalizó el uso del término «capitalismo salvaje»,⁸

⁸ Trae a mi memoria las palabras del papa Juan Pablo II en la Asamblea General de Naciones Unidas, en 1995, a partir de la cual el término se volvió una referencia recurrente en su discurso social.

tan funcional para desmarcarse del compromiso neoliberal, cuando los daños comenzaron a hacerse patentes, sin renunciar al predominio de las estructuras del capital, las instituciones políticas que lo apuntalan y una definición de relaciones internacionales que les sean afines. Una adjetivación en principio aceptable, pero que no responde en rigor a la complejidad del fenómeno adjetivado: necesaria pero no suficiente, diríase en estos casos.

No paso por alto que el decenio de Reagan está marcado igualmente en la historia del imperio por el retroceso y la desarticulación del sistema del socialismo soviético, que se había levantado de la guerra en 1945 como la segunda potencia mundial, competitiva en el plano político y militar, y con resultados económicos nada despreciables, que le permitían reforzar su carácter alternativo. No es tema de estas líneas valorar las causas internas (que fueron las determinantes) del derrumbe soviético, pero los «méritos» en avivar las llamas de la «Guerra Fría» le corresponden a Reagan más que a Bush (padre), quien le sucedió desde enero de 1989. A pesar de tocarle el tiempo de la aparente «victoria sobre el comunismo», Bush ni siquiera logró votos para imponerse en la elección por los cuatro años siguientes al demócrata Bill Clinton.

Es evidente que Clinton no tuvo o no quiso tener energía para contener el rumbo neoliberal adoptado por sus antecesores republicanos. No se olvida que debilidades de carácter le llevaron además a deslices sin antecedente en un ocupante de la Casa Blanca, aunque no le impidieron culminar su segundo mandato allí. En una enjundiosa investigación sobre las relaciones de los Estados Unidos con Cuba, William LeoGrande

y Peter Kornbluch⁹ relatan cómo el millonario mafioso miamense Jorge Más Canosa daba manotazos en la mesa de la oficina oval cuando le reprochaba al presidente poco vigor en su hostilidad hacia Cuba, a pesar de que puso en marcha la Ley Helms-Burton en 1996, extemporánea tras el derrumbe del Este, implacable por su crueldad genocida, pusilánime por plegarse a la que se volvía una fracción caduca de la migración cubana, inaudita por contravenir el consenso contra el bloqueo, manifiesto ya con reiteración en el seno de las Naciones Unidas.

Carter, el último demócrata que precediera a Reagan en el gobierno, al final de los setenta, parecía ser el último también en asumir decisiones que se alejaran de las políticas republicanas, ya que Clinton se mostraba, una década después, fiel al trazado con que Reagan había gobernado. Como si la mancha reaganiana se hiciera indeleble.

Se sabe que Bush (hijo) ganó la presidencia en el 2000 habiendo perdido el voto popular y con una ventaja escasa en el voto indirecto. Esa situación incierta llevó a la Corte Suprema a pronunciarse, cosa que hizo definiéndose a favor suyo. George W. Bush, quien carecía de la popularidad de la estrella de cine y además arrastraba un expediente de alcoholismo e irresponsabilidades, llevó a Richard Cheney –también dado a escándalo con la bebida en su juventud– a la vicepresidencia. Cheney condicionó su aceptación a que el mandatario le delegara las más trascendentes decisiones en el

9 William LeoGrande y Peter Kornbluch: *Diplomacia encubierta con Cuba. Historia de las negociaciones secretas entre Washington y La Habana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015. Clinton accedió a firmar con Cuba el acuerdo migratorio de 1995 que contuvo el flujo de los «balseros».

ejercicio de su mandato. Arreglo que cuadraba al carácter irresponsable del segundo Bush y, a la vez, al papel que le tocaba en dar continuidad al carril que Reagan inició. Más allá de lo que formalmente correspondía a su cargo, Cheney pudo gobernar junto a Bush (hijo), y puede que hasta por encima del propio presidente electo.

El director de cine Adam McKay ha dejado constancia, sin contemplación, de aquella relación, en su película titulada *Vice*, título con el que alude indistintamente al cargo y al vicio del poder. Tal vez el episodio más expresivo del filme es aquel en el cual el Vice fuerza la decisión de invadir Iraq en 2003, pasando por alto al Consejo de Seguridad de la Onu, y obligando al secretario de Estado Collin Powell a defender la mentira de las «armas de destrucción masiva» como coartada, ante dicho organismo internacional. Allí terminó la carrera política de Powell. Recuerda el filme que la ocupación de Iraq, con un gran costo de vidas sobre todo iraquíes, incrementó los activos de la transnacional petrolera Halliburton, de la cual Cheney era presidente y accionista principal, en unos quinientos millones de dólares.

El escándalo de la sanguinaria ocupación de Iraq valdría para eclipsar con creces el del atentado terrorista contra las torres del World Trade Center de Nueva York, que fue convertido en punto de partida de la escalada de agresividad que siguió contra países del Oriente Medio. Pero esta ponderación no parece haber removido el imaginario político nacional –la propaganda oficial no lo permite– y el enigmático y brutal crimen de las Torres sigue siendo usado para justificar las peores causas. Los cubanos no podremos repasar estas perversas coartadas políticas sin volver a pensar en el estallido

del acorazado *Maine* en la bahía habanera en febrero de 1898.

El Partido Demócrata volvió a ocupar la sede del Ejecutivo con Barack Obama de 2009 a 2017. Su programa, marcado principalmente por las reformas del sistema de salud, junto a su origen social y a su carisma político se mostraría efectivo para llevar también a las urnas los votos de su reelección. A su afianzamiento, una vez elegido, debe haber contribuido la descomunal inyección de dólares del tesoro público para compensar el descalabro de la crisis desencadenada por las hipotecas *sub-prime*, que amenazaba al sistema de las finanzas tras la quiebra de Lehman Bros, uno de los gigantes financieros mundiales. En esta coyuntura Obama no hizo otra cosa que lo que hubiera hecho un republicano: salvar el sistema que provocó la crisis mediante una enorme inyección monetaria desde el Estado, en lugar de buscar una salida alternativa que beneficiara a la enorme cantidad de familias afectadas. Esta disposición de respaldo al capital inyectaba también una dosis de confianza en Wall Street. Hubiera sido un reto difícil, hay que reconocer, hacerlo de otro modo. No obstante esas inconsecuencias, nadie llegó en la Casa Blanca tan lejos como Obama en percibir el descalabro neoliberal y las arbitrariedades acumuladas.

Imposible no aludir aquí al giro que dio en la política hacia Cuba, y destaco puntualmente la devolución de los prisioneros de la «red avispa», el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, su visita como presidente a La Habana, sus declaraciones contra el bloqueo, y sobre todo la abstención de los Estados Unidos en octubre de 2016, en la Asamblea General de Naciones Unidas, en la votación de la demanda

de Cuba de ponerle fin. A todo lo cual acompañó una apreciable activación de los contactos en el campo de la vida civil.

De manera inconsecuente (y reveladora) declaró a Venezuela «problema para la seguridad nacional» estadounidense y se negó a reconocer la presidencia de Nicolás Maduro a la muerte de Chávez, dejando un precedente nefasto para las perspectivas de una América Latina que había mostrado en la primera década del siglo la voluntad de reorientar sus países hacia contornos nacionales de relaciones más equitativas y menos dependientes. Le faltó talla política para percatarse de la importancia que hubiera tenido para el futuro de su partido una postura de respeto hacia una América en cambio. Al propio tiempo encabezó la agresión a Libia y el fomento de la ofensiva terrorista en Siria, con el trasfondo de operación de despojo petrolero en gran escala que Cheney había dejado diseñada para el Oriente Medio. A pesar de ello, el saldo del paso de Obama por la Casa Blanca se distancia, de manera visible, de las coordenadas políticas del modelo neoliberal a un punto que obliga a distinguir posturas entre ambos partidos.

No me atrevería a asegurar que su sucesión por Hillary Clinton hubiera garantizado una continuidad efectiva de haber triunfado en los comicios de 2016, pero –con todos los reparos del caso– parecía más aceptable a todas luces que la opción de Donald Trump, la cual exhibía el resultado de la carencia de un candidato con un historial político suficiente en el Partido Republicano para disputarle el cargo a la señora Clinton. De nuevo una decisión controvertida por una diferencia en el conteo que aventajaba a la candidata demócrata y el peso en la decisión del voto

indirecto. Una dualidad que Alexander Hamilton y Thomas Jefferson pudieron justificar como un componente democrático original del sistema, en tanto posibilitaba mantener –dentro del modelo de la república federal– el peso específico de los nuevos estados frente a un conteo nacional que hubiera privilegiado desproporcionadamente a los más poblados de la costa. Hoy se ve mejor la cara inversa de esta dualidad de conteo de votos en las presidenciales, la cual resta posibilidades para elegir un gobierno «del pueblo y para el pueblo», aunque se presuma elegido por este.¹⁰

El primer período de Trump devino, como todo el mundo sabe, la más plena expresión del gobierno sin riendas del «capitalismo salvaje», por y para las elites, sostenido sobre las espaldas de un Partido Republicano que ha venido consolidando desde tiempos de Reagan la homogeneización de derecha y la ilusión de infalibilidad que hoy ostenta y difunde.

Al igual que la advertencia de Eisenhower en enero de 1960 contra los peligros del empoderamiento del complejo militar industrial, merece crédito la anécdota de una conversación de sobremesa a finales de 1992 de Carlos Fuentes y García Márquez con Bill Clinton en Martha's Vineyard, cuando Fuentes le preguntó al elegido qué era lo que más le preocupaba en su futuro presidencial, y este le respondió sin bemoles: «el fundamentalismo». Pienso que tenía razón en preocuparse, pues desde el gobierno de Reagan se hacía evidente el ascenso de la influencia en política del literalismo bíblico que ya se veía prevalecer en las religiones evangélicas. Esta influencia

10 Me excuso de extenderme aquí en detalles sobre el federalismo, debate que se remonta a los «padres fundadores», ya que me alejaría de los objetivos del presente artículo.

reverdece incluso en un personaje tan acusado de frivolidad como Trump, por su cercanía a predicadores evangélicos y el hecho mismo de haber escogido y mantenido a Mike Pence en la vicepresidencia.

Frente al surgimiento, inesperado para tantos, de la candidatura de Trump, otro fenómeno, igualmente inédito y de signo inverso se hizo notar en las elecciones de 2016. Me refiero a la aparición de la figura del senador Bernie Sanders en la precandidatura demócrata, con una propuesta de reformas sociales y económicas, expuesta con coherencia, que además tenía la audacia de presentarse como socialista; no a partir de una fundamentación doctrinal que lo vinculara a un movimiento dado, sino más bien desde el énfasis ético en la necesidad impostergable de poner al pueblo en el centro del proyecto social; en la intención de devolver a los Estados Unidos la democracia extraviada. En un discurso del comienzo de aquella campaña exponía con sencilla claridad: «La economía no está funcionando para la mayoría de las personas en nuestro país y en el mundo. Este es un modelo económico desarrollado por la elite económica en beneficio de la elite económica. Necesitamos un cambio real».¹¹

Lo interesante es que, a pesar de su comprensible derrota ante Hillary Clinton, escogida entonces por sus correigionarios para enfrentar a Trump, se mantuvo con un apreciable apoyo dentro de su partido. Sanders volvió a presentarse con su programa entre los precandidatos demócratas para 2020, aun con mayor arrastre en la intención de voto que en 2016, superando incluso al precandidato Joseph Biden en los primeros

meses de la campaña. En esta segunda contienda ha aparecido rodeado de figuras políticas más jóvenes dentro del partido que se aproximan a su visión sobre la necesidad de cambio. Bernie Sanders, quien la edad no permite esperar una tercera oportunidad hacia la presidencia, no es ya sin embargo una voz solitaria, y parece llamado a convertirse en el punto de despegue para salir de la tan peligrosa tiranía neoliberal: un rescate de la democracia en la nación y un redimensionamiento de la enorme influencia internacional de los Estados Unidos sobre carriles más balanceados, equitativos, respetuosos y recíprocamente beneficiosos en las relaciones con el resto del mundo.

Si las realidades sociales pudieran ser analizadas en una campana de vacío podría afirmarse que, con esta segunda derrota de Bernie Sanders en la candidatura presidencial por el Partido Demócrata, al pueblo de los Estados Unidos se le escapaba la alternativa del cambio que podía sentar las bases de una sustentabilidad norteamericana malograda en el torbellino monetarista, si es que el nivel de deterioro ecológico y el agotamiento de los recursos naturales lo permiten. Sin embargo, la conclusión de la posibilidad perdida no es válida, por fortuna, pues la generación a la que tocará protagonizar los cambios es la que ahora vemos despuntar.

Habrá democracia o habrá barbarie

En última instancia, el dilema político que problematiza el proyecto socialista, problematiza también la realidad de toda la sociedad, regulada por las leyes del mercado, donde se dictan las reglas del juego, así como en los países que se ven obligados a aceptarlas. Subrayando esta

¹¹ *The New York Times*, 2 de julio de 2016.

constatación filosófica en clave política: para el mundo dependiente se trata de un dilema entre la sumisión, la aceptación, la obediencia, y la complicidad con los poderes globales o, por el contrario, el descubrimiento del poder del pueblo en las condiciones histórico-concretas y del modo de hacerlo valer, hasta imponerse en la concepción y la realidad del Estado. Es en el fondo el reto de la democracia verdadera, más allá del cliché en el cual han tratado de «educarnos».

El proyecto democrático norteamericano, nacido imperfecto como todos pero cargado también de valores excepcionales, marcados por originarse en una gesta peculiar de descolonización temprana, combinó elementos que se hicieron modélicos, con defectos que se consolidaron disimulados tras sus virtudes, en una historia de confrontación y violencia. La ruta por la cual la Unión que iniciaran las trece colonias y culminara la aprobación del Estado número cincuenta,¹² revela un recorrido de dos siglos ensangrentados de agresividad, que pasa por el desalojo de la población indígena norteamericana de sus tierras, la usurpación de más de la mitad del territorio de México, el sometimiento de cientos de miles de africanos y sus descendientes como fuerza de trabajo esclava durante las ocho décadas que siguieron a una independencia que proclamaba libertad, la solución de aquel conflicto entre los Estados del Norte que se volvían industriales y urbanos frente al reclamo de secesión de los del Sur agrario esclavista, en una brutal guerra civil que en cinco años dejó más muertos que todas las guerras libradas por Europa en el XIX. Siglo

12 Alaska, el territorio más distante de sus fronteras, comprado a la Rusia imperial en 1805 con evidente motivación geopolítica, solo se convirtió en estrella de la bandera en 1959.

que culminó, además, privando a los cubanos de alcanzar la soberanía que ya le habían ganado las armas, convirtiendo una pretendida colaboración a su independencia –tardía y no solicitada– en una transferencia de dependencias coloniales: la que llamaron «Guerra Hispanoamericana», con esa inexactitud habitual en el discurso neocolonial de Wáshington, enraizada en la doctrina Monroe (1823). De paso, ocuparon a la vez Puerto Rico y las Filipinas, sellando desde entonces, con la clásica posesión extraterritorial, su designio colonizador.

De este modo se forjó una filosofía de la seguridad nacional sostenida en la violentación de la seguridad de las naciones del mundo, que los Estados Unidos no tiene reparos en forzar. Un proceso en el cual eventualmente todos los países, cualquiera que sea su latitud, quedan en riesgo de convertirse en periferia de aquel. Esto se puso de manifiesto desde la década de los noventa en Europa central durante los conflictos locales desencadenados por el derrumbe socialista. Las potencias aliadas fueron manejadas con las reglas aplicadas en las «repúblicas bananeras» centroamericanas que los Estados Unidos tienen mucha experiencia en operar.

Una de las certezas que ha dejado el derrumbe soviético es la evidencia de que la confrontación Este /Oeste que marcó la guerra fría no se centraba en un disenso doctrinal sino geopolítico,¹³ el cual hoy se repite frente al ascenso de China en el mapa económico mundial, aliada a Rusia, que todavía busca recuperarse de los efectos de la desordenada desintegración de la URSS. Tras el

13 He sostenido esta tesis desde mi ensayo «Notas sobre la hegemonía, los mitos y las alternativas al orden neoliberal», publicado en *El laberinto tras la caída del muro*, La Habana, Ruth/Ciencias Sociales, 2006.

argumento del combate a la amenaza comunista, sale a la luz la lucha por una pérdida de hegemonía mundial que el ascenso económico de China permite vaticinar. Al contrario de lo que sucedió en el diferendo anterior con Moscú, cuya inserción en el mercado mundial se centró en la exportación de materias primas, en el caso actual los Estados Unidos pierden territorio con China, que toma ventaja con un comercio sumamente competitivo.

Al amparo del clima de la Guerra Fría se desplegó una doctrina de intervención armada cuyas manifestaciones de más resonancia se dieron en Corea, Palestina, Vietnam y el Oriente Medio. El cálculo del costo de vidas de los conflictos bélicos de la segunda posguerra, protagonizados principalmente por los Estados Unidos, con el respaldo de sus aliados europeos e israelíes, saturan de luto el que se suponía fuera un tiempo de paz.¹⁴ En la América Latina habían homologado a lo largo del siglo xx el modelo neocolonial que se mostró funcional en la mediatización de una república cubana: el esquema de la zona de influencia y los «traspatios» en lugar de la ocupación territorial.

No veo cómo despejar de ese itinerario de violencia lo que hoy se nos presenta como democracia norteamericana, en especial cuando para el gobierno se hace normal condenar sistemáticamente los desacuerdos como desobediencia, aplicar unilateralmente sanciones fuera de sus fronteras, ignorar la multilateralidad que debía respetar. Un presidente que ha podido llegar incluso a advertir que si no es relecto rechazará el sufragio como fraude y a sugerir que se mantendrá por la fuerza en el cargo. Una exhibición de arrogancia sin precedente. Ese legado de violencia y

supremacismo, que trato de compactar aludiendo a momentos sustantivos, es el que pavimenta el camino a la barbarie.

Un país con fortunas privadas que se han vuelto inmensurables, amasadas con exenciones fiscales, que el Estado no consiguió embridar al nacer con leyes *antitrust* y otras regulaciones, y que terminó por asimilar en su proyecto estratégico, es el mismo a cuya sombra crecen sectores de población que no cuentan con un techo seguro, o no tienen cómo pagar la educación de sus hijos, o no pueden costearse la asistencia de salud que necesitan, o tienen que dejar morir a sus ancianos debido a la insuficiencia de la seguridad social, o se les obliga a bajar la cabeza ante los gestos de racismo que se asocian a la distancia económica, o armarse porque el vecino lo ha hecho y siente que la muerte le amenaza hasta en una discusión poco relevante, o deben conformarse con el abandono de los poderes públicos cuando son damnificados por un desastre natural, como suele suceder. La armazón de desigualdades y desamparo es de sobra conocida.

El propio pueblo estadounidense ha tenido que sufrir, generación tras generación, las conmociones, las angustias, la desorientación y la vergüenza de esos episodios de violencia y de los despropósitos políticos que los han generado, de engaño en engaño, como si tuviera que conformarse a vivir sumido en la mentira, condenado a contentarse con mejorar un poco en la escala salarial, sin que nada importe tanto como su *payroll*, salvo que afecte directamente su bienestar familiar. El ideal democrático se ha enrarecido. No ver esta realidad detrás del engañoso bienestar relativo que otorga un «nivel de vida» elevado, si se compara con el de otros países, es una miopía sociológica que quienes

14 Aurelio Alonso Tejada: «La guerra ya no es la guerra», en *La Gaceta de Cuba*, No. 3, 2003.

no la padecen, o se logran curar de ella, tendrían que ayudar a sanar en esa sociedad.

La creencia de que la democracia se reduce a la representatividad y el derecho a elegir (que hasta nuestros días no se reconoce violentado) no es ajena a tal miopía. Que la representatividad generada en las elecciones sea respetada es una virtud incuestionable (aunque sea violentada en obedientes gobiernos periféricos), pero no basta para una consagración democrática del sistema, cuando el ejercicio del poder del pueblo se limita al acto de elegir.

Si motivos no faltan para hablar de fracasos del socialismo, no son menos los que nos obligan a describir los fracasos de la democracia. Las experiencias socialmente vividas, equívocamente nos han presentado ambos conceptos como antípodas, si bien lo cierto es que resolveremos el diferendo en la medida en que seamos capaces de descubrir el socialismo en la democracia y la democracia en el socialismo.

Cuando pienso en el futuro posible no hay razón para resignarse a que el nivel cuantitativo y cualitativo de las fuerzas productivas alcanzado por los Estados Unidos conduzca a la humanidad a la barbarie. No puedo pensarlo como algo inexorable, puesto que en la capacidad de reaccionar contra los excesos que el último mandato presidencial ha provocado se percibe el fortalecimiento de posiciones críticas y el planteo de alternativas, en las esferas políticas y en la recuperación de una de una mirada más objetiva y profunda en la prensa y en los medios académicos, y un inconformismo que gana arraigo en la población.

Para legitimar una recuperación democrática, la sociedad estadounidense tendrá que identificarse a la larga con valores que definen el socialismo. Porque la autenticidad del socialismo se origina

en valores democráticos, y sus mayores deformaciones se han dado por alejarse de ellos. No sería ético disimularlo, y pienso que sea esto lo que motivó a Sanders a adoptar el concepto, a despecho de la demonización a la cual ha sido sometido. Subrayo a la vez, que no se trata del rescate de modelos y experiencias revolucionarias de los siglos XIX y XX, sino de una depuración crítica de paradigmas.

Buscar otra cosa sería un ejercicio antihistórico, como lo sería procurar esquemáticamente una recuperación neokeynesiana en sentido estricto, pues cualquier fórmula de salida tendría que plantearse evitar excesos que el keynesianismo propició. Y por lo mismo, erramos si confundimos con el nazismo el extremismo que el período de Trump ha llevado a la Casa Blanca, a pesar de lo mucho que lo acerca su vocación totalitaria, a lo que me referí en líneas anteriores. Tales esfuerzos estarían igualmente condenados a repetir los errores del pasado. Cualquier alternativa, para ser válida, tiene que madurar en respuesta a las exigencias de la realidad concreta y no de prescripciones doctrinales. Asumirse sin prejuicio a medida que lo imponga la realidad de cambio necesario. Por tal motivo, el programa de Sanders me pareció colocado ante esta necesidad, y el apoyo popular que consiguió, a pesar de intereses y de prejuicios en contra, demuestra que existe una sensibilidad en la población que hallará por su camino el liderazgo que merece. No sorprende que sea en las filas del Partido Demócrata, ni que podría introducir incluso un aire renovador en esta formación partidaria.

No debemos pasar por alto que ni el pluripartidismo (formal) ni el bipartidismo (efectivo) fueron prescritos constitucionalmente en los Estados Unidos. Si no queremos que las deformaciones

que vivimos en presente nos entrapen como un *fatum*, debemos recordar que en los primeros tiempos el electorado estadounidense se dividió de manera espontánea en federalistas (que apoyaban la Constitución) y antifederalistas (que la cuestionaban). Esta división se disipó enseguida sin dejar huella, pues el reconocimiento del texto constitucional se extendió de tal modo que ningún partido se hubiera atrevido a enfrentarlo, y otras diferencias sirvieron de base al orden bipartidista que amoldó esa selección. Tampoco entonces se siguió una definición doctrinal sino que se dio como resultado de la práctica política. James Madison, el cuarto presidente (1809-1817), veía el centro del sistema «republicano» en el control popular, del cual la elección formaba parte, en un momento en el cual el concepto de «democracia» no se usaba mucho en los documentos políticos, según revelan los registros históricos.¹⁵

En las líneas precedentes he tratado de resumir el efecto de empoderamiento de las grandes corporaciones en el funcionamiento bipartidista en el curso de los tres últimos mandatos republicanos, sin encontrar una contención consecuente en los dos períodos presidenciales en los que el voto logró intercalar al candidato del Partido Demócrata.

Subrayo que sería erróneo deducir un esquema en el cual a la polarización derechista del partido republicano corresponda un posicionamiento equivalente del partido demócrata. Si bien es dentro de esta formación en donde se puede diferenciar una postura que reaccione hacia la contención del desenfreno neoliberal, ni siquiera creo posible valorarla aun como mayoritaria. Se corresponde con la preferencia de

un candidato moderado para enfrentar a Donald Trump ante el intento republicano de reelegirlo.

La hipótesis de que el candidato moderado tiene la posibilidad de congregarse, junto al voto demócrata, el de sectores del voto republicano que no estarían conformes con un segundo mandato de su actual presidente, no excluye que refleje una división al interior del Partido Demócrata en cuanto al programa de gobierno a seguir. Debemos ver asentarse al menos en el seno de este Partido un tiempo de maduración para una postura consensuada hacia una sociedad más equitativa, con contenidos más equilibrados y estables de justicia social, con una visión internacional basada en el respeto recíproco y la política de paz que no se limite al discurso.

Tal vez como nunca la elección de un presidente o del otro, y el alineamiento a un partido o al otro a la hora de las urnas, sea tan definitorio para el futuro de los Estados Unidos y para el ordenamiento económico y político mundial, por la resonancia que pueda tener en la sociedad.

Donde no cabe un epitafio

El papa Francisco, elegido en 2013 para sustituir al dimitente Benedicto XVI, es el líder que con más consistencia ha comprometido su predicamento (religioso, social y político) en aras de esa sociedad de fraternidad, paz y justicia cuyo camino ha sido extraviado por la modernidad capitalista. Ello, en lo que le permite su espacio al timón de la Iglesia Católica, que es el de las ideas, a pesar de que sus comunidades hayan perdido terreno en el mundo y de que tiene que navegar a contracorriente dentro de una curia conservadora y con una mayoría de diócesis en manos aun de obispos afines al pensamiento

¹⁵ *The Encyclopedia Americana*, edición de 1957, vol. 27, pp. 442 y ss.

conservador de Juan Pablo II, el Papa a quien tocó consagrarlos.

Al rechazo a los excesos dogmáticos del catolicismo, que se tradujo de inicio en la elevada secularización de la feligresía entre el siglo XIX y el XX, siguió una marea de conversión evangélica extendida por todo el planeta. La América Latina ha sido invadida por sectas prohibidas por ese boom del denominacionalismo protestante que la sociología ha tratado como «nuevos movimientos religiosos», «neopentecostales», o «carismáticos», en su mayoría fundamentalistas, en su mayoría con base en los Estados Unidos, en su mayoría funcionales a la explotación y la dependencia. Muchas de estas sectas predicán una «teología de la prosperidad» que exalta las virtudes de la lógica del capital y busca alineación con los gobiernos que la proclaman.

Por primera vez en la historia un pontífice asume ante la realidad social esa postura claramente radical,¹⁶ de la cual los cubanos hemos tenido muestras prácticas, y que en el plano doctrinal hallamos en sus más importantes encíclicas sociales.¹⁷ Esto me hace pensar que este

16 Al hablar del papa Francisco —como siempre— uso el término «radical» en su significado real: ir a la raíz. Conviene el esclarecimiento para evitar las hipóstasis ilegítimas que suelen hacerse de ese significado, como sucede cuando hablamos de «democracia» y de «socialismo».

17 En junio de 2015 apareció su encíclica *Laudato si*, que constituye un llamado al rescate de la naturaleza del daño ecológico infligido por siglos de explotación creciente del medio ambiente por la humanidad; y en octubre de 2020, en *Fratelli Tutti*, llama a romper con el «dogma neoliberal» y construir un mundo más justo después de la pandemia.

pontificado está llamado a desempeñar un papel esencial en hacer bascular el ordenamiento mundial en sentido contrario al vector de la barbarie en que lo ha empantanado el modelo neoliberal y el supremacismo norteamericano. Y que no se resigna a conformarse con el consuelo de un buen epitafio para el mundo.

En realidad el dilema de la coyuntura es mucho más complejo de lo que me lo puedo plantear aquí. Sería importante hacer control contable de los efectos de una política de salud errática al manejar la pandemia del nuevo coronavirus y los índices de morbilidad y de letalidad viral, que afectan en mayor escala a la población estadounidense a pesar del desarrollo económico y científico. Es un tema a través del cual se percibe diáfano el umbral de la barbarie, y que requiere a fondo de análisis y discusión en el plano de las metas sociales. Imprescindible para que la llamada «vuelta a la normalidad» no nos deje empantanados con el peso muerto de los extravíos.

Es ese uno de los puntos a que se refiere Noam Chomsky en la caracterización que incluyó al principio de estas líneas, junto al del cambio climático provocado por el daño inducido por un consumo abusivo, incontrolado, del medio natural. Ante este problema, al cual tendrá que retornarse con prioridad, pensada en el largo plazo, cuando se salga de la pandemia, los Estados Unidos, que también cargan con el peso de una proyección gubernamental irresponsable, tendrán que protagonizar el cambio de políticas. La consigna «¡América primero!» tendrá que modificar radicalmente su sentido hacia el esfuerzo por el bien común si es que finalmente se quiere mantener para la historia.

La Habana, octubre de 2020 

Casa

de las Américas 230

enero-marzo / 2003

MATTA *in memoriam*

Con CINTIO en Guadalajara

Semana de DIAMELA ELTIT

SAMIR AMIN:
El capitalismo senil

Textos de

MARGARET ATWOOD

MIGUEL BONASSO

CARLOS CORTÉS

DAVID HUERTA

WILLIAM OSPINA

HILDEBRANDO PÉREZ GRANDE

MOACYR SCLiar

VOLODIA TEITELBOIM

Convocatoria al Premio Literario
Casa de las Américas 2004



Casa

de las Américas 238

abril-junio / 2005

EL SIGLO
DE ALEJO CARPENTIER

Venezuela y Cuba:
hacia el ALBA

Del Premio Literario 2005
(y convocatoria para 2006)



Casa

de las Américas 257

octubre-diciembre / 2009

PRESENCIA
ECUATORIANA

En el centenario
de JUAN BOSCH

casa 50
CASA DE LAS AMÉRICAS 1959 - 2009



Casa

de las Américas 284

julio-septiembre / 2016

La América Latina
y el asalto
de la derecha

Textos de
ERNESTO CARDENAL
HUGO ACHUGAR
Y HUGO NIÑO

FIDEL CASTRO
y los discursos
sobre África



ÁUREA MARÍA SOTOMAYOR

Banksy por Rodinás, entre la oralidad y el arte callejero*

Juan José Rodinás obtuvo el Premio de poesía de la Casa de las Américas en 2019 por este *yaraví* (proveniente de la voz quechua «harawi» y alusivo a una forma poética inca). En dicha ocasión, el texto del laudo destacó los paralelismos elaborados al describir el poemario como «una desconstrucción en movimiento perpetuo, donde la inteligencia y la lucidez resultan en una realidad saturada de fantasía e impregnada de una desintegración luminosa».

Contra las expectativas del paisaje andino, donde usualmente se escucha el género musical mestizo conocido como *yaraví*, este

* Juan José Rodinás: *Yaraví para cantar bajo los cielos del norte*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2019. Premio de poesía.



canto-poemario «desentona», pues se emplaza al «norte» del Ecuador, en Inglaterra, cerca de las inmediaciones de Leed y Bristol. La voz poética da fe de su origen, aun cuando se encuentre lejos del lugar donde nace la tradición musical, y el sentimiento melancólico y nostálgico satura de tristeza y tonos menores el entorno dispar. Su motivo es construir, vía el lenguaje poético, la figura del artista gráfico de gesto callejero, Banksy. El texto-*flâneur* rastrea la obra y el callejeo de este, elogia su deseo anónimo y su vagabundeo urbano con el que se identifica la voz poética, y describe poéticamente algunos de los murales que intervienen los espacios públicos de la ciudad. La ocupación de dichos espacios para comentar el espacio social, especialmente cuando la crítica se hace desde la desposesión, marca la potencia del gesto estético de Banksy, así como el de la voz poética al que se asimila mediante el tropo del desplazamiento callejero o la *flânerie*. Rodinás le sigue el rastro, aunque advirtiendo los peligros

de la referencialidad, de la cual se distancia marcadamente, vía los pasajes más líricos. Esas bifurcaciones son deliberadas.

La voz poética confirma sus parámetros estéticos en el par de epígrafes que lo encabezan, entre el desafío de la convención o la norma y la lección sentimental inherente a la letra de «Puñales». El «viajante» del yaraví de Ulpiano Benítez Endara –su compositor– también rueda por el mundo: «Qué mala suerte tienen los pobres / que hasta los perros le andan mordiendo. / Así es la vida guambrita, / ir por el mundo, bonita, / siempre sufriendo». El desplazamiento de la voz poética es lo que impacta desde un principio, pese a que remite a una fecha (el verano del 2017) y a un lugar o dos (Inglaterra, Ecuador). Por el tono y la voz se asimilan, porque pese a ser Banksy un artista gráfico y el poeta, un artista de la oralidad, es la superposición imaginaria de uno lo que habla en el otro, a manera de un *doppelgänger* atravesando un territorio reconocible y compartible. Banksy es sudamericano ahora, y lo que se registra es su paseo por las imágenes y el aura de sepulto que hay en ellas, algo así como Keats diciendo que la belleza está en el poema sobre la urna y no a la inversa. Pero a la vez, la «urna» es el poema y no se resquebraja físicamente, sino a partir de las interpretaciones que lo desconstruyen a lo largo del tiempo. También hay una belleza en la reconstrucción de las urnas quebradas, como diría Derek Walcott en uno de sus hermosos ensayos.

El destino de todo arte es moverse, pese a su necesidad de una forma fija. Y ello es mediante la interpretación o vía la ruptura y comentario de la tradición. Los murales de Banksy (quien decidió intervenir el espacio urbano para disfrute de todos, en vez de las paredes interiores y privadas

en un museo) se mueven en la boca de Rodinás, se convierten en metáforas y metonimias, y las personas asumen vida propia. Por ejemplo, el mural de la niña con el globo rojo «Hoy está muerta, pero su desaparición es interminable», «Aquí no están sus huesos, pero esta es su lápida». Así también menciona «Pinto al niño que teje en la máquina industrial» o «Pinto a dos policías británicos besándose». Y como lectores podemos preguntarnos, ¿es el arte una lápida, un *memento mori*, un rastro? Desde el ecuatoriano que rememora la voz de Banksy en un yaraví desplazado que se canta, es el repertorio de lo mirado lo que invita a cuestionar el hacia dónde va todo ello. Y la voz poética deambula buscándose entre las imágenes que hace (e hizo aquel) y la música tristona (el tono menor) que los une. Así, los colores de la imagen, el contexto que aprovecha para dibujar sobre una materia viva y pública, le permiten un cierto grado de improvisación y a medida que se hace conocido le dota una potencia de intervención en el espacio público. Las imágenes habitan fuera del museo y cohabitan con un medio que a su vez también podría resaltar, estetizando la cotidianidad por la que los peatones pasan, llamando la atención hacia una esquina o una calle que antes era totalmente invisible. Así es como Rodinás interviene las imágenes de aquel en un gesto siamés. El sudamericano a su vez canta como poeta, y el texto registra las modulaciones y el afecto con que pronuncia sus vocablos. El talante autobiográfico del poemario recorre las texturas de un sujeto básicamente melancólico que registra y evoca las pinturas de su *alter ego*. Así los paisajes que inventa pueden ser de Leeds o de Bristol, en Inglaterra, o Quito, Ecuador, recurriendo al cruce o la alternancia: «Quito,

Leeds, una tarde con niebla junto a una higuera de papel y lata». Quizá el rastreo verbal de las imágenes le presta al libro un interés particular que atañe a la figura del emigrante. Pero qué es el artista sino un emigrante, un desplazado de su propio territorio, uno que se aboca al contenido del epígrafe, un perpetuo cuestionador, un mestizo de todos los lugares: «¿Quién trajo entonces a los muros de Bristol / esa quena de la mentalidad, ese poncho del espíritu?».

La paradoja del texto es la afirmación de que «todo está fuera de lo real», por lo que imágenes que podríamos vincular con el surrealismo son más bien un derroche que apuesta al vacío, que aspiran a transmitir la imposibilidad de la representación o las poéticas miméticas. En ese movimiento paradójico hay una insistencia del sujeto por cierta linealidad que se fuga entre la modulación de las imágenes visuales, algunas de las cuales incorpora al texto mismo. Su dicción es su delirio y uno de los aciertos del poemario. Baste un ejemplo: «Y quizás soy un paisaje: quizás / su errante simetría. Y un cielo guarde como el geranio / bajo la chimenea del progreso cuando enciendes un fósforo / sobre un charco de aerosol, mientras un colibrí se oculta / cielo adentro, entre los viejos arrayanes». Tal vez Rodinás aspire a medir el palpito de la emoción que Banksy puso en imágenes pictóricas, las cuales, a su vez, son poesía que ahora la voz poética intenta no traducir, sino transportar a otro medio. Así se presentan en el escaparate que son las diversas secciones del libro: «Mi corazón conceptual en los papeles de Bristol», «Pequeñas canciones de aerosol», «Un museo dentro de una botella encontrada en el parque». La última sección es un canto al amor y a la destrucción, pero el poemario es, sobre todo, un

cuestionamiento de la mimesis y una propuesta a la fusión con el todo y a la inmanencia: «Y empiezo a creer que soy / los objetos / que / no puedo / mirar: / un lápiz me contiene, / el grafito en su punta / es / mi casa». **C**

El (des)amparo patagónico*

En *Marca de agua* de Joseph Brodsky, Venecia sirve como telón de fondo para las reflexiones del personaje principal. El libro, como una masa acuosa, discurre entre acciones, pensamientos o descripciones de la ciudad. Pudiera decirse que el título escogido por el autor detalla a la perfección la esencia del volumen. La obra está contagiada por las huellas acuíferas. Algo semejante ocurre con *La marca del viento* de Eduardo Fernando Varela. No solo el título es similar, sino que, además, ambos se encuentran imantados por la presencia de un elemento que parece contagiar cada palabra.

La Patagonia mutable, la de los gitanos, las casas rodantes, la de la movilidad por excelencia. Todos los pueblos están en el mismo lugar y a la vez pueden estar en otro. Las perspectivas cambian, se matizan según el que las refiere. Un *fatum* errante envuelve a los personajes, ellos, impulsados por un vendaval patagónico, se trasladan en un sentido para luego dirigirse hacia el contrario. Las figuras humanas se asemejan entonces a los arbustos que se describen al inicio del libro, aquellos que, por un ligero cambio en la zona, modifican la inclinación de sus ramas según la trayectoria del viento.

* Eduardo Fernando Varela: *La marca del viento*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2019. Premio de novela.



El ámbito descrito en la novela se halla permeado por la inconsistencia, carece de coordenadas fijas, inamovibles. Las direcciones no se enuncian con certeza. El protagonista se aventura a preguntar a los nativos cuando necesita ubicarse o localizar un sitio específico. Las respuestas de los pobladores son tan cambiantes como el aire, y tan verosímiles como sus propias realidades. La acción de señalar un punto en el vacío para indicar dónde se sitúa un poblado demuestra la carencia de referencias exactas. Parker tropieza en su andar nómada con seres que lo conducen a través de sus propios mapas. En un territorio tan amplio, las personas se dejan guiar, más que por la geografía, por sus propios instintos y convicciones.

El inmenso vacío que supone esa región, donde las distancias son enormes, y el paso del tiempo parece solo hacerse perceptible a través de los opuestos luz/oscuridad, el individuo se halla devorado por el entorno. En la vasta llanura las nociones de tiempo y espacio se diluyen. La nada que envuelve a los protagonistas, esa estepa vacua, representa también una suerte de temporalidad infinita. La fauna humana que se encuentra aunada en los terrenos baldíos se mueve en esa dimensión que parece no dejar huir a nadie. Se puede leer un periódico viejo sin preocuparse por la caducidad de los sucesos descritos, esas noticias pronto serán novedades otra vez. El lector se descubre entonces ante un microcosmos, un universo patagónico que dicta sus propias reglas.

La vida en los páramos es diferente a la de la ciudad. La oposición se manifiesta de manera reiterada. Parker es llamado «porteño» cuando brinda sus puntos de vista diversos a los de los pobladores oriundos de la región que se ubica en la parte más austral de América. Sin embargo, la procedencia no establece una desemejanza, una vez inmerso en la zona desértica el sujeto se camufla con sus arbustos secos, pasa a ser parte de ella.

El poblador de esos perímetros es errabundo. Las viviendas manifiestan una existencia nómada. El camionero con su casa a cuestas, cual pesado caparazón, es un ejemplo de la movilidad constante. La alfombra que se desplaza en medio del desierto, la cama que se apoya en la tierra, la vida al costado de la carretera. Los objetos salen de su encierro cuando el protagonista, cansado de la ruta, decide armar su casa, solo para desmontarla horas después. Se revela también la aldea construida sobre la base de una estación de trenes abandonados. Los vagones, inútiles para el transporte de pasajeros, se han transmutado en apartamentos para las familias de los obreros. Los coches reutilizados brindan además servicios de panadería, carnicería, entre otros. Se levanta un poblado en las ruinas de la terminal.

La llanura también es el espacio de lo improbable. Los habitantes nativos albergan en sus historias un reservorio mítico. Sin embargo, estas leyendas aparecen como relatos verdaderos para los narradores. Los individuos se asombran ante la posibilidad de que lo extravagante tenga lugar en sus propias tierras. En un área enorme donde nada parece ocurrir, la sugerencia de lo excepcional es recibida con entusiasmo por todos, los empuja de sus cotidianidades embargadas por el tedio. El protagonista comprueba la necesidad de lo inaudito que tienen los pobladores ante

la desaparición de un ómnibus. Los presentes comienzan a urdir relatos contaminados de subjetividad. Ante la posterior aparición del transporte público en una de las calles del pueblo, el suceso se vuelve inmediatamente irrelevante y es olvidado por los que con anterioridad hablaban con entusiasmo sobre él.

Parker se demuestra incapaz de creer en lo relatado por la tradición oral. Las ficciones se mantienen como tal hasta que se cuenta el paso de Bruno por el Salar Desesperación y su encuentro con los trinitarios. Empero, aun ante la experiencia de lo inaudito, el dueño de la feria de diversiones no la percibe, no es capaz de dilucidar que aquellos que ha tenido ante sus ojos son los seres de las leyendas, para él son enviados de Dios que lo han salvado de morir en ese ambiente inhóspito. Una de las ironías más ilustradoras ocurre en torno a la figura del periodista. Este investigador consagrado, constante en su ciega búsqueda de lo improbable, es convencido por el llamado a la razón que le hace el protagonista y pierde la oportunidad de toparse con el submarino alemán que espera encontrar desde los inicios de la novela.

Los personajes se encuentran marcados por sus propias soledades. Una superficie que no ofrece anclajes duraderos crea dentro del sujeto la sensación de no estar atado a ninguna parte, de ser un viajero eterno. Dos tipos de soledad se manifiestan en la obra. El vacío interior que se cultiva en el ambiente citadino es rememorado por el camionero cuando evoca sus días en Buenos Aires. La multitud genera también el anonimato. En un caldero donde muchas almas se cuecen es indistinguible la individualidad. Todos se hallan informes, adheridos unos a otros en una concurrencia involuntaria.

El retraimiento patagónico está determinado por el vacío tanto a nivel físico como espiritual. En la ruta solo se perciben pocos arbustos, vallas o, en alguna ocasión, animales silvestres. Los pueblos están alejados unos de otros y la carretera se hace amplia, casi infinita, interminable. En la estepa los encuentros con otro ser humano no son frecuentes. Pueden pasar días sin que se tenga conocimiento de un semejante. El personaje principal se topa con escasos vehículos en su recorrido. Él puede permitirse caer en el embeleso, dejarse conducir por el viento y cerrar los ojos. El espacio asiente una comunión con el alma errante.

Los páramos son comparables a una celda. El encierro se produce en un lugar extenso, que consiente ser recorrido en toda su magnitud pero que no contempla la posibilidad del escape. Cuando Maytén pelea con Bruno, su esposo, decide marcharse en un arranque desenfrenado. Empero, cuando se percata de la vastedad que la rodea, se apodera de ella un vértigo fatal. La sensación de una falta de asidero provoca en los personajes la búsqueda de un apoyo, aunque sea una casa rodante, que no ofrece una estabilidad como tal. Al (des)amparo del terreno se hallan confinados.

El periodista, en su cavilar, le expresa al camionero su creencia en que la mala suerte ata a los seres más que la buena. Ese destino fatídico que parece perseguir a los individuos de la Patagonia es el mismo que une a Parker y a Maytén. Dos almas regurgitadas por la soledad, perdidas en el aislamiento constante, se acoplan en un extravío particular. Sus caminos, destinados solo a un cruce en las amplias carreteras, siguen una ruta sin límites que se esgrime como metáfora de la vida. **C**

JUAN VALDÉS PAZ

Historia de otro viaje a la Luna*

Ante todo pido excusas al autor por esta sesgada reseña de su obra mayor, *Nuestro viaje a la Luna. La idea de la transformación de la naturaleza en Cuba durante la Guerra Fría*. Un texto de tanta importancia merecería varias lecturas y una crítica más abarcadora, pero puesto a la tarea, quisiera resumir mis impresiones. Con una rápida mirada al índice nos aproximamos a la riqueza de contenidos de esta obra, sobre la que seguramente el autor volverá una y otra vez; y damos cuenta de su ambición historiográfica.

Aunque las reiteraciones en los capítulos y los espacios históricos entre los temas tratados nos pueden dar la idea de que el libro agrupa un número de ensayos previos sobre distintos tópicos, se trata de un texto unitario, tal como se muestra en la perspectiva asumida y en la lógica vinculación con que el autor ha reunido sus temas. De hecho, el doctor Reinaldo Funes nos entrega una obra fuertemente argumentada sobre la historia ambiental de Cuba entre los siglos XX y XXI.

A lo anterior contribuye grandemente las narrativas convergentes de las ciencias geográficas cubanas, de las ideas sobre el desarrollo de estudiosos nacionales y extranjeros, así como

* Reinaldo Funes Monzote: *Nuestro viaje a la Luna. La idea de la transformación de la naturaleza en Cuba durante la Guerra Fría*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2019. Premio ensayo histórico-social.



de la evolución del pensamiento ambiental en la Isla, que el autor logra reunir en un proceso de mutuas influencias.

No menos importante ha sido en la construcción de esta obra la diversidad de fuentes primarias y secundarias consultadas por Funes, en

un sostenido esfuerzo de objetividad histórica. Un aspecto central es el concepto de «geotransformación» que, con antecedentes, el autor encuentra y rastrea en la obra de Antonio Núñez Jiménez, quien se vuelve paradigmático de una nueva geografía, de una cierta concepción del desarrollo en condiciones revolucionarias, y de una etapa de su pensamiento ambientalista.

Funes amplía sus aportes historiográficos anteriores en favor de una comprensión del ambientalismo cubano, y, paralelamente, de la propia Revolución Cubana; sirvan de ejemplo, sus narraciones sobre los intentos de acciones geotransformadoras en la República dependiente que llegan al período revolucionario; o sobre el desempeño de la Brigada Che Guevara y del Cordón de La Habana, ya en ese período, etcétera.

El equilibrado y ecuánime epílogo —el cual por sí solo merecería el premio otorgado— nos permite discernir tanto el punto de esta historia en que nos encontramos como el comprometimiento del autor por un desarrollo propio y sustentable de la sociedad cubana, que tome en cuenta, en primer lugar, dicho devenir.

Los comentarios anteriores y otros muchos que merecería el texto que reseñamos no dan razón suficiente de algunos de los mayores méritos de esta obra: el carácter abierto de sus conclusiones, levantar preguntas al lector, y recordarnos aspectos del proceso que tan cabal y profusamente se describe. Me permitiré referirme a algunos de ellos:

a) A mi parecer, algunos testimonios agrarios de especialistas como René Dumont se citan con exceso y se omiten otros visitantes del periodo, de mayor profundidad, como el chileno Jacques Chonchol, y los franceses Charles Bettelheim y Michel Gutelman.

b) La perspectiva histórica de «larga duración» utilizada por el autor para un proceso tan complejo tiende, por un lado, a diluir los contextos y dejar sus estructuras más «duras»; y por el otro, tiene que vérselas con las incidencias de los procesos demarcados por diversos autores, con distintas periodizaciones y diferentes temas de estudio. Este es el caso de las sucesivas «estrategias de transición socialista», los diversos «modelos económicos» implementados, las políticas de uso del suelo, etcétera.

c) Vale recordar que las estrategias implícitas o explícitas de geotransformación no solo lo eran de la máxima dirección o de algunos consejeros, sino de muchísimos actores implicados en todos los niveles. Los aparatos políticos, administrativos y eventualmente militares traducían esas estrategias en acciones más o menos cercanas a los objetivos planteados, lo cual nos interroga sobre la realidad resultante de esas políticas.

d) Por otra parte, en una perspectiva de análisis del tipo *input-output* habría que distinguir entre las ideas, propuestas, planes, discursos,

de entrada, de los resultados de salida, siempre desproporcionados. Pero más aún, podríamos interrogarnos sobre la «caja negra» del proceso, es decir del *locus* de la toma de decisiones, por cuanto, en mi percepción, casi ninguna de las estrategias de desarrollo o de geotransformación emprendidas estuvieron libres de objetivos políticos y de seguridad, más o menos velados por el discurso. Este sería el caso de la Brigada Che Guevara, del Cordón de La Habana, de la zafra de los diez millones, entre otros.

e) En otro sentido, habría que ponderar el peso de las instituciones y sus estrategias organizativas en los aciertos y errores de estos procesos, particularmente en todo lo referente al sistema económico y a la organización agraria, vigentes en cada momento. Sirva de ejemplo de esta última que en los años sesenta el 66 % de las tierras del país, administradas por el Estado, estaba organizado en ochocientas treinta y tres unidades agropecuarias; y que, a fines de los ochenta, con el 80 % de las tierras, estas estaban organizadas en trecientas ochenta y dos empresas estatales de producción.

f) Quisiera agregar a lo dicho por el autor sobre las estrategias de agricultura intensiva o «revolución verde», promovida desde fines de los sesenta hasta su imposibilidad en los noventa, que esta estrategia dio lugar a un modelo formalizado e integrado por los principios de organización de la producción a gran escala, especialización territorial y de la gestión, mejora de los suelos, mecanización total, energía fósil, quimificación, riego, genética aplicada, etcétera. Este modelo se concretó por sector, rama y cultivo; y fue bajado directivamente a los productores como las normas técnicas a cumplir en la medida que lo permitían los recursos disponibles.

g) Llamo la atención en que el requisito de organización a gran escala, al parecer condición para la eficiencia de los demás factores, daba enorme rigidez al modelo y lo hacía altamente dependiente de la disponibilidad de tales factores, como se vio en la década de los noventa. Por otra parte, el sistema de la agricultura fue dotado de un enorme aparato científico técnico orientado a la promoción y al apoyo de este modelo zoo y agro tecnológico, cuyo potencial ahora podría estar al servicio de un modelo alternativo. Dejando a un lado la totalidad de las consecuencias que tuvo la promoción del ya mencionado modelo zoo y agro tecnológico, que en los noventa se mostraba ecológica y económicamente inviable, estoy de acuerdo con el autor con el latente riesgo ambiental en que estamos por no haberse definido una nueva propuesta sustentable. Lamentablemente, el estudio solo abarca hasta inicios de los noventa, aunque con alusiones a sucesos posteriores. Queda fuera de su examen el impacto que la reforma agraria de los últimos veinte años –de cooperativización y recampesinación de la producción agropecuaria, así como de su mayor mercantilización– haya podido tener sobre las condiciones de ese tan deseado desarrollo sustentable.

h) Estoy de acuerdo con el autor en que, como él demuestra, los grandes desafíos de las políticas de recuperación en general, y de geotransformación en particular, están en alcanzar la seguridad alimentaria de la población, en sostener a la agroindustria y en ampliar el monto de las agro-exportaciones en condiciones de sustentabilidad. Pero que esto no será posible, en el mediano y largo plazo, sin una priorizada e intensa recuperación, conservación y mejor empleo de los recursos naturales del país. Tampoco si no

se compensan las consecuencias de los cambios climáticos en curso.

i) Si a lo anterior agregamos la «ecuación humana» se hace clara la necesidad de un nuevo modelo agrario para el país de este siglo XXI.

Reinaldo Funes –demasiado sabio para ser joven y demasiado joven para ser tan sabio– nos ha hecho un aporte invaluable. Estos pocos comentarios tratan de persuadir al autor de lo intelectual y políticamente estimulante de su obra. No creo que en adelante ningún estudioso serio de la historia o sociedad cubanas pueda prescindir de su lectura. Como se dice: «la mesa está servida». **C**

LAURA RUIZ MONTES

«Ya somos parientes»*

Podría pensarse, al leer la cuartilla introductoria de *Por encima del mar*, de Deborah Dornellas, que ya se sabe de qué va todo el asunto pues, con absoluta claridad, la autora brasileña dice «Esto todavía no es un libro» (13). De ahí que se espere una suerte de *work in progress*, un relato fragmentado, un intento apenas. Sin embargo, basta avanzar unas páginas para saber que *esto que todavía no es un libro*, deviene recontextualización y búsqueda de raíces no ya (solamente) de un personaje ficticio sino del lazo indisoluble entre las historias personales y la gran Historia afroatlántica. Todo ello a través de una mirada muy contemporánea y un interés que se sostiene con rigor a lo largo de las más de trescientas páginas, donde los recursos del *flashback* se revelan vitales y extraordinarios.

Fiel a lo declarado en la Introducción, Dornellas desarrolla un personaje *descendiente de africanos, hija de gente del campo*, para quien *contar historias es algo común, natural*. Asistimos al relato de vida de Ligia Vitalina, mujer negra, de origen pobre, habitante de Brasilia y la primera de su familia en ir a la escuela y en acceder a la educación universitaria. Relato de vida que sigue las huellas de la diáspora africana pero en dirección inversa: de Brasil a Angola, en una magnífica narración donde las coordenadas

* Deborah Dornellas: *Por encima del mar*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2019. Premio de literatura brasileña.



América/África dan fe de grandes acontecimientos históricos mezclados con los dolores y el crecimiento de personajes que habitan a ambos lados del Atlántico.

A partir de una narración que se inicia en Benguela, Vitalina recuerda a su tatarabuela Josefa, nacida en África, probablemente donde hoy se encuentra Angola, y que fue llevada cautiva a Brasil. Presenciamos entonces un ciclo que ahora se completa con el regreso voluntario de Vitalina a la tierra de la cual su antecesora había sido arrancada. De un lado Minas Gerais, Ceilândia, la construcción de Brasilia llevada a cabo por los *candangos*, ulteriormente despojados de todo derecho y la guerra civil en Angola; del otro, sirven de marco a las microhistorias que Dornellas delinea con fluidez.

Un padre fallecido tempranamente y una madre y una tía sostenedoras del hogar donde Vitalina y sus hermanos crecen como «desechos» de las favelas («invasiones», les clasifican desde el poder) y, por otro lado, José Augusto Luacute, a quien su madre logra sacar de Angola –para que no sea asesinado en la guerra ni asesine a nadie– y quien carga sobre sí una suerte de culpabilidad por haberse alejado de los suyos, conforman un extraordinario mosaico histórico.

Las *zungueiras* angolanas, el racismo de Brasil y la violencia estructural, padecidas por ambas regiones, trazan un cotidiano romanescos que se adentra en las particularidades de cada país, sus desgarramientos y su capacidad de resiliencia. El dominio del idioma, con tintes del portugués bra-

sileño y del angolano, apoyado en la utilización certera de vocablos de los idiomas nacionales africanos, deslumbra en estas páginas.

Colmada de personajes femeninos, la novela muestra, una vez más, la invisibilidad a la que es sometida la mujer negra, su no existencia. «Si yo dijera algo, destruiría en segundos generaciones enteras construidas sobre la invisibilidad» (43), piensa Vitalina sentada en el rincón más *discreto* del aula de la universidad de Brasilia en la que estudia. Para después asegurar que «desde hace siglos ellos insisten en fingir que no existimos o que existimos solo para servirles. No» (45). Ya sabemos los lectores la cuota de resistencia que implica ese *No*; que es más que un monosílabo porque «una persona es mucho más que un puñado de palabras» (145).

Sin embargo, es a través de la palabra, en el capítulo (o fragmento) 38 que Ligia Vitalina logra expresar la herida profunda, la rabia ancestral, el dolor sordo. Es una página breve, encontrada en uno de sus diarios íntimos. Una hoja garabateada que copia a la novela que está construyendo, según palabras de la protagonista, *para no olvidar*. Un papel donde emborronó toda su rabia sobre el «[...] malvado de mierda, pústula, crápula, fistula, válvula de escape del salvajismo y del racismo de los blancos burgueses. Tú, mierda, síntesis de la porquería [...]» (165-166). Unas líneas que son la más profunda y auténtica rebelión contra quienes la violaron, en el campus universitario, mientras gritaban: «¿Fuiste a estudiar, negra sinvergüenza?» (288), en un acto de vejación brutal que deja de ser solo un agravio personal para devenir violencia sistémica contra la mujer, la mujer negra que se atreve a ser algo más, que se atreve a aprender, a entrar a un aula, a volverse peligrosa, subversiva... Ligia Vitalina, mujer ne-

gra, pobre, que se afana en (sobre)vivir y luchar por su autonomía, es aquí una especie de presa de contienda, en una batalla cotidiana donde la misoginia alcanza altas cotas.

Estos personajes literarios, muy bien trazados por la narradora sudamericana, nos introducen en las geopolíticas y las dinámicas sociales de Brasil y Angola. Vitalina, en Brasilia, junto a su familia, o en Benguela, enamorada de un angolano, descubre las similitudes, las raíces que articulan: «Los lugares y las gentes de Angola me recuerdan mucho algunas ciudades pequeñas y al pueblo negro de Minas Gerais» (261), para concluir que «La ciudad y yo nos reconocimos» (262). Hay una historia común, una oralidad plagada de relatos que acerca las dos latitudes. Hay un navío que partió lleno de cautivos desde la tierra africana y hay un avión, siglos después, que trae a una de sus descendientes de regreso. Hay una nueva historia que es posible, un amor entre la profesora brasileña y el académico angolano. Y hay una solidaridad patente en el hogar cuidado por la madre y la tía de Ligia, para que los vástagos estén protegidos. Y también una hermandad entre los miembros de la familia de Ze Augusto. Familia que, al decir de la madre de este, «se construyó en las treguas» de la guerra (235). Porque lo que sí queda muy en claro, en esta muy lograda novela de Deborah Dornellas, es que «En un final, ya somos parientes» (83). Como tales, ella ha trazado sus personajes y les ha hecho dialogar en una conversación afroatlántica que devela y denuncia el racismo y el sexismo, la misoginia y la invisibilidad de la mujer negra en distintos momentos epocales, a la par que construye un puente sólido entre las orillas implicas: América y África, en un discurso muy bien articulado que, lejos de agotarse, deviene renovada forma de resistencia. ■

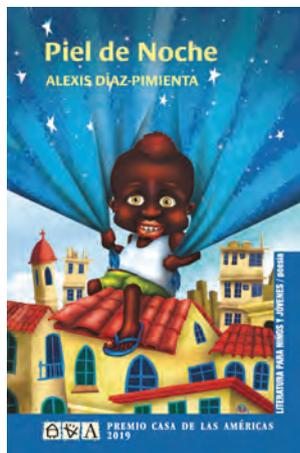
JULIO M. LLANES

Orgullo de ser. Una lectura de *Piel de noche**

La lectura del libro *Piel de noche*, de Alexis Díaz-Pimienta, escritor, investigador y repentinista, me ha hecho pensar en la profunda relación entre contenido y forma. Es decir, en algo que corresponde al autor: la selección de un tema del vasto universo de la realidad y la forma más idónea de abordarlo.

El poeta ha seleccionado el importante y necesario tema de la presencia del racismo y otras formas discriminatorias que subyacen en Cuba, país de reconocidos logros sociales e igualdad de oportunidades, empeñado en alcanzar –como pedía Martí– la dignidad plena del ser humano. Al abordarlo se valió de su reconocido talento para crear e hilvanar situaciones con un lenguaje de hermosa sencillez, pletórico de humor y gracia. Adarga al brazo penetró en una gama de estereotipos raciales que tienen sus raíces en la esclavitud del negro en nuestro pasado colonial, marcas de conductas y expresiones en la mentalidad de quienes, concientes o no, reproducen y transmiten un lastre que generalmente convive junto a otros prejuicios tales como la intolerancia, la xenofobia y el sexismo.

*Alexis Díaz-Pimienta: *Piel de noche*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2019. Premio de literatura para niños y jóvenes.



Todo está concebido para que el niño como personaje protagonista viva, analice y cuestione su entorno escolar familiar o social desde su punto de vista. A veces duda, no entiende, pregunta en sus aventuras por el mundo de prejuicios. Rechaza, aprende y, a la vez, hace

pensar al lector, ya sea adulto, padre, maestro o niño. Todos podemos sonreír con el texto, a la vez que sentimos la necesidad de conversar, dialogar sobre estos asuntos u otros similares de la vida cotidiana.

Mientras leía, recordé al maestro-poeta cubano Raúl Ferrer con sus poemas «Romance de la niña mala» y «Romancillo de las cosas negras». Él no creía en la espontaneidad, por ello nunca desaprovechó ocasión para enseñar la conducta antirracista y lo hizo desde la palabra hasta el verso. Recordé también el día en que mi nieta Gaby regresó de su escuela confundida y molesta, y contó exactamente el mismo motivo del diálogo suscitado entre el protagonista y su madre en el segundo poema de *Piel de noche*:

*Y no es la primera vez:
cada vez que estamos solos
me dice «negro», me llama «negro».
¡Qué buena vista, qué bien!
¡No sabes cuánto me alegro!*

Respuesta materna inteligente que, en vez de réplica violenta, procura la defensa del digno orgullo.

Este libro, a mi juicio, es un texto que –junto a los ya existentes y los que vendrán– puede contribuir a hacer más visible el problema, pues desnuda la *oreja peluda* de expresiones discriminatorias arrojadas de chistes inofensivos o frases como «pelo malo» y «adelantar la raza», que disminuyen al ser humano. Es literatura que abre camino al abordaje de una manera natural desde las posibilidades que ofrece el arte y la literatura como catalizadores de emociones, sobre todo cuando la obra alcanza la armonía de crítica con fino humor y denuncia, sin perder ternura como la lograda en este libro.

En su quehacer literario, Alexis Díaz-Pimienta se ha destacado como un autor versátil que cultiva el cuento, la novela, la poesía y la literatura infantil, y ha obtenido premios y galardones en certámenes de Cuba y otros países. Ha publicado obras reconocidas como *Cuentos clásicos en verso*, recreación de personajes famosos de la literatura infantil universal (El gato con botas, El patito feo, Cenicienta, La caperucita roja y Pulgarcito); *En un lugar de la mancha: Don Quijote en verso*; y la saga de su personaje Chamaquili, con las que ha conquistado el reconocimiento de especialistas y del exigente público lector.

Ahora con *Piel de noche* este autor se renueva en su capacidad imaginativa con un conjunto de poemas en variadas formas estróficas de la lírica castellana y combinaciones de versos de diferentes métricas y rimas. Como estudioso sabe que estas estructuras poseen moldes de mucha eficacia comunicativa para la ternura infantil, ya probados por Martí y otros grandes poetas. El libro es todo un ejercicio de dominio poético que transcurre naturalmente, pues no pretende impresionar, sino lograr el efecto deseado: versos para meditar en silencio, para quejarse y

protestar, para cantar a ritmo de esperanza, para bailar y convocar a un mundo mejor.

El uso de la primera persona en todo el poemario, además de identificarnos con el protagonista, permite un tono narrativo cercano a la conversación, a la manera de los cuentos orales, apropiados para desgranar anécdotas, situaciones, confusiones, prejuicios, disgustos, incomprendiones, mostradas en el entorno del niño protagonista:

*Tal vez logren algún día
los científicos más sabios
una mutación genética
que haga a los seres humanos,
un rato gordos, un rato flacos,
un rato negros, un rato blancos,
un rato bajos, un rato altos,
un rato gordos, un rato flacos,
y lo mejor: ser felices
en cada uno de esos ratos*

Piel de noche es una lectura amena, hermosa e interesante, que nos hace reflexionar desde que el niño se presenta y sentimos con él su orgullo por ser quien es. No es un texto de sermón aleccionador que cause rechazo. Es una invitación a la feliz convivencia en la diversidad de cada cual y el respeto a todos. No es solo para niños: como los buenos libros de literatura infantil está pensado también para el adulto. Para que desde la lectura y el comentario se asimile y las mejores ideas puedan convertirse en conducta. Es también un volumen para la lectura recurrente, de manera que al volver a leer, sobre todo el más pequeño, descubra o disfrute una imagen, una palabra o frase que no comprendió antes. Se dice que las lecturas generalmente producen en

el lector analogías con textos ya leídos y hasta con su propia vida. Estoy seguro que esta obra tiene esa capacidad.

Piel de noche es también un libro de imágenes plásticas muy logradas por Raúl Martínez Hernández, un maestro de la ilustración en Cuba. Ellas sugieren tanto como los versos, basta solo observar cómo el pincel llora una lágrima negra. Se complementan con el texto, de manera tal que cuando se visualiza al niño protagonista, el lector percibe sus sentimientos y también puede compartirlos.

Aunque he insistido en la importancia temática, es obvio que ella por sí sola no garantiza la calidad literaria de la obra. Se requiere de dominio de los asuntos y contextos, de una imaginación y sensibilidad peculiar que el autor ha demostrado poseer.

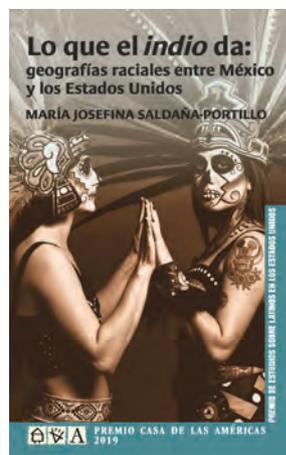
Cuando un libro puede ser disfrutado y, a la vez, entraña una ganancia espiritual, merece una lectura activa y cómplice. Uno de esos textos singulares es *Piel de noche*, publicado por el Fondo Editorial Casa de las Américas en su colección Premio. Un libro que critica prejuicios y convoca al respeto. **C**

Lo que el indio da o más bien le quitan: geografías raciales y fronteras*

En tiempos en los que parece que se nos está cobrando lo mal hijos de la Pachamama que hemos sido, llega este libro a la Casa. Y como resultado del propio trabajo que hace más de sesenta años atesora la institución, aparecen estos cruces maravillosos que pueden hacer preguntar al más pinto sobre la autenticidad de premiar un volumen sobre geografía racial indígena en el Premio de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos en 2019. Otorgar el lauro a *Lo que el indio da: geografías raciales entre México y los Estados Unidos*, de María Josefina Saldaña-Portillo, evidencia que establecer vínculos entre los programas de estudios de la Casa de las Américas es una estrategia epistemológica valedera que nos conduce, no solo a un trabajo cada vez más descolonizador al ocuparse de cada una de las interseccionalidades;¹ sino que nos hace con-

*María Josefina Saldaña-Portillo: *Lo que el indio da: geografías raciales entre México y los Estados Unidos*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2019. Premio de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos.

¹ Este término expresa la necesaria comprensión de las teorías sociales desde los cruces de las categorías raza, clases, sexualidad. El lenguaje de la interseccionalidad es propio de Kimberlé Crenshaw y se origina en las corrientes feministas de los Estados Unidos, cobrando fuerza particularmente en el feminismo negro.



secuentes con el legado de nuestros predecesores que abogaban por miradas incluyentes y totalizadoras de esta América nuestra.

Lo primero que pudiera sorprender al lector es que la categoría *geografía racial* es la base teórica sobre la que se mueve Saldaña para

desmontar patrones historiográficos y geográficos que no responden a otra cosa, como casi toda entidad cognoscitiva después de 1492, que a los procesos de colonización. Utiliza este concepto en un amplio marco contextual que va desde el siglo XVI hasta el XIX, que le permite denotar yuxtaposiciones históricas, racialización de procesos sociales en los que la idea de raza—como apunta también Aníbal Quijano a lo largo de su obra— nos ayuda a comprender las jerarquizaciones, las colocaciones espaciales de esas jerarquizaciones y cómo fenómenos culturales del pasado siglo y del presente (como el Aztlán chicano, los vigilantes blancos de la frontera y/o el narcoterrorismo) son herencia de la construcción del poder racializado de las geografías.

Por otra parte, si tuviéramos que señalar al sujeto de este libro—el lector, por el título, cometería el error de pensar que se trata de los pueblos originarios, y no estaría del todo errado—, debemos reconocer que nos encontramos ante un texto que clasifica como un estudio fronterizo:

La construcción de «la frontera» en sí misma como una demarcación política y como una ecología de significado, como una economía

de drogas y como una fuente de ansiedad y angustia psíquicas (materializada, por ejemplo, en la aprobación de la ley SB 1070 en Arizona, o ley Apoye nuestras fuerzas de Orden Público y los vecindarios seguros) son efectos de estas geografías raciales superpuestas que se relacionan entre sí con fuerza productiva [24].

La frontera también marca otro de los objetivos fundamentales de este volumen: el intento de demostrar la intraducibilidad entre los términos *Indian* e indio; dos conceptos que –tanto en español como en inglés– si no aplicamos a la semántica las articulaciones y diferenciaciones que los espacios coloniales conllevaron a ambos lados de la frontera, podrían ser entendidos como iguales cuando, como dice la autora, se trata «de dos genealogías distintas y, a la vez, cómplices de la diferencia *india* tal como se produjeron en las geografías coloniales y nacionales» (27). Se trata, en última instancia, de ubicar a pueblos originarios como ejemplos de la conformación de la construcción simbólica y diferenciadora de espacios racializados y jerarquizados, a pesar de parecer uno; de cómo estos espacios se volvieron naciones y del papel que en la conformación de dichas nacionalidades (mexicana y estadounidense) tuvo la relación colonizadores e indios/ *Indians*.

De hecho he ahí el origen del título escogido para nombrar este importante ejercicio de investigación: Lo que el *indio* da... es un juego con la frase en inglés *Indian Giver* (indio donante) que no hace otra cosa que ridiculizar las reivindicaciones de los nativos americanos sobre sus tierras apelando a la idea de que ya ellos se las habían regalado a los colonos; mientras que la

autora señala cierto orgullo nacional mexicano emergido sobre el reconocimiento de la violencia contra los indígenas mexicanos por parte de los conquistadores españoles.

Me permito utilizar el concepto de Zuleica Romay de «lectura sucesiva» para decir que es el recurso más empleado por la autora para demostrar rupturas y continuidades en el proceso de colonización a ambos lados de la frontera. Lo hace, por ejemplo, cuando expresa lo siguiente:

A primera vista parece difícil de conciliar la expresión popular mexicana «hijo de la chingada» con la frase coloquial norteamericana del «donante *indio*», pero mediante la yuxtaposición de estos proyectos nacionales de creación de espacio desfamiliarizamos ambos y hacemos visibles las relaciones entre ellos [37].

En este sentido, son interesantes las reflexiones de Saldaña cuando denota que a un lado y otro de la frontera los procesos de colonización y los nacionalismos produjeron prácticas espaciales que jerarquizaron y ubicaron como identidad primordial en México y los Estados Unidos a lo mestizo y lo blanco respectivamente, ignorando, invisibilizando y discriminando a los indígenas y nativos. Bajo esa premisa invito al lector que preste atención al caudal crítico de la autora sobre la forma de construcción de los conceptos y procesos, no solo en el cuerpo del texto sino en cada una de las notas a pie de página que muestran un levantamiento bibliográfico enjundioso y la recopilación de unas imágenes necesarias.

Si pensamos en la triada epistemología, metodología y teoría, notaríamos que ya argumentamos buena parte de sus extremos. Por tanto, destacar la

metodología sobre la que se sustenta este premio Casa de las Américas apunta hacia lo que, sin dudas, es también resultado de la multidisciplinariedad de esta obra. Como menciona el jurado del certamen, el libro «articula de forma original y [con] creatividad un sofisticado análisis de la indigenidad [...] con gran trascendencia para el campo de los latinos en los Estados Unidos» a través de una triangulación en la que los análisis literario, cinematográfico y de registros históricos permiten a la autora levantar imaginarios, representaciones e inconcidentes raciales.

Se trata, entonces, de la puesta en papel de una labor de investigación en la que se tomaron herramientas multidisciplinarias que permiten estar frente a una obra que supera los tradicionales esquemas de construcción del saber social. De hecho, en ella se advierte lo que tanto demandan los epistemólogos del siglo XXI: la posibilidad de integrar un marco categorial, una posición epistemológica y una teoría social (más bien varias).

Un punto y aparte merece la forma en que se incluyen en este caldo de saberes los estudios de género. Marcan, como lo racial, las epistemes sobre las que se erige este edificio. Comprender cómo tanto colonizadores como indígenas son imaginados en un pasaje heterotemporal, funciona como parteaguas para la comprensión final tanto del «salvajismo colonial» como de la «generosidad del hombre blanco» y, por ende, la elaboración sociohistórica de una (no)ciudadanía de hombres blancos y mestizos, según el territorio, en la que quedarán ausentes las mujeres indígenas.

El texto está estructurado en cinco capítulos que se acompañan de una portentosa introducción y unas no menos enjundiosas conclusiones. La lectura del capitulado nos lleva por los ca-

minos de la (des)humanización de los indígenas desde el siglo XVI con los asentamientos coloniales españoles y británicos; las encomiendas en el XVIII; los grupos comisionados por el estado del norte de México que se especializaron en cortar cueros cabelludos; la firma del Tratado Guadalupe Hidalgo con la consecuente creación de la frontera y nuevas formas de ciudadanía blanca; el posterior surgimiento del nacionalismo chicano y la legendaria patria Aztlán; la era de los derechos civiles, el tráfico de drogas y la guerra derivada de ello.

Las conclusiones hablan sobre un ahora que no parece terminar. Los Estados Unidos toman control de su poder creador de espacios racializados y continúan etiquetando como indios bárbaros a quienes les convenga. Notorio en ese caso la lectura que hace la autora del proceso de asesinato de Osama Bin Laden y el momento de anunciarlo, vinculándolo con ese otro en que se retoma la figura de Gregorio, líder chiricahua que en la Selva Madre mexicana lideró la última guerra de indígenas contra los, en aquel momento, nacientes Estados Unidos.

Al mismo tiempo es válido reconocer la forma en que se devela cómo el sentimiento antinmigrante estadounidense tiene formas de expresión particulares cuando se obvian o invisibilizan las causas de esa migración en poblaciones completas de campesinos indígenas mexicanos; buena muestra de ello son los que han migrado al valle de Hudson en el estado de Nueva York, como consecuencia de los desastres del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, o aquellos que huyen de la guerra de las drogas.

Lo que el indio da... permite usar sus propias palabras para la demostración de su pertinencia como literatura de estos tiempos:

Ese es el mito destruido por los inmigrantes indocumentados que les recuerdan a los ciudadanos blancos de los Estados Unidos su propia indocumentación original, como también evocan a los nativos americanos que persisten vivos y continúan afirmando su propia soberanía territorial dentro de un estado-nación de colonos blancos [495].

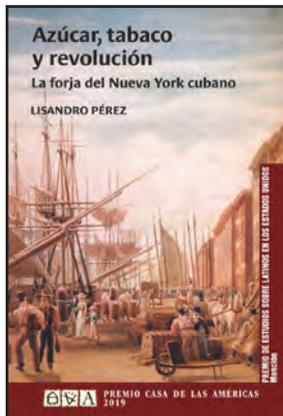
Estamos así ante un libro que es un desafío al *establishment* WASP, pero también a esos nacionalismos latinoamericanos que se levantaron sobre la ignorancia violenta y la invisibilidad de una buena cantidad de pueblos que hoy parecen renacer de a poco. Es también, sin proponérselo, una denuncia ante tanto nativismo «americano» que continúa alzando muros y desechando personas en momentos como estos de pandemia mundial. **C**

OSCAR ZANETTI

La forja del Nueva York cubano*

La emigración cubana en los Estados Unidos ha sido objeto de estudio en distintas etapas de su historia, particularmente durante el último tercio del siglo XIX, años en los cuales desempeñó un importante papel en el proceso que condujo la independencia nacional. En el contexto de dicha literatura, *Azúcar, tabaco y revolución*. *La forja del Nueva York cubano* se inserta con indiscutible originalidad. No solo por concretarse a la ciudad de Nueva York, que fue el escenario principal de la emigración cubana en aquella época, sino por la perspectiva analítica de su autor, quien si bien atiende en toda su relevancia los procesos políticos, no descuida el examen de las condiciones económicas de la emigración y de sus características sociales, develando las estrechas conexiones existentes con el complicado contexto cultural de una ciudad receptora de nutridos contingentes migratorios. La condición de sociólogo y demógrafo de Lisandro Pérez ha sido, sin duda, determinante en la singularidad de su enfoque. Por las claves que aporta para comprender mejor del libro que comentamos, tanto ese aspecto de la trayectoria profesional de su autor como algunos otros merecen revisarse.

* Lisandro Pérez: *Azúcar, tabaco y revolución. La forja del Nueva York cubano*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2019. Mención honorífica en el Premio de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos.



Lisandro Pérez es bien conocido en los medios académicos y culturales de Cuba, aunque más por los vínculos que ha promovido entre estos y distintas instituciones norteamericanas que por su profusa y variada producción intelectual, publicada en medios

que a menudo no se hallan al alcance del lector cubano. Nuestro autor realizó buena parte de sus estudios en la ciudad de Miami, donde a los once años de edad se radicó con su familia, salida de la Isla en 1960. Su formación profesional concluyó en 1974 con un doctorado en Sociología realizado en la Universidad de Florida (Gainesville), donde tuvo la oportunidad de asistir a cursos de destacados latinoamericanistas. Ese mismo año comenzó una carrera académica como profesor en la Universidad Estatal de Luisiana, cuyo departamento de Sociología llegó a dirigir.

La primera intención de Lisandro había sido realizar su tesis doctoral sobre un tema cubano, pero fue disuadido de ello por la imposibilidad de desarrollar entonces investigaciones en la Isla. Sus inquietudes, sin embargo, no desfallecieron y así lo confirma el hecho de que su primera publicación —al menos, de la que yo tenga noticia— fue un breve estudio sobre aspectos demográficos de la educación en Cuba. También en esos años finales de la década de 1970 pudo restablecer el contacto directo con su país de origen, en el marco de las relaciones que entonces se desarrollaron entre el gobierno cubano y algunos círculos del exilio.

Este autor ha hecho del fenómeno migratorio el centro de sus estudios, abordándolo desde ese ángulo interdisciplinario que algunos llaman —de manera algo redundante— sociodemografía. Sus publicaciones se cuentan por decenas; casi todas ellas dedicadas a la emigración cubana en los Estados Unidos y a problemas demográficos de la Isla, incluyendo —y desde fecha temprana— trabajos de perfil histórico, como lo atestigua un extenso artículo publicado en 1984 sobre la mano de obra en las explotaciones mineras del oriente de Cuba a finales del siglo XIX. Esa dedicación se reafirmó con el regreso de nuestro autor a Miami en 1985, para asumir la dirección del Departamento de Sociología de la Universidad Internacional de la Florida. El interés por la problemática de la emigración cubana ensanchó entonces su espectro, de lo cual dan fe los artículos publicados desde entonces sobre cuestiones económicas, culturales, étnicas y de familia de las comunidades cubanas en los Estados Unidos, así como sobre aspectos ideológicos y de la cultura política.

Tan vasta inquietud intelectual y la probada capacidad de Lisandro en labores de administración académica, culminaron en la creación —en buena medida gracias a su iniciativa— del Centro de Investigaciones Cubanas (Cri, según sus siglas en inglés) de la Universidad Internacional de la Florida, cuya dirección desempeñó desde 1991 hasta 2003. No resulta difícil imaginar las tensiones que comportó la conducción de un centro de esa naturaleza en Miami, teniendo en cuenta su sostenido empeño en promover las relaciones académicas con Cuba, incluyendo la celebración de conferencias anuales sobre temas cubanos y la apertura de espacios a investigadores de la Isla. Con el mismo espíritu abierto

nuestro autor se desempeñó durante un sexenio como editor de *Cuban Studies*, sin dudas el más relevante anuario internacional sobre la materia.

De vuelta a la relativa quietud de las labores profesoras, en 2010 Lisandro aceptó la invitación de trasladarse a Nueva York para hacerse cargo de la dirección del Departamento de Estudios Latinos y Latinoamericanos del John Jay College de CUNY. Según he podido percatarme, la Gran Manzana puede suscitar sentimientos muy encontrados, pero siempre intensos. Nuestro autor no tardó en ceder a sus seducciones e hizo de Nueva York no solo un lugar de trabajo, sino su objeto de estudio.

La urbe tiene una bien ganada fama como metrópoli por excelencia de los inmigrantes, aunque es bastante menos conocido que durante el siglo XIX los cubanos constituyeron el mayor contingente de la inmigración hispana en esa ciudad. El sostenido interés de Lisandro Pérez en el estudio de las comunidades cubanas en los Estados Unidos, su probada sensibilidad histórica y sus vínculos familiares establecidos desde antaño con la gran ciudad neoyorquina, se entrelazaron armoniosamente para generar las poderosas motivaciones que animaron el proyecto felizmente cuajado en *Azúcar, tabaco y revolución. La forja del Nueva York cubano*, cuya lectura en español ha hecho posible la Casa de las Américas.

Es claro que una investigación tan ambiciosa como la que dio lugar a esta monografía, difícilmente hubiera podido desarrollarse con éxito de no contar con el impresionante volumen de publicaciones periódicas, documentos y otras fuentes históricas que sobre la inmigración cubana atesora la Biblioteca Pública de Nueva York. En sus salas de lectura, con el eficaz auxilio de bibliógrafos y estacionarios, pudieron irse ex-

trayendo y analizando los datos que conforman el rico entramado del libro.

Sus páginas abarcan la presencia cubana en Nueva York de principio a fin del siglo XIX, no solo reconstruyendo la vida y anhelos de los inmigrantes radicados en la gran ciudad, sino examinando los intensos y continuos vínculos económicos entre esta y la mayor de las Antillas. Nueva York, junto a Baltimore y Boston, constituyó el principal destino de la dulce corriente que desde las plantaciones de la Isla fluía hacia el gran mercado norteamericano; en sentido inverso, desde la ciudad del Hudson llegaban a La Habana, Matanzas y otros puertos, no solo alimentos y demás bienes de consumo, sino maquinarias, utensilios, procedimientos e ideas que propagaban la modernidad en la sociedad criolla. El incesante ir y venir de comerciantes y empresarios originado por esos negocios propició amistades y hasta vínculos familiares con los cuales se fueron afianzando los nexos entre la ciudad y Cuba. Al trasiego comercial siguió el movimiento humano; junto a los tercios de tabaco en rama llegaron a los talleres neoyorquinos los tabaqueros que torcerían sus hojas; con ellos y otros operarios –sastres, zapateros, impresores–, la comunidad cubana en Manhattan, Brooklyn y sus suburbios se tornó *más numerosa y heterogénea*. La obra reseñada abunda en información sobre estas materias, aunque, por el sesgo que suelen imponer las fuentes, el espacio concedido a las personalidades prominentes resulta mayor que el ocupado por el modo de vida de la gente común.

Desde la llegada del padre Varela en 1823, hasta el apostolado de Martí en las décadas finales del siglo, Nueva York fue un ámbito primordial tanto para la construcción de la nación cubana, como para la gestación de su independencia.

Más allá del azúcar y el tabaco, esos procesos constituyen la materia fundamental del libro que hoy está al alcance de nuestras manos y en buena medida justifican la organización de este en dos partes. En la primera se destaca la actividad de Félix Varela; no solo su siembra de ideas en *El Habanero*, sino su austero sacerdocio y la entrega a su feligresía. Incluye también esa parte algunas páginas de la breve estancia neoyorquina de Heredia y, con mayor detalle, el fenómeno anexionista que tuvo en Nueva York su principal escenario. La publicación de *La Verdad* por El Lugareño, los proyectos expedicionarios de Narciso López, los disímiles perfiles del anexionismo aparecen con toda su variedad de matices en el capítulo segundo. La otra parte del libro, de mayor volumen, dedica tres de sus cinco capítulos a la labor de la emigración independentista en la ciudad de los rascacielos y sus conflictos internos durante la Guerra de los Diez Años, mientras que el último y más extenso se ocupa de la vida y los empeños de José Martí.

Algunos de los asuntos que *Azúcar, tabaco y revolución...* recoge en sus páginas ya han sido tratados por nuestra historiografía, pero aquí se presentan con más precisos contornos gracias a la consulta de fuentes que han permitido al autor apreciar nuevas facetas. Un buen ejemplo es el análisis del enfrentamiento entre «aldamistas» y «quesadistas» durante la Guerra Grande, enriquecido ahora a partir de documentos del archivo de José Ignacio Rodríguez, así como de la cuenta bancaria de Quesada y la correspondencia generada en torno a ella, conservadas estas últimas entre los papeles de Moses Taylor, el célebre comerciante-banquero. Incluso la extraordinaria labor neoyorquina de Martí, tan estudiada que el autor confiesa haber creído imposible encontrar

algo nuevo que aportar, se aprecia en estas páginas con toda su relevancia. Examinada desde el ángulo de la cultura política prevaleciente en la emigración y las pugnas que anidaban en su seno, la gestión martiana adquiere proporciones de hazaña. El autor destaca en particular el trascendente giro que Martí imprimió a la estrategia independentista, al confiar enteramente su éxito al esfuerzo y el sacrificio de los cubanos, conciente del peligro que entrañaba una intromisión del gobierno norteamericano en el conflicto, la cual otorgaría a Washington un protagonismo capaz de frustrar —como finalmente ocurrió— la consecución de la plena independencia.

Aunque esencialmente histórico, el acercamiento de Lisandro Pérez a la problemática de la emigración cubana en Nueva York durante el siglo XIX en modo alguno ignora realidades posteriores. Sobre todo en determinados rasgos de la cultura política, en la prevalencia de ciertas actitudes y visiones, *Azúcar, tabaco y revolución...* nos devela la existencia de continuidades que desde la época que estudia se proyectan hasta nuestros días.

Nueva York, sus calles, sus plazas, sus salas de conferencia, la crudeza de sus inviernos, sus cementerios, constituyen en este libro mucho más que el escenario de una emigración laboriosa e inquieta, comprometida con el destino de la patria lejana. Quienes colmaban los salones durante las reuniones patrióticas, los que editaban y leían la prensa independentista, quienes aportaban caudales respetables o se desprendían de sus míseros jornales para armar expediciones, vivían y transitaban esos espacios compartiéndolos con neoyorquinos de muy diversas procedencias, intercambiando costumbres y practicando los hábitos de la gran urbe.

Creo que comunicarnos esas realidades, hacernos entender las circunstancias vitales de aquellos cubanos emigrados en un texto bien tramado, de prosa tan fácil y elegante que puede disfrutarse como una novela, es un regalo que debemos agradecer. Primeramente a su autor, Lisandro Pérez, pero también a

la eficiente y límpida traducción de Eloísa Le Riverend, al atractivo diseño de Ricardo Rafael Villares y al cuidadoso trabajo editorial de Nisleidys Flores. Y, por supuesto, a la Casa de las Américas, que supo aquilatar los excepcionales méritos de esta obra y ponerla a nuestro alcance. **C**



casa

de las Américas 221

octubre-diciembre / 2002

**COSAS
DE
ESPAÑOLES**



casa

de las Américas 233

octubre-diciembre / 2003

**HAITÍ:
DOSCIENTOS AÑOS
DE INDEPENDENCIA**

*Últimas palabras
de Salvador Allende*

**En defensa
de la humanidad**



casa

de las Américas 241

octubre-diciembre / 2005

**PRESENCIA
VENEZOLANA**

Otras presencias



casa

de las Américas 245

octubre-diciembre / 2006

PRESENCIA ARGENTINA

*Homenaje
a PABLO DE LA TORRIENTE*



Descomposición en el Imperio

De «Mal estado» calificó David Brooks el comienzo de septiembre en su columna American Curios del diario mexicano La Jornada el 7 de septiembre:

La república / democracia / Imperio Estadunidense está en mal estado. Aquí una selección de algunos de los síntomas del malestar exhibidos en la última semana: // Varios medios, expertos electorales y políticos se están preparando para unos comicios en el país que proclama ser el modelo supremo de democracia, en los cuales no todos los votos cuentan, no se contarán todos los votos, millones con derecho al voto no podrían ejercerlo y Donald Trump, quien busca su reelección, ha declarado repetidamente que el proceso será viciado por un magno fraude y que no reconocerá el resultado si es en su contra. // En un mitin en Carolina del Norte, el presidente invitó a sus seguidores a votar dos veces, una por correo y otra en persona. Eso es un delito. // La disidencia masiva expresada en movimientos como *Black Lives Matter*, los ambientalistas, los defensores de derechos y libertades civiles y hasta la cúpula neoliberal demócrata, ha sido acusada por el régimen de ser una iz-

quierda radical que incita a la violencia en las calles y, por lo tanto, debe ser reprimida y enfrentada por milicias armadas patriotas. (Ojo, el 93 % de las acciones de protesta de *Black Lives Matter* han sido pacíficas). // El presidente amenazó con suspender fondos federales a ciudades con gobiernos demócratas que, según él, han permitido a los anarquistas crear zonas sin ley ni orden. // El Departamento de Seguridad Interna, según informes oficiales preliminares, califica a los supremacistas blancos como el peligro más letal del terrorismo doméstico que enfrentan los Estados Unidos, reporta *Politico*. // Los Estados Unidos continúan como el país más contagiado por la COVID-19 en el mundo. Cuando la cifra de muertos por la pandemia se aproxima a ciento noventa mil en este país, el presidente está jugando golf. // Al continuar la crisis económica detonada por el manejo de la pandemia, casi uno de cada ocho hogares no cuenta con suficiente comida, reporta *The New York Times*. // El comandante en jefe llamó perdedores y tontos a militares estadunidenses fallecidos en guerras, reportó *The Atlantic* el pasado jueves, citando cuatro fuentes. La Casa Blanca descalificó el reportaje como *fake news* y Trump —quien evitó hacer el servicio militar empleando,

como muchos niños ricos, una excusa médica comprada al doctor de la familia— proclamó su amor eterno a las tropas y denunció la versión como otro ataque engañoso de sus enemigos. El reportaje fue confirmado poco después por la agencia Associated Press, el *Washington Post* y hasta Fox News. // Los Estados Unidos, país con una larga y ampliamente documentada historia de intervenciones encubiertas y abiertas en los procesos políticos de otros países, es ahora víctima de tales actos de violación de soberanía: los demócratas acusan que los rusos están interviniendo otra vez en el proceso electoral para beneficiar a Trump, mientras los republicanos aseguran que los chinos intervienen a favor de los demócratas (algunos recordarán acusaciones parecidas de intervenciones por esos mismos poderes en lugares como Sudamérica o África en otros tiempos, a veces para justificar la intervención estadunidense). // El régimen de Trump anunció la semana pasada que no participará en el esfuerzo coordinado por la Organización Mundial de la Salud para crear y distribuir una vacuna contra la COVID-19. Por separado, anunció sanciones contra dos oficiales del Tribunal Penal Internacional por atreverse a investigar posibles crímenes de guerra cometidos

por fuerzas militares estadounidenses en Afganistán. // Decenas de lanchas y yates participaron en una procesión acuática de apoyo a Trump en un lago en Texas. Cuatro de las lanchas, con todo y sus grandes banderas de Trump, se hundieron. Algunos optimistas proclamaron que fue señal de que el régimen tendrá la misma suerte que el *Titanic*. Solo falta ver quién hace el papel del iceberg. // Por ahora, sigue la búsqueda de un antídoto para el mal estado de los Estados Unidos.

Premios

El 9 de julio la Academia de Historia de Nueva York concedió el Premio Herbert H. Lehman Prize for Distinguished Scholarship in New York History, al volumen *Sugar, Cigars, and Revolution: The Making of Cuban New York*, de Lisandro Pérez. De origen cubano, Pérez ha vivido la mayor parte de su vida en los Estados Unidos, donde fundó y dirigió por doce años el Cuban Research Institute de la Universidad Internacional de la Florida (Fiu), y fue editor de la revista *Cuban Studies* editada por la Universidad de Pittsburgh. Hoy dirige el Departamento de Estudios Latinos y Latinoamericanos en John Jay College, CUNY. En 2019 dicho volumen obtuvo mención en el Premio de Estudios sobre latinos en los Estados Unidos convocado por la Casa de las Américas, cuyo Fondo Editorial lo publicó con el título *Azúcar, tabaco y revolución: la forja del Nueva York cubano*, del que publicamos una reseña en esta entrega.

El escritor chileno Raúl Zurita fue reconocido este 9 de septiembre

con el premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. El autor de obras como *Purgatorio* (1979), *Anteparaiso* (1982), *El paraíso está vacío* (1984), *Canto a su amor desaparecido* (1985), *El amor de Chile* (1987), *La vida nueva* (1988), *Poemas militantes* (2000) y *Sobre el amor y el sufrimiento* (2000) se convierte así en el tercero chileno en recibir el galardón, después de Gonzalo Rojas y Nicanor Parra. Desde la década del setenta, y en forma paralela a su escritura, Zurita fue activo integrante del Colectivo de Acciones de Arte (Cada). En 1982, sobre el cielo de Nueva York, cinco aviones escribieron con letras de humo su poema «La vida nueva» y en 1986 la Casa de las Américas lo recibía por primera vez como jurado de su Premio Literario, lo que se repetiría en 1999. Al año siguiente fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura de su país, y en 2006 su antología *INRI* fue ganadora del Premio de poesía José Lezama Lima otorgado por la Casa. En el acta de premiación se reconocía que el poemario podía leerse como la conmovedora parábola de un universo de valores humanos cuyos enemigos no pudieron destruir, y en el que las voces de Neruda y Huidobro parecían escucharse por debajo de estos versos de innegable amor a su nación, a su geografía y a sus luchas.

La democracia en crisis

A continuación reproducimos fragmentos de la entrevista dada por el escritor estadounidense Paul Auster al periodista Gerardo Lissardy para BBC Mundo, en el marco del Hay Festival Querétaro, a principios de septiembre. Auster y su compañera

Siri Hustvedt, encabezan junto a Margaret Atwood, Salman Rushdie, Ariel Dorfman, Margaret Randall y otros escritores, un movimiento de conciencia contra la prolongación de mandato de Trump.

Esta [pandemia] es una nueva realidad, tenemos que lidiar con ella. Pero si actuamos inteligentemente y hacemos todo lo que deberíamos podemos superarla. Solo que hay tanta gente que rechaza los hechos, incluso negándose a creer en los descubrimientos de la ciencia... Si no crees en lo que dicen los científicos y crees que quizá tragar lejía te mejore, o todas las locuras que Trump ha dicho, bueno entonces tienes un país de locos. La mitad del país no quiere usar mascarillas: creen que eso es una violación a su libertad. ¿Qué? ¿La libertad de morir? // Siento que nuestra obligación primera es hacer todo lo posible para asegurarnos de que Trump no sea reelecto. El próximo trabajo será lo que suceda después de las elecciones del 3 de noviembre, cuando habrá un retraso en el conteo de todos los votos que lleguen por correo. Pasaremos por un período de uno o dos meses que amenaza con ser tan caótico como nada que hayamos visto en la historia de los Estados Unidos desde la guerra civil. // Me planteo decenas de historias diferentes sobre lo que puede suceder. Pero no va a pasar nada bueno en este período. Trump, si es derrotado, enfrentará años de comparencias ante tribunales por crímenes que cometió y podría terminar en prisión, no por delitos federales sino en el estado de Nueva York. Por ejemplo, evasión de impuestos o fraude. Así que está desesperado por permanecer en el poder y hará cualquier

cosa para lograrlo. // *Ante la pregunta de si ve la democracia de los Estados Unidos en peligro, Auster responde: Sí, absolutamente. Lo que ha hecho la administración republicana de Trump en estos cuatro años es dismantelar de manera muy sistemática el gobierno. // Las agencias que supuestamente conducen el país han sido destrozadas. Tenemos la Agencia de Protección Ambiental que ha revertido las regulaciones, por lo que ahora el gobierno fomenta la contaminación. Tenemos una secretaria de educación que no cree en las escuelas públicas, una secretaria de Trabajo en contra de los intereses de los trabajadores, un Departamento de Estado que tiene puestos de embajadores vacantes alrededor del mundo, un Departamento de Justicia que se ha convertido en una herramienta de Trump y los republicanos. // Esto nunca había sucedido en los Estados Unidos hasta ahora. Entonces sí, la democracia está amenazada. [...] Cuatro años más de esto y creo que no quedaría nada. Absolutamente nada. Y nos volveremos un país autoritario, algo que creo que nadie podría imaginar que sería posible hace apenas cuatro años. Pero vamos hacia eso, muy rápido. [...] // Cuatro años más y no sé si quedará algo. Lo digo en serio. Y cuando tienes un Congreso dividido, personas que no solo son de derecha sino locas y crueles, sin ningún interés en ayudar a nadie más que a ellos mismos, entonces te encuentras con un gobierno autoritario. Y ahí nos dirigimos. // Lamento ser tan apocalíptico, pero no puedo decir lo dramático y peligroso que es este momento para nosotros. Nunca había visto nada así en mi vida. [...] // Ha visitado algunos países de la América Latina, como México o Argentina. ¿Recuerda algo significa-*

tivo de esas experiencias? // La pasión por la literatura en la América Latina es tanto mayor que en América del Norte, que el solo hecho de estar en esos lugares es estimulante. Ver a los lectores, lo deseosos, emocionados y sofisticados que son, cuánto les importa la escritura. // En los Estados Unidos escribir es una actividad marginal para la cultura en general. Creo que ya no le importa a nadie, excepto a las personas que leen. Y tenemos muchos lectores. // Pero la escritura o la literatura ya no forman parte de la conversación nacional en los Estados Unidos. Sí, tenemos buenos escritores y lectores. Pero nunca ves a un escritor en televisión. Nunca ves a un escritor escribiendo en un periódico. En los Estados Unidos les gusta hablar sobre política con actores de cine, que son nuestra realeza: no tenemos reyes ni reinas, pero tenemos estrellas de cine. Entonces, estos son los que harán más ruido. O quizá estrellas pop. Pero no escritores. Se mira con recelo a los escritores, porque los Estados Unidos tienen una larga y profunda tradición antintelectual. // Y la gente sospecha de personas como Siri y yo, somos de alguna manera extraños. ¿Por qué haríamos esto? ¿Por qué harías algo que no sea para ganar dinero?

Eusebio Leal, *in memoriam*

El 31 de julio supimos la dolorosa noticia de la muerte de una de las figuras más queridas y admiradas en Cuba durante las últimas décadas: el historiador y agitador de conciencias Eusebio Leal Spengler, cuya desaparición, según declarara el presidente de nuestra institución Abel Prieto al

periódico mexicano La Jornada, «es un golpe muy duro y una gran pérdida difícil de calcular». En ese momento la Casa de las Américas hizo pública esta nota:

Perteneció al bando de los que aman y fundan, que diría Martí. Por eso su muerte nos estremece y nos duele, porque en pocas personas es más cierto aquello de que fue un imprescindible. // Eusebio Leal supo concitar pasiones y esfuerzos para levantar, reconstruir, valorizar y, sobre todo, para regalar alegría de vivir a los habitantes de La Habana Vieja, y de la ciudad en su conjunto. Por sí fuera poco, como intelectual y como hacedor contribuyó a refundar la mitología de una ciudad con siglos de historia, que deslumbrara lo mismo a Humboldt que a los innumerables viajeros que a ella llegaron, incluidos tantísimos intelectuales latinoamericanos que se fascinaron al verla y sentirla, y que la escribieron. // Admirador profundo de Haydee Santamaría y de Roberto Fernández Retamar –a quien lo unían, además, provechosos diálogos–, Leal ofreció apoyo a la Casa de las Américas, lo mismo en cuestiones tan terrenales como la restauración de su sede y del edificio de la biblioteca, que en otras más espirituales, asociadas al quehacer de la institución. // Recordarlo como un grande de Cuba no es solo un elemental acto de gratitud y justicia sino también el reconocimiento a una vida y una obra consagradas a salvar el patrimonio, entendido tanto en su sentido más inmediato y físico –y en eso su tarea fue descomunal–, como en otro más generoso y profundo: el de tantas vidas ganadas para la dignidad y la belleza.

Adioses

Uno de los más reconocidos exponentes de la bachata, el cantautor y guitarrista dominicano Víctor Víctor falleció, víctima de la COVID-19, este 16 de julio. Asiduo visitante de Cuba y amigo de esta Casa, donde le escuchamos cantar más de una vez, Víctor Víctor se hizo habitual en los festivales Cubadisco. Con Sonia Silvestre había fundado en la década del setenta el grupo Nueva Reforma. Intérpretes como Celia Cruz, Dyango, Enmanuel, Azúcar Moreno, Danny Rivera y Ángela Carrasco dieron vida a sus composiciones, y compartió escenarios y grabaciones con nombres del más alto nivel. Es el caso, por ejemplo de su disco *Bachata entre amigos*, aparecido en 2006, que cuenta con la presencia de músicos de la talla de Fito Páez, Silvio Rodríguez, Joaquín Sabina y Joan Manuel Serrat.

En 1966 su novela *Últimas tardes con Teresa* obtuvo el Premio Biblioteca Breve, otorgado por la editorial Seix Barral; muy poco después, en enero del año siguiente, Juan Marsé integraba el jurado de novela del Premio Literario Casa de las Américas, en compañía de los argentinos Julio Cortázar y Leopoldo Marechal, el cubano José Lezama Lima y el guatemalteco Mario Monteforte Toledo. Así se inició la relación de la Casa con este narrador español nacido en Barcelona en 1933 y fallecido el pasado 18 de julio en esa ciudad. Reconocido como miembro de la llamada generación del cincuenta, Marsé inició su producción narrativa en 1958. Desde entonces desarrolló una fecunda carrera literaria y periodística ampliamente celebrada, con varias adaptaciones al cine y al

teatro, y traducida a una decena de lenguas. Entre sus novelas más conocidas se encuentran, además de la ya mencionada, *El amante bilingüe* (Premio Ateneo de Sevilla, 1990), *El embrujo de Shanghai* (Premio de la Crítica, 1994) *Si te dicen que caí*, *La muchacha de las bragas de oro* y *El amante bilingüe*. En 2008 le fue concedido el Premio Cervantes.

Monseñor Pedro Casaldáliga Pla, sacerdote claretiano catalán, obispo, poeta y pensador que vivió al servicio de los pobres, falleció el 8 de agosto a los noventa y dos años de edad en Brasil. Ordenado en 1952 en Barcelona, se trasladó a Brasil como misionero en 1968, y tres años después el papa Pablo VI lo consagró como obispo titular de Altava. Casaldáliga luchó por los derechos de los campesinos sin tierra y los indígenas, y enfrentó a terratenientes y multinacionales. Por sus denuncias frente a la corrupción de empresarios y políticos sufrió amenazas de muerte. El legado que deja hace de él un importante exponente de la Teología de la Liberación. Publicó más de una decena de poemarios y recibió numerosos premios, entre ellos el Premio Internacional de Cataluña en 2006. El papa Francisco, en su exhortación apostólica post-sinodal *Querida Amazonia*, de 2020, citó su poema «Carta de navegar (Por el Tocantins amazónico)», junto con los de otros poetas «contemplativos y proféticos» que en sus versos han alabado la belleza de la Amazonia y el vínculo del hombre con la naturaleza. En 1999 Casaldáliga escribió —«contra quienes quieren declararnos “cansada” la utopía»— su conmovedora Declaración de amor a la revolución total de Cuba.

«Hoy Quino dice adiós. A los que crecimos mirando el mundo a través de sus ojos nos acompañarán siempre sus ingeniosos personajes y a través de ellos estarán también su gran sonrisa y esa mirada tan suya, aguda, pícaro, siempre franca». Así concluía una sentida nota de la Casa de las Américas al conocerse la noticia de la muerte, el pasado 30 de septiembre, de Joaquín Lavado, el historietista argentino nacido en Mendoza en 1932. La institución, que contó con la amistad de Quino por muchos años, decidió abrir en 2015 la Colección Ajolote, dedicada a la historieta, cuando Mafalda, el más célebre y querido de sus personajes, cumplió cincuenta años. Pero desde mucho antes el argentino había cedido sus derechos a la Casa para una edición de *Mundo Quino* en 1986. Otros libros suyos son *A mí no me grite* (1972), *Yo que usted...* (1973), *Bien gracias, ¿y usted?* (1976), *Hombres de bolsillo* (1977), *Quinoterapia* (1985), *Potentes, prepotentes e impotentes* (1989) y *¡Qué mala es la gente!* (1996). Junto al dibujante y animador cubano Juan Padrón, Quino produjo una serie de cortometrajes titulada *Quinoscopio* y otra basada en Mafalda y sus no menos conocidos amigos. En 1998 el gobierno de la ciudad de Buenos Aires le entregó el título «Maestro de Arte».

Biocidio en Brasil

De nuestro amigo brasileño Eric Nepomuceno, damos a conocer el artículo «Bolsonaro, culpable de “biocidio”», publicado en su blog el 13 de septiembre.

Cristina Serra es uno de los nombres con más talento y contundencia de su generación en el flojo periodismo practicado en el Brasil actual. // El pasado viernes, su columna en el diario *Folha de S. Paulo* trajo un título insólito: denunció al gobierno del aprendiz de genocida Bolsonaro por cometer «biocidio». // Es que en toda la metódica y perversa misión de destruir el país, el gobierno del ultraderechista se muestra especialmente eficaz cuando se trata del medioambiente. // «Por donde se mire, todo es destrucción, de la ciencia a la salud pública, del patrimonio nacional a las artes y la cultura, de programas sociales permanentes a la misma economía, todo, absolutamente todo, es pura destrucción». Y si la historia enseña que casi todo podrá ser alguna vez reconstruido, hay algo que no entra en esa perspectiva: el medio ambiente. Ese punto específico de la biología —la naturaleza— es blanco de la perversa furia destructora del ultraderechista. // Los incendios en la Amazonía brasileña ahora se extienden por otras áreas, consumiendo florestas con su fauna. Tierras indígenas protegidas por ley son libremente invadidas por mineros clandestinos e ilegales, bien como áreas de reservas naturales que, también por ley, deberían ser intocadas. // Al robo criminal de madera se suma ahora otro crimen: fiscales del Instituto Chico Mendes son recibidos a tiros por madereros ilegales. // El gobierno de Bolsonaro no se limita a oscilar entre cerrar los ojos frente a las acciones criminales contra el medioambiente e incentivar, por su inacción o directamente, criticando medidas y leyes protectoras, el avance criminal sobre la naturaleza: también actúa. // Reduce de manera drástica

los recursos destinados precisamente a la fiscalización y al combate a incendios en la región amazónica y áreas vecinas. En este 2020, cuando se registra un aumento de más de 30% de destrucción frente a lo registrado el año pasado (a propósito, 2019 ya trajo marcas especialmente negativas en ese aspecto), Bolsonaro recortó en 58 % los recursos destinados a brigadistas de combate, a incendios y protección ambiental. // En los primeros ocho meses de 2020 casi diecinueve mil kilómetros cuadrados de la región amazónica del Pantanal fueron consumidos por fuego criminal. Es la mayor marca de los últimos veintidós años, cuando el control fue establecido en esa área. Eso significa un espacio equivalente a quince veces la región urbana de la ciudad de Río de Janeiro. Vale repetir: todo eso ocurrió entre enero y fines de agosto. // Ya en la floresta amazónica, solamente en agosto, mes cruel, fueron registrados nada menos que veintinueve mil trescientos siete focos de incendio. Es un poco menos de los treinta mil novecientos registrados en agosto de 2019, año de estreno de Bolsonaro y su pandilla en el poder. // Todo eso y mucho más ocurre frente a una opinión pública amorfa, callada, y las únicas medidas —todavía tímidas— de protesta vienen de donde menos se podría esperar: la banca. Asustados con la creciente posibilidad de fuga de inversiones y suspensión de mercados consumidores del campo brasileño, los dirigentes de las mayores bancas privadas del país tratan de movilizarse para que el gobierno cambie radicalmente de rumbo y ponga fin a esa saña asesina de la naturaleza que viene incentivando directa o indirectamente desde antes de la llegada de Bolsonaro al sillón

presidencial. // Mientras tanto, en varios países europeos, con destaque para Alemania, supermercados y comerciantes presionan a los gobiernos para que adopten medidas drásticas contra el gobierno del aprendiz brasileño de genocida, advirtiendo que podrían suspender la compra de productos agrícolas de Brasil. // Sí, mucha razón tiene la periodista Cristina Serra al acusar a Bolsonaro de encabezar un «gobierno biocida». Un gobierno que está en contra de la vida en toda su extensión, con foco privilegiado en destruir a la naturaleza. // Lo que más escandaliza es que parece no haber nada ni nadie capaz de pararle la mano también en ese campo. Lo hace frente al silencio omiso de todos los demás poderes, lo hace con la complicidad callada de los uniformados esparcidos por todo el gobierno.

Predicadores en la lucha por el poder

Con el título Poder evangélico: cómo los grupos religiosos están copando la política en América, el libro del periodista argentino Abel Goldstein explica cómo una marea de denominaciones, en su mayoría neopentecostales, se ha convertido en agente enrarecedor de la vida política. Glosamos los comentarios publicados por Cecilia González el 23 de septiembre en Russia Today.

No puede dejar de considerarse a este nuevo pentecostalismo como peligroso para la democracia. [...] El problema es que introducen en la política categorías religiosas del bien y el mal puros en las que el adversario

debe ser exterminado, lo que daña la convivencia política y social. «Cuando el adversario es identificado con el diablo y los gobernantes entienden su tarea como una misión divina, aumenta el peligro de una deriva autoritaria, amenaza la convivencia democrática basada en el respeto a la pluralidad» [...]. Goldstein decidió investigar cómo es que los evangélicos han obtenido tanto poder político en las últimas décadas. Lo que más le llamó la atención fue que cada vez cuentan con mayor legitimación social a partir de su trabajo territorial en sectores vulnerables y un proceso de recaudación económica que luego les permite construir sus propios medios de comunicación. // «Los dos casos más logrados son los Estados Unidos y Brasil, pero lo que pasa en Centroamérica es tremendo, están avanzando muy rápidamente». // Lo que puede sorprender, agrega, es que los grupos evangélicos se alían no solo con políticos de derecha a partir de una afinidad ideológica, sino con los de izquierda, como en el caso de Nicolás Maduro en Venezuela o Andrés Manuel López Obrador en

México, lo que demuestra su pragmatismo con tal de obtener influencia en la toma de decisiones. // El libro desglosa la historia y estado actual del avance de esta comunidad religiosa en el Continente, con una agenda común y con líderes o pastores locales en la América Latina que muchas veces son formados en los Estados Unidos o que evangelizan desde ese país. // Aunque es evidente que hay una estrategia común y muy bien organizada, Goldstein aclara que no adhiere a la idea de una conspiración internacional porque ello simplificaría este proceso. // Lo que demuestra el crecimiento de los grupos evangélicos es la plasticidad con la que se han adaptado a todo tipo de sistemas sociales y políticos, desde el bipartidismo de los Estados Unidos hasta el multipartidismo de Brasil. [...] // Además, que este avance va a la mano del declive del catolicismo que tanto preocupa al papa Francisco, ya que en los años sesenta, el 94 % de la población latinoamericana se identificaba como católica, pero en 2014 esa cifra ya se había reducido al 69 %, mientras que la proporción de evangé-

licos pasó del 9,0 % al 19 %.[...] // Para los líderes políticos progresistas es tentador asociarse a los evangélicos en un principio, pero eso, como ya ocurrió con Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil, solo les sirve en el corto plazo. // A la larga, la agenda progresista se contradice con la conservadora y el supuesto apoyo termina siendo una trampa porque las organizaciones evangélicas pasan a ser enemigas pero con mucho más poder. Ese es el riesgo que corre ahora López Obrador, por ejemplo [...]. // Reconoce que en el panorama actual la Iglesia Católica sigue perdiendo presencia en la América Latina mientras la Evangélica va ganando fieles y cargos en los poderes legislativos y ejecutivos. // «Son un factor de poder con mucho peso, y peligroso. Los pastores se asocian a los políticos dándoles una bendición divina y penetran el lenguaje religioso en la política, eso es muy perjudicial para una vida democrática sana porque entonces del otro lado solo queda el infierno, lo execrable».

Casa

de las Américas 246

enero-marzo / 2007

Sobre el Quinquenio Gris

Semana de Pedro Lemebel

Textos de
CINTIO VITIER
MIGUEL LEÓN-PORTILLA
ROBERTO MÉNDEZ
ATILIO A. BORON
FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA
THIAGO DE MELLO
JAIME MEJÍA DUQUE

Beirut - Urgente

Libros del Premio Casa 2006



Casa

de las Américas 266

enero-marzo / 2012

Sobre la Celac

Del Premio
Casa de las Américas
2012

Textos de
KAMAU BRATHWAITE
EDUARDO ROSENZVAIG
JUAN FLORES
RAÚL VALLEJO
ANA PIZARRO
ÓSCAR COLLAZOS
QUINCE DUNCAN
JAIME CONCHA
RAÚL BUENO

Eduardo Galeano
entrevista al Che



Casa

de las Américas 259-260

abril-septiembre / 2010

BICENTENARIO
DE 1810

Libros del Premio Literario
Casa de las Américas 2009



Casa

de las Américas 289

octubre-diciembre / 2017

CASA TOMADA

Textos de
ERNESTO CARDENAL
ARIEL DORFMAN
SERGIO GUERRA VILABOY
HUGO NIÑO

Sobre
JORGE LUIS BORGES

CENTENARIO
DE LA REVOLUCIÓN
DE OCTUBRE



RECIENTES

Medalla Haydee Santamaría

El martes 14 de julio, en una ceremonia virtual, se otorgó la Medalla Haydee Santamaría a los intelectuales chilenos Ana Pizarro, Isabel Parra y Hugo Rivera Scott. En las palabras pronunciadas durante la ocasión, el embajador de Cuba en Chile, Jorge Lamadrid Mascaró, destacó la trayectoria de los condecorados y sus aportes al acervo cultural de nuestra América.

De revistas

El viernes 31 de julio se presentó, en formato digital, el número doble 194-195 de *Conjunto* que reúne textos de Jorge Dubatti, Cristián Opazo, Pedro Celedón, María Soledad Lagos, entre otros. Aparecen además en esta entrega aproximaciones al teatro comunitario, por parte de Marisol Castillo y Jaime Chabaud a partir de la labor de Mulato Teatro en México, y del cubano Luvel García Leyva sobre experiencias del teatro con niños en Brasil y Bolivia.

La edición 299 de nuestra revista apareció en nuestro sitio web el 29 de agosto. Este número rinde homenaje a la mundialmente reconocida bailarina cubana Alicia Alonso y también al poeta nicaragüense Ernesto Cardenal. Además reúne textos de Atilio Borón, Edwidge Danticat, Martín Kohan, Gustavo Pereira, Margaret Randall; así como acercamientos a la obra de Alejo Carpentier y Mario Levrero. En la portada de esta entrega aparece la obra serigráfica *Alicia*, creación del artista puertorriqueño Lorenzo Homar.

Homenajes en la Casa

El jueves 16 de julio quedó inaugurada en la Biblioteca José Antonio Echeverría de la Casa la exposición *José*

Antonio Echeverría, Cuba y la América Latina, a propósito del aniversario ochenta y ocho del nacimiento del líder estudiantil cubano. La muestra incluye objetos personales, piezas relacionadas con los hechos del 13 de marzo de 1957, pertenecientes al Museo de la Revolución e instantáneas de la Revolución Cubana. Como parte del homenaje se realizó un encuentro que contó con la presencia de Abel Prieto, presidente de nuestra institución; Eduardo Torres Cuevas, director de la Oficina del Programa Martiano; Luis Morlote Rivas, presidente de la Uneac; y Mohamed Azis Pérez, miembro del Secretariado Nacional de la Feu.

El jueves 3 de septiembre, a ochenta años de su natalicio, la Casa recordó al escritor uruguayo Eduardo Galeano con el estreno en YouTube del documental *Espejos. Una historia en La Habana*, de la realizadora Esther Barroso. El canal Multivisión de la televisión cubana transmitió a las 4:00 p.m. este audiovisual que recoge la última visita a la Isla del autor de *Las venas abiertas de América Latina*, en enero de 2012, fecha en que fue invitado a inaugurar la edición 53 del Premio literario Casa de las Américas.

Desde el lunes 14 de septiembre de 2020, fecha en que celebramos el centenario de Mario Benedetti, y hasta el viernes 18 de ese mes, la Casa rindió homenaje a uno de sus más entrañables colaboradores. A través del portal informativo *La Ventana*, textos, imágenes y videos diversos recordaron el legado del muy cercano escritor uruguayo. Asimismo, la Biblioteca Roberto Fernández Retamar mostró, en línea, varias cubiertas de publicaciones suyas que la institución atesora. Varios medios de prensa de Cuba y la región se hicieron eco de este homenaje.

Cierre de la información: 30 de septiembre.

La socióloga ANA NIRIA ALBO Díaz (Cuba, 1987) es una de las compiladoras del volumen *Juventud y espacio público en las Américas. I Taller Casa Tomada*, editado por la Casa de las Américas en 2016.

La escritora CLAUDIA APABLAZA (Chile, 1978) ha publicado, entre otros, *GOO y el amor*, con el cual mereció el Premio Alba de narrativa para autores menores de cuarenta años de Latinoamérica y el Caribe. Es coordinadora editorial de Los libros de la Mujer Rota.

El abogado, economista y escritor JORGE ARRATE (Chile, 1941) fue candidato a la presidencia de su país por el pacto político Juntos Podemos Más en 2009. Durante el gobierno de Allende fue presidente ejecutivo de Corporación del Cobre y ministro de Minería.

La poeta y narradora mapuche DANIELA CATRILEO (Chile, 1987) obtuvo el Premio Municipal de Literatura por *Guerra florida / Rayülechi malon*; en 2019 publicó su primer libro de relatos: *Piñen*.

ALEJANDRA COSTAMAGNA (Chile, 1970) ha publicado los libros *En voz baja*, *Había una vez un pájaro*, *Imposible salir de la Tierra*, *El sistema del tacto*, entre otros.

De la actriz, escritora, guionista y feminista NONA FERNÁNDEZ (Chile, 1971) el Fondo Editorial Casa de las Américas publicó el volumen *Space invaders*.

Con *Qué vergüenza*, su primer libro de cuentos, PAULINA FLORES (Chile, 1988) obtuvo los premios Municipal de Literatura y del Círculo de Críticos de Arte de su país.

De la narradora y ensayista ANDREA JEFTANOVIC (Chile, 1970) el Fondo Editorial Casa de las Américas ha publicado el cuaderno de relatos *No aceptes caramelos de extraños*.

El escritor y crítico literario CARLOS LABBÉ (Chile, 1977) ha publicado varias novelas entre las que se destacan *Pentagonal: incluidos tú y yo*, *Piezas secretas contra el mundo* y *Coreografías espirituales*. Es fundador y coeditor en Sangría Editora.

JULIO M. LLANES (Cuba, 1948) es narrador e investigador. Entre sus libros destacan *Paquelé*, *Che entre la literatura y la vida*, *Las palomas de Guillén* y *Plácido entre el cielo y la tierra*.

La obra de LINA MERUANE (Chile 1970) incluye los volúmenes *Las Infantas*, *Póstuma*, *Sistema nervioso*, *Contra los hijos*, entre otros. Ha recibido el premio Sor Juana Inés de la Cruz y becas de escritura de la Fundación Guggenheim y la DAAD.

El escritor mapuche williche JAVIER MILANCA (Chile, 1970) obtuvo en 2016 el Premio Nacional Mejor Obra Publicada por su libro de relatos *Xampurria: somos del Lof de los que no tienen Lof*.

TERESITA PADRÓN DE LA PAZ (Cuba, 1996) trabaja en el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas. En 2019 le fue otorgada una beca de investigación por el Instituto Etxepare (País Vasco).

Dame pan y llámame perro es la novela más reciente de NICOLÁS POBLETE (Chile, 1971), quien también es autor de los volúmenes de relatos *Frivolidades* y *Espectro familiar*, y de la *nouvelle* bilingüe *En la Isla / On the Island*.

JUAN JOSÉ PODESTÁ (Chile, 1979) es escritor, periodista y magister en literatura latinoamericana. Ha publicado títulos como *Novela negra*, *El tema es complicado*, *Playa Panteón* y *Derechos de propiedad*.

La escritora, profesora y guionista MÓNICA RAMÓN RÍOS (Chile, 1978) publicó recientemente su colección de cuentos en inglés *Cars on Fire*. Es fundadora de Sangría Editora.

CARLOS RUIZ ENCINA (Chile, 1964) es doctor en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile y preside la Fundación Nodo XXI, centro de pensamiento vinculado al Frente Amplio en su país. En colaboración con Jorge Arrate, publicó el volumen *Génesis y ascenso del socialismo chileno. Una antología hasta 1973*.

LAURA RUIZ MONTES (Cuba, 1966) es poeta, dramaturga y editora del sello Vigía. En 2017 tuvo a su cargo la primera traducción al español de la novela *El exilio según Julia*, de la narradora guadalupeña Gisèle Pineau.

ÁUREA MARÍA SOTOMAYOR (Puerto Rico, 1951) es escritora y profesora en la Universidad de Pittsburgh. Con el libro de ensayo *Apalabrarse en la desposesión. Literatura, arte y multitud en el Caribe insular* obtuvo el Premio Literario Casa de las Américas este año.

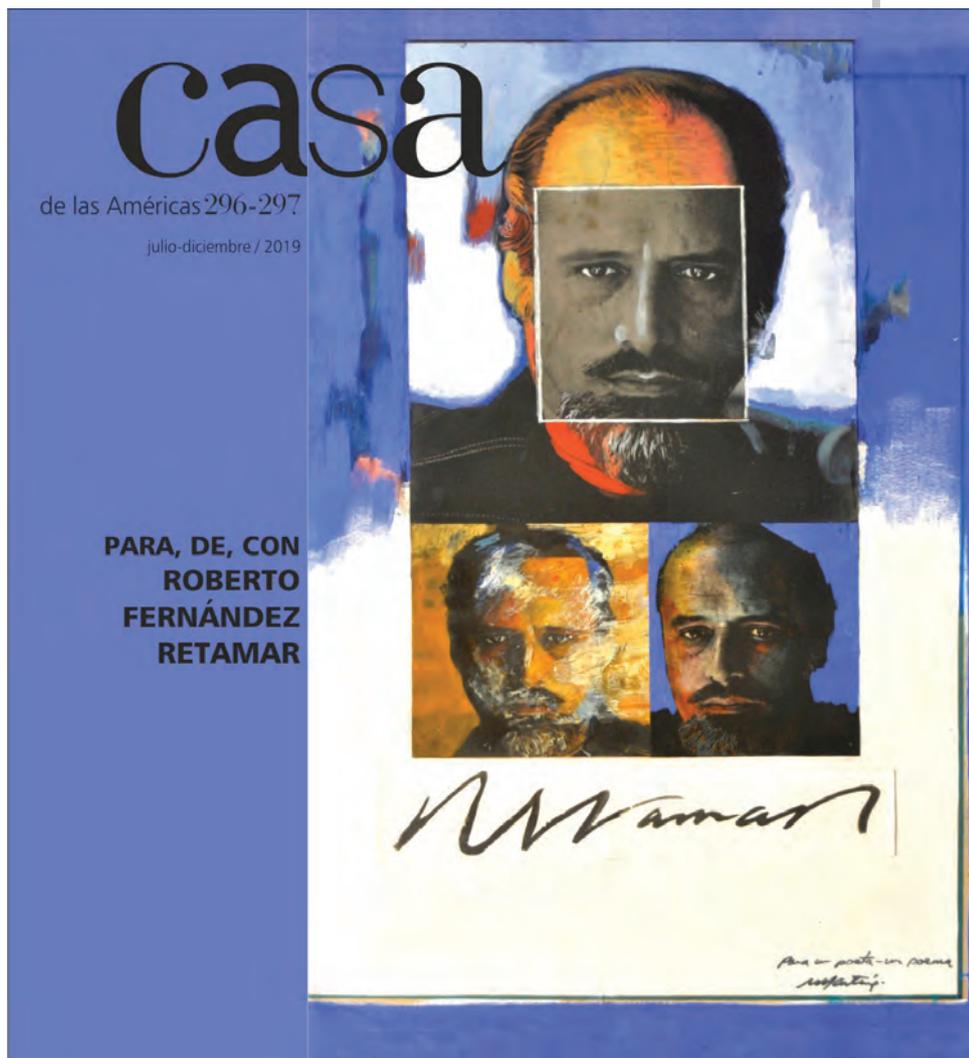
Con la traducción al inglés de su novela *La resta*, la abogada y escritora ALIA TRABUCCO ZERÁN (Chile, 1983) fue finalista del premio Man Booker International. Recientemente publicó el libro de ensayo *Las homicidas*.

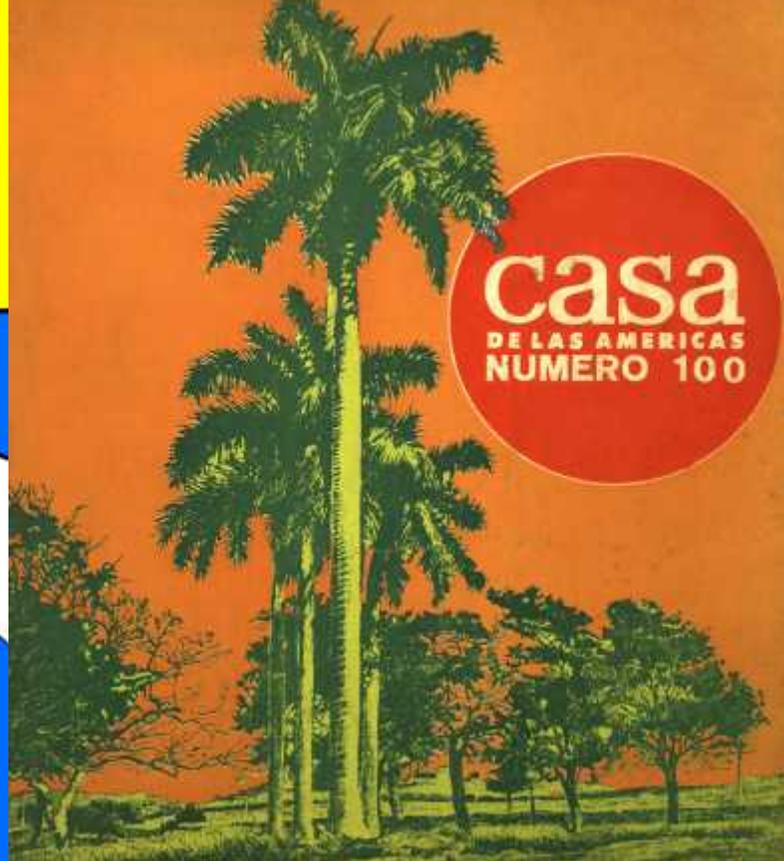
El sociólogo JUAN VALDÉS PAZ (Cuba, 1938) es fundador de la revista *Pensamiento crítico* y Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas en 2014. Ha publicado recientemente los dos volúmenes de *La evolución del poder en la Revolución Cubana*.

ALEJANDRO ZAMBRA (Chile, 1975) es autor, entre otros libros, de *Bonsái*, *La vida privada de los árboles*, *Formas de volver a casa*, *Mis documentos*, *Facsimil*, *Tema libre* y *Poeta chileno*.

El historiador y catedrático OSCAR ZANETTI (Cuba, 1946), ganador de nuestro Premio Literario en 1998, es miembro de número de la Academia de la Historia de Cuba. En 2011 recibió el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas.

DIEGO ZÚÑIGA (Chile, 1987) es fundador de la editorial Montacerdos. Ha publicado varios libros y en 2017 fue elegido como uno de los treinta y nueve mejores escritores latinoamericanos jóvenes por el Hay Festival. Su novela *Chungungo* se publicará en 2021.





casa
DE LAS AMERICAS
NUMERO 114



casa 200
de las américas

JULIO-SEPTIEMBRE DE 1999

SALUDOS EN EL 200

Carta del Che a Hayden

Textos de JEFE SARAMONCO, EDUARDO W. SANJ, EVA GARCÍA MARRÓN, ROBERT DAVEN, RICARDO PÉREZ, CLAUDE JULIEN, HAROLDO DE CORTÉS, CONSUELO OJEDA LABRA, JEAN GÉRONTE, IRENE M. ZAVALA, TAKASHI TSUBO, SASHI PATE, JUAN BARRALES, ILLUMINAR CHAMPEL, FRANCISCO DE OJEDA, MARGARET RICHARDS, ROBERTO BINGOS CANTON, JUAN MADRUGA

El testimonio y la Casa

Suráfrica con ojos de esta América

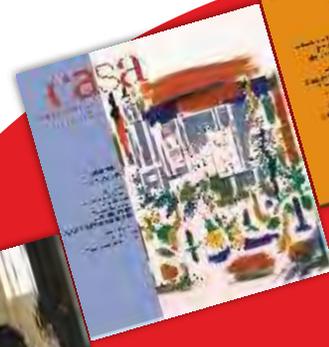
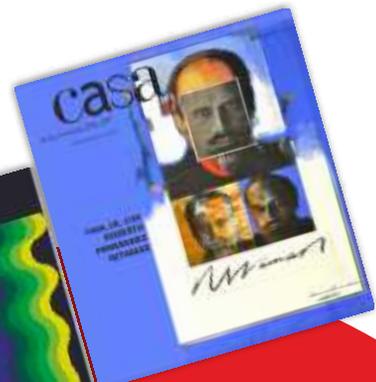
Sobre libros del Premio Literario 1994

Tercera declaración del comité de colaboración

Desde el 200, con amor, en un leopardo



Revista
Casa
de las Américas



60 AÑOS



1960-2020

